ODISEA

HOMERO

VERSIÓN DE CARLOS GARCÍA GUAL



Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Junto con la «Ilíada», la ODISEA constituye una de las piedras angulares de la cultura occidental. El relato que hace HOMERO de las aventuras de Odiseo en su camino de regreso desde Troya hasta su patria, Ítaca, ha sido desde siempre una mina inagotable de motivos e imágenes para escritores y artistas. Relatos como el del encuentro con los Cíclopes y Polifemo, con las Sirenas, con la maga Circe o la ninfa Calipso, así como la venganza que Odiseo lleva a cabo sobre los pretendientes de su mujer, Penélope, son sólo algunos de los episodios que han fecundado sin cesar la imaginación de los hombres. Traducida por Carlos García Gual, quien ha conseguido una versión en prosa de tersura y elegancia extraordinarias, la «Odisea» es un relato inolvidable, cuyo protagonista, rico en recursos, se mueve por intereses y motivaciones cercanos a los del hombre y la mujer de todos los tiempos.






ISBN 978-84-206-5815-5

El libro de bolsillo
Biblioteca temática
Clásicos de Grecia y Roma



HOMERO

ODISEA

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
DE CARLOS GARCÍA GUAL

ILUSTRACIONES DE JOHN FLAXMAN


El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición: 2005
Tercera reimpresión: 2008

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-5815-5
Depósito legal: M. 47.251-2008
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

PRÓLOGO

Con la *Ilíada* y la *Odisea* comienza la literatura griega, es decir, la tradición literaria occidental. La composición de las dos extensas epopeyas atribuidas al patriarca de la poesía antigua, Homero, puede situarse en el siglo VIII a.C. Tradicionalmente, y con buenas razones, se considera algo más antigua la *Ilíada*, y algo posterior, probablemente de finales del mismo siglo, la *Odisea*. Esta secuencia era ya admitida por los filólogos antiguos, y así el autor del tratado crítico *Sobre lo sublime* –que destaca la grandeza trágica y épica de la primera frente a la amena narratividad de la segunda– opinaba que, frente al ardor guerrero de la epopeya troyana, la *Odisea* reflejaba el interés del viejo aedo por nuevos motivos. Con la *Odisea* la épica renueva sus temas, deja de centrarse en las batallas y muertes heroicas, y deriva hacia la narración de viajes y aventuras. La *Odisea* se caracteriza, como se ha dicho muchas veces, por sus escenarios fabulosos y sus aires novelescos, y, bien *avant la lettre*, parece preludiar las ficciones realistas y fantásticas de la literatura «entre el cuento y la novela».

El protagonista de la *Odisea*, que da nombre al poema, viene de la guerra de Troya y figuraba como un héroe destacado en la *Ilíada*. La *Odisea* es la historia de su largo regreso a su palacio en Ítaca, pero aporta muy interesantes referencias sobre los héroes y sucesos troyanos. Es en la *Odisea* donde se cuenta –por boca del melancólico Menelao– el final de la larga guerra, la destrucción de Ilión tras la muerte de Héctor y la del gran Aquiles, y el trágico destino de otros caudillos aqueos, como el poderoso Agamenón, cuyas almas Odiseo reencontrará en el Hades, en su visita al mundo de los muertos. La sombra de Troya y los guerreros muertos flota de cuando en cuando sobre la azarosa vuelta al hogar de Odiseo.

Pero la *Odisea* apunta, tanto por la figura de su protagonista como por sus otros personajes y sus escenarios, una modernidad que no tiene la *Ilíada*. Si ésta la supera en su estruendo trágico y su patetismo, la *Odisea* compensa su menor densidad épica con su aire nuevo de variado relato de viajes y aventuras, con sus diversos tonos y múltiples escenarios y motivos. De ahí que pueda verse como el prototipo auroral de todos los relatos de viajes fantásticos y novelescos. De ser el nombre propio de un texto literario, la palabra «odisea» ha pasado al lenguaje corriente para designar un viaje arriesgado y esforzado, y el nombre de Odiseo, o en su forma latina, Ulises, se ha convertido en un símbolo del viajero esforzado, errante y de talante fabuloso, que trata de volver a su patria pobre.

De ahí que en todo relato de viajes pueda percibirse un eco del gran relato homérico, como ha escrito Claudio Magris:

Todo auténtico viaje es una odisea, una aventura, cuya gran pregunta es si uno se pierde o si se encuentra atravesando el

mundo y la vida, si se aferra al sentido o se descubre la insensatez de la existencia. Desde los orígenes y desde aquel que quizás sea el mayor de todos los libros, la *Odisea*, literatura y viaje aparecen estrechamente vinculados, en una análoga exploración, destrucción y recomposición del mundo y del yo.

Los diversos escenarios de la Odisea

Aunque compuesta con el mismo lenguaje poético y las misma técnica narrativa, según las normas de la antigua composición oral –con sus repetidas fórmulas poéticas y sus epítetos tradicionales–, que la *Ilíada*, la *Odisea* es, como decíamos, un poema muy distinto por su ambiente espiritual y sus escenarios. Ya desde el comienzo se perfila el contraste entre ambos relatos: de un lado la ira funesta, que trajo consigo las múltiples muertes de guerreros, según el plan de Zeus; del otro, el héroe vagabundo y sufrido que en vano se empeñó en salvar a sus compañeros en su largo viaje de regreso. Toda la *Ilíada* ocurre en torno a Troya y en Troya (con la excepción de algunas escenas divinas que ocurren en el Olimpo). En la *Odisea* tenemos los varios y diversos escenarios que visita Odiseo en su errante viaje hacia Ítaca. Por eso la *Odisea* da la impresión de más extensa, aunque sea unos dos mil versos y pico más breve que la *Ilíada*: por sus varios ámbitos y por las aventuras de su héroe viajero.

Hay, en efecto, tres escenarios bien distintos: el de la guerra de Troya –que quedó atrás y que es evocado por los relatos de Menelao y Néstor en la «Telemaquia»–, el de las aventuras marinas narradas por el propio protagonista –que va desde el puerto de los feroces lestrígones hasta el Hades sombrío e incluye además la ínsula de Feacia–, y el escenario de ambiente realista de Ítaca.

Esos tres escenarios corresponden a tres facetas de Odiseo: el guerrero iliádico, el aventurero marino y el rey que regresa a recobrar su hogar y a su mujer y vengarse de los pretendientes. Cada uno tiene su propio tono y su resonancia. Entre lo épico y lo novelesco se configura la peripecia de Odiseo (o Ulises, según su nombre latino). Épico es el guerrero que luchó en Troya y justificó al final su epíteto de «destructor de ciudades». En cambio, el protagonista astuto de las aventuras marinas se mueve en otro ambiente: el de los relatos fabulosos de un *folktale* anterior a la épica, más próximo a los cuentos maravillosos. Y el Odiseo que disfrazado de mendigo entra en su palacio y luego empuña el arco para la matanza es un personaje que podría ser un héroe novelesco. Entre el cuento, la épica y la novela se mueve Odiseo, cuya figura da unidad al relato.

La *Odisea* es, en efecto, «el poema de Odiseo», un héroe singular, complejo, mucho más moderno que cualquier otro arcaico caudillo griego. Ya en la *Ilíada* a Odiseo sus epítetos lo caracterizan como un guerrero de carácter singular. No lo adjetivan por sus dotes físicas, ni por sus armas (como Aquiles, rápido de pies, Ayante el del gran escudo, o Héctor el del penacho tremolante), sino por sus dotes espirituales. Es «astuto, diestro en trucos, muy sufrido, muy inteligente, de muchos manejos», (es decir: *polymetis, polyméchanos, polytlas, polyphron, polyainos*, etc.). No es ya un joven héroe rubio y alto, sino un tipo de muchas experiencias que triunfa sobre los peligros gracias a su paciencia y su astucia. Es, como se dice en el primer verso, *polytropos*, es decir, 'de múltiples tretas, asendereado, de muchas vueltas'. Hay un único dios que comparte, muy significativamente, ese epíteto con Odiseo: el *polytropos* Hermes, dios viajero y de muchos

trucos (como Odiseo), un dios simpático y con el que el héroe tiene una relación familiar.

Para su viaje errante Odiseo cuenta con esa *polytropíe*, esa versátil inteligencia con la que sabe acomodarse y enfrentar los peligros y escapar de los monstruos y de las magas con astucia y paciencia y sutil manejo de la palabra. Es muy significativo que, enfrentado con Ayante por las armas de Aquiles, tras la muerte de éste, sea Odiseo quien las haya obtenido como premio. Frente al guerrero arcaico fiado en su brutal fuerza y su coraje violento, Odiseo une valor y audacia a su singular astucia. Por eso es el héroe preferido y protegido por Atenea.

No posee un gran reino ni una gran flota. No es hijo de un dios, sino de Laertes, un reyezuelo al que vemos retirado en su vejez a cuidar su campo modesto en Ítaca. Y, por parte de madre, es nieto de Autólico, hijo de Hermes y un redomado ladrón de ganado (o bien de Sísifo, según otros autores; del Sísifo famoso por sus astutos engaños). En el interior de su palacio, en su larga ausencia, está Penélope, ejemplo de fidelidad conyugal. Y junto a ella el joven Telémaco, enfrentado a los voraces y soberbios pretendientes que amenazan su vida y su futuro. Ítaca y sus familiares aguardan a Odiseo durante veinte años: diez duró la guerra de Troya y otros tantos el regreso. La *Odisea* es un *nóstos*, un regreso como el de otros héroes supervivientes de la guerra de Troya, especialmente largo y azaroso. Un *nóstos* que resulta mucho más accidentado, desde luego, que el de Agamenón y el de Menelao, que tendrá, gracias al talante de Odiseo, pero también gracias a la fidelidad de Penélope y el arrojo de Telémaco, un merecido final feliz.

La espera en Ítaca se va prolongando demasiado. Penélope debe tomar marido cuando su hijo alcance la

edad de la hombría. El tiempo apremia, pues, para el regreso cuando comienza el poema relatando la situación en Ítaca y el apuro de los suyos. Durante los cuatro primeros cantos, Odiseo no aparece, y es el joven Telémaco quien los protagoniza, viajando en busca de él.

Es la parte denominada «Telemaquia». El viaje de Telémaco no logra su objetivo primero: encontrar a su padre, pero sí sirve para mostrar que el joven príncipe es digno de su memoria. En sus visitas a Pilos y Esparta, Telémaco encontrará a Néstor y a Menelao y Helena, que le hablarán del glorioso Odiseo, y del final de la guerra de Troya. De modo que la *Odisea* viene a ser una continuación de la *Ilíada*, y es en ella donde se refiere el final de la larga contienda. Esos relatos un tanto nostálgicos –de Néstor y de Menelao– reafirman la condición de gran héroe épico de Odiseo y avivan su memoria. Luego, ya en el canto V, vemos en escena, por fin, al héroe, que añorando su patria lejana, en la playa de la isla idílica de la ninfa Calipso, contempla entristecido el horizonte del mar. Allí Odiseo lleva ya ocho años, deseando zarpar de nuevo, tenaz y ahora en solitario, hacia su hogar. En vano la ninfa amorosa le ha ofrecido la inmortalidad si se queda con ella. Odiseo no quiere ser inmortal, sino regresar a su pedregosa Ítaca, junto a su fiel Penélope.

Desde las costas de Troya, cercana al Helesponto, hasta la isla de Ítaca, al sur del Adriático, la distancia por mar puede cubrirla un barco en muy pocos días. Pero el periplo de Odiseo dura diez años y se trasforma en una navegación arriesgada por lejanos confines. El *polytropos* Odiseo ha de vagar por muy extrañas costas antes de arribar de nuevo a Ítaca, y lo hará, al fin, sin sus naves y sin sus compañeros. Tuvo que ir hasta el mismo Hades, el sombrío país de los muertos, situado en un tenebroso

borde del Océano, para allí entrevistarse con el adivino Tiresias, según consejo de la maga Circe. ¡Tan laberíntico se le hizo el viaje de vuelta! Perseguido por el rencor del dios Poseidón y amparado de cuando en cuando por la diosa Atenea, sufrirá Odiseo terribles reveses y sólo diez años después de arrasar Troya llegará a su hogar en Ítaca. No sólo el espacio sino también el tiempo se han dilatado en esta odisea del héroe muy astuto y muy sufrido. Todos esos peligros y angustias ponen de relieve el talento y el talante de nuestro protagonista, osado cuando la ocasión lo requiere, arriesgadamente curioso a veces –como en la cueva del cíclope y ante las sirenas–, y hábil de palabra y de manos. Sabe construirse una almadía de troncos para salir de la isla de Calipso, y él mismo se construyó su lecho de bodas sobre el tronco de un olivo en su palacio de Ítaca. Sabe dirigirse con palabras certeras a unos y otros; dialogar con el cíclope y suplicar a Nausícaa.

Es el paradigma de un héroe de nuevo perfil: el aventurero marino que sabe seducir y salir de los apuros gracias a su astucia. Como otros héroes míticos aventureros, como Teseo y Jasón, por citar dos ejemplos, aprovecha bien sus éxitos con las mujeres –con Circe, Calipso y Nausícaa– para proseguir luego hacia su destino. Que, en su caso, es sólo el de volver a su casa. Esas estancias en las islas de la maga y la ninfa sirven para justificar la larga demora del retorno: Circe le retiene a su lado todo un año, Calipso siete. Pero él nunca olvida su meta. Si el mar proceloso y un dios enemigo le complican la marcha, él intenta siempre sacar provecho de sus encuentros, pero mantiene en su mente y su corazón la imagen de Ítaca. Si Odiseo tarda tanto en volver, a pesar suyo, así tendrá luego mucho que contar, ciertamente. La larga demora sirve para que exista la compleja narración de la *Odisea*.

«Cuando vuelvas a Ítaca ruega que sea largo el viaje», escribe Cavafis en su poema «Ítaca».

Su estancia en Feacia revela más a fondo la paciencia del experimentado Odiseo, su habilidad para el trato con los otros, su destreza retórica y su arrogancia y habilidad para el disfraz. Esa capacidad para sufrir en silencio las adversidades sin doblegarse ante ellas se muestra sobre todo cuando asiste como mendigo a las tropelías de los pretendientes en su propio palacio y allí sufre sus insolencias brutales. La violencia y soberbia desenfrenada de quienes conculcan las leyes de la hospitalidad justifican, al final, la ferocidad de la gran matanza, donde resurge el coraje del viejo guerrero, el combatiente épico, en el papel de terrible vengador de injurias y de castigador de las esclavas infieles.

La estructura de la Odisea

Podemos distinguir en el esquema narrativo de la *Odisea* tres secciones claras: la «Telemaquia», la de aventuras marinas, y la de estancia en Ítaca. Los cuatro cantos iniciales, como ya dijimos, cuentan la situación en la isla, en ausencia de Odiseo, y el viaje de Telémaco al Peloponeso en busca de su padre. Tienen una cierta unidad temática, al dar protagonismo al hijo del héroe. En estos cantos de la «Telemaquia» no actúa ni está presente Odiseo, pero la nostalgia por él colma todo el ambiente. Al fin, en el canto V –que comienza, como el I, con una escena de los dioses en el Olimpo– la narración nos lleva hasta Odiseo, y cuenta cómo está retenido en la isla de Calipso y cómo, gracias a la intervención de los dioses, se echa de nuevo a navegar en una balsa de troncos, cómo naufra-

ga y, en condición de náufrago, arriba a la isla prodigiosa de Feacia, donde será acogido con hospitalidad ejemplar, primero por la princesa Nausícaa y luego por sus padres (canto VI). Allí, en el palacio de los feacios y en medio de un banquete, Odiseo relata sus aventuras marinas (cantos VIII a XII). Al fin, los feacios lo transportan, en una nave mágica, hasta Ítaca (canto XIII). Desde ese canto, a mediados del poema, Odiseo se encuentra sobre el suelo patrio, pero aún habrá de luchar para recobrar su posición de rey y enfrentarse a los muchos pretendientes de Penélope. Se disfraza de mendigo para entrar en palacio y asistimos a sus experiencias allí hasta la gran escena del arco. Odiseo empuña su arma mortífera y, con la ayuda de su hijo y dos siervos fieles, mata a todos los pretendientes. En la serie de reconocimientos, el último, y el más emotivo, es el de Penélope, ya en el canto XXIII. (En esa escena de final feliz, cuando ambos esposos se retiran a su dormitorio y Odiseo le refiere a su esposa sus andanzas, pudo haber acabado el relato. Pero el canto XXIV –cuya autenticidad se ha discutido– añade una escena más: la bajada al Hades de las almas de los pretendientes y una revuelta de sus parientes en Ítaca, pronto abortada con ayuda de los dioses.)

En resumen, pues, puede trazarse un análisis esquemático distinguiendo esas tres secciones: «Telemaquia» (cantos I-IV) ; aventuras marinas (V-XII, marcando una escisión entre los cantos V-VII, y VIII-XII, estos últimos ocupados por la narración del propio Odiseo), y la estancia y venganza final en Ítaca (cantos XIII a XXIV). Quedan así en el centro del relato las aventuras fabulosas narradas en primera persona, con un ritmo distinto del de los escenarios más realistas de Ítaca (y Pilos y Esparta ocasionalmente) en los que comienza y concluye la epopeya

odiseica. La fina integración de esos tres espacios narrativos muestra bien el arte compositivo del autor de la *Odisea*, de estructura muy cuidada y compleja, muy lejana de cualquier relato primitivo, como bien subrayó T. Todorov.

Odiseo como narrador

La narración de las aventuras del héroe en su vagabundeo por derroteros marinos e ínsulas mágicas está hecha en primera persona. El relato en primera persona, donde el protagonista de los hechos y el narrador coinciden, tiene siempre una especial aura emotiva. Desde la *Odisea*, es tradicional, en la literatura europea, que los relatos fantásticos estén en boca de su protagonista, sin duda porque el viajero que ha visitado en solitario tierras exóticas y vivido lances muy extraordinarios resulta el más indicado relator para rememorarlos con precisión. Las andanzas increíbles aparecen así certificadas por la persona del narrador, que es quien las ha vivido. Desconfiar de su palabra sería un acto de descortesía, de modo que el auditorio debe descartar sus recelos. Después de Odiseo vienen otros grandes narradores de viajes increíbles: Eneas –en su viaje al más allá en la gruta de la Sibila–, Luciano de Samosata –el autor de los *Relatos verídicos*–, Simbad –un émulo árabe de Odiseo–, Dante –viajero por ámbitos del más allá no menos fantasmales–, Cyrano de Bergerac, Gulliver –inventado por J. Swift–, el barón de Münchhausen, y algunos héroes de relatos de ciencia ficción.

Recordemos cómo empieza el relato de Odiseo. Es en la gran sala del banquete, en el palacio del rey Alcínoo. El aedo Demódoco ha cantado, a petición del público, el episodio final de la toma de Troya gracias al caballo de

madera, invención de Odiseo. En esos momentos él, hasta entonces un huésped agasajado y anónimo, se cubre la cabeza con su manto y se echa a llorar, suscitando el asombro y la atención de los demás comensales. A la pregunta de Alcínoo, responde presentándose, por fin, y comienza a contar sus desdichas desde que zarpara, con sus naves, de la costa asiática dejando a su espalda, ya arrasada y en llamas, la fatídica Troya. Odiseo relata sus propias andanzas compitiendo con el aedo. A éste, la Musa le proveía de información épica, pero lo que Odiseo cuenta va más allá de la ya famosa gesta de los belicosos aqueos.

Los príncipes de Feacia quedan fascinados por el relato de su huésped. El benévolo Alcínoo expresa su admiración y le insiste en que prosiga su narración, aun bien entrada la noche. Elogia con cordial afecto el modo de narrar y la sinceridad de Odiseo, con unas palabras que vale la pena recordar (*Odisea*, XI, 363-9).

Odiseo, en efecto, despliega su ingenio en esa rememoración de sus aventuras. Sazona muy bien los momentos más impresionantes. (Valga de ejemplo cómo cuenta su encuentro con el cíclope, y cómo se recrea en ciertos detalles truculentos, por ejemplo, al relatar el diálogo con el monstruo y, luego, cómo clavó la estaca ardiente en el ojo de Polifemo.) Para el ingenuo rey de los feacios, esa facilidad narrativa es una prueba de la sinceridad «evidente» de Odiseo.

Pero el lector de la *Odisea*, que puede seguir las andanzas del héroe más allá que el rey feacio, sabe que Odiseo no siempre es veraz; al contrario, está muy acreditado también como un hábil mentiroso. Lo señala con mucha agudeza, respondiendo a una falsa historia de Odiseo, la diosa Atenea, cuando dialoga con él en el canto XIII (*Odisea*, XIII, 291-302).

Como se ve por las varias biografías de urgencia que Odiseo se inventa en algunos encuentros de Ítaca, tiene mucha razón Atenea. Nuestro héroe no vacila en contar embustes para sacar algún provecho. Gusta del disimulo y el disfraz. Pudo llamarse «Nadie» en el momento oportuno y más tarde ocultarse bajo el disfraz de mendigo un buen trecho. A diferencia de esos orgullosos caudillos que proclamaban su alcurnia a grandes voces en medio del combate, Odiseo, paciente y taimado, sabe callar y disimular. (Aunque también él, como los otros héroes, siente el deseo de la fama y reivindica la gloria de su nombre, como sucede en la despedida de Polifemo, y ese rasgo de orgullo épico le expone a un grave riesgo.)

Por lo tanto, bien podría plantearse el lector de la *Odisea* una inquietante cuestión: ¿cuándo cuenta la verdad y cuándo miente Odiseo?, a la que cabe una solución fácil: cuando relata hechos tremendos, fabulosos, increíbles, Odiseo está diciendo la verdad. Cuando refiere sucesos verosímiles, como raptos de niños por piratas fenicios, por ejemplo, está fabricando una mentira. Lo más fantástico es auténtico y, en cambio, lo verosímil merece nuestras sospechas. (En eso, el narrador sigue un método que recomendarán posteriores maestros de retórica: las mentiras deben ser lo más verosímiles posible.)

Las aventuras marinas

Las aventuras que Odiseo relata son los episodios más famosos de la *Odisea*, con razón. En esos encuentros se confirma su talante heroico, no ya el de héroe épico, sino el del sufrido viajero de muchas experiencias, enfrentado a un mundo maravilloso y lleno de peligros. Son trece las

aventuras: los cícones, los lotófagos, los Cíclopes, Eolo, los lestrígones, Circe, el viaje al Hades, las Sirenas, las vacas de Helios, Caribdis y Escila, Calipso y Feacia componen esa sarta de encuentros fabulosos. La aventura más extrema es la del viaje al mundo de los muertos, la «Nekuia», que ocupa el canto XI por entero, y se halla colocada en mitad de la serie.

Esa visita del héroe al otro mundo es un motivo de hondas resonancias en varias mitologías. El gran precedente es el viaje del mesopotámico Gilgamés, unos mil años anterior a nuestro Odiseo. Gilgamés viajó hasta el oscuro reino de la muerte para buscar la planta de la inmortalidad. Después de Odiseo, e inspirado en su ejemplo, también Virgilio llevará a Eneas a ese mundo del más allá, para profetizar desde allí la grandeza de Roma. Más de mil años después, es Dante, guiado por Virgilio, quien visita el infierno y el paraíso cristianos emulando esa fantasmal empresa. A Odiseo es Circe, la maga, quien le aconseja la tremenda excursión al Hades, para la que el héroe debe cruzar el mar hasta el borde del Océano. Esta aventura, central en la serie odiseica, no tiene aquí, sin embargo, el profundo sentido de esos otros viajes paralelos. Odiseo penetra en el Hades para informarse del camino de regreso a Ítaca, entrevistando a Tiresias, si bien luego aprovecha su estancia para conversar con grandes héroes que fueron sus compañeros en la *Ilíada* y para asomarse con su habitual curiosidad al misterioso ámbito y ver desfilar algunas otras sombras ilustres.

Acerca del itinerario odiseico se ha escrito mucho, e incluso algunos han pensado en dibujar el curso de esos viajes sobre un mapa real. ¿Acaso el viejo Homero imaginó ese azaroso errar, con sus días y sus tempestades, sobre una geografía mediterránea precisa? La discusión

de los comentadores de Homero sobre ese punto resuena ya en escoliastas antiguos. Y desde época muy lejana se bautizaron ciertos lugares costeros del sur de Italia y Sicilia con nombres que aludían a aventuras de Odiseo, como el promontorio de Circe, cerca de Nápoles. La isla de los Cíclopes se identificó con Sicilia y la de los feacios con Corfú, la antigua Corcira. Ya en nuestro siglo no han faltado estudiosos del poema que han querido trazar un mapa de la ruta odiseica por el Mediterráneo (e incluso por el Atlántico). Émile Bérard pensó que Homero había usado un antiguo periplo fenicio para situar las arribadas de Ulises; Ernle Bradford trató de repetir en su propio barco el recorrido de Odiseo; Gilbert Pillot creyó descifrar un código secreto en los días contados del relato, y pensó que se referían a un viaje por el Atlántico y el mar del Norte; Mauricio Obregón, desde un avión, ensayó el rastreo de las mismas andanzas por el Mediterráneo, etc. Todas esas hipótesis carecen de fuerza persuasiva. Es vano discutir si Circe moraba en la bella bahía de Nápoles o en el Adriático, si Calipso cantaba cerca de la costa de Ceuta, y si los lotófagos cultivaban sus flores opiáceas en la isla de Dyerba. Ni siquiera está muy claro a veces si Odiseo viaja hacia el Este o hacia el Oeste. Al mismo viajero le resulta difícil orientarse, según el propio poema, respecto de la isla de Circe (*Odisea*, X, 190-92).

Resulta, desde luego, poco verosímil que Homero dispusiera de un periplo fenicio o que quisiera cifrar en sus versos datos de un código secreto para navegantes iniciáticos. Podemos concluir, como ya escribió, con fino sentido crítico, Manuel Fernández-Galiano: «Sigue teniendo validez la brillante afirmación del filólogo y geógrafo Eratóstenes: no se llegará a situar con exactitud los esce-

narios de la *Odisea* mientras no se encuentre al talabartero que cosió el odre de los vientos de Eolo».

Pero, por encima de cualquier intento de dibujar un mapa de las aventuras, hay algo que importa destacar: la presencia del mar como un ámbito de prodigios y fabulaciones. Ese mar inquietante que se colorea, espumoso y resonante, profundo y de color de vino, ya presente en los horizontes de la *Ilíada*, pero que aquí ocupa un lugar central, un mar que es espacio abierto de húmedos caminos de aventuras infinitas. Por él se internaban los griegos de la época con sus ligeras naves, con afán de descubrir, colonizar y comerciar.

En ese siglo VIII a.C. serían muchos los audaces navegantes que, como Odiseo, volvieran a sus casas contando historias fabulosas de monstruos, magas y gigantes, pueblos salvajes y extraños, ogros y bárbaros, tesoros y misterios de allende el mar. (Y también fueron muchos los que no volvieron, como los insensatos compañeros del héroe.) En los relatos odiseicos se incorpora el mar –ese Mediterráneo pródigo en islas y en peligrosos naufragios– a la literatura universal, ese sendero innumerable de resonancias fantásticas, esa mar ya navegada por Jasón y sus argonautas en otro famoso itinerario mítico, precursor del de Odiseo. Pero en la *Odisea* resuena no sólo el mar de los mitos, sino también el escenario geográfico que, como los griegos, exploraban los mercaderes y piratas fenicios que competían en sus correrías comerciales y coloniales por traerse un rico botín de lejanas costas. Los nuevos escenarios y temas que introduce la *Odisea* responden, seguramente, a los intereses de su público, y esas andanzas de su héroe debían de suscitar entre los oyentes de Homero una seducción semejante a la que despertaban en el auditorio del banquete feacio.

Las figuras femeninas de la Odisea

Si bien ya en la *Ilíada* encontramos algunas figuras femeninas –como Tetis, Helena, Andrómaca y Hécuba, por ejemplo–, sus siluetas se inscriben en la trama de modo muy marginal. La epopeya guerrera reserva naturalmente los primeros planos para los héroes violentos y sus hazañas bélicas. En cambio, en la *Odisea* hallamos un grupo muy selecto de personajes femeninos, que desempeñan un papel importante en la secuencia narrativa. Son figuras de mujer de diversa condición, pero todas ellas muy bien caracterizadas: Penélope, Helena, Circe, Calipso, Nausícaa, Arete y la vieja nodriza Euriclea. Cada una posee su propia personalidad y todas están presentadas con un notable respeto, y con una marcada simpatía. Muchos comentaristas lo han subrayado, y entre ellos Gabriel Germain:

> Penélope, cuya aparición subyuga siempre a los pretendientes, incluso cuando la astucia de la tela retejida ha sido descubierta, y de la que el mismo Odiseo, después de su victoria, espera a que le admita en la cámara conyugal. Helena, que reina en Lacedemonia, «semejante a Ártemis de la flecha de oro» (sí, a la diosa de la castidad), y que ofrece a Telémaco un velo que ha bordado con sus manos como un regalo benéfico para su mujer cuando se case. Nausícaa, que, de reina, tiene ya el dominio de sí misma, la decisión pronta, la grandeza que se impone sin esfuerzo. Su madre Arete, que se sienta entre los jefes feacios al lado de su marido el rey; es a ella a quien se dirigen las primeras palabras de Odiseo cuando pide asilo, según los consejos de la diosa que le protege. ¿Hay que recordar que Circe –una inmortal, en este caso– hace siervos suyos en forma animal a todos los hombres que se le acercan? En su dominio, por primera vez, que se sepa, en las literaturas, encontramos una sociedad estrictamente femenina. No tiene en torno suyo sino sirvientas. Es verdad que vive al margen del mundo y en una isla, como Calipso. Ésta parece vivir sola, a menos que su «casa» esté

sencillamente sobrentendida. Odiseo no ha estado nunca más dependiente de una voluntad femenina que en el hogar de estas diosas, puesto que no sabría partir de allí sin su consentimiento, sin el viento favorable que ellas le ofrecen, ni encontrar su ruta sin sus consejos detallados.

De su prolongada ausencia, siete años los ha pasado Odiseo con Calipso y uno con Circe. Retenido por las magas, no ha caído en la tentación de olvidar el regreso nunca. Ni siquiera ha vacilado ante el ofrecimiento de una inmortalidad divina junto a la bella Calipso. Y no constituye para él una seducción la encantadora Nausícaa, con toda su fresca belleza adolescente. Nausícaa se ilusiona al pensar en una boda con el misterioso náufrago, de enigmática y madura prestancia, pero Odiseo tan sólo le dedica unos sutiles piropos y pasa de largo empeñado en cumplir su camino hacia Ítaca.

En el relato, todas las mujeres reciben muestras de un refinado respeto. Así sucede con la bella Helena, quien habita su palacio de Esparta junto a su esposo Menelao y recibe al joven Telémaco con ejemplar cortesía. Tanto ella como Menelao recuerdan a Odiseo con cordial afecto y con una cierta nostalgia de los lejanos días de Troya. Aquí no se insinúa ni el más mínimo reproche a la bella adúltera que motivó con su rapto la terrible guerra. Paris quedó olvidado, y los reyes de Esparta recuerdan discretos su retorno un tanto azaroso. Parece sintomático de ese clima moral de la *Odisea* que hasta una sirvienta como Euriclea recuerde con qué respeto la trató Laertes cuando la adquirió como esclava y la tuvo en su palacio. (El respeto hacia las mujeres no significa, en cambio, una actitud de extrema tolerancia con su sexo: las sirvientas que en palacio se mostraron demasiado amables con los pretendientes reciben como pago un duro castigo: todas

ellas son ahorcadas en el patio por orden de Odiseo, en una escena que al lector moderno puede parecerle de notable crueldad.)

Se ha sugerido alguna vez que la importancia de algunas figuras, como la reina Arete en Feacia, a la que Odiseo acude en primer lugar en sus súplicas, podría verse como el reflejo de un antiguo matriarcado. Pero tal institución es una mera conjetura, y un matriarcado mediterráneo es una invención sin base firme.

La atención que el poeta presta a esas figuras femeninas debe más bien verse como un rasgo original de nuestro poeta, que quiere urdir una intriga de nuevos tonos sentimentales. Esas mujeres acentúan la derivación de la épica hacia lo novelesco. Contribuyen a dar una tonalidad más humana y afectuosa a la historia, con algunos matices costumbristas o familiares. La importancia que Penélope, la fiel y atribulada, astuta y sagaz esposa, demuestra a lo largo de la *Odisea* es muy significativa; y esa virtud suya al frente del hogar queda muy de relieve en los comienzos y en el final de la narración. (En contraste con la fidelidad de Penélope, se recuerda repetidas veces el ejemplo opuesto de la reina Clitemnestra, que asesinó a Agamenón. Las referencias al desdichado fin de Agamenón están situadas en varios pasajes muy destacados del poema, al principio, en el medio, y al final: en el canto I, en el XII y en el XXIV.)

Como muy bien subraya U. Hölscher, la espera de Penélope tenía un término marcado. En su origen, la *Odisea* es un ejemplo del cuento popular del esposo ausente, que regresará justo a tiempo de impedir la boda de su esposa, cumplido el plazo acordado. Un plazo largo, desde luego: hasta que el hijo tenga su primera barba. (Lo cuenta la misma Penélope, en el canto XVIII, 250 y ss.)

Cumplido ya el plazo fijado en esos términos, Penélope no debería demorar más la boda. Desde el comienzo del poema vamos conociendo que el joven Telémaco ha alcanzado esa mayoría de edad que permite la boda de su madre. (Y esa mayoría no sólo se manifiesta en un detalle físico como el de su primera barba, sino en la progresiva confianza del muchacho en sus actos y en su inteligencia, como revela en su viaje y en su enfrentamiento repetido con los pretendientes.) Los pretendientes se muestran impacientados y es difícil contener más tiempo su ansia. Todo apremia la vuelta de Odiseo con máxima urgencia, y no puede demorar más Penélope su decisión de tomar nuevo esposo. Por eso propone, con toda la tristeza que expresa en esas frases, el certamen del arco. Pero, aunque ella lo ignora, en ese momento ya Odiseo está en palacio, y dispuesto, con la ayuda de Telémaco, a triunfar en la prueba y recuperar a su esposa. Como el héroe del cuento, el marido ausente acude justo a tiempo para salvar su matrimonio con un final feliz.

El motivo inicial del cuento popular se ha desarrollado hasta convertirse aquí en un tema novelesco. El joven príncipe, cuya edad marca el término acordado, se ha mostrado ya digno hijo del héroe (aunque no haya podido dar con el paradero de su padre). Y Odiseo no llega de pronto en el último momento a impedir la boda, sino que ya está, disfrazado de mendigo, aguardando el instante oportuno para la acción decisiva, para la feroz matanza de los pretendientes, una escena de terrible resonancia épica. La esposa del cuento es aquí Penélope, un personaje de personalidad propia, que actúa sagaz y con ánimo ejemplar en apuradas circunstancias.

El mundo de los humildes

Otro aspecto nuevo de la *Odisea*, en contraste con la *Ilíada*, es la atención que presta al mundo de los humildes. Se muestra en la segunda mitad de la obra, cuando Odiseo llega a su tierra y se disfraza de mendigo para entrar en su propio palacio. Recordemos cómo es acogido por el porquerizo Eumeo y reconocido en primer lugar, tras la emotiva escena con el viejo y moribundo perro Argos, por Euriclea, la vieja nodriza. El papel de los sirvientes en esa parte es muy importante. Junto a los fieles siervos, como Eumeo y Filetio, y Euriclea y Eurínome, están los malos servidores, como el cabrero Melantio y las esclavas que se muestran complacientes en exceso con los pretendientes que asedian a Penélope. Unos y otros recibirán ejemplar pago. Otro detalle significativo: cuando Odiseo, disfrazado de mendigo, en el patio de su palacio ruega a Zeus que le envíe un signo de apoyo, el dios hace retumbar un fuerte trueno. Y lo oye, a esas altas horas de la noche, una pobre sierva, la más débil de las que muelen el grano para la comida de los voraces pretendientes, y expresa su deseo de que el trueno sea un augurio de la muerte de los injustos y voraces nobles (XX,102 y ss.). La queja de la triste sirvienta, agobiada en la noche en una de las tareas más duras del palacio, resuena como un grito singular en un canto épico. Incluso la esclava reclama a Zeus justo castigo para los malvados.

Disfrazado de mendigo, Odiseo observa el comportamiento de unos y otros: de los soberbios pretendientes, del brutal mendigo Iro, del torpe Melantio, por ejemplo. Un mendigo es, de claro modo, un suplicante y se acoge a las normas de la hospitalidad protegida por Zeus. Los ultrajes brutales de los pretendientes aumentan su culpa

y evidencian su soberbia y su impiedad, y justifican aún más la sangrienta venganza.

Pero también puede ser testigo del sincero y hondo cariño que un personaje como Eumeo alberga hacia su dueño. Queda de relieve cuando, en la cabaña del porquerizo, Odiseo encuentra una fraterna acogida. Allí relata una nueva, patética y falsa biografía para atraer aún más la compasión del siervo. Más tarde, en el canto XV, Odiseo indaga la historia personal de Eumeo, y éste a su vez cuenta su vida. También él fue un niño noble raptado por los piratas fenicios y vendido como esclavo. La historia personal de Eumeo se parece bastante a la que le contara Odiseo en el canto XIV. (Con la pequeña diferencia de que Odiseo se la había inventado, mientras que Eumeo cuenta su verdadera vida.) En ese intercambio de historias, que acompaña las dádivas del buen siervo, se descubre un hondo sentido de humanidad, que une fraternalmente al rey heroico y al fiel guardián de sus cerdos. Odiseo siente compasión por el esclavo como éste la había sentido ante las desdichas narradas por él. Notemos que las palabras que Odiseo emplea para expresar su afecto son casi idénticas a las que Eumeo había dicho para mostrarle su compasión después de oír el relato de Odiseo (compárese XV, 486-7 con XIV, 361-2):

Es curioso, como observa Hölscher, que el poeta de la *Odisea* haya empleado el vocativo poético en su apóstrofe al dirigirse a Eumeo, en el verso que se repite, formulario: «Le contestaste, en respuesta, porquerizo Eumeo» (XIV, 55, 360, 507; XV, 325). A lo largo del poema sólo a Eumeo interpela así, en segunda persona, el poeta. (Podríamos recordar que de modo parecido se había dirigido en la *Ilíada* a Patroclo, el fiel camarada de Aquiles en el canto XVI –en los versos 787 y 843–, en una ocasión ciertamente más patética: «Desfallecido replicaste, Pa-

troclo, conductor de caballos».) Sin duda ese uso del vocativo indica un marcado afecto hacia el personaje.

Como la ayuda de la vieja Euriclea resulta importante para Telémaco y luego para Odiseo, la de Eumeo será también muy valiosa en la lucha contra los pretendientes, pero es importante destacar ese trato amistoso con el vagabundo cuando todavía no ha reconocido a su antiguo señor. Es, por otro lado, una buena muestra de la ironía del autor de la *Odisea* que presente a Eumeo desconfiando del relato de Odiseo en el único punto que tiene de verídico; cuando él afirma que conoce a Odiseo y predice su regreso. Y es en ese momento en que se niega a creer en la vuelta de su señor cuando expresa su hondo afecto por él (XIV, 131-147).

Estas palabras de Eumeo trazan la imagen de Odiseo como el buen amo, a la vez que él se define como el más fiel sirviente. Pero todo este episodio de Odiseo en casa de Eumeo –cantos XIV y XV– nos ofrece una imagen fraternal de la relación entre uno y otro. Es el azar el que ha convertido a Eumeo en esclavo, pero aun así sigue siendo un hombre de corazón noble, y conserva aún en los tiempos de la ausencia el más profundo afecto de gratitud hacia su buen señor. Incluso cuando cree que éste ha muerto, en honor a su memoria demuestra su simpatía y generosidad ejemplar con el vagabundo, que el azar trajo como suplicante a su humilde morada. Y esa visión de la conversación entre ambos, Odiseo y el porquerizo, es otro de los encuentros más característicos de la *Odisea*.

¿Es Homero el autor de la Odisea*?*

La *Odisea* se presenta, de modo manifiesto, como una continuación de la *Ilíada*. Resulta serlo por su tema, que

es, a grandes líneas, el relato del «regreso» de uno de los grandes héroes de la guerra iliádica, un *nóstos*, y por la presencia en ella de algunos héroes y numerosos recuerdos de la contienda troyana. Los personajes iliádicos que en ella aparecen –Odiseo, Menelao, Helena, Néstor– mantienen el mismo carácter que tenían en la *Ilíada*. Es en la *Odisea* donde se nos cuenta el final de la larga guerra. Y es muy significativo que, aunque abundan las referencias a episodios narrados en la *Ilíada*, nunca se repite en la *Odisea* nada contado en el poema anterior. (Como si el autor de la misma diera por supuesto que sus oyentes ya conocían el otro gran poema.)

Existen ciertos detalles paralelos entre ambos: por ejemplo, uno y otro contienen una discusión de los dioses en el Olimpo en el canto I, una asamblea del pueblo en el canto II, una tremenda escena de muertes en el canto XXII (de Héctor en uno y de los pretendientes en el otro), y un final de reconciliación. Incluso en el mismo proemio de la *Odisea* puede verse un cierto eco y un contraste buscado con el comienzo de la *Ilíada*.

Podemos leer la *Odisea* a la sombra de la *Ilíada*, como han subrayado A. Heubeck y P. Pucci, proponiendo éste una lectura intertextual de ambos poemas. Es probable que los griegos ya advirtieran ese intrigante juego de reflejos entre uno y otro texto. Las referencias de la *Odisea* a la *Ilíada* vuelven a replantear la vieja cuestión: ¿de dónde vienen esos ecos? ¿Son ambas obras de un mismo poeta? ¿Acaso un aventajado alumno quiso emular la magnífica epopeya trágica con un nuevo poema, más novelesco? La cuestión ya se planteó en la Antigüedad, y los eruditos filólogos de Alejandría tomaron posiciones en uno y otro sentido. Los partidarios de dos autores, los *corizontes*, expusieron sus razones; otros defendieron la

adjudicación tradicional de ambos poemas al patriarca Homero.

Dado que tanto la *Ilíada* como la *Odisea* están compuestas con la técnica de la composición oral y sobre un repertorio de temas tradicionales, es difícil distinguir un estilo diferente en una y en otra, al menos desde el punto de vista de la lengua o de su trasfondo mítico. No es menos claro que, por su temática, la *Odisea* aporta, como hemos destacado, muchas novedades de motivos y de matices. Podríamos hablar incluso de un nuevo clima espiritual. Parece escrita después y con un nuevo horizonte moral e histórico, con una atención a aspectos humanos apenas rozados en la epopeya bélica anterior. Odiseo es, como hemos dicho, un héroe mucho más complejo y «moderno» que los otros héroes de la gesta iliádica.

Si el ambiente de una y otra narración es tan distinto, ¿puede explicarse esa variación sólo por su diversa temática? ¿Basta eso para pensar que debemos imaginar dos autores y no un único y genial Homero? ¿En qué sentido debemos tomar los ecos percibidos en la *Odisea*? Si hay en ésta cinco veces menos símiles que en la *Ilíada*, ¿se debe esto al gusto divergente de sus dos autores, o bien a que los símiles se intercalan especialmente en contextos de acción bélica para ofrecer una variación de imágenes que no se ve tan funcional en otros contextos? Ningún argumento en uno u otro sentido parece enteramente incontrovertible. ¿Puede satisfacernos, todavía, la solución unitaria que proponía el autor del tratado retórico *Sobre lo sublime*, adjudicando una obra a la juventud y la otra a la madurez del mismo gran poeta, es decir, de Homero? ¿Es verosímil, por otro lado, la existencia, a corta distancia, de dos aedos de magnífico genio poético, de los que sólo uno fuera recordado? No hay pruebas

concluyentes a favor de una u otra tesis; la cuestión es muy ardua y no admite solución tajante. Resulta dudoso a cargo de qué parte debería quedar el peso de la prueba en la propuesta. Dejemos, pues, al criterio del lector tan debatido problema.

Que, por otra parte, no empaña en nada nuestra apreciación de una y otra epopeya en la peculiar significación estética de cada una. Si la *Ilíada* es un poema de mayor grandeza heroica y de una intensidad trágica, la *Odisea* compensa esa menor tensión épica con sus derivaciones hacia lo fabuloso y novelesco, como se ha dicho muchas veces. Aquiles no es un héroe superior ni inferior a Odiseo. Ambos son diversos y de algún modo resultan complementarios. Al sentido dramático agonal de la epopeya bélica, de resonante furor y estremecedoras muertes, se contrapone el gusto por la aventura y la variedad de caracteres, la amplitud de horizontes, la pintura de gentes y costumbres, en una épica y una ética más modernas.

La épica griega se inaugura con los dos paradigmáticos poemas atribuidos a Homero, que configuran así una especie de díptico monumental en el comienzo de la tradición literaria que se desarrolla luego en los varios géneros literarios posteriores, una tradición que durante todos los siglos de la Antigüedad se sintió fundada al amparo de la sombra canónica del patriarca Homero. Dominando toda la cultura griega, arcaica, clásica y helenística, se mantuvo la imborrable y seductora memoria de los sonoros versos homéricos. Fueron en Grecia el fundamento de la educación escolar durante siglos, textos memorizados en la niñez y recitados en los festivales públicos de Atenas y otras ciudades, una especie de «Biblia» panhelénica, una «enciclopedia» del saber mítico y arcaico recogida en los moldes de la poesía épica.

Los inagotables ecos de la Odisea

Probablemente es la *Odisea* el relato griego más influyente en toda la literatura occidental desde la Grecia arcaica hasta nuestros días. Podemos suscribir la observación de Harold Bloom en *El canon occidental* (Anagrama, 1994, p. 96):

> Ningún personaje literario occidental es tan recurrente como Odiseo, el héroe homérico más conocido por su nombre latino, Ulises. De Homero a Nikos Kazantzakis, la figura de Odiseo/Ulises sufre extraordinarias modificaciones en Píndaro, Sófocles, Eurípides, Horacio, Virgilio, Ovidio, Séneca, Dante, Chapman, Calderón, Shakespeare, Goethe, Tennyson, Joyce, Pound y Wallace Stevens, entre muchos otros.

Esas reapariciones de Odiseo/Ulises están bien estudiadas en el estudio de W. B. Stanford que Bloom cita a continuación: *The Ulysses Theme*, de 1963, que puede completarse con el más reciente de P. Boitani: *La sombra de Ulises*. La lista de los grandes escritores que han evocado la figura de Ulises puede alargarse mucho más (incluyendo a Cavafis, Seferis, Pascoli, Pavese, Borges, etc.). Pero no es éste el momento oportuno para demorarnos en largos rastreos y referencias múltiples de esa incesante influencia. Remito a esos libros citados y a algunos apuntes sobre «Ulises» en mi *Diccionario de mitos*. En cuanto al valor simbólico de la figura de Ulises y de la *Odisea* para nuestros días, me parece muy sugerente el diálogo de V. Consolo y M. Nicolao, editado con el título de *Il viaggio di Odiseo* (Milán, Bompiani, 1999). Los ecos y los matices que pueden rescatarse del texto homérico siguen siendo inagotables. Tal vez porque, como en su último libro de poemas *(Los conjurados)* escribió J. L.

Borges, volviendo a citar este clásico que tanto apreciaba: «La *Odisea*... cambia como el mar. Algo hay distinto cada vez que la abrimos...».

Sobre las traducciones de la Odisea

La primera versión española completa de la *Odisea* es la de Gonzalo Pérez, editada en 1556 en Amberes con el título de *Ulixea*. (El mismo traductor había publicado unos años antes la primera parte, doce cantos, en Salamanca, en 1550.) Estaba dedicada al entonces príncipe y futuro rey Felipe II, y puede verse como un producto meritorio y notable del Humanismo renacentista español. (Precedió en más de dos siglos a la primera versión editada de la *Ilíada*, la de García Malo, en 1788.) Le sigue, a larga distancia, la primera versión hispanoamericana, la de Mariano Esparza, ya de época romántica, publicada en México, en 1837. En 1886, en la acreditada «Biblioteca Clásica», aparece la esmerada versión del helenista F. Baráibar y Zumárraga. En verso, como las anteriores. (En la misma colección figura la traducción de la *Ilíada* de J. Gómez Hermosilla, medio siglo anterior, también en endecasílabos.)

También se publican ya desde mediados del siglo XIX algunas versiones indirectas de los poemas homéricos, casi siempre venidas del francés, una práctica que perdurará en el siglo siguiente, cuyos ejemplos más brillantes son las versiones hechas sobre las del poeta parnasiano Leconte de Lisle: la *Ilíada*, de Germán Gómez de la Mata, de 1915, y la *Odisea*, de Nicasio Hernández Loquero, de 1916.

De 1910 es la primera traducción directa y en prosa de la *Odisea*, la de Luis Segalá y Estalella, quien un par de

años antes había publicado ya la de la *Ilíada*. La versión marca un hito por su fidelidad extremada al original y su excelente estilo. Es una buena muestra del mejor oficio filológico y la sensibilidad literaria de Segalá, catedrático de Lengua y Literatura Griega en la Universidad de Barcelona. Bien se merece sus innumerables reediciones y el aprecio de muchísimos lectores. Bastantes decenios después han aparecido otras dos excelentes traducciones de la *Odisea*: la de José Luis Calvo (1976, en la Editora Nacional, y luego reeditada en Cátedra) y la de José Manuel Pabón (1982, en la «Biblioteca Clásica Gredos»). La primera de ellas es una traducción muy lograda, tan ajustada al original como flexible y ágil, en una prosa actual. La segunda, una versión rítmica acentual, en versos de cinco acentos correspondientes a los hexámetros dactílicos del griego, realizada con admirable pericia y con un léxico castellano muy rico y sonoro.

En catalán me gustaría destacar como se merece la magnífica traducción realizada por Carles Riba. El gran poeta y helenista barcelonés tradujo dos veces el texto homérico, con intenso sentido poético y gran fidelidad al original. En su prólogo a la versión ya definitiva (*L'Odissea novament traslladada en versos catalans*, Barcelona, Alpha, 1953), Riba defiende con gran claridad el empleo del hexámetro acentual por su sonoros reflejos del estilo épico, y su traducción es el más conseguido ejemplo de esa lealtad poética.

De las versiones a otras lenguas me limitaré a mencionar unas pocas de las más conocidas. En inglés todavía puede leerse con gusto, por su vigor poético, la primera versión de la *Odisea*, la de George Chapman, editada en 1615, unos años después que la de Gonzalo Pérez. (Hay reedición actual muy asequible: *Chapman's Home: The Iliad and the*

Odyssey, en «Wordsworth Classics», Chatham, 2002.) En estilo muy distinto, en una prosa actual, depurada de arcaísmos épicos, como una novela, merece su gran popularidad la de E. V. Rieu, de 1946. (Véase ahora revisada por su hijo y con nueva introducción de P. Jones, reeditada en Penguin, 2003). Sobre la tradición de las versiones al inglés, véase la espléndida antología editada por G. Steiner *Homer in English*, Penguin, 1996). De las versiones francesas me gustaría destacar por su claro estilo poético, entre las varias recientes, la de Frédéric Mugler, *Homère, L'Odyssée*, 1995 («Actes Sud», Babel, 2001). En italiano, es espléndida por su extrema fidelidad al original la traducción de G. Aurelio Priviterra, pulcramente editada junto al texto griego por la Fondazione Lorenzo Valla (1981).

Sobre la traducción que ahora presento diré muy pocas palabras, pues prefiero dejar a otros los comentarios críticos. Anoto simplemente que, como percibirá pronto el lector, he intentado una constante y muy trasparente fidelidad al original, atendiendo a conservar las expresiones formularias y a la sintaxis arcaica, e incluso al orden de palabras y las partículas del texto homérico, para reflejar los matices del texto. Trato de no introducir conceptos posteriores a la época homérica (palabras como «espíritu», «idea», etc.), a riesgo de ser un tanto repetitivo; aunque también me he permitido traducir por variados términos un mismo vocablo griego. Al lector moderno las repeticiones de palabras le resultan más pesadas que a los antiguos. La épica oral homérica se caracteriza por su lenguaje en gran medida formulario, y la abundancia de vistosos epítetos tradicionales. (A veces esos epítetos ornamentales resultan sorprendentes,

como cuando se califica una y otra vez de «divino» al porquerizo Eumeo, por ejemplo.) No entraré ahora, desde luego, en la vieja discusión sobre si resulta preferible, al trasladar un poema épico, dar una traducción en verso o en prosa. Constato, sencillamente, que la prosa permite mucha más libertad al traductor para ser preciso en su versión y seleccionar sus palabras, aunque pierda ciertamente en sonoridad poética. Espero, con todo, haber conservado la agilidad e ingenuidad de la narración épica sin perder del todo el aroma poético.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

BERMEJO, J. C., GONZÁLEZ, F. J. y REBOREDA, S., *Los orígenes de la mitología griega* (S. Reboreda: «Odiseo, el héroe peculiar», pp. 301-412), Akal, Madrid, 1996.

BOITANI, P., *La sombra de Ulises*, Península, Barcelona, 2001.

—, *Sulle orme di Ulisse*, Il Mulino, Bolonia, 1998.

CABRERA, P., y OLMOS, R. (eds.), *Sobre la Odisea*, Madrid, Polifemo, 2003.

CARLIER, P., *Homère*, Fayard, París, 1999.

CHOZA, J. y P., *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Ariel, Barcelona, 1996.

CORS I MEYA, J., *El viatge al món dels morts en l'Odissea*, Universidad Autónoma, Barcelona, 1981.

EISENBERGER, H., *Studien zur Odyssee*, Wiesbaden, 1973.

ERBSE, H., *Beiträge zur Verständniss der Odyssee*, Berlín, 1972.

FERNÁNDEZ-GALIANO, M., «Introducción» a Homero, *Odisea*, Gredos, Madrid, 1982.

FINLEY, J. H. Jr., *Homer's Odyssey*, Harvard University Press, 1978.

FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, México, FCE, 1961.

GARCÍA GUAL, C., «Introducción» a Homero. *Ilíada. Odisea*. Espasa, Madrid, 1999.

—, *Diccionario de mitos*, Siglo XXI, Madrid, 2003.

GERMAIN, G., *Genèsse de l'Odyssée: le fantastique et le sacré*, París, 1954.

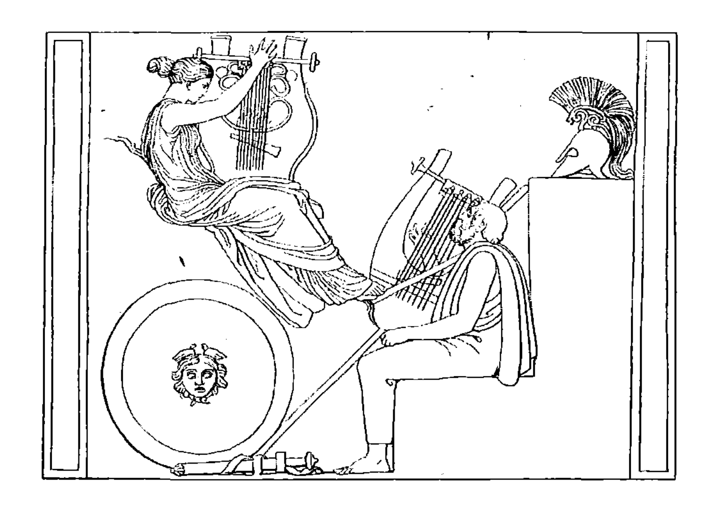
—, *Homère*, París, Du Seuil, 1961.

GIL, L.; ADRADOS, F. R.; FERNÁNDEZ-GALIANO, M. y LASSO DE LA VEGA, J. *Introducción a Homero*, Guadarrama, Madrid, 1963.
GRIFFIN, J., *Homero*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.
— *Homer on Life and Death*, Oxford University Press, 1980.
HARTOG, F., *Mèmoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*, París, 1996.
HEUBECK, A. y WEST, ST., «Introduzione generale», en Omero, *Odissea, I*, Milán, Fondazione Lorenzo Valla-Mondadori, 1981.
HÖLSCHER, U., *Die Odyssee. Epos zwischen Märchen und Roman*, Múnich, 1989.
KATZ, M., *Penelope's Renown*, Princeton University Press, 1991.
KIRK, G. S., *Los poemas de Homero*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.
LATACZ, J., *Homer*. Múnich–Zúrich, Artemis, 1985.
MANDRUZZATO, E., *Omero. Il racconto del mito*, Milán, 1998.
MEGINO, C., *El pensamiento de Homero sobre la realidad psicológica en la Ilíada*, Madrid, Universidad Autónoma, 2003.
NAGY, G., *Poetry as Performance. Homer and beyond*. Cambridge University Press, 1996.
PALLÍ BONET, J., *Homero en España*, Fac. de Letras, Barcelona, 1953.
PUCCI, P., *Odysseus Polytropos*, Ithaca-Londres, 1987.
REINHARDT, K., *Tradition und Geist*, Gotinga, 1960.
SAÏD, S., *Homère et l'Odyssèe*, París, Belin, 1998.
SEGAL, CH., *Singers, Heroes and Gods in the Odyssey*, Ithaca-Londres, 1994.
STANFORD, W. B., *The Ulysses Theme*, Oxford University Press, 1963.
WULFF, F., *La fortaleza asediada. Diosas, hèroes y mujeres poderosas en el mito griego*, Ed. Universidad de Salamanca, 1997.

Evocaciones literarias de lecturas de la *Odisea*:

BOCOS, F., *El libro de Michael. La aventura del Mediterráneo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997.
REVERTE, J., *Corazón de Ulises*, Madrid, El País/Aguilar, 1999.

ODISEA



CANTO I

Háblame, Musa, del hombre de múltiples tretas que por muy largo tiempo anduvo errante, tras haber arrasado la sagrada ciudadela de Troya, y vio las ciudades y conoció el modo de pensar de numerosas gentes. Muchas penas padeció en alta mar él en su ánimo, defendiendo su vida y el regreso de sus compañeros. Mas ni aun así los salvó por más que lo ansiaba. Por sus locuras, en efecto, las de ellos, perecieron, ¡insensatos!, que devoraron las vacas de Helios Hiperión. De esto, parte al menos, diosa hija de Zeus, cuéntanos ahora a nosotros.

Por entonces ya todos los demás que de la abrupta muerte habían escapado se hallaban en sus hogares puestos a salvo de la guerra y del mar. Y sólo a él, ansioso del regreso y de su esposa, lo retenía una nin-

fa venerable, Calipso, divina entre las diosas, en sus cóncavas grutas, deseosa de que fuera su marido. Aun cuando ya, en el transcurso de los años, llegó el tiempo en que los dioses habían fijado que volviera a su casa, a Ítaca, todavía entonces no estaba a salvo de peligros ni en la compañía de los suyos.

Todos los dioses se compadecían de él, a excepción de Poseidón, quien se mantuvo sin tregua irritado contra el divino Odiseo hasta que alcanzó su tierra. Pero éste se había ido a visitar a los etíopes que habitan lejos –a los etíopes, que están divididos en dos grupos, los más remotos de los humanos, unos por donde se pone Hiperión, los otros por donde sale– y allá asistía a una hecatombe en su honor de toros y carneros.

Mientras él disfrutaba del festín presenciándolo, los otros dioses se habían reunido en el palacio de Zeus Olímpico. Y entre ellos comenzó a hablar el Padre de los hombres y los dioses, pues se había acordado en su ánimo del irreprochable Egisto, al que ya diera muerte el muy ilustre Orestes, hijo de Agamenón. Acordándose él de éste, dirigió sus palabras a los inmortales:

«¡Ay, ay! ¡Cómo les echan las culpas los mortales a los dioses! ¡Pues dicen que de nosotros proceden las desgracias cuando ellos mismos por sus propias locuras tienen desastres más allá de su destino! Así ahora Egisto que, más allá de las normas, tomó por mujer a la esposa legítima del Atrida y a él lo mató, a su regreso, sabiendo que así precipitaba su muerte, puesto que de antemano le dijimos nosotros, enviando a Hermes el Argifonte, diestro vigía, que no le matara ni pretendiera a su mujer. Porque habría de llegar

por mano de Orestes la venganza del Atrida, cuando éste llegara a la juventud y sintiera la nostalgia de su país. Así se lo comunicó Hermes, pero no convenció con su buen consejo el entendimiento de Egisto. Y ahora lo ha pagado todo junto».

Le respondió entonces la diosa Atenea de ojos glaucos:

«¡Oh Crónida, padre nuestro, el más excelso de los poderosos! ¡Con una muerte muy del todo apropiada yace él muerto! ¡Como ojalá perezca también cualquier otro que tales delitos cometa!

»Sin embargo, a mí se me desgarra el corazón por el valeroso Odiseo, el desventurado, que todavía lejos de los suyos sufre pesares en una isla batida por las olas, allí donde está el ombligo del mar, isla boscosa donde tiene su morada una diosa, la hija del temerario Atlante, quien conoce los abismos del mar todo y que aguanta él solo las enormes columnas que mantienen a distancia la tierra y el cielo.

»Su hija retiene al infeliz, que se lamenta, y una y otra vez lo embelesa con suaves y taimadas palabras para que se olvide de Ítaca. Por su parte, Odiseo, que anhela incluso el ver el humo que se levanta de su tierra, siente deseos de morir.

»¿Y ni con eso se te conmueve el corazón, Olímpico? ¿Es que no te era querido Odiseo cuando en tu honor te ofrecía las víctimas que sacrificaba junto a las naves de los argivos en la anchurosa Troya? ¿Por qué tanto te has encolerizado contra él, Zeus?».

En respuesta le habló el amontonador de nubes, Zeus:

«¡Hija mía, qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Cómo iba yo a olvidarme tan pronto del

divino Odiseo, que tanto sobresale entre los mortales por ingenio y que más que ninguno ofreció sacrificios a los dioses inmortales, que habitan el amplio cielo?

»Pero Poseidón, que ciñe la tierra, de continuo sin tregua se mantiene enfurecido a causa del cíclope, al que le cegó el ojo, a causa de Polifemo, cuyo poder es supremo sobre todos los cíclopes. Le dio a luz la ninfa Toosa, hija de Forcis, quien reina sobre el mar estéril, una vez que se unió a Poseidón en cóncavas grutas. Por eso, en efecto, Poseidón, sacudidor de la tierra, no llega a dar muerte a Odiseo, pero lo aleja de su tierra patria.

»Mas, venga, nosotros, los aquí reunidos meditemos todos su regreso, a fin de que llegue. Y Poseidón depondrá su rencor. Porque no podrá sostener su cólera contra todos los inmortales, él solo en contra de la voluntad de los dioses».

Le respondió en seguida la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Oh padre nuestro, Crónida, el más excelso de los poderosos, si es que ya ahora les es grato a los dioses felices el que regrese el muy prudente Odiseo a su hogar, mandemos al instante a Hermes el Argifonte como mensajero a la isla Ogigia, para que lo más pronto posible le diga a la ninfa de hermosas trenzas la ineludible decisión, el regreso del sufrido Odiseo, para que él salga de allí.

»Por mi lado yo me iré a Ítaca con el fin de animar más a su hijo e infundirle coraje en sus entrañas para que, convocando a asamblea a los aqueos de larga cabellera, contenga a los pretendientes todos, los cuales de continuo le degüellan incontables ovejas y vacas de negras pezuñas y cuernos retorcidos. Le enviaré a Esparta y a la arenosa Pilos, para que indague sobre el

regreso de su querido padre, a ver si escucha algo y para que obtenga noble fama entre las gentes».

Después de que así hubo hablado, se ajustó en los pies las hermosas sandalias, divinas, áureas, que la transportaban sobre la mar o la tierra ilimitada a la par de las ráfagas del viento. Tomó consigo la aguerrida lanza, guarnecida de afilado bronce, robusta, larga, pesada, con la que desbarata las filas de los bravos guerreros cuando contra ellos se enfurece la hija del augusto padre.

Bajó lanzándose desde las cumbres del Olimpo, y se detuvo en medio de la población de Ítaca, en el atrio de Odiseo, ante el umbral del patio. Sostenía en su mano la broncínea lanza, tomando el aspecto de un forastero, Mentes, caudillo de los tafios.

Encontró allí a los arrogantes pretendientes. Éstos alegraban entonces su ánimo con juegos de dados, tumbados ante el portón sobre pieles de bueyes que habían matado ellos mismos. A su lado se encontraban los heraldos y los prestos sirvientes; los unos mezclaban en las cráteras el vino y el agua, los otros, luego, con esponjas de mil agujeros limpiaban las mesas y las disponían ante ellos y otros trinchaban las abundantes carnes.

Fue muy primero en verla Telémaco de aspecto divino. Estaba, pues, sentado en medio de los pretendientes, abrumado en su corazón, cavilando en su interior acerca de su noble padre. ¡Ojalá regresara y aventara a los pretendientes de su mansión, recobrara su dignidad y reinara en sus dominios! Mientras esto meditaba, sentado entre los pretendientes, divisó a Atenea y marchó derecho hacia el atrio. Estaba enojado en su ánimo de que un fo-

rastero se quedara así ante su puerta. Colocándose a su vera, le tomó la mano derecha, le recogió la broncínea lanza, y saludándole le dirigió palabras aladas:

«¡Salve, extranjero, entre nosotros serás un amigo! Luego, cuando te hayas saciado en el banquete, nos contarás lo que te urge».

Después de decirle esto la guiaba y ella le seguía, Palas Atenea.

Cuando ya estuvieron dentro de la alta sala, dejó la lanza enhiesta en la bien pulida lancera, apoyándola contra una columna, donde estaban otras muchas lanzas del sufrido Odiseo. A ella la lleva a sentarse en un sillón, poniéndole debajo una hermosa alfombra de lino, muy artística. A sus pies tenía un escabel.

Allí al lado se colocó él un asiento de vivos colores, apartado de los demás, de los pretendientes, a fin de que el forastero, molestado por el griterío, no se disgustara del banquete, al encontrarse en medio de aquellos insolentes, y para poderle preguntar acerca de su padre ausente.

Una sirvienta escanció el aguamanos que traía en una bella jarra de oro sobre una jofaina de plata, para que se lavaran. Y junto a ellos dispuso una pulida mesa. La venerable despensera trajo comida y la colocó sobre ella, dejando muchos trozos escogidos en especial favor a los allí presentes. El trinchante les dejó al alcance, escogiéndoselas, platos con carnes de toda clase, y les dispuso también unas copas de oro. Y un heraldo iba y venía a menudo escanciándoles vino.

Entraron los principescos pretendientes. Luego unos tras otros en hilera se sentaron en sillones y bancos. Los heraldos les vertían agua sobre las ma-

nos en tanto que las esclavas amontonaban el pan en las canastas y los mancebos colmaban hasta los bordes los cántaros de vino. Ya ellos sobre las viandas dispuestas delante lanzaban sus manos.

Después, apenas hubieron saciado su apetito de comida y bebida, los pretendientes ocuparon su atención en otras cosas: el canto y la danza, que son, desde luego, la corona del festín.

Un heraldo le puso en las manos la espléndida lira a Femio, quien cantaba para los pretendientes por obligación. En tanto que éste, pulsando la lira, entonaba un bello cantar, decíale Telémaco a Atenea de ojos glaucos, aproximando su cabeza, de modo que no se enteraran los demás:

«Querido huésped, ¿te enojarás conmigo por lo que voy a decirte? Ésos, por su cuenta, se ocupan de esto: la cítara y la canción, sin reparos, mientras devoran gratis los bienes ajenos, los de un hombre cuyos blancos huesos acaso se pudren bajo la lluvia tirados por tierra o tal vez en el mar los voltean las olas. Con sólo que le vieran de regreso en Ítaca, todos preferirían ser más ligeros de pies a ser más ricos en oro y vestidos.

»Pero él sin duda ha muerto en aciago destino, y no nos queda consuelo ninguno, aunque alguno de los hombres sobre la tierra asegure que ha de volver. Se ha esfumado su día de regreso.

»Conque, vamos, dime y refiéremelo sinceramente: ¿quién eres, de qué gente? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres? ¿En qué nave llegaste? ¿Cómo los marineros te condujeron a Ítaca? ¿Quiénes se jactaban de ser? Porque, en efecto, no creo que aquí hayas llegado a pie.

»Aclárame también cabalmente, para que lo sepa bien, si nos visitas por primera vez o si ya eres un

huésped de mi padre, puesto que muchos hombres acudían a nuestra casa, ya que él también frecuentaba a las gentes».

Le respondió a su vez la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Pues bien, te lo diré cabalmente, desde luego. Proclamo que soy Mentes, hijo del prudente Anquíalo, y reino sobre los tafios, amigos de los remos. Ahora he arribado aquí con mi nave y mis compañeros navegando en el mar de faz vinosa hacia gentes de otro país, hacia Témesa, en pos de bronce, y transporto refulgente hierro. Mi nave está ahí, varada ante el campo a un lado de la ciudad, en el puerto Reitro, al pie del boscoso Neyo.

»Huéspedes el uno del otro por parte paterna podemos jactarnos de ser desde antiguo, si es que vas y se lo preguntas al viejo Laertes, el héroe; que cuentan que ya no viene a la ciudad, sino que soporta sus penas en un lugar retirado en el campo, junto a una anciana sirviente, que cuida de su comida y su bebida cuando la fatiga invade sus rodillas al arrastrar los pies por el terruño de su fértil viñedo.

»Ahora acabo de llegar. Pues me habían dicho que ya estaba en el país tu padre. Pero, por lo visto, le obstaculizan el camino los dioses; que no ha muerto aún sobre la tierra el divino Odiseo, sino que, en vida, en algún lugar está retenido en medio del amplio mar, en una isla batida por las olas, y lo detienen hombres salvajes, feroces, que lo demoran en contra de su voluntad.

»Pero ahora voy a darte un vaticinio, tal cual en mi ánimo lo inspiran los inmortales y como confío que ha de cumplirse, y no porque yo sea adivino de oficio

ni un experto en augurios. Ya no estará largo tiempo lejos de su querida tierra patria, ni aunque lo retengan con cadenas de hierro. Se las ingeniará para regresar, pues es pródigo en tretas.

»Conque, venga, dime y refiéreme sinceramente si tú eres hijo, tan mayor ya, del propio Odiseo. De un modo tremendo te le asemejas en la cabeza y los bellos ojos, a él, cuando con frecuencia nos juntábamos antes de que partiera hacia Troya, donde también zarparon otros, los mejores de los argivos, en las cóncavas naves. Desde entonces ni yo he visto a Odiseo ni él a mí».

A ella, a su vez, le contestó el sagaz Telémaco:

«Pues bien yo te hablaré, huésped, muy sinceramente. Mi madre asegura que soy hijo de éste, yo no lo sé. Pues nunca nadie ha sabido quién le engendró. ¡Ojalá fuera yo hijo de un hombre cualquiera dichoso, al que la vejez le llegara en medio de sus posesiones! Lo que es ahora, de quien resultó ser el más desdichado de los hombres mortales, de ése afirman que nací, ya que me lo preguntas».

Le replicó entonces la diosa Atenea de glaucos ojos:

«En verdad no te dieron una estirpe falta de renombre futuro los dioses, cuando te parió así Penélope. Mas, vamos, dime y explícame detenidamente esto:

»¿Qué banquete, qué reunión es ésta? ¿Qué necesidad tenías de ella? ¿Es un festín, una boda? Porque no es esto una comida a escote. Que me parece que estos insolentes pretendientes banquetean en tu casa sin mesura ninguna. Se enfurecería al ver tales desafueros cualquier hombre sensato que aquí se presentara».

Le replicó entonces el sagaz Telémaco:

«Huésped, ya que me lo preguntas y lo inquieres, se ufanaba antaño esta casa de ser rica e irreprochable, mientras aún estaba en su país aquel hombre. Pero ahora de otro modo lo quisieron los dioses que planearon sus desgracias, que hicieron que él desapareciera de entre todos los humanos. Pues ni con su muerte me habría apenado tanto, ni si junto a sus compañeros hubiera caído en el país de los troyanos o en brazos de sus familiares, tras de haber cumplido su esfuerzo en la guerra; entonces habrían construido un túmulo todos los aqueos, y habría legado a su hijo una gran gloria para el futuro.

»Pero ahora las Harpías lo han arrebatado de manera infame. Desapareció sin rastro, ignorado, y a mí me ha dejado quebrantos y lamentos. Y al llorarle no sollozo por él sólo, ya que otros motivos de duelo me han creado los dioses. Pues todos los nobles que ejercen un mando en las islas, en Duliquio, en Same y en la boscosa Zacintos, y cuantos tienen dominios en la pedregosa Ítaca, todos ellos pretenden por esposa a mi madre y arruinan mi casa. Ella ni rechaza el odioso matrimonio ni puede ponerle un límite. Ellos consumen, devorándola, mi hacienda, y ya pronto acabarán también conmigo».

Le contestó, indignándose, Palas Atenea:

«¡Ay, ay, cuán mucho necesitas al ausente Odiseo, que ponga sus manos sobre los desvergonzados pretendientes!

»Ojalá que, llegando ahora, se plantara en la puerta delantera de la casa, con su casco y su escudo y sus dos lanzas, apareciendo tal cual yo le vi por vez primera cuando bebía y se divertía en nuestra mansión,

al regresar de Efira, del palacio de Ilo Mermérida. Allí fue, en efecto, en su rauda nave Odiseo para solicitar un veneno mortífero con el que le fuera posible untar sus flechas de punta broncínea. Pero aquél no se lo dio, porque sentía temor de los dioses sempiternos; y se lo dio mi padre, que le quería tremendamente. ¡Ojalá que con tal arrogancia se enfrentara Odiseo a los pretendientes! ¡Breve sería el destino de todos y sus bodas amargas!

»Mas desde luego está en las rodillas de los dioses eso, si va a vengarse al regresar a su palacio o si no. Pero a ti te invito a meditar en cómo vas a expulsar a los pretendientes fuera de tu mansión. Vamos, presta atención y aprovecha mis consejos.

»Convoca mañana en asamblea a los héroes aqueos y expónles a todos tu decisión, y que los dioses sean testigos. Ordena a los pretendientes que se vayan, cada uno por su lado, a sus posesiones; y en cuanto a tu madre, si su ánimo la impulsa a casarse, que se retire a la casa de su muy poderoso padre. Le procurarán una boda y le dispondrán muy muchos regalos de dote, cuantos le convienen a una hija querida.

»A ti mismo te aconsejaré francamente, por si me haces caso. Tomando una nave con veinte remeros, la mejor que encuentres, ve a informarte acerca de tu padre tan largo tiempo ausente, a ver si alguno de los mortales te dice algo o si escuchas la voz de Zeus, que de modo supremo lleva la fama a los humanos.

»Primero vete a Pilos y pregunta al divino Néstor, y de allí a Esparta, al hogar del rubio Menelao. Pues él ha sido el postrero en volver de los aqueos de broncínea túnica. Si oyes que tu padre está vivo y que regresa, puedes aún, aunque estés agobiado, soportar

un año más. Pero si escuchas que ha muerto y no vive ya, regresa luego a tu querida tierra patria y eleva una tumba en su honor y dedícale muy numerosas exequias, todas las que es justo, y entrega tu madre a otro hombre.

»Una vez que hayas concluido y ejecutado todas estas cosas, medita entonces en tu mente y tu ánimo de qué modo matar a los pretendientes, si con trampa o abiertamente. No debes andar en niñerías, que ya no tienes tal edad.

»¿Es que no has oído qué gran fama ha cobrado el divino Orestes ante todas las gentes por haber dado muerte al asesino de su padre, a Egisto de traidora mente, el que había matado a su padre? También tú, amigo, pues te veo hermoso y grande, sé valiente, para que cualquiera, incluso de los venideros, hable bien de ti.

»Yo, por mi lado, me voy ya a mi nave rápida y con mis compañeros, que sin duda ya están cansados de aguardarme. Cuídate de ti mismo, y atiende a mis consejos».

Le contestó, a su vez, el sagaz Telémaco:

«Huésped, cierto que me dices eso con ánimo benévolo, como un padre a su hijo, y nunca olvidaré tus palabras. Pero, ea, quédate ahora, por más que desees la partida, hasta que, dándote un baño y habiendo deleitado tu corazón, tengas tu regalo y con ánimo alegre te encamines a tu nave, con un digno obsequio, muy hermoso, que tendrás como un tesoro, de mi parte, como los huéspedes amigos dan a los que hospedan».

Le respondió luego la diosa Atenea de glaucos ojos:

«No me retengas ahora más, que ya anhelo el camino. El regalo que tu corazón te incita a ofrecerme, ya

me lo darás otra vez, cuando vuelva, para que me lo lleve a mi casa, y escogiéndolo muy hermoso. Te valdrá la pena por la compensación».

Entonces, tras de haber hablado así, partióse Atenea de glaucos ojos. Como un pájaro salió volando y desapareció. Le infundió a él coraje y audacia en el ánimo, y le rememoró a su padre aún más que antes. Él lo advirtió en su interior y quedó asombrado en su espíritu, pues se percató de que era un dios. Y al momento se dirigió hacia los pretendientes.

Para ellos cantaba el muy ilustre aedo y éstos estaban sentados en silencio escuchándole. Y él cantaba el regreso cruel de los aqueos, que desde Troya había dirigido Palas Atenea. Y su canto de origen divino lo captó en sus entrañas desde el piso de arriba la hija de Icario, la prudente Penélope. Descendió la alta escalinata de su casa, no sola, sino que la escoltaban dos criadas.

Cuando ella, la divina entre las mujeres, llegó ante los pretendientes, se detuvo ante el pilar central del techo bien trabajado, sosteniendo delante de sus mejillas su tenue velo. A cada lado se colocó, como es natural, una sirvienta sensata. Y luego, llorosa, le habló al divino aedo:

«Femio, tú sabes, sí, muchas otras historias fascinantes de héroes, hazañas de hombres y de dioses, que los aedos hacen famosas. Una cualquiera de ésas canta para éstos, sentado a su lado, y que ellos en silencio beban el vino. Pero deja ese canto cruel, que sin cesar me desgarra el corazón; porque me ha hincado muy a fondo una pena inolvidable. Pues siento la añoranza de su rostro, recordándole siempre, a ese hombre cuya fama es amplia por la Hélade y en el centro de Argos».

A su vez le contestó a ella en réplica el juicioso Telémaco:

«Madre mía, ¿por qué ahora le impides al muy fiel aedo que nos deleite, del modo en que le impulsa su mente? No son en nada culpables los aedos, sino que en cierto modo es Zeus el responsable, quien da a los mortales comedores de trigo lo que quiere y como quiere, a cada uno. No es motivo de indignación contra éste el que cante el triste final de los aqueos. Que los hombres celebran más el canto que les resulta el más novedoso a los oyentes. Que tu corazón y tu ánimo se armen de valor para oírlo. Pues no fue Odiseo el único que perdió el día del regreso en Troya, sino que también muchos otros guerreros allí perecieron.

»Así que vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca, y ordena a las criadas que se apliquen al trabajo. El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa».

Ella quedóse pasmada y se retiró de nuevo hacia dentro de la casa. Pues había guardado en su ánimo la sagaz advertencia de su hijo. Subiendo a las habitaciones de arriba con sus sirvientas lloraba entonces por Odiseo, hasta que un dulce sueño sobre sus párpados derramó Atenea de ojos glaucos.

Los pretendientes atronaron a gritos las umbrosas salas, y todos expresaron sus deseos de acostarse con ella en su lecho.

A éstos se dirigió el sagaz Telémaco con estas palabras:

«¡Pretendientes de mi madre que mantenéis una soberbia insolencia! Ahora disfrutemos del banquete y que no haya alboroto, porque es hermoso el es-

cuchar a un aedo como éste, semejante en su voz a los dioses. Al amanecer iremos todos a tomar asiento en el ágora, para que sin tapujos os diga un discurso: que salgáis de mi palacio y os procuréis otros banquetes, comiendo a vuestras expensas y convidándoos unos a otros en vuestras casas.

»Pero si os parece que es más provechoso tratar de arruinar, sin pago alguno, la hacienda de un solo hombre, arrasadla. Yo invocaré a gritos a los dioses sempiternos que ojalá Zeus permita que vuestros hechos sean retribuidos y que entonces, sin pago ninguno, perezcáis dentro de este palacio».

Así dijo. Ellos, clavando sus dientes en sus labios, admiraron a Telémaco que había hablado con audacia. A su vez le contestó Antínoo, hijo de Eupites:

«Telémaco, en verdad que ahora te enseñan los mismos dioses a ser de palabra altanera y a discursear con coraje. ¡Así no te haga rey el Crónida en la marina Ítaca, lo que por nacimiento es tu herencia paterna!».

Le replicó entonces el sagaz Telémaco:

«Antínoo, sin duda vas a irritarte conmigo por lo que te diga. Justamente eso es lo que quisiera conseguir, si Zeus lo permite. ¿Es que afirmas que es lo peor que les ocurre a los humanos? No es nada malo reinar. Al instante la casa se hace rica y uno mismo es más respetado.

»Pero es cierto que hay otros muchos personajes regios de los aqueos en la marina Ítaca, jóvenes y viejos, y uno cualquiera de ellos puede tener esta dignidad, ya que ha muerto Odiseo divino. En tal caso, yo seré soberano de nuestro palacio y nuestros esclavos, que me trajo como botín de guerra el divino Odiseo».

Le habló entonces Eurímaco, hijo de Pólibo:

«¡Telémaco! Está, desde luego, en las rodillas de los dioses lo de quién ha de reinar en la marina Ítaca sobre los aqueos. Que tú conserves tus riquezas y seas dueño y señor en tu palacio. Ojalá que no llegue algún hombre que te despoje por la violencia de tus posesiones, mientras esté Ítaca poblada.

»Pero quiero, amigo mío, preguntarte sobre el forastero, de dónde es ese hombre. ¿De qué tierra proclama ser? ¿Dónde tiene su linaje y su tierra patria? ¿Acaso trae alguna nueva de tu padre ausente, o ha llegado buscando un provecho propio? ¡Qué pronto se levantó y se marchó, sin esperar a ser reconocido! En verdad que por su aspecto no se parecía a un individuo cualquiera».

A éste le contestó luego el sagaz Telémaco:

«¡Eurímaco, ya se esfumó el regreso de mi padre! Pues ya no me dejo persuadir por noticias de que vuelve de algún lugar, ni confío en un presagio que, llamándome al salón, me cuente mi madre como enviado por los dioses.

»Ése es un huésped mío, por parte paterna, de Tafos. Se jacta de ser Mentes, hijo del prudente Anquíalo y es por tanto soberano de los tafios, amigos del remo».

Así habló Telémaco; pero en su mente había reconocido a la diosa inmortal.

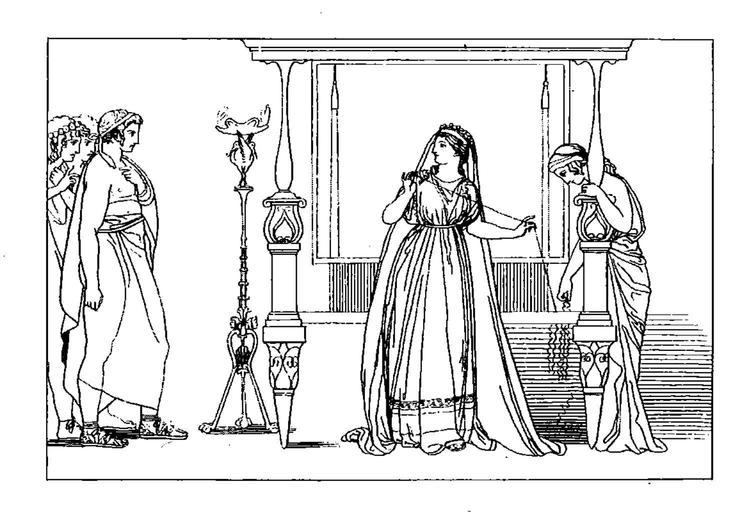
Ellos volvieron a divertirse con la danza y el seductor canto y se quedaron hasta la aparición del lucero vespertino. Y en estas diversiones les llegó el negro anochecer. En tal momento, por fin, con el propósito de acostarse se encaminó cada uno a su casa.

Telémaco se fue entonces a la cama, hacia donde tenía construido su elevado dormitorio en un lugar bien visible en el espléndido patio, y cavilaba mu-

chas cosas en su mente. A su lado le llevaba las antorchas ardientes la leal y digna Euriclea, hija de Ope Pisenórida, que antaño había comprado Laertes con sus propios bienes, cuando era aún una adolescente, y por ella había dado veinte bueyes. La había honrado igual que a una virtuosa esposa en su palacio. Jamás tuvo trato con ella en el lecho; así evitaba el rencor de su esposa.

Ésta llevaba a su lado las ardientes antorchas. Desde luego le quería mucho más que las esclavas, porque le había criado de niño. Abrió él las puertas del bien trazado dormitorio, se sentó sobre el lecho y desvistióse la suave túnica. La dejó en las manos de la cuidadosa anciana. Ella, reajustando los pliegues y estirándola, la colgó de un clavo cerca del torneado lecho. Luego se salió de la cámara, cerró la puerta con el pasador de plata y aseguró el cerrojo con una falleba.

Allí él durante toda la noche, tapado con un vellón de oveja, meditaba en su mente acerca del viaje que le había sugerido Atenea.



CANTO II

Apenas se mostró, surgida al alba, la Aurora de rosáceos dedos, saltó de su cama el querido hijo de Odiseo, revistió sus vestidos, colgóse del hombro la afilada espada y ató a sus tersos pies las hermosas sandalias. Y salió de su aposento, semejante a un dios en su aspecto.

Al punto ordenó a los heraldos de voces sonoras convocar al ágora a los aqueos de larga cabellera. Ellos dieron la proclama y éstos se congregan a toda prisa. Luego que se hubieron reunido y estuvieron todos juntos, se puso en marcha hacia la asamblea. Llevaba en su mano la lanza de bronce y no iba solo, le acompañaban dos rápidos perros. Sobre su persona había vertido la gracia divina Atenea. Todas las gentes le admiraban en su avance. Sentóse en el sitial de su padre y le cedieron el lugar los ancianos.

Entre éstos tomó la palabra el primero Egiptio, un héroe que estaba ya encorvado por la vejez y que sabía mil cosas. Pues un hijo suyo se fue con el divino Odiseo hacia Troya, la de buenos caballos, en las cóncavas naves, el lancero Antifo. Lo había matado el salvaje cíclope en su caverna profunda, y se lo aderezó en su cena como último bocado. Le quedaban otros tres. Y el uno, Eurínomo, se había juntado con los pretendientes, mientras que los otros dos se cuidaban sin descanso de las faenas de su padre. Mas no por ello se había olvidado del primero, y por él sollozaba y gemía. Derramando su llanto tomó la palabra y les dijo:

«¡Escuchadme ahora a mí, itacenses, lo que voy a deciros! Jamás hemos tenido asamblea ni se ocupó este sitial desde que el divino Odiseo zarpó en las cóncavas naves.

»¿Ahora quién nos ha convocado así? ¿A quién tan grave urgencia le apremia? ¿Es de los hombres jóvenes o de quienes son ya mayores? ¿Acaso oyó alguna noticia del regreso del ejército, que nos contará en público, tras haberse enterado el primero? ¿Es que nos va a exponer y a declarar algún asunto de la comunidad? Noble me parece que es, un hombre de provecho. ¡Ojalá le dé Zeus un buen final a lo que medita en su mente!».

Así dijo. Se alegraba de su intervención el querido hijo de Odiseo. No se demoró más rato sentado, sino que decidióse a hablar y se alzó en medio de la asamblea. En su mano depositó el cetro el heraldo Pisenor, experto en sabios consejos. En primer lugar, entonces, dirigió sus palabras al anciano:

«No está lejos, anciano, ese hombre y al momento lo advertirás tú mismo. Soy yo quien ha convocado

al pueblo. Y efectivamente me apremia el dolor. No he oído ninguna noticia del regreso del ejército que pueda deciros en público tras de haberme enterado el primero. Sólo mi propia necesidad, ya que una doble desgracia se abatió sobre mi casa. Por un lado, perdí a mi padre, que fue en tiempos rey entre vosotros y que era amable como un padre. Pero ahora otra es, y mucho más grave, el que pronto van a destrozar por entero mi hogar, y devastarán por completo mi hacienda.

»Los pretendientes de mi madre la asedian contra su voluntad, los hijos de los hombres que son aquí los más distinguidos, que sienten temor a dirigirse a la morada de Icario, para que éste dote a su hija y la entregue a quien él quiera y a ella le resulte grato. Ésos, que frecuentan nuestra casa todos los días, sacrificando vacas y ovejas y gruesas cabras, dan banquetes y beben nuestro rojo vino sin tasa. Nuestros muchos bienes se agotan. Porque no hay un hombre como fue Odiseo para rechazar esa plaga de nuestro hogar.

»Nosotros no somos capaces de defendernos. ¿Es que en adelante vamos a ser gente lamentable y desconocedora del coraje? Pues ya se han cometido acciones insoportables, y mi casa se ha arruinado de modo inicuo. Enfureceos también vosotros y sentid vergüenza de nuestros convecinos, que por acá habitan. Temed la cólera de los dioses, no sea que, hartándose de sus viles actos, os vuelvan la espalda.

»Os lo suplico por Zeus Olímpico y por Temis, la que disuelve o afirma las asambleas de los hombres. Conteneos, amigos, y dejadme que me consuma solo en mi lúgubre pena. A no ser que mi padre, el noble Odiseo, causara daños a los aqueos de buenas grebas, y que vosotros os venguéis por ellos, animando a los

pretendientes. Para mí mejor sería que vosotros os zamparais mis bienes y mi ganado. Pues si vosotros los devorarais, alguna vez obtendría mi revancha. Yo podría luego ir por la ciudad reclamando mis bienes, hasta que se me devolviera todo. ¡Pero ahora infundís en mi ánimo pesares insufribles!».

De tal modo habló, enfureciéndose, y lanzó el cetro al suelo, rompiendo en llanto. La compasión se apoderó de todo el pueblo. Todos los demás quedaron entonces en silencio, y ninguno se atrevió a responder a Telémaco con duras palabras. Antínoo fue el único que le replicó:

«¡Telémaco de altivo lenguaje, incontenible en tu furor, qué arenga has largado, injuriándonos! Quisieras que nos abrumara el reproche. Pero ante ti de nada somos culpables los pretendientes aqueos, sino tu querida madre, que bien aprovecha sus ventajas.

»Porque es ya el tercer año y pronto será el cuarto que lastima el corazón en el pecho de los aqueos. Por un lado a todos les da esperanzas y a cada uno en particular le hace promesas, enviándole recados, pero su ánimo otras cosas planea.

»El último engaño que en su mente tramó es éste: Enhiesta en su amplio telar tejía una tela suave y enorme. Y allí nos dijo a nosotros:

»"Jóvenes que me pretendéis, ahora que ha muerto el divino Odiseo, aguardad en vuestros requerimientos de matrimonio hasta que haya concluido este manto –no se me echen a perder los hilos–, como sudario fúnebre para el héroe Laertes, para cuando lo arrebate el fatal destino de la tristísima muerte, para que ninguna de las aqueas en el pueblo se enoje conmigo de que él yazga sin sudario, después de que poseyó muchas riquezas".

»Así dijo. Y nuestro impulsivo ánimo se dejó persuadir. Conque entonces por el día tejía en el telar la gran tela, y por las noches la destejía, poniendo a su lado unas antorchas. De este modo durante un trienio nos engañó con el truco, y había engatusado a los aqueos. Mas cuando llegó el cuarto año y se presentaron sus estaciones, entonces nos lo reveló una de las mujeres, que la había visto bien, y la sorprendimos a ella, deshaciendo el espléndido tejido. Así que ya lo ha acabado, y a pesar suyo, por la fuerza.

»A ti esta respuesta te dan los pretendientes, para que te enteres en tu ánimo y que lo sepan todos los aqueos: manda afuera a tu madre y ordénale que tome por marido a uno cualquiera que su padre le indique y que a ella le guste.

»Pero si aún persiste en desasosegar por mucho tiempo a los hijos de los aqueos, con esos planes en su ánimo, ya que Atenea le otorgó en extremo ser experta en labores muy bellas y de sutil ingenio y diestra en ganancias, como no hemos oído que lo fueran antes otras aqueas de hermosos tocados, Tiro, Alcmena y Micena de bella corona, que ninguna de ellas conocía pensamientos semejantes a los de Penélope, en ese caso no lo decidió en tu provecho. Porque, entre tanto, desde luego, tu fortuna y tus propiedades son devoradas, mientras que ella mantiene esa decisión, que ahora en su pecho le infundieron los dioses. Gran fama logrará para sí, pero a ti te dejará la nostalgia de tu mucha riqueza.

»Nosotros no nos iremos a nuestras tareas ni a ninguna otra parte hasta que ella despose a uno de los aqueos, al que ella prefiera».

Le respondió luego, en réplica, el sagaz Telémaco:

«Antínoo, de ningún modo me es posible expulsar de mi casa, contra su voluntad, a la que me dio el ser, a quien me crió. Mi padre en algún otro lugar de la tierra vive o ha muerto. Malo es para mí restituirle muchos presentes a Icario, si yo, por decisión mía, le reenvío a mi madre. De su padre, pues, voy a sufrir grandes agravios, y otros me procurará la divinidad, cuando mi madre, al partir de la casa, invoque a las odiosas Erinias. Y contra mí se elevará la cólera de las gentes. Por lo tanto jamás he de dar yo tal orden.

»Conque, si vuestro ánimo se siente ultrajado, salid de mis salas y procuraos otros banquetes, comiendo a vuestras expensas y convidándoos unos a otros en vuestras casas. Pero, si os parece más provechoso lo de saquear impunemente la hacienda de un solo hombre, esquilmadla. Yo clamaré a los dioses sempiternos que ojalá permita Zeus que vuestros hechos sean retribuidos, y que entonces, impunemente, perezcáis dentro de este palacio».

Así dijo Telémaco. Dos águilas en lo alto desde la cumbre de la montaña echó a volar Zeus. Volaron éstas un trecho a la par de las ráfagas del viento, planeando con sus alas extendidas una junto a la otra; pero al llegar al medio de la vocinglera asamblea, entonces, volteando en círculos, agitaron sus crespas alas y avizoraron las cabezas de todos y parecían un presagio de muerte. Desgarráronse con sus uñas los rostros y los flancos y se abalanzaron a la diestra sobre las casas y la ciudad. Ellos quedaron pasmados ante las aves, viéndolas ante sus ojos. Se estremecieron en su interior por las cosas que amenazaban cumplirse.

Y entonces tomó la palabra entre ellos el viejo héroe Haliterses Mastórida. Era, pues, el único de su genera-

ción que se había destacado en distinguir los vuelos de las aves y en revelar sus augurios. Con ánimo benevolente tomó la palabra entre ellos y les dijo:

«Escuchadme ahora a mí, itacenses, lo que os voy a decir.

»Sobre todo como advertencia a los pretendientes voy a decirlo. Pues sobre ellos se arremolina una enorme desdicha. Que Odiseo no estará largo tiempo lejos de los suyos, sino que cerca está ya y a todos ellos les prepara matanza y fatal fin. También para muchos otros, que habitamos la clara Ítaca, habrá desastres; conque meditemos mucho antes, a fin de detenerlo. Que éstos se moderen por sí mismos. Porque, en verdad, para ellos les es más conveniente.

»No profetizo, pues, como inexperto, sino como bien entendido. Así también afirmo que para aquél todo se ha cumplido, como le predije, cuando los aqueos se embarcaron para Ilión, y con ellos zarpó el astuto Odiseo. Le pronostiqué que, tras largos padecimientos, después de perder a todos sus camaradas, desconocido para todos, al vigésimo año regresaría a su patria. Ahora ya está todo cumplido».

Le replicó, a su vez, Eurímaco, hijo de Pólibo:

«Eh viejo, venga, vete a tu casa y profetízales a tus hijos para que no sufran algún daño en el futuro. En esto soy yo mucho mejor que tú para dar vaticinios. Muchos pájaros van y vienen bajo los rayos del sol y no todos son portadores de augurios. Lo que es Odiseo ha muerto lejos. ¡Como ojalá que tú hubieras acabado también con él! Así no hablarías tanto de vaticinios, ni azuzarías así al enfurecido Telémaco, confiando en que tal vez te envíe algún regalo a tu casa.

»Bien, te voy a decir algo que ha de cumplirse también. Si tú, que sabes muchas y antiguas cosas, incitas a un hombre más joven, animándole con tus palabras para que se enfurezca, esto le será a él aún más angustioso, pues a pesar de ello nada podrá hacer. Pero a ti, viejo, te impondremos una multa, que te amargará en el corazón al pagarla. Será un duro dolor para ti.

»A Telémaco delante de todos voy a darle un consejo. Que ordene a su madre que se retire a la mansión de su padre. Le prepararán un matrimonio y le darán regalos de boda muy numerosos, cuantos conviene que aporte en dote una hija querida. Porque no creo que los hijos de los aqueos desistan de su esforzada pretensión; ya que a nadie tememos, desde luego, ni siquiera a Telémaco, no, por muy fanfarrón que sea, ni hacemos caso del vaticinio, que tú, anciano, profieres en vano. Con ello nos resultas aún más despreciable.

»Por lo demás sus bienes van a ser devorados de mal modo y nunca obtendrá compensación, mientras su madre entretenga a los aqueos con su boda. Entre tanto nosotros aguardamos y rivalizamos todos los días por tal triunfo, y no vamos tras otras, con las que sería conveniente a uno y otro casarse».

Le contestó en réplica el sagaz Telémaco:

«Eurímaco y los demás que sois pretendientes ilustres, en esto ya no os suplicaré ni apelaré más ante vosotros. Que ya lo saben los dioses y todos los aqueos. Así que, vamos, dadme una veloz nave y veinte compañeros que a mi lado por aquí y por allí tracen el camino. Pues me iré a Esparta y a la arenosa Pilos a informarme acerca de mi padre tanto tiempo ausente, a ver si alguno de los mortales me cuenta algo o por si

escucho la voz de Zeus, que de modo supremo lleva la fama a los mortales.

»Si oigo que mi padre está en vida y regresa, aunque muy agobiado esté, puedo resistir todavía un año. Pero si oigo que ha muerto ya y que no vive, regresando luego a mi querida tierra patria, levantaré una tumba en su honor, y le dedicaré numerosas exequias, todas las que es justo, y entregaré a mi madre a otro hombre».

Una vez que así hubo hablado, él se sentó, y entre ellos púsose en pie Méntor, que fue camarada del irreprochable Odiseo, y al que éste, al partir en las naves, había encomendado toda su casa, con instrucciones de que obedecieran al anciano y que él lo vigilara todo de firme. Éste, con ánimo amistoso, tomó la palabra y les dijo:

«Oídme ahora a mí, itacenses, lo que voy a deciros. ¡No ha de ser ya benevolente, justo y suave ningún rey, poseedor de cetro, ni guardar en su pecho sentencias ecuánimes, sino que será siempre soberbio y autor de iniquidades! Que nadie de sus gentes, para quienes él era el señor, recuerda al divino Odiseo y cómo era como un padre. No voy por tanto a reprochar a los arrogantes pretendientes que cometan actos violentos en los disparates de su mente. Pues ellos, exponiendo sus cabezas, devoran violentamente la hacienda de Odiseo, y afirman que él ya no volverá. Ahora estoy irritado contra el resto del pueblo, de ver cómo os quedáis todos sentados en silencio y sin intentar siquiera, afrentándolos con vuestras palabras, contener a esos contados pretendientes siendo vosotros muchos».

A éste le replicó Leócrito, hijo de Evénor:

«Méntor, tortuoso, embotado de mente, ¡qué has dicho incitando a que nos detengan! ¡Amargo les sería incluso a hombres aún más numerosos pelear contra nosotros por un festín! Porque, aunque el mismo Odiseo de Ítaca regresara y tramara en su ánimo expulsar de su hogar a los famosos pretendientes que banquetean en su palacio, no se alegraría mucho de su vuelta su mujer que tanto lo echa de menos, sino que él obtendría un triste final para sí mismo, al combatir contra muchos más. No has hablado con acierto. Conque, vamos, que el pueblo se disuelva, cada uno a sus tareas.

»A ése le impulsarán a viajar Méntor y Haliterses, que son desde siempre compañeros de su padre, pero sólo ellos. Pero sentado en Ítaca mucho tiempo, aquí se enterará de las noticias y nunca acometerá tal viaje».

Así dijo entonces, y disolvió la presurosa asamblea. Los demás se fueron cada uno por su lado a su casa, mientras los pretendientes se dirigieron a la mansión del divino Odiseo. Telémaco se retiró lejos a la orilla del mar, y, tras haberse lavado las manos en la espumosa orilla, invocó a Atenea:

«¡Óyeme, divinidad que ayer viniste a nuestro hogar, y me incitaste a partir en una nave por la brumosa mar para informarme acerca del regreso de mi padre tanto tiempo ausente! Todo eso lo demoran los aqueos y sobre todo los pretendientes en su infame soberbia».

Así dijo rezando y a su lado acudió Atenea, que se había asemejado en el cuerpo y la voz a Méntor. Tomando la palabra, decíale palabras aladas:

«Telémaco, en adelante ya no serás cobarde ni estúpido, si algo en ti se ha inculcado el valeroso coraje de

tu padre. ¡Cómo era aquél en cumplir su empeño y su palabra! No va a ser, pues, tu viaje inútil ni incierto.

»Si no fueras un vástago de él y de Penélope, no creo que tú acabaras lo que ahora planeas. Desde luego son pocos los hijos que salen semejantes a sus padres; los más son más débiles y pocos son mejores que su padre. Mas ya que no vas a ser desde ahora cobarde ni estúpido y no careces en absoluto del ingenio de Odiseo, tengo esperanza de que concluyas esta empresa.

»Por lo tanto, olvida la amenaza y la intención de los necios pretendientes, que no son nada sensatos ni justos. Nada saben de la muerte y el negro destino que ya les ronda cerca: que todos van a perecer en un mismo día.

»Para ti el viaje que meditas no va a retardarse ya mucho. En mí tienes, pues, a un leal camarada de tu padre, tanto que he de prepararte una negra nave y yo mismo marcharé contigo. Conque ve a tu casa y reúnete con los pretendientes, consigue provisiones y guárdalas todas en recipientes, el vino en jarras y la harina, sustento de los humanos, en tersos pellejos.

»Yo recogeré en seguida en el pueblo a los compañeros que vengan voluntarios. Muchas naves hay en la marinera Ítaca, nuevas y antiguas. Me fijaré entre ellas en la que sea la mejor. La equiparemos enseguida y la botaremos al anchuroso mar».

Así habló Atenea, hija de Zeus. No se demoró ya más tiempo Telémaco, que había escuchado la voz de un dios. Echó a andar hacia su casa, preocupado en su corazón, y allí encontró a los arrogantes pretendientes en sus salas, desollando cabras y asando cerdos en el patio.

Salió Antínoo riendo al encuentro de Telémaco. Le cogió de la mano y empezó a hablarle y le llamaba por su nombre:

«Telémaco de altanero lenguaje, incontenible en tu furor, que no te preocupe en tu pecho ningún mal acto ni palabra, sino ven a comer y beber conmigo, como antes. Todo eso bien te lo procurarán los aqueos: una nave y unos remeros seleccionados, para que cuanto antes arribes a la muy sagrada Pilos a por noticia de tu famoso padre».

Le contestó en réplica el juicioso Telémaco:

«Antínoo, no me es posible de ningún modo asistir al banquete a vuestro lado, en silencio, y disfrutar sereno de él. ¿No es ya bastante cómo habéis arrasado muchas y valiosas propiedades mías en el pasado, cuando yo era aún niño? Ahora cuando ya soy adulto y al escuchar el relato ajeno me doy por enterado, y ya se me subleva el ánimo en mi interior, intentaré echaros a las funestas Parcas, tanto si me voy a Pilos como si me quedo en mi pueblo.

»Me iré, y no será un viaje baldío el que os anuncio. Lo haré como simple pasajero, ya que no logré ni una nave ni remeros. Así, seguramente, os ha parecido más provechoso».

Así habló, y soltó su mano de la de Antínoo prontamente. En la casa los pretendientes se dedicaban al festín, y lo zaherían y le atacaban con palabras de burla. De este modo hablaba uno de los jóvenes jactanciosos:

«Ya está Telémaco cavilando nuestra matanza. Tal vez vaya a traerse algunos protectores de la arenosa Pilos, o acaso incluso de Esparta, ya que tiene tan enorme ansia. O más, quiere llegarse hasta Efira, tierra exuberante,

para proveerse allí de venenos mortíferos y los va a echar en una crátera y nos destruirá a todos nosotros».

Y otro por otro lado de los jóvenes jactanciosos comentaba:

«¿Quién sabe si, marchando en su cóncava nave, perecerá a lo lejos, errabundo, como Odiseo? Con eso aún más nos aumentaría a nosotros la faena: pues entonces tendríamos que repartirnos toda su hacienda, y luego entregaríamos la casa a su madre y a quien se case con ella».

Así hablaban. Él descendió a la cámara, vasta y de alto techo, de su padre, donde se guardaba en montones oro y bronce, y telas en las arcas, y cantidad de aromático óleo. Allí se encontraban almacenadas las tinajas de vino, sabroso, de muchos años, que albergaban el divino licor puro, colocadas en fila a lo largo del muro, por si alguna vez Odiseo regresaba al hogar, tras sufrir muchos pesares. Estaban cerradas las dobles batientes de la puerta firmemente ensambladas. Allí velaba noche y día la despensera, que todo custodiaba, con la sabiduría de su ingenio, Euriclea, la hija de Ope Pisenórida.

A ésta le dijo Telémaco, habiéndola llamado al aposento:

«Ama, venga, escánciame en unas jarras un vino dulce, el de mejor sabor que haya después del que tú guardas, confiada en el regreso del desventurado, por si, de donde sea, vuelve Odiseo, de estirpe divina, escapando a la muerte y las Parcas. Lléname doce y cúbrelas con sus tapaderas. Échame también harina de trigo en unos pellejos bien cosidos. Que haya veinte medidas de harina fina bien molida. Y que sólo tú quedes enterada.

»Tenlo preparado todo junto. Porque al anochecer vendré a recogerlo, en cuanto mi madre suba a sus habitaciones y se disponga a acostarse. Que me voy a Esparta y a la arenosa Pilos, a informarme acerca del regreso de mi querido padre, por si algo oigo».

Así dijo. Dio un gemido la nodriza Euriclea, y, entre sollozos, le contestó aladas palabras:

«¿Por qué, hijo querido, te vino a la mente ese propósito? ¿Adónde quieres irte por la vasta tierra, tú que eres hijo único y bien amado? Murió él lejos de su patria, en un país de gentes ignotas, Odiseo, de divino linaje. Aquí ésos en cuanto tú te vayas maquinarán daños futuros, para que mueras a traición y ellos se repartan todo lo de aquí. Conque quédate junto a lo tuyo firme. Nada te obliga a sufrir penalidades ni a vagar sobre el estéril mar».

A ella le contestó el sagaz Telémaco:

«Ten confianza, ama, que no sin un dios me vino tal propósito. Júrame sólo que no se lo dirás a mi madre querida hasta que pasen diez u once días o ella sienta mi ausencia y oiga que he partido, a fin de que no llore y se desgarre su hermosa piel».

De tal modo le habló, y la anciana prestó el solemne juramento, por los dioses. Luego que juró y hubo concluido el juramento, al momento le echó vino en los cántaros y le colmó de harina los pellejos bien cosidos. Y Telémaco se fue a la sala a reunirse con los pretendientes.

Entre tanto otra cosa, por su cuenta, decidió la diosa Atenea de ojos glaucos. Tomando la figura de Telémaco andaba por todas partes a lo largo de la ciudad, y a cada hombre al que se acercaba le decía unas frases para invitarles a que, al anochecer, se reunieran al

pie de una nave rápida. Luego ella le pidió a Noemón, el preclaro hijo de Fronio, un ligero navío. Éste se lo ofreció con buen ánimo.

Hundióse el sol y las calles se llenaban de sombras. Entonces botó al mar la rauda nave, y dispuso a bordo todos los aparejos que suelen llevar las naves de buenos bancos de remos. La detuvo al extremo del puerto, y a su alrededor se congregaban todos en grupo. Y la diosa daba ánimos a cada uno.

Y aún otra cosa, por su cuenta, dispuso la diosa Atenea de ojos glaucos. Se puso en camino hacia la mansión del divino Odiseo. Allí derramó sobre los pretendientes una dulce somnolencia, comenzó a echarlos apenas bebían y les derribaba las copas de las manos. Ellos se apresuraban por la ciudad yendo a dormir, y no atendían ninguna demora porque el sueño caía sobre sus párpados.

Entonces a Telémaco se dirigió Atenea de ojos glaucos, llamándole afuera de las pobladas salas, apareciendo con la figura de Méntor en el porte y la voz:

«Telémaco, ya te esperan tus compañeros de hermosas grebas sentados junto a los remos, aguardando la orden de marcha. Así que vayamos y no demoremos más el viaje».

Tras de haber hablado así, le guió presurosamente Palas Atenea. Marchaba él en pos de las huellas de la diosa. Cuando luego llegaron ante la nave y el mar, hallaron allí en la orilla a sus compañeros de larga cabellera. A éstos les habló la sagrada fuerza de Telémaco:

«Pronto, amigos, traigamos las provisiones. Ya están todas reunidas, en efecto, en mi casa. Mi madre nada sabe de esto, ni las otras esclavas, a excepción de una que atendió a mi encargo».

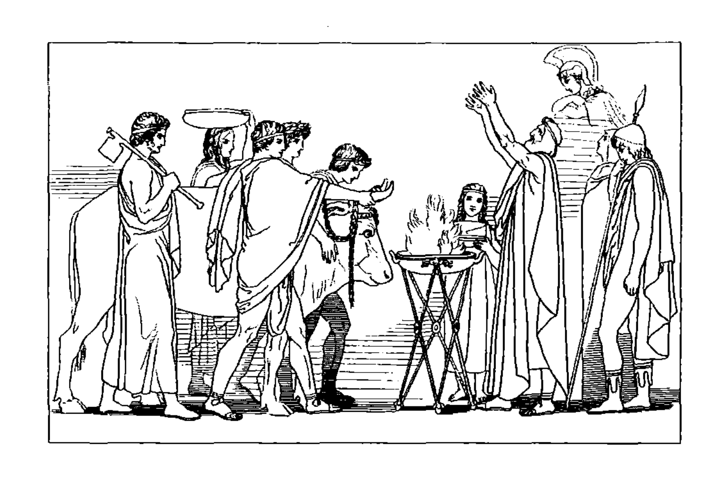
Después de hablar así, los condujo y ellos marcharon tras él. Lo trajeron ellos todo y lo colocaron en la nave de buenos bancos de remeros, como se lo había ordenado el querido hijo de Odiseo.

Subió Telémaco al navío, y le precedía Atenea, que se fue a sentar en la proa de la nave. A su lado sentóse Telémaco. Los demás soltaron las amarras, subieron también a bordo y se sentaron a los remos. Les envió un viento favorable Atenea de ojos glaucos, un céfiro continuado, que resonaba sobre el vinoso mar.

Telémaco, animando a sus compañeros, les ordenó echar mano a las jarcias, y ellos atendieron a sus órdenes. Alzaron el mástil de abeto y lo fijaron erguido en el agujero del centro de cubierta, lo sujetaron con las drizas, y tensaron la blanca vela con correas bovinas bien retorcidas. El viento combó el centro de la vela, y a uno y otro costado de la nave rugía con fuerza el purpúreo oleaje. Corría trazando su camino siempre avante, a través de las olas.

Cuando hubieron ajustado el aparejo en la negra nave, levantaron las copas colmadas de vino e hicieron las libaciones a los dioses nacidos para siempre, y de modo especial a la hija de Zeus, la de los ojos glaucos.

Toda la noche y el alba la nave surcaba su ruta.



CANTO III

Levantóse el sol abandonando el bellísimo mar por el broncíneo cielo para alumbrar a los inmortales y a los mortales perecederos en la tierra que les da sustento. Y ellos llegaron a Pilos, la bien fundada ciudad de Néstor.

Su gente estaba en la orilla del mar sacrificando toros negros por completo, en honor del Sacudidor de la tierra, de oscura melena. Allí había nueve bancos, y en cada uno se sentaban quinientos y se presentaban por cada grupo nueve toros. Mientras probaban las vísceras y quemaban para el dios los muslos de las víctimas, arribaron ellos al puerto, recogieron y replegaron las velas de la equilibrada nave, la fondearon y bajaron.

Telémaco, pues, descendió de su barco y lo guiaba Atenea. Fue la primera en hablar la diosa de ojos glaucos:

«Telémaco, no debe ya retenerte la vergüenza, que no eres un adolescente. A tal fin, en efecto, has pasado la mar ahora, para indagar acerca de tu padre, dónde la tierra lo oculta y qué destino ha encontrado. Conque, va, vete derecho a Néstor, domador de caballos. Sepamos qué planes alberga en el fondo de su pecho. Ve a suplicarle tú mismo, para que te diga la verdad. No dirá nada falso, pues es muy juicioso».

A ella, a su vez, le contestó el sagaz Telémaco:

«Méntor, ¿cómo iré? ¿Cómo voy a saludarle? Todavía no poseo experiencia ninguna en discursos apropiados. Y también es vergonzoso que un hombre joven interpele a uno de más edad».

Le contestó entonces Atenea de ojos glaucos:

«Telémaco, unas cosas las pensarás por ti mismo en tu mente, y otras te las sugerirá acaso una divinidad. Porque pienso que tú no has nacido ni te criaron a espaldas de los dioses».

Después que hubo hablado así, Palas Atenea le condujo presurosamente. Detrás marchaba él tras las huellas de la diosa. Y se presentaron ante la asamblea de los hombres de Pilos en sus bancos. Allá, en efecto, estaba sentado Néstor con sus hijos, y por ambos lados sus compañeros preparaban el banquete, asaban las carnes y ensartaban otras.

En cuanto éstos vieron a los forasteros, acudieron todos en tropel, los saludaban con las manos y les invitaban a sentarse. El primero que vino a su lado fue el hijo de Néstor, Pisístrato, que tomó las manos de los dos y los hizo sentarse en el festín sobre blandos pellejos de oveja, en las arenas de la playa, junto a su hermano Trasimedes y su propio padre. Les ofreció luego unas porciones de las vísceras y les escanció vino en una copa de

oro. Con muestras de respeto dirigió la palabra a Palas Atenea, hija de Zeus portador de la égida:

«Invoca ahora, forastero, al soberano Poseidón. Que es en su honor el banquete al que asistís al venir acá. Luego, en cuanto hayas hecho la libación y la invocación que es de ritual, pásale en seguida la copa de vino dulce como miel a ése para que haga lo mismo, porque pienso que también él ha de elevar su súplica a los inmortales. Porque todos los hombres se sienten dependientes de los dioses.

»Pero es más joven, de mi misma edad. Por eso te daré primero a ti la copa de oro».

Tras de haber hablado así, le ponía a ella en la mano la copa de dulce vino. Se alegró Atenea con el sagaz y justo muchacho, y de que a ella primero le diera la copa de oro.

Y al momento invocó con fervor al soberano Poseidón:

«Escúchame, Poseidón, que abrazas la tierra, y no te opongas a que se nos realicen a nosotros, tus suplicantes, nuestros empeños. Lo primero de todo, otórgales gloria a Néstor y a sus hijos, luego dales a los demás, a todos los pilios, una grata recompensa por tan magnífica hecatombe. Y concede además que Telémaco y yo volvamos tras haber logrado aquello por lo que hasta aquí llegamos en nuestra veloz nave negra».

Así oraba entonces y ella misma le daba cumplimiento. Le entregó a Telémaco la hermosa copa doble. Y de igual modo elevó su plegaria el querido hijo de Odiseo. Luego que se asaron las carnes de por encima y las hubieron apartado del fuego, hicieron las partes y celebraron el muy famoso banquete.

Más tarde, cuando ya hubieron saciado su apetito de bebida y comida, empezó a hablarles el caballero de Gerenia, Néstor:

«Ahora ya, cuando se han saciado de alimento, es mejor momento para charlar y preguntar a nuestros huéspedes quiénes son. ¿Quiénes sois, forasteros? ¿Desde dónde navegáis los líquidos senderos? ¿Es en pos de alguna empresa o andáis vagando sin rumbo por el mar, como piratas que vagan exponiendo sus vidas y llevando consigo la ruina a otras gentes?».

A él le contestó, a su vez, el sagaz Telémaco, animoso. Pues la misma Atenea le había infundido ánimos en su interior, a fin de que le interrogara sobre su padre ausente, y que cobrara luego noble fama entre los humanos.

«¡Oh Néstor, hijo de Neleo, gran gloria de los aqueos! Nos preguntas que de dónde somos. Yo te lo diré con precisión.

»Nosotros hemos venido de Ítaca, al pie del Neyo. Nuestra empresa, que voy a decirte, no es comunitaria, sino privada. Voy en pos del amplio renombre de mi padre, por si en algún lugar oigo hablar de él, del muy sufrido, divino Odiseo, quien dicen que combatiendo a tu lado conquistó la ciudad de los troyanos. Que de todos los demás que en Troya pelearon hemos sabido en dónde pereció cada uno con cruel muerte, pero a él le impuso un ignoto final el hijo de Crono. Nadie puede, en efecto, contarnos de plano dónde ha perecido, si en tierra firme fue derrotado por hostiles guerreros o si acaso quedó en el mar bajo el oleaje de Anfitrite.

»Por esta causa llego ahora suplicante a tus rodillas, por si quisieras referirme la triste perdición de aquél,

si en alguna parte la viste con tus propios ojos, o si oíste el relato de algún otro viajero. ¡Pues muy digno de lástima le dio a luz su madre! Y no me lo endulces por decoro ni por compasión, sino que cuéntamelo bien a fondo, cómo te encontraste con tal noticia. Te lo suplico, si es que alguna vez mi padre, el noble Odiseo, cumplió por entero la palabra o el gesto que hizo como promesa en el país de los troyanos, donde padecisteis pesares los aqueos. Recuérdalo ahora en mi favor y dime la verdad.»

Le respondió luego el caballero de Gerenia, Néstor:

«¡Ah, amigo, cómo a fondo me has rememorado el quebranto que en aquel país sufrimos los hijos de los aqueos, incontenibles en valentía, ya cuando en las naves sobre el brumoso mar navegábamos en busca de botín por donde nos llevaba Aquiles, ya todas las veces que en torno a la gran ciudadela del soberano Príamo combatíamos! ¡Allí cayeron muertos los mejores caudillos! Allá yace el belicoso Ayante, allá Aquiles, allá Patroclo, consejero comparable a los dioses, y allá mi querido hijo, tan fuerte como irreprochable, Antíloco, siempre rápido en la carrera y excelente peleador. Y otros muchos desastres además de éstos soportamos. ¿Quién entre los hombres mortales podría contarlos aquellos todos? No acabarías de informarte, ni quedándote a mi lado cinco o seis años, de cuántos pesares allí sufrieron los divinos aqueos; mucho antes te retirarías afligido a tu tierra patria. Porque durante nueve años urdimos desgracias contra los troyanos, agobiándolos con todo tipo de emboscadas, y a duras penas les puso fin el hijo de Crono.

»Allí nunca ninguno trató de igualarse de frente a tu padre en astucia, pues en gran trecho los aventaja-

ba el divino Odiseo en trucos de todo tipo, tu padre, si es que de veras eres de su sangre. El pasmo me domina al mirarte.

»En verdad que son parecidas vuestras frases, y no se creería que un hombre tan joven hablara de un modo tan justo.

»Por entonces, mientras el divino Odiseo y yo allá estuvimos, jamás en la asamblea o en el consejo tomamos opciones contrarias, sino que unánimemente con inteligencia y sensatez aconsejamos a los aqueos para que les fuera lo mejor posible.

»Pero, luego, después de que habíamos ya arrasado la amurallada ciudad de Príamo y embarcamos en las naves, la divinidad comenzó a dividir a los aqueos, y ya en su mente premeditó Zeus un luctuoso regreso para los argivos, porque en ninguna manera fueron todos prudentes ni justos. Por eso muchos de ellos merecieron un calamitoso final, a causa del rencor funesto de la de los ojos glaucos, la hija del altísimo, que suscitó una disputa entre ambos Atridas.

»Convocaron uno y otro a la asamblea a todos los aqueos, de golpe, es decir sin ningún orden, a la puesta de sol. Acudieron los aqueos, abotargados por el vino, y los dos les proclamaron sus arengas sobre el porqué habían reunido al ejército. Entonces Menelao exhortaba a todos los aqueos a pensar en el regreso sobre el anchuroso lomo del mar, y eso no le pareció bien a Agamenón.

»Pues él quería retener a la tropa y celebrar sagradas hecatombes a fin de conjurar la cólera de Atenea. ¡Insensato! Tampoco sabía esto: que no la persuadiría. Que no se altera en un momento el propósito de los dioses que son para siempre. Así que ambos se pusie-

ron en pie increpándose con duras frases. Los aqueos de hermosas grebas se levantaron con un formidable estrépito. Una decisión distinta satisfacía a uno y otro bando.

»La noche la pasamos agitados recelando ferozmente unos de otros en nuestras entrañas. Desde luego Zeus nos deparaba una avalancha de desgracias.

»Al alborear los unos arrastramos nuestras naves hacia el divino mar. Transportamos a bordo el botín y a las mujeres de fina cintura. Otra mitad de las tropas se quedaba aguardando allá, a las órdenes del Atrida Agamenón, pastor de pueblos. La mitad nos embarcamos y partíamos. Las naves navegaban a todo avante y un dios había allanado la mar de los grandes monstruos. Al llegar a Ténedos ofrecimos sacrificios a los dioses, ansiosos de volver a la patria. Pero Zeus aún no nos había decidido el regreso, tan riguroso que de nuevo, por segunda vez, suscitó una perniciosa rencilla.

»Los otros, volviéndose, fletaron sus naves de combos costados bajo el mando de Odiseo, el prudente soberano, de sinuoso ingenio, para dar otra vez satisfacción al Atrida Agamenón. Yo, sin embargo, con el grupo de naves que me seguía, me alejé, porque había advertido que un dios preparaba desdichas. Y se alejaba el belicoso hijo de Tideo, y dio impulsos a sus compañeros. Luego se nos agregó el rubio Menelao, nos alcanzó en Lesbos cuando nos disponíamos a una larga navegación. O bien navegaríamos por encima de la escarpada Quíos, junto a la isla de Psiria, teniéndola a la diestra, o bien por debajo de Quíos, a lo largo del ventoso Mimante.

»Le suplicábamos al dios que mostrara un prodigio. Entonces él nos lo manifestó y nos indicaba que

cruzáramos por el medio del mar hasta Eubea, a fin de que por el camino más rápido huyéramos de la catástrofe. Comenzó a soplar un viento ligero. Las naves, muy presurosas, surcaban el mar poblado de peces, y de noche arribaron a Geresto. A Poseidón le ofrecimos numerosos muslos de toros, por haber recorrido la vasta superficie marina.

»Fue en el cuarto día ya cuando en Argos los compañeros del Tideida Diomedes, domador de caballos, fondearon sus equilibradas naves. Por mi parte yo mantenía mi rumbo hacia Pilos, sin que cesara el favorable viento que desde un comienzo envió a soplar un dios. Así llegué, sin más noticias, y nada sé de aquéllos, quiénes se salvaron y quiénes han muerto de los aqueos.

»De todas las cosas de que me he informado aposentado en mi palacio, como es justo, te enterarás y no voy a ocultarte nada. Cuentan que volvieron bien los mirmídones intrépidos con sus lanzas, a los que conducía el ilustre hijo de Aquiles, y bien llegó Filoctetes, el claro hijo de Peante. E Idomeneo recondujo a Creta a todos sus compañeros, cuantos escaparon de la guerra, y el mar no le privó de ninguno. Del Atrida también vosotros habéis oído, aunque vivís alejados, cómo regresó y cómo Egisto le había preparado una cruel muerte. Pero, desde luego, ése lo pagó de un modo miserable. ¡Cuán bueno es que un hombre deje, al morir, un hijo, ya que así éste se vengó del asesino de su padre, de Egisto, de mente traidora, que diera muerte a su glorioso progenitor! ¡También tú, amigo, puesto que te veo hermoso y crecido, sé valiente, para que cualquiera incluso de los venideros hable bien de ti!».

Le contestó entonces el juicioso Telémaco:

«¡Oh Néstor Neleíada, gran gloria de los aqueos! Desde luego que le vengó muy bien aquél y los aqueos le darán honor amplio para que lo sepan incluso los venideros. ¡Pues ojalá a mí también me concedieran los dioses tan gran ánimo para vengarme de los pretendientes de ultrajante soberbia, que ejerciendo su desmesura traman contra mí actos que reclaman venganza! Pero no tramaron los dioses tan gran ventura para mi padre y para mí. Ahora, con todo hay que resignarse».

Le respondió a su vez el caballero de Gerenia, Néstor:

«Oh amigo, ya que tú me lo has recordado y lo mencionaste, sí que afirman que numerosos pretendientes de tu madre en tu palacio a despecho vuestro traman daños. Dime: ¿acaso te doblegas de buen grado, o es que la gente de tu pueblo te aborrece, atendiendo al oráculo de un dios? ¿Quién sabe si ha de vengarse aquél un día, al regresar, de esos actos de violencia, presentándose solo o con todos los aqueos?

»¡Ojalá, en efecto, a ti decidiera quererte Atenea de ojos glaucos tanto como tenía afecto por el ilustre Odiseo antaño en el país de los troyanos, donde padecimos penalidades los aqueos! Pues nunca he visto que los dioses quisieran tan claramente a nadie, como claramente le asistía a él Palas Atenea. ¡Ojalá así decidiera quererte y se cuidara de ti en su ánimo! ¡Con eso seguro que más de uno de ellos olvidaría la boda!».

Le respondió a su vez el juicioso Telémaco:

«¡Oh anciano, no creo que tal deseo llegue a cumplirse jamás! ¡Cierto que te has expresado con har-

ta grandeza! El asombro me domina. No me puede acontecer tal cosa, por mucho que lo anhelo, ni si los dioses así lo quisieran».

Le replicó entonces la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Telémaco, ¡qué frase se te ha escapado del cerco de los dientes! Fácilmente puede un dios, si lo quiere, salvar incluso desde lejos a un hombre. Preferiría yo, al menos, llegar a mi hogar y ver el día de regreso, incluso tras de haber sufrido muchos dolores, a volver y morir en el hogar como murió Agamenón, bajo la trampa de Egisto y de su esposa. Pero de muerte semejante ni siquiera los dioses pueden rescatar a un hombre querido una vez que el funesto sino de la tristísima muerte lo ha arrebatado».

A ella le contestó, a su vez, el juicioso Telémaco:

«¡Méntor, no hablemos más de eso, por mucho que nos agobie! Para él ya no es probable el regreso, sino que ya le decidieron los inmortales la muerte y un negro destino fatal. Ahora quiero pasar a otro tema y preguntarle a Néstor, ya que supera en saber de justicia y en cordura a los demás. Porque dicen que ha regido a tres generaciones de hombres. ¡Oh Néstor, hijo de Neleo, cuéntame tú la verdad! ¿Cómo murió el Atrida, el muy poderoso Agamenón? ¿Dónde estaba Menelao? ¿Qué muerte le dispuso Egisto, de mente traidora, que mató a uno mucho más noble? ¿Es que no sucedió en Argos, de Acaya, sino que en algún otro lugar se aventuró y allí cobró valor para darle muerte?».

Le respondió entonces el caballero de Gerenia, Néstor:

«Desde luego que yo voy a decirte toda la verdad. En cierto modo ya te imaginas tú mismo cómo sucedió.

¡Ah, si hubiera encontrado a Egisto aún vivo en el palacio, a su regreso de Troya, el rubio Menelao! En tal caso ni aun muerto le habrían cubierto de un montón de tierra, sino que los perros y las aves carniceras lo habrían desgarrado, tirado en medio del llano, fuera de la ciudad, y ninguna de las aqueas hubiera llorado por él. Tremenda era la acción que acometió.

»Pero nosotros permanecíamos allá cumpliendo muchos peligros, mientras que él, tranquilo en su reducto de Argos criadora de caballos, maquinaba reiteradamente para hechizar a la mujer de Agamenón con sus palabras.

»Sin embargo, al comienzo, se resistía a tan infame crimen la divina Clitemnestra. Porque poseía nobles sentimientos. A su lado tenía además al aedo, a quien mucho le había recomendado el Atrida al zarpar a Troya que tuviera cuidado de su esposa. Pero cuando ya el destino de los dioses decretó que fuera sometida, entonces Egisto se llevó al aedo a una isla desierta y allí lo abandonó como presa y despojo de las aves de rapiña, y a ella con mutuo consentimiento se la llevó a su casa.

»Muchos muslos quemó sobre los altares sagrados de los dioses y numerosas ofrendas dedicó, tejidos y oro, por haber logrado su gran empeño, lo que nunca hubiera creído su ánimo. Nosotros, entre tanto, navegábamos de vuelta de Troya, el Atrida y yo con recíprocos sentimientos de amistad. Mas, al pasar por Sunion, el sacro promontorio de Atenas, allá Febo Apolo dirigió sus prodigiosas saetas al piloto de Menelao y lo mató, mientras en sus manos sostenía el timón de la nave, a Frontis Onetórida, que aventajaba a todas las gentes mortales en pilotar una nave siempre

que soplaban las rachas del viento. Conque aquél se detuvo, aunque ansioso de proseguir el viaje, mientras enterraba a su compañero y se le hacían las exequias funerarias. Pero, cuando al avanzar luego él sobre el vinoso mar con sus naves cóncavas, llegó a toda marcha al escarpado promontorio de Maleas, ya entonces le tenía aparejado un calamitoso camino Zeus, el de amplia voz, y levantó una ventisca de rachas ululantes y se crecieron las olas monstruosas, como montañas. Allá dispersó a los navíos, y a los unos los empujó hacia Creta, por donde habitan los cidones junto a los riachuelos del Járdano. Por allí hay una roca abrupta y cortada a pico sobre la costa, a un extremo de Gortina, sobre el brumoso mar. Allí el Noto precipita el oleaje tremendo contra la punta izquierda, por la parte de Festos, y una encrespada rocalla detiene las grandes olas. Unos navíos entonces por allí arribaron, y con esfuerzos libráronse de la muerte sus hombres, mientras que las naves las destrozaron contra el acantilado las olas. Con otro rumbo cinco naves de proa azul oscura hasta Egipto las llevó y arrastraron el viento y el agua.

»Así pues, él vagó en sus naves recogiendo por allá muchos víveres y oro entre gentes de habla extraña. Mientras tanto Egisto meditaba en su país acciones malignas. Por siete años señoreó en Micenas rica en oro, después de asesinar al Atrida, y al pueblo lo tenía sometido a su poder. Mas al octavo año le alcanzó la desdicha. El divino Orestes volvió de Atenas y mató al asesino de su padre, a Egisto de mente traidora, que había dado muerte a su progenitor. Luego que lo hubo matado celebró un banquete funerario para los argivos, por su abominable madre y por el cobarde Egisto.

»En el mismo día arribó Menelao, bueno en el grito de guerra, que transportaba muchas riquezas, cuanto llevaban de cargamento sus naves.

»Así que tampoco tú, amigo, te vayas errante mucho tiempo lejos de tu patria, dejando en tu casa tus bienes y hombres tan descomedidos. No sea que te lo consuman todo y se repartan tus posesiones y regreses de un viaje con las manos vacías. Así pues yo te invito y te animo a visitar a Menelao. Éste, en efecto, ha llegado hace poco de otras tierras, de entre otras gentes, de donde no confiaría en su ánimo poder volver cualquiera a quien las tempestades le desviaran por una extensión marina tan enorme que ni las aves la recorren en un solo año, porque es desmesurada y tremenda.

»Ve ahora allí con tu nave y con tus compañeros. Y si prefieres marchar por tierra, aquí tienes carro y caballos y aquí están mis hijos, que serán tus guías hasta la divina Lacedemonia, donde vive el rubio Menelao. Suplícale tú personalmente, para que te cuente la verdad. No dirá nada en falso. Que es muy sincero».

Así dijo. Se sumergía el sol y llegó la oscuridad. A ellos les dijo entonces la diosa Atenea de ojos glaucos:

«¡Oh anciano, en verdad que has hablado con acierto! Pero, venga, cortad las lenguas, haced la mezcla del vino, para que, una vez se hagan las libaciones a Poseidón y a los demás inmortales, nos ocupemos del reposo. Que ya es hora de eso. Pues la luz ya se ha adentrado en la tiniebla y no conviene permanecer más rato sentados en el banquete de los dioses, sino volvernos».

De tal modo habló la hija de Zeus y ellos atendieron a sus consejos. Los heraldos derramaron agua so-

bre sus manos, los muchachos colmaron las cráteras de bebida y la distribuyeron entre todos sirviéndola en las copas. Echaron las lenguas al fuego y, poniéndose en pie, hicieron las libaciones.

Tras de haber libado y bebido todo cuanto su ánimo apetecía, al punto Atenea y Telémaco se aprestaron para regresar a su cóncava nave. Pero otra vez los retenía Néstor atrapándolos con sus palabras:

«¡Que Zeus y los otros dioses me libren de tal cosa!; de que vosotros os vayáis de mi lado hacia vuestra nave rauda, como de la casa de un hombre sin ropas y en la miseria, uno que no tiene en casa abundancia de mantas y colchas, y no pueden dormir en blando ni él ni sus huéspedes. Al contrario, yo tengo en mi casa mantas y espléndidas colchas. No va, desde luego, a acostarse el querido hijo de un amigo, de Odiseo, sobre las tablas de su barco, mientras yo viva y queden en mi palacio mis hijos, para honrar a nuestros huéspedes, a quienquiera que se presente en mi palacio».

Le contestó luego la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Bien lo has dicho, querido anciano. Y bien será que Telémaco te obedezca, porque eso es mucho mejor. Así que él se irá contigo ahora, a dormir en las salas de tu casa. Yo partiré hacia la negra nave, para dar ánimos a nuestros compañeros y referírselo todo. Es que me precio de ser el único de edad avanzada entre ellos. Los demás, hombres más jóvenes, nos acompañan por amistad, y son todos de la misma edad que el magnánimo Telémaco.

»Allí puedo descansar en nuestra cóncava nave negra ahora. Y de madrugada saldré hacia los magnánimos caucones donde se me debe una cantidad, no reciente ni pequeña. Tú a éste, después de que haya re-

posado en tu casa, envíalo con un carro y en compañía de tu hijo. Procúrale unos caballos, los que sean más rápidos en la carrera y los más fuertes en resistencia».

Tras haber hablado así, desapareció Atenea de ojos glaucos, tomando la apariencia de un águila. El pasmo se apoderó de cuantos lo presenciaron. Quedóse asombrado el anciano de lo que había visto con sus ojos. Tomó la mano de Telémaco, le dirigió sus palabras y lo llamaba por su nombre:

«¡Oh amigo, tengo confianza en que no serás ni ruin ni cobarde, cuando así tan joven los dioses te acompañan como guías! Pues no era ningún otro de los que tienen mansiones olímpicas, sino la misma hija de Zeus, la muy ilustre Tritogenia, que ya entre los argivos daba honor a tu noble padre. Conque senos propicia, Señora, y dame noble fama para mí y mis hijos y mi honrada esposa. Yo, por mi lado, te sacrificaré una vaquilla de un año de ancha testuz, indómita, que aún no haya sometido al yugo un hombre. Te la ofreceré tras de envolverle los cuernos en oro».

Así habló en su plegaria y le escuchó Palas Atenea. El caballero de Gerenia, Néstor, conducía a sus hijos y yernos hasta su palacio espléndido. En cuanto llegaron a la muy ilustre mansión del soberano, se sentaron uno tras otro en sillas y sillones. En honor de los visitantes el anciano mezcló una crátera de vino de dulce sabor, en su undécimo año, que abrió la despensera y le quitó el precinto. Con aquél hizo el anciano la mezcla en la vasija y con fervor rogó a Atenea, haciendo las libaciones en honor de la hija de Zeus, el portador de la égida.

Luego, una vez que hubieron libado y bebido cuanto su ánimo apetecía, salieron los otros para irse a

descansar cada uno en su casa, y el jinete de Gerenia hizo acostarse allí a Telémaco, el querido hijo del divino Odiseo, en un lecho bien torneado junto al rumoroso pórtico, junto a Pisístrato, buen lancero, capitán de guerreros, aquel de sus hijos que se mantenía soltero en el hogar.

Él, por su lado, dormía en el interior de la elevada mansión y su señora esposa le había dispuesto el lecho y hecho la cama.

Apenas se mostró, surgida al alba, la Aurora de rosáceos dedos, se levantó de la cama el caballero de Gerenia, Néstor, y salió y se sentó en los bancos de piedra pulida, blancos, brillantes de óleo, que estaban delante de las altas puertas. En ellos acostumbraba a sentarse Neleo, consejero comparable a los dioses. Pero éste ya había partido hacia el Hades, vencido por la Parca, y en su lugar se sentaba entonces Néstor, el de Gerenia, baluarte de los aqueos, que heredara su cetro.

A su alrededor se reunieron en grupo sus hijos, llegando de sus habitaciones: Equefrón, Estratio, Areto, Perseo y el divino Trasimedes. En pos de éstos llegó luego el sexto, el héroe Pisístrato. Y a su lado le hicieron sentar a Telémaco, semejante a los dioses, al que condujeron allí. Les comenzó a hablar Néstor, el caballero de Gerenia:

«Con presteza, hijos, cumplidme mi voto, de forma que antes que nada complazca entre los dioses a Atenea, quien de modo patente se presentó en el banquete festivo en honor del dios. Así que, vamos, que uno vaya al llano a por una vaca, a fin de regresar lo antes posible y que un boyero la traiga acá. Y que otro, yendo hasta la nave negra del magnánimo Telémaco, se traiga a todos sus camaradas y deje a dos tan sólo. Y otro,

por otra parte, dé orden de que se presente acá el que derrama el oro, Laerces, para que recubra las dos astas de la vaca. Los demás aguardad aquí todos reunidos, y mandad a los sirvientes de dentro que en nuestro ilustre palacio preparen el banquete y saquen acá asientos, leños, y agua clara».

Así habló, y al punto todos se aprestaron a ello. Vino la novilla del campo, vinieron de la equilibrada nave los compañeros del magnánimo Telémaco, vino el broncista que en sus brazos llevaba los instrumentos de bronce, los útiles de su oficio: el yunque, el martillo y las bien labradas tenazas, con los cuales trabajaba el oro. Vino también Atenea para presenciar el sacrificio.

El anciano conductor de carros, Néstor, dio el oro. Aquél lo preparó y lo derramó en torno de los cuernos de la vaca, para que se regocijara la diosa viendo la ofrenda. Traían a la novilla por los cuernos Estratio y el divino Equefrón. Acudió Areto con el aguamanos que traía de su aposento en un cántaro floreado, y en la otra mano llevaba las molas de cebada en un canastillo. Empuñando el hacha afilada a su lado se colocó Trasimedes, el firme en el combate, para asestar el golpe a la vaca. Perseo sostenía el vaso para la sangre. Y el anciano conductor de carros, Néstor, comenzó las libaciones y a esparcir la cebada, y con fervor suplicó a Atenea, en el rito preliminar, echando al fuego crines de la testuz.

Luego, cuando ya hubo orado y esparcido las molas, el hijo de Néstor, el muy brioso Trasimedes, que estaba al lado, asestó el golpe. El hacha segó los tendones del cuello y quebró el vigor de la vaca. Alzaron el grito ritual las hijas, las nueras y la venerable esposa de Néstor, Eurídice, la mayor de las hijas de Clímenes.

Enseguida algunos levantaron de la tierra de vastos caminos al animal y lo degolló Pisístrato, capitán de guerreros. Una vez que manó su negra sangre y su ánimo abandonó los huesos, al momento lo descuartizaron, le cortaron luego los muslos, todo según el rito, los recubrieron de grasa untándolos por ambos lados y sobre éstos colocaron carnes.

Sobre las brasas los empezó a quemar el anciano, y derramaba las libaciones de vino rojo. Junto a él los jóvenes sostenían en sus manos los asadores de cinco puntas. En cuanto los muslos se hubieron quemado y ellos gustaron las entrañas, trocearon el resto y lo ensartaron en los espetones, y lo asaban sosteniendo en sus manos los asadores puntiagudos.

En tanto dio un baño a Telémaco la hermosa Policasta, la hija más joven del Neleíada Néstor. Después de haberlo bañado y ungido suavemente con aceite, le cubrió con un bello manto y una túnica, y él salió de la bañera con un aspecto semejante al de los dioses. Al punto fue y se sentó al lado de Néstor, pastor de pueblos.

Luego que ellos hubieron asado las carnes y las apartaron del fuego, se sentaron a comer. Nobles varones se erguían para escanciar el vino en áureas copas. Más tarde, cuando colmaron su apetito de bebida y comida, tomó la palabra entre ellos el caballero de Gerenia, Néstor:

«¡Hijos míos, venga, aportad para Telémaco unos caballos de hermosas crines y uncidlos a un carro, para que hagan el viaje!».

Así dijo. Ellos le oyeron y obedecieron sin demora. A toda prisa uncieron al carro los veloces caballos. Sobre él colocó la despensera trigo y vino y provisio-

nes cuales suelen comer los reyes de divina crianza. Telémaco subió al espléndido carro. A su lado, Pisístrato, el hijo de Néstor, el capitán de guerreros, montó y tomó en sus puños las riendas.

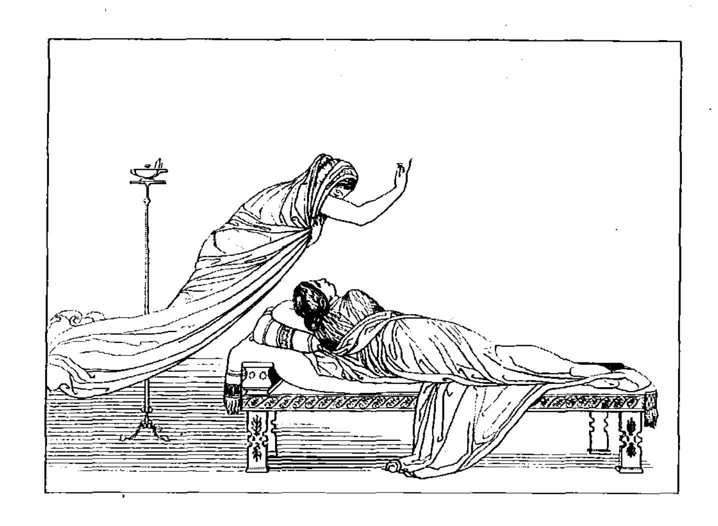
Restalló el látigo para arrear y los dos caballos con propios bríos se precipitaron hacia el llano y dejaron atrás la ciudadela de Pilos elevada.

Durante todo el día agitaron el yugo que sostenían por ambos lados. Se hundía el sol y se ensombrecían todas las sendas, cuando llegaron a Feras, a la mansión de Diocles, hijo de Ortíloco, al que engendró como hijo suyo el Alfeo. Allí pasaron la noche y les ofreció él presentes de hospitalidad.

Apenas se mostró, surgida al alba, la Aurora de rosáceos dedos, uncieron los caballos y subieron al carro de vivos colores; lo sacaron más allá del atrio y del pórtico rumoroso.

Restalló el látigo para arrear y los dos caballos con bríos propios salieron volando. Alcanzaron una llanura de trigales y por allá pronto cumplían su camino. ¡Tan bien los transportaban los veloces caballos!

Se hundía el sol y se ensombrecían todas las sendas.



CANTO IV

Llegaron ellos a los valles de la fragosa Lacedemonia. Y allá se encaminaron al palacio del glorioso Menelao. Le encontraron celebrando con sus muchos parientes un festín por el doble matrimonio de su hijo y de su irreprochable hija. A ésta la enviaba para el hijo de Aquiles, quebrantador de las filas enemigas, porque ya en Troya antaño había prometido y afirmado que se la entregaría y los dioses favorecían el cumplimiento de la boda. Así que él la remitía con cinco carros y caballos para que hiciera el viaje hasta la muy famosa ciudad de los mirmídones, donde aquél era soberano.

Y en Esparta había elegido a la hija de Aléctor para su hijo, el vigoroso Megapentes, que había tenido tardío de una esclava. A Helena los dioses no le concedieron más descendencia después de que en un primer

parto diera a luz a su encantadora hija, a Hermíone, que tenía la belleza de la áurea Afrodita.

Conque allá celebraban el banquete los vecinos y familiares del glorioso Agamenón, gozando del banquete en la gran mansión de alto techo. Para ellos cantaba y tocaba la lira un divino aedo, y dos volatineros, a los sones que marcaba la melodía, pirueteaban en medio de la concurrencia.

Ellos dos, por su parte, detuvieron sus caballos en el atrio del palacio y se quedaron allí, el héroe Telémaco y el ilustre hijo de Néstor. Saliendo a su encuentro los vio el noble Eteoneo, un diligente servidor del glorioso Menelao, y corrió a través del palacio a comunicar la noticia al pastor de pueblos. Acercándosele le dijo estas aladas palabras:

«Menelao de divina estirpe, ahí están unos forasteros, dos hombres, y parecen ser del linaje del poderoso Zeus. Dinos pues si vamos a desuncir sus veloces corceles, o si los despachamos para que vayan a casa de otro que sea su amigo».

Enfadándose mucho le respondió el rubio Menelao:

«No eras tan torpe, Eteoneo Boetoida, en el pasado. Pero ahora balbuceas bobadas como de niño. Cuántas veces hemos comido nosotros en la hospitalaria mesa de otras gentes de camino hacia aquí. ¡Que Zeus nos evite tal necesidad en el futuro! Ve y desunce los caballos de los forasteros e introdúcelos ante todos, para que disfruten del festín».

Así habló. El otro apresuróse en cruzar la sala, y llamó a otros diligentes criados para que fueran con él. Desataron éstos a los caballos sudorosos bajo el yugo y los dejaron atados ante los pesebres de las caballeri-

zas, y les echaron espelta y con ella mezclaron blanca cebada. Apoyaron el carro sobre los relucientes muros, y a ellos los introdujeron en la divina mansión. Se admiraban contemplando el palacio del rey de alcurnia divina, pues había como un fulgor de sol o de luna en el interior de la casa de alto techo del famoso Menelao.

Y cuando se saciaron de lo que veían ante sus ojos, fueron hacia las pulidas bañeras para darse un baño. Y luego, una vez que los sirvientes los hubieron bañado y los ungieron con aceites, los envolvieron en túnicas y mantos de lana, y fueron a sentarse en unos sillones al lado del Atrida Menelao.

Una sirvienta les escanció el agua que traía en un aguamanil de oro sobre una bandeja de plata, para que se lavaran. Y junto a ellos dispuso una pulida mesa. La venerable despensera trajo alimentos y los colocó sobre ella, dejando muchos trozos escogidos en especial favor a los allí presentes. El trinchante les dejó a su alcance, escogiéndoselos, platos con carne de todas clases y les ofreció además unas copas de oro.

Haciéndoles una indicación a ambos les dijo el rubio Menelao:

«Tomad vuestra comida y regocijaos. Luego, cuando os hayáis saciado de la cena, os preguntaremos quiénes sois entre los hombres. Porque no se ha oscurecido en vosotros la estirpe de vuestros padres, sino que sois del linaje de los reyes de divina alcurnia, de los portadores de cetro, porque tal como sois no pudieron haberos engendrado unos villanos».

Así habló y les ofreció el pingüe lomo de un buey, alzando en sus manos el asado que a él mismo le habían servido como una muestra de honor. Y ellos lan-

zaron sus manos sobre las viandas que tenían dispuestas delante.

Luego, una vez que hubieron saciado su apetito de bebida y comida, ya le comentaba Telémaco al hijo de Néstor, arrimando su cabeza para que no le oyeran los demás:

«Observa, Nestórida, grato a mi corazón, el resplandor del bronce, del oro, del ámbar, y de la plata y el marfil, en estos vastos salones. ¡Sin duda que así es por dentro la morada de Zeus!

»¡Cuántos incontables y amplios tesoros! El asombro me deja atónito al contemplarlos».

Captó lo que él decía el rubio Menelao, y dirigiéndose a ellos les dijo palabras aladas:

«Hijos míos, la verdad es que con Zeus no puede rivalizar ninguno de los mortales. Que su palacio y sus riquezas son también imperecederas. De los hombres hay quien rivalice y quien no conmigo en riquezas. Lo cierto es que me las traje tras mucho sufrir y mucho andar errante en mis naves, y al octavo año regresé, costeando sin rumbo Chipre, Fenicia y Egipto. Visité a los etíopes, los sidonios, los erembos, y Libia, donde los corderos al momento echan cuernos y paren las ovejas tres veces en el curso del año. Allí ni el amo ni el pastor están nunca faltos de queso ni carne ni de dulce leche, sino que siempre se la dan con sólo ordeñarlas durante todo el año.

»Pero mientras yo por aquellos confines erraba, recogiendo copiosa fortuna, entre tanto, otro asesinó a traición a mi hermano de improviso, por el engaño de su maldita esposa. Por eso sin alegría soy soberano de estas posesiones.

»Sin duda que habréis escuchado esto a vuestros padres, quienesquiera que sean, porque sufrí muy

numerosos pesares y perdí un palacio, muy bien habitado, que contenía muchas y espléndidas riquezas.

»¡Ojalá habitara en mi casa sólo con un tercio de estos bienes, y estuvieran sanos y salvos mis hombres, aquellos que antaño perecieron en la amplia Troya, lejos de Argos criadora de caballos!

»Pero si bien por todos me lamento y me acongojo muy a menudo, albergado en mi palacio, y unas veces me desahogo con llanto y otras lo contengo –porque es rápido el hartazgo del áspero sollozar–, no me apeno tanto por todos ellos, aunque esté muy dolido, como por uno solo, y eso me hace aborrecer el sueño y la comida, en cuanto le echo en falta, porque ninguno de los aqueos tanto se esforzó cuanto se fatigó y empeñó Odiseo. Por eso iba él a afrontar sus dolores, y yo una angustia inolvidable por él para siempre, ya que así por tan largo tiempo se mantiene ausente, y nada sabemos de si vive o si ha muerto. Sin duda que le lloran el anciano Laertes, la prudente Penélope, y Telémaco, a quien a poco de nacer dejó en su hogar».

De este modo habló. A Telémaco le avivó el anhelo de sollozar por su padre. De sus ojos a tierra cayeron sus lágrimas al oír de su padre, mientras que él levantaba con ambas manos el manto purpúreo ante sus ojos.

Menelao lo advirtió y quedóse perplejo en su mente y su ánimo, dudando si dejarle que él evocara a su padre o si empezar a preguntarle y enterarse de todo.

Y mientras esto cavilaba en su mente y su corazón, de su perfumada cámara de elevado techo vino Helena, semejante a Ártemis, la de la rueca de oro. Para ella enseguida preparó una silla muy repujada Adrasta, y Alcipe le trajo una alfombra de fina lana, y Filo

le aprestó un canastillo de plata que le regalara Alcandra, la esposa de Pólibo, que habitaba en Tebas de Egipto, donde en los palacios atesoran muchísimas riquezas. Éste le había dado a Menelao dos bañeras de plata, dos trípodes y treinta talentos de oro. Y por su lado su mujer ofreció a Helena espléndidos regalos. Le obsequió una rueca de oro, un canastillo redondo de plata, con los bordes recamados de oro. Éste fue el que puso a su lado su criada Filo, que lo trajo colmado de hilo ya devanado, y enseguida instaló a su vera la rueca que tenía una lana de color violeta.

Helena se sentó en su sillón, y bajo sus pies tenía un escabel. Al momento le preguntaba por todo a su esposo con estas palabras:

«¿Sabemos ya, Menelao de divina alcurnia, quiénes entre los hombres proclaman ser estos que han llegado a nuestra casa? ¿Me equivocaré o hablaré con acierto? Mi ánimo me impulsa a ello. Pues afirmo que nunca he visto a nadie tan parecido, hombre o mujer (el asombro me domina al mirarle), como éste se asemeja al hijo del magnánimo Odiseo, a Telémaco, que él, su famoso padre, dejó en su casa a poco de haber nacido, cuando por mí, ¡cara de perra!, marchasteis los aqueos hacia Troya, promoviendo una guerra feroz».

Respondiéndola le dijo el rubio Menelao:

«Así lo confirmo yo ahora, mujer, tal como tú lo sospechas. Porque iguales eran sus pies y sus manos, y las miradas de sus ojos, y su cabeza y, por encima, sus cabellos. Por cierto que, hace un instante, relataba yo, acordándome de Odiseo, cuánto sufrió él esforzándose en mi favor, cuando éste comenzó a verter amargo llanto por debajo de sus cejas, a la vez que alzaba el purpúreo manto ante sus ojos».

Contestóle, a su vez, en réplica el Nestórida Pisístrato:

«Atrida Menelao de divina alcurnia, caudillo de pueblos, éste es, en efecto, el hijo de aquél, tal como decías. Pero es un hombre discreto, y en su ánimo siente recelo a exponer aquí, apenas recién llegado, atrevidas pretensiones ante ti, cuya voz los dos nos complacemos en oír como si fuera la de un dios.

»A mí, por mi parte, me envió el caballero gerenio, Néstor, para escoltarle como guía. Pues estaba ansioso de verte, por si podías darle alguna palabra o gesto de consejo. Muchos dolores, en efecto, tiene en su casa el hijo de un padre ausente, que no posee otras personas que le protejan, como ahora le sucede a Telémaco. Aquél está ausente, y no tiene consigo otros que en su pueblo le puedan defender de la maldad».

En respuesta le contestó el rubio Menelao:

«¡Ay, ay! ¡Qué gran amigo mío era el hombre cuyo hijo ha venido a mi casa, quien por mí padeció numerosos dolores! Le aseguré, sí, que al regresar le estimaría por encima de los demás argivos, si Zeus de amplia voz nos concedía a los dos alcanzar sobre el mar el regreso con nuestras raudas naves. Y en Argos le hubiera ofrecido una ciudad y construido un palacio, haciéndole venir de Ítaca con sus bienes y su hijo y todas sus gentes, y habría vaciado alguna población de las vecinas que me obedecen como su soberano.

»Y al establecerse por aquí nos habríamos reunido a menudo. Y nada nos habría distanciado en nuestra amistad y mutuo contento, hasta que nos encubriera la negra nube de la muerte. Pero acaso eso suscitó la envidia de algún dios, el mismo que a él, desdichado, a él sólo, lo privó del regreso».

Así dijo y en todos ellos avivó un anhelo de llanto. Lloraba la argiva Helena, nacida de Zeus; lloraban Telémaco y el Atrida Menelao. Y ni siquiera el hijo de Néstor mantenía sus ojos sin lágrimas, porque se había acordado en su corazón del irreprochable Antíloco, al que había matado el esclarecido hijo de la luminosa Aurora.

Rememorándolo profirió estas aladas palabras:

«Atrida, que sobre los humanos tú eres en extremo sagaz decía muchas veces el anciano Néstor, cuando te mencionábamos en las salas de nuestro palacio y conversábamos uno con otro. Ahora, pues, si así conviene, tal vez me hagas caso. Yo, desde luego, no encuentro satisfacción en sollozar a los postres de la cena. Que ya vendrá la aurora, surgiendo en la mañana.

»Y no voy a reprochar en absoluto que se llore a aquel mortal que murió y alcanzó su destino. Ése es, en efecto, el único botín de los tristes humanos: cortarse los cabellos y derramar lágrimas por sus mejillas.

»También, en efecto, quedó muerto mi hermano, y no era el peor de los argivos. Tú lo debes saber, ya que yo ni lo encontré ni lo conocí. Pero dicen que a los demás aventajaba Antíloco extraordinariamente, raudo en el correr y excelente luchador».

Respondiéndole dijo el rubio Menelao:

«¡Ah amigo, desde luego que has dicho cuantas cosas podría decir y proponer un hombre inteligente, incluso de mayor edad! En verdad eres hijo de tal padre, al hablar con tanta cordura.

»Pronto se hace famosa la progenie de un hombre a quien el hijo de Crono le otorga semejante ventura de casarse y tener hijos, como en este caso se la concedió a Néstor que puede envejecer por siempre pláci-

damente en su palacio, y que sean sus hijos sagaces y excelentes con las armas.

»Vamos nosotros, pues, a dejar el llanto que antes nos invadió, y de nuevo nos dedicaremos a la cena. Que nos traigan agua para las manos. Y al amanecer serán los coloquios que Telémaco y yo mantendremos uno con otro».

Así dijo. Al momento les escanciaba el agua para las manos Asfalión, el presto servidor del glorioso Menelao. Y ellos sobre los alimentos preparados delante echaron sus manos.

Pero entonces otra cosa decidió Helena, nacida de Zeus. Al punto vertió en el vino que bebían una droga que borraba la pena y la amargura y suscitaba olvido de todos los pesares. Quien la tomara, una vez que se había mezclado en la crátera, no derramaba, al menos en un día, llanto por sus mejillas, ni aunque se le murieran su madre y su padre, ni si ante él cayeran destrozados por el bronce su hermano o un hijo querido y lo viera con sus ojos.

Tales ingeniosos remedios poseía la hija de Zeus, que le había procurado Polidamna, la esposa de Ton, la egipcia, que allí la fértil tierra produce esas drogas, muchas que resultan benéficas en la mezcla, y muchas perniciosas. Cualquier persona entendida en todas ellas se hace un buen médico. Pues, desde luego, son de la estirpe de Peán.

Después, en cuanto la hubo vertido y ordenó que escanciaran el vino, tomó de nuevo la palabra y dijo:

«Atrida Menelao, de divina alcurnia, y vosotros, hijos de nobles guerreros, sabéis que Zeus da unas veces lo bueno y lo malo a unos y a otros. Porque todo lo puede.

»Así que ahora comed sentados en esta sala y gozad de la charla. Voy a contaros, pues, un suceso oportuno. No os relataré ni enumeraré cuántas proezas están en el haber del sufrido Odiseo, sino sólo algo que él acometió y soportó como bravo guerrero en el país de los troyanos, donde sufristeis penalidades los aqueos.

»Lacerándose a sí mismo con infamantes heridas, echándose sobre los hombros unos feos andrajos, semejante a un esclavo, se deslizó en la ciudad de sus enemigos. Al disfrazarse, parecía otro tipo, un mendigo, él que no era nada semejante en las naves de los aqueos. Con esta apariencia se introdujo en la ciudadela de los troyanos. A todos les pasó inadvertido. Y yo sola le reconocí, tal como era, y me puse a interrogarle.

»Él intentó zafarse con astucia. Pero cuando yo le hice bañarse y ungirse con óleo, lo revestí con vestidos y le di un solemne juramento de no revelar ante los troyanos a Odiseo hasta que hubiera alcanzado sus raudas naves y sus tiendas, entonces él me reveló todo el plan de los aqueos. Y, tras de dar muerte a muchos troyanos con el bronce de ancho filo, regresó entre los aqueos, y les llevó abundante información. Mientras otras troyanas elevaban sus agudos sollozos, entonces mi corazón se alegraba, puesto que ya mi ánimo sentía deseos de regresar de nuevo a mi hogar y me arrepentía de mi locura, la que me había inspirado Afrodita cuando me arrastró hasta allí desde mi querida tierra patria, dejando a mi hija y mis aposentos y a mi esposo, que no es inferior a nadie ni en inteligencia ni en gallardía».

Respondiéndole a ella le dijo el rubio Menelao:

«Sí, desde luego que en todo esto, mujer, has hablado como te corresponde. Ya he conocido el talante y la

inteligencia de muchos heroicos guerreros y he recorrido amplio espacio de tierras. Pero nunca vi yo con mis ojos a ningún otro con un corazón igual al del sufrido Odiseo. ¡Cómo actuó y cómo resistió en el interior del caballo de pulida madera el bravo guerrero, cuando estábamos allí metidos todos los mejores de los argivos, llevando a los troyanos la matanza y la destrucción!

»Tú misma te acercaste allí entonces. Debió de incitarte una divinidad que quería dar gloria a los troyanos. Y en tu avance te escoltaba el deiforme Deífobo. Por tres veces rodeaste, tanteándola, la hueca emboscada, mientras llamabas por sus nombres a los mejores de los dánaos, simulando la voz de las esposas de cada uno de los argivos. En aquel momento yo, y el Tideida y el divino Odiseo agazapados en el centro, te oímos cómo gritabas. Y nosotros dos sentimos vivos deseos, excitados, de salir o de responder en seguida desde dentro. Pero Odiseo nos contuvo y nos lo impidió a pesar de nuestras ansias.

»Allí todos lo demás hijos de los aqueos estaban en silencio, y sólo Anticlo se disponía a contestar a tus voces. Pero Odiseo le tapaba la boca con sus manos sin miramientos, y logró salvar a todos los aqueos, y lo contuvo hasta que a ti te apartó de allá Palas Atenea».

Le replicó entonces el juicioso Telémaco:

«Atrida Menelao, de divina alcurnia, caudillo de tropas, eso es todavía más triste. Que en nada le resguardaron tales hechos de la cruel perdición, ni tampoco el que en su interior albergase un férreo corazón.

»Pero, vamos, enviadnos a la cama, para que echándonos, disfrutemos ya del dulce sueño».

Así dijo. Y la argiva Helena dio órdenes a las criadas de que colocaran unas camas en el pórtico y las pro-

veyeran de bellos cobertores purpúreos, y las recubrieran con colchas y les llevaran mantas de lana para cubrirse. Salieron ellas de la sala con una antorcha en las manos e hicieron las camas, mientras a los huéspedes les guiaba un heraldo. De tal modo ellos descansaron allá en el atrio de la casa, el héroe Telémaco y el ilustre hijo de Néstor. El Atrida dormía al fondo de su mansión de alto techo, y a su lado se acostó Helena, de largo peplo, divina entre las mujeres.

Apenas se mostró, surgiendo al alba, la Aurora de rosáceos dedos, saltó de su cama Menelao, diestro en el grito de combate, revistió sus vestidos, colgóse del hombro la afilada espada y anudó a sus tersos pies las bellas sandalias y salió de su aposento, semejante en su aspecto a un dios.

Fue a sentarse junto a Telémaco, le dirigió la palabra y le interpelaba:

«¿Qué empeño aquí te trajo, héroe Telémaco, hasta la divina Lacedemonia a través del vasto lomo del mar? ¿Es asunto privado o algo de tu comunidad? Dímelo con toda franqueza».

Respondióle, a su turno, el sagaz Telémaco:

«Atrida Menelao, de alcurnia divina, caudillo de tropas, he venido a ver si podías contarme alguna nueva sobre mi padre. Mi casa es devorada y están arrasadas nuestras ricas posesiones. El palacio está lleno de hombres hostiles que, como pretendientes de mi madre, sin cesar degüellan incontables ovejas y vacas de lento andar y retorcidos cuernos mostrando una soberbia desmesura.

»Por ese motivo ahora vengo suplicante a tus rodillas, por si quieres hablarme del triste final de mi padre, si es que tú lo has presenciado o si escuchaste tal

relato de algún otro viajero. Pues en extremo digno de lástima le dio a luz su madre. En nada me lo embellezcas por decoro o por compasión, sino que cuéntame con detalle cómo asististe a tal escena. Te lo ruego, si es que alguna vez mi padre, el noble Odiseo, cumplió su palabra o el gesto que te hiciera como promesa en el país de los troyanos, donde padecisteis pesares los aqueos. Acuérdate de ello y cuéntame la verdad».

Le respondió, rebosante de coraje, el rubio Menelao:

«¡Ah, ah! ¡Cuán bravo era el talante de ese hombre en cuyo lecho quisieran acostarse esos que son tan cobardes! Como cuando en el cubil de un fiero león trae una cierva a dormir a sus cervatillos recién nacidos, que aún maman, y luego ella se sale a pastar por las laderas del monte y las herbosas trochas, y luego vuelve el león a su cobijo y a unos y a otra les impone una terrible muerte, así una muerte infame les dará a ésos Odiseo.

»¡Ojalá, pues, oh Zeus, Atenea y Apolo, que tal cual era antaño, cuando en la bien edificada Lesbos se alzó a pelear cuerpo a cuerpo con el hijo de Filomeles, y le derribó rudamente, y se regocijaron todos los aqueos, así, con la misma presencia se enfrentara a los pretendientes Odiseo! ¡Todos iban a tener un pronto final y unas amargas bodas!

»De eso que has venido a preguntarme y ahora me suplicas, no puedo hablarte con evasivas ni desvíos, y no te engañaré; pero de lo que me contó el veraz anciano del mar, sin omitir ninguna palabra, nada te voy a ocultar ni encubrir.

»En Egipto, ansioso ya del retorno, allá me detuvieron los dioses, ya que no les había celebrado las de-

bidas hecatombes, y ellos quieren siempre que sean cumplimentados sus ritos. Hay por allí una isla en medio del embravecido mar, ante la costa de Egipto, a la que denominan Faro, a una distancia como la que recorre una ligera nave en un día, si un viento vibrante le sopla favorable de popa. Allí hay un puerto de buen fondeadero, desde el que las equilibradas naves zarpan a alta mar, tras de hacer aguada en un pozo hondo. Allá durante veinte días me retuvieron los dioses. Y jamás se mostraban los vientos marinos de curso favorable, que son quienes impulsan a las naves sobre el ancho lomo marino.

»Y allí se nos habrían agotado los víveres de a bordo y los ánimos de los hombres de no ser porque una de las divinidades se compadeció y me salvó: la hija del poderoso Proteo, el anciano del mar, Idotea. A ésta, pues, le conmoví sensiblemente el corazón.

»Y ella me salió al paso cuando yo vagaba solitario lejos de mis camaradas, quienes vagando sin rumbo acostumbraban a pescar con sus curvos anzuelos mientras el hambre les roía el estómago. Ella se alzó en pie a mi lado y me dijo:

»"¿Eres así en extremo necio, extranjero, o tan flojo de entendimiento, o es que por propia voluntad te abandonas y te deleitas en sufrir dolores? Porque, desde luego, estás apresado en la isla y eres incapaz de encontrar algún remedio en tanto que ya flaquea el ánimo de tus compañeros".

»De tal modo habló y yo, contestándole, la dije al momento:

»"Voy a hablarte con franqueza, quienquiera que tú seas de las diosas, pues no me encuentro acá detenido por mi voluntad, sino que debo de ser culpable de

algo a los ojos de los inmortales que habitan el extenso cielo. Mas tú, a tu vez, dime, ya que los dioses todo lo saben, cuál de los inmortales es quien me detiene y me ha privado del camino y de la vuelta nevegando sobre el mar rico en peces".

»Así hablé, y en seguida me contestó la divina entre las diosas:

»"Pues bien, yo voy a hablarte con sinceridad, extranjero. Frecuenta este litoral cierto anciano del mar, veraz, inmortal, el egipcio Proteo, que conoce todos los hondones del mar, como súbdito de Poseidón. Cuentan que es mi padre y que él me dio el ser. Si a éste tú de alguna manera pudieras tenderle una trampa y atraparlo, él es quien podría decirte tu rumbo, los términos de tu ruta y el viaje de regreso, cómo vas a regresar por el mar poblado de peces. Incluso puede decirte, divino retoño, si tú lo quieres, lo que ha acaecido en tu palacio, lo bueno y lo malo, mientras tú te encontrabas ausente en tu largo y penoso viaje".

»Así habló y yo, luego, contestándole, dije:

»"Aconséjame ahora tú misma acerca de la trampa para el divino anciano, no sea que la advierta de antemano y, previéndola, se me escape. Porque a un dios le es difícil a un hombre capturarlo".

»Así le dije y al punto me respondió la divina entre las diosas:

»"Pues bien, voy a hablarte con total franqueza, extranjero. Cuando el sol cruza por el medio del cielo, entonces sale del mar el verídico anciano marino, bajo los soplos del Céfiro, envuelto en un sombrío encresparse de olas, y, arribando a la orilla, va a acostarse a una honda gruta. A su alrededor las focas de ágiles aletas, hijas de una bella diosa marina, duermen

amontonadas, saliéndose del espumoso mar, exhalando el acre olor de los fondos marinos.

»"Yo voy a conduciros hasta allí, en cuanto despunte la aurora, para que os tumbéis detrás de ellas. Tú elige bien a tres compañeros, los mejores que tengas en tus naves bien bancadas. Y te revelaré todos los trucos del viejo ese.

»"En primer lugar contará y pasará revista a las focas. Luego apenas las haya enumerado a todas con sus cinco dedos y las haya revistado, se acostará en medio de ellas, como un pastor en medio de sus rebaños de ovejas. En cuanto vosotros le veáis tumbado aprestad entonces vuestro vigor y vuestra fuerza, para apresarle allí aunque se muestre embravecido y se debata para escapar. Lo intentará transformándose en todos los seres que se arrastran por tierra, y en agua, y en repentino fuego. Pero vosotros agarradlo fuertemente y apretadle aún más.

»"Luego, cuando ya él te interrogue con palabras, mostrándose con el mismo aspecto que tenía cuando se echó a dormir, entonces abandonad ya vuestra violencia y soltad al anciano, y preguntadle, héroe, qué dios es el que te acosa y por tu regreso, cómo vas a volver por el mar poblado de peces".

»Tras de haber hablado así, sumergióse en el mar, que encrespó sus olas, mientras yo caminaba hacia donde estaban nuestras naves varadas en las arenas. Y mucho se me alborotaba el corazón mientras caminaba.

»Preparamos la cena y llegó la divina noche, y entonces nos echamos a dormir sobre la orilla marina.

»Apenas se mostró, surgida al alba, la Aurora de rosáceos dedos, entonces me puse en marcha a lo largo

de la costa del mar de innúmeros caminos, suplicando intensamente a los dioses. Conmigo llevaba a tres compañeros, a quienes consideraba de más confianza para cualquier aventura.

»En ese momento la diosa, que se había hundido en el vasto seno del mar, emergió trayéndonos de las aguas tres pieles de foca. Todas ellas estaban recién desolladas. Tenía planeada la emboscada contra su padre. Tras de haber cavado unas hoyas en la arena se sentó esperándonos. Nos aproximamos a ella y nos hizo echarnos uno al lado de otro, y nos tapó con una piel a cada uno. En aquel momento se nos vino encima lo peor de la trampa, porque nos torturaba ferozmente el espantosísimo hedor de las focas criadas en el mar. ¿Pues quién podría acostarse pegado a un bicho marino?

»Mas ella misma nos resguardó y nos ofreció un excelente remedio. Nos trajo ambrosía y nos puso a cada uno bajo la nariz un trozo de olor muy agradable, y así borró la peste de la bestia. Toda la mañana aguardamos con ánimo paciente.

»Las focas surgieron del mar en tropel. Y luego, una tras otra, se fueron tumbando a lo largo de la playa. Al mediodía emergió el anciano del mar, y encontró allí a sus robustas focas; las pasó revista y contó su número. Entre las bestias nos contó a nosotros los primeros, y no sospechó en absoluto en su ánimo que hubiera una trampa. A continuación se tumbó él también.

»Dando gritos nosotros nos echamos encima de él y le atrapamos con nuestros brazos. No se olvidó el anciano de su engañoso arte, sino que en un momento inicial se metamorfoseó en un león de buena melena, y luego en un dragón, en una pantera, y en un

enorme jabalí. Transformóse en un torrente de agua, y en un árbol de altas ramas. Pero nosotros le reteníamos con ánimo decidido. Así que, después de haberse fatigado, el viejo, conocedor de trucos, comenzó a preguntarme con palabras y me dijo:

»“¿Quién, pues, de las divinidades a ti, hijo de Atreo, te ha aconsejado tal ardid, para que me tendieras esta trampa y me apresaras en contra de mi voluntad? ¿Qué necesitas?”.

»Así dijo. Después yo, contestándole, le hablé:

»“Ya lo sabes, anciano. ¿Por qué me lo preguntas, tanteándome? Que aquí, en esta isla estoy detenido y se me encoge en mi interior mi corazón. Conque dime tú, pues los dioses todo lo saben, quién de los inmortales me retiene y me priva de mi viaje, y cómo he de lograr mi regreso por la mar rica en peces”.

»Así le hablé, y él, respondiéndome al punto, me dijo:

»“Pues es que debías haber hecho cumplidos sacrificios a Zeus y a los demás dioses antes de embarcarte, a fin de que lo más pronto posible llegaras a tu patria navegando por el vinoso mar. Porque ahora tu destino es no ver a tus parientes ni arribar a tu bien edificada mansión y a tu querida tierra patria, hasta que de nuevo arribes al sagrado curso del Egipto, río nacido del cielo, y allá hagas sacrificios con una hecatombe consagrada a los dioses inmortales que habitan el anchuroso cielo. Y entonces te franquearán los dioses la ruta que tú anhelas”.

»De tal modo habló, y a mí se me estremeció el corazón, ya que otra vez me instaba a cruzar el tenebroso ponto hacia Egipto en un itinerario largo y penoso. Pero, con todo, respondiendo a sus palabras, le dije:

»“Esto lo voy a realizar tal como tú, anciano, me aconsejas. Mas ahora, dime, y refiéremelo con toda franqueza, si con sus naves volvieron sanos y salvos todos los aqueos a los que Néstor y yo dejamos atrás al regresar de Troya, o si alguno pereció en amarga muerte en su nave o ya en brazos de los suyos, tras de haber combatido en la guerra”.

»Así hablé. Y, al momento, él contestándome dijo:

»“Atrida, ¿para qué me lo preguntas? No es oportuno que tú conozcas eso ni que te enteres de mi saber. Te aseguro que no has de tardar en sollozar en cuanto te informes bien de todo ello. Pues muchos de ésos cayeron, y muchos se quedaron atrás. Pero sólo dos jefes de los aqueos de broncíneas túnicas perecieron en el regreso. En la contienda ya tú estuviste presente. Y, por otra parte, uno aún vivo está retenido en algún lugar en el anchuroso ponto.

»”Ayante sucumbió junto con sus naves de largos remos. Al comienzo Poseidón lo precipitó sobre las grandes rocas de Giras y lo puso a salvo del mar. Y allá habría escapado a la muerte, aunque le era odioso a Atenea, de no haber proferido una frase de desaforada soberbia y haber desvariado en exceso. Se jactó de que en contra de la voluntad de los dioses escapaba del gran abismo marino. Y le oyó Poseidón cuando de ese modo tanto se envanecía. Al instante, blandiendo en sus robustas manos el tridente, golpeó la roca Girea y la partió en dos. Y de los fragmentos el uno quedó allí y se hundió en el mar el otro, en el que se encontraba Ayante en el momento de su gran desvarío. Y lo arrastró al fondo del inmenso mar embravecido. De tal modo murió entonces éste, pues se ahogó en el salado oleaje.

»"Pero tu hermano escapó y logró evitar, entonces, a las Parcas, en sus ligeras naves. Le puso a salvo la soberana Hera. No obstante, cuando ya iba a doblar el escarpado promontorio de Maleas, allí le arrebató una tempestad y le arrastró por el alta mar poblada de peces, en medio de su gran congoja, hasta un confín del predio en donde antaño tenía su mansión Tiestes, y que ya entonces habitaba el hijo de Tiestes, Egisto. De modo que desde allí parecía que su regreso sería sin pesares. De nuevo los dioses mudaron el viento favorable, y ellos consiguieron arribar a su patria.

»"Alborozado puso, en efecto, los pies en suelo patrio, y paseaba y besaba su tierra patria. Cálidas lágrimas fluían de sus ojos, al ver la tierra tan amada.

»"Y entonces desde una atalaya le avistó un centinela, que allí había llevado y apostado Egisto de traicionera mente, y a éste le había prometido como salario dos talentos de oro. Vigilaba allá todo el año para que no le pasara desapercibido al cruzar por aquel lugar y pudiera luego recobrar su coraje guerrero. Se precipitó a dar la noticia al pastor de pueblos. Y en seguida Egisto dispuso una trampa taimada.

»"Eligiendo entre el pueblo a los veinte mejores guerreros, proyectó la emboscada mientras que, por otro lado, ordenaba preparar un festín. Pronto salió con caballos y carros a aclamar a Agamenón, rumiando sus infamias. Sin que él lo advirtiera, lo atrajo a la muerte, y lo asesinó en el banquete, como quien mata a una vaca ante el pesebre. Ninguno de los compañeros del Atrida sobrevivió, de los que lo escoltaban. Y ninguno tampoco de los de Egisto, que fueron aniquilados en su palacio".

»Así habló. A mí entonces se me desgarró el corazón, y me eché a llorar tendido sobre la arena, y mi ánimo ya no deseaba vivir por más tiempo ni ver la luz del sol.

»Al cabo de un rato, cuando ya me sacié de llorar y de revolcarme, de nuevo entonces me habló el verídico anciano del mar:

»"Hijo de Atreo, no persistas en llorar por más tiempo tan obstinadamente, porque no vamos a encontrar ningún remedio. Ahora esfuérzate a toda prisa en arribar por fin a tu tierra patria. Que a ése lo encontrarás vivo, o ya lo habrá matado Orestes, adelantándose, y tú podrás asistir a su entierro".

»Así habló. Mi corazón y mi noble ánimo de nuevo se caldearon, aunque estaba muy acongojado, y, dirigiéndome a él, le dije estas aladas palabras:

»"Ya me he enterado acerca de esos dos. Ahora háblame del tercero, del que aún con vida se halla retenido en el anchuroso ponto, o quizás ya muerto. Quiero, aunque acongojado, saber de él".

»Así hablé. Y él, respondiéndome en seguida, me dijo:

»"Es el hijo de Laertes, que tenía su morada en Ítaca. A éste lo vi en una isla, derramando abundante llanto en la mansión de la ninfa Calipso, que lo retiene a su pesar. Y él no puede regresar a su tierra patria. Porque no tiene nave remera ni compañeros, que le pudieran transportar sobre el anchuroso lomo del mar.

»"En cuanto a ti, Menelao de divina estirpe, no es tu destino morir en Argos criadora de caballos y acabar tu sino mortal, sino que los dioses te llevarán al Campo Elisio en los confines de la tierra, donde habita el

rubio Radamantis. En ese lugar es dulcísima la existencia de los hombres. No existe allí la nieve ni el denso invierno ni jamás hay lluvia, sino que permanentemente envía el Océano las brisas del Céfiro de soplo sonoro para refrescar a los humanos. Porque tienes por mujer a Helena y por ella eres yerno de Zeus".

»Después de haber hablado así, hundióse en el oleaje del mar. A continuación yo me encaminé, con mis heroicos camaradas, hacia las naves, y mucho se me estremecía el corazón en mi caminar. Luego, apenas llegamos a la nave y la costa, preparamos la cena y nos envolvió la noche inmortal. Y en tal momento nos echamos a dormir en la playa marina.

»En cuanto apareció, surgida al alba, la Aurora de rosáceos dedos, nos apresuramos a botar las naves al divino mar, y allí colocamos los mástiles y las velas sobre las equilibradas naves, y los hombres subieron a bordo, se apostaron en sus bancos y, sentados en hilera, batían con sus remos el espumante mar.

»De nuevo detuve mis navíos al borde del Egipto, río venido del cielo, y allí llevé a cabo hecatombes perfectas. Luego, tras de haber aplacado la cólera de los dioses sempiternos, alcé un túmulo en honor de Agamenón, para que su gloria persista irrestañable.

»Tras cumplir todo esto me lancé a navegar, y los inmortales me otorgaron un viento propicio, y ellos me condujeron raudamente hasta mi querida patria.

»Pero, vamos, quédate ahora en mi palacio, durante diez u once días. Y al cabo de éstos te haré una buena despedida y te daré espléndidos regalos: tres caballos y un carro bien labrado. Y además te obsequiaré una hermosa copa, para que hagas libaciones a los dioses inmortales todos los días acordándote de mí».

Le respondió luego el sagaz Telémaco:

«Atrida, no me retengas más aquí por mucho tiempo. Pues, desde luego, durante un año entero me quedaría aposentado en tu casa, y no se apoderaría de mí la nostalgia de mi hogar ni de mis padres. Que con oír tus palabras y tus relatos me deleito de modo imponente. Pero ya estarán quejosos mis compañeros en la muy divina Pilos, y tú me albergas aquí desde hace tiempo.

»El regalo que estás dispuesto a darme, que sea un objeto de guardar. Los caballos no me los voy a llevar a Ítaca, sino que te los dejaré aquí como un presente para ti mismo. Pues tú eres soberano de una vasta llanura, en la que hay abundante loto, juncia, trigos, espeltas, y blanca cebada de amplia espiga. Pero en Ítaca no hay caminos anchos ni prado alguno. Es terruño de cabras y más apetecible para ellas que para caballos. Ninguna de las islas en pendiente sobre el mar es buena para correr caballos ni tiene buenos prados. Y menos que ninguna Ítaca».

Así habló. Y se sonrió Menelao, diestro en el grito de combate, le acarició con la mano y le dijo con afecto:

«Eres de sangre noble, querido hijo, que tales cosas dices. De acuerdo, yo cambiaré esos regalos, que bien puedo. De entre los objetos valiosos todos que tengo atesorados en mi casa, te daré el que es el más bello y más preciado. Te voy a regalar una crátera bien tallada. Es toda de plata y sus bordes están recubiertos de oro. Es un trabajo de Hefesto. Me la obsequió el héroe Fédimo de los sidonios, cuando me hospedó en su hogar, en mi regreso hacia acá. Ésta es la que quiero regalarte a ti».

En tanto que ellos tales coloquios tenían uno con otro, acudían los invitados al palacio del divino monarca. Los unos traían ovejas, otros aportaban excelente vino. Sus esposas de hermosos velos les enviaban el pan. Así ellos se disponían al banquete en las salas del palacio.

Entre tanto, los pretendientes frente al patio del palacio de Odiseo se divertían lanzando discos y jabalinas sobre el liso pavimento, donde desde tiempo atrás solían manifestar su insolencia. Antínoo estaba allí sentado y, a su lado, Eurímaco de divino porte, como jefes de los pretendientes. Eran los mejores en mucho por su excelencia.

Llegando junto a ellos Noemón, el hijo de Fronio, interrogando con sus frases a Antínoo, le dijo:

«Antínoo, ¿acaso sabemos en nuestras previsiones algo, o no, de cuándo va a regresar Telémaco de la arenosa Pilos? Se fue llevándose mi barco, y ahora lo necesito para pasar a la extensa Élide, donde tengo doce yeguas y con ellas unos laboriosos mulos aún indómitos. De éstos quisiera traerme alguno y domesticarlo».

Así habló. Y ellos se quedaron pasmados en su ánimo. Porque no se imaginaban que hubiera zarpado hacia Pilos, la de Neleo, sino que estaría por allá en algún lugar de sus campos, con los ganados o con el porquerizo.

Entonces le interpeló Antínoo, el hijo de Eupites:

«Dime con franqueza, ¿cuándo partió y quiénes con él? ¿Jóvenes escogidos de Ítaca le acompañaban? ¿Tal vez sus propios jornaleros y esclavos? Pues de uno u otro modo ha podido obrar. Y dímelo con sinceridad, para que quede bien enterado, si te arrebató con

violencia, contra tu voluntad, la negra nave, o si se la diste de buen grado, después de que te lo pidiera en un discurso».

Le contestó Noemón, hijo de Fronio:

«Yo se la di de buen grado. ¿Qué hubiera hecho cualquiera, cuando un hombre de tal calidad, con inquietudes en su ánimo, se lo suplicaba? Difícil le sería negarse a tal concesión.

»En cuanto a los que iban con él, eran jóvenes, quienes más destacan en el pueblo entre nosotros. Y entonces vi que como su jefe se embarcaba Méntor, o un dios, que a ése se le parecía en todo. Pero esto me tiene asombrado. Que acá vi ayer por la mañana al divino Méntor, y entonces se embarcó en la nave hacia Pilos».

Después de haber hablado así, se encaminó a la casa de su padre. A ellos, a ambos, se les enfureció el orgulloso ánimo. Hicieron sentarse a los pretendientes en un grupo y que cesaran sus juegos. Y les dirigió la palabra a éstos Antínoo, hijo de Eupites, encolerizado. Sus entrañas se habían colmado plenamente de furia, ennegreciendo por ambos lados, y sus ojos se asemejaban al fuego centelleante.

«¡Ah, ah! ¡Con cuánta insolencia ha llevado a cabo su acción! Ya tiene ahí Telémaco su viaje. ¡Y asegurábamos que no lo lograría! En contra de la voluntad de tantos el joven muchacho se ha largado sin más, botando al mar el barco y eligiendo a los más capaces en el pueblo. Pronto comenzará a ser ya una amenaza. ¡Mas ojalá Zeus destruya su fuerza antes de que traspase el límite de la adolescencia!

»Pero, venga, dadme una nave rápida y veinte compañeros, a fin de que le prepare una emboscada a su vuelta, y voy a acecharle en el paso entre Ítaca y la en-

crespada Samos, para que le sea funesta esta navegación en busca de su padre».

Así dijo. Entonces todos lo aclamaban y le daban ánimos. Al momento después, levantándose, se dirigieron al palacio de Odiseo. Mas tampoco Penélope anduvo largo tiempo ignorante de los planes que los pretendientes cavilaban en sus entrañas. Porque se lo contó el heraldo Medonte, que se había enterado de sus propósitos cuando estaba fuera en el patio, allí donde ellos tramaban su emboscada. Y corrió a comunicárselo a Penélope, atravesando el palacio. En cuanto se detuvo en su umbral le saludó Penélope:

«¿Heraldo, a qué te han enviado los arrogantes pretendientes? ¿Acaso a decir a las criadas del divino Odiseo que abandonen sus tareas y les preparen a ellos el banquete? ¡Ojalá que sin más pretender y sin reunirse en otro lugar acá celebraran su festín final y último! ¡Vosotros, que con vuestros continuos banquetes arruináis una gran hacienda, la herencia del prudente Telémaco! Nada escuchasteis a vuestros familiares, cuando erais niños, de cómo se comportaba Odiseo con vuestros padres, sin hacer nada injusto a nadie, sin siquiera proponerlo ante el pueblo. Ése suele ser el comportamiento habitual de los divinos reyes, que entre los humanos a uno lo detestan y aman a otro. Pero él jamás, en absoluto, había causado un daño irreparable a nadie. En cambio vuestras intenciones y vuestras inicuas obras están a la vista. Y no hay en adelante ninguna gratitud para quienes hacen el bien».

A ella le respondió Medonte, que albergaba sagaces ideas:

«¡Pues ojalá que ahora, reina, ése fuera el peor mal! Que hay otro mucho más grave y más doloro-

so que los pretendientes maquinan, y ojalá no se lo cumpla el hijo de Crono. Guardan el propósito de asesinar a Telémaco con el afilado bronce en cuanto él vuelva a la casa. Zarpó en pos de nuevas sobre su padre a la muy divina Pilos y a la sagrada Lacedemonia».

Así dijo. A ella le desfallecieron las rodillas y el corazón. Y por largo trecho el asombro le arrebató las palabras. Ambos ojos se le colmaron de lágrimas y su cálida voz quedó apagada. Luego al fin le respondió y se dirigió a él con estas palabras:

«Heraldo, ¿por qué se ha marchado mi hijo? Ningún apuro le urgía a embarcarse en los barcos de puntiaguda proa, que son para nuestros hombres caballos del mar, que los trasportan sobre la extensión de las aguas, la vasta planicie. ¿Es acaso para que no quede siquiera su nombre entre sus gentes?».

A ella la contestó luego Medonte, que albergaba sagaces ideas:

«No sé si algún dios le ha incitado o su propio ánimo le impulsó a marchar hacia Pilos, para informarse acerca de su padre, de su regreso o de qué destino le ha alcanzado».

Después que hubo hablado así, se retiró a través de la mansión de Odiseo.

A ella la invadió una pena que la aniquilaba y ni siquiera tuvo ánimos para sentarse en una silla, de las muchas que había en el palacio, sino que se agazapó sobre el umbral de su bien construido dormitorio, sollozando lastimosamente. A su alrededor sollozaban todas las criadas que había en la mansión, jóvenes y viejas. A ellas, entre incontenibles gemidos, les dijo Penélope:

«Oídme, amigas. En demasía me ha dado dolores el Olímpico, por encima de todas las demás mujeres que en mis tiempos se criaron y fueron. Yo que, primero, perdí a mi noble esposo de ánimo leonino, destacado por virtudes de toda clase entre los dánaos, tan noble que su fama amplia se extiende por Grecia y el corazón de Argos.

»Ahora, en otro embate, las tormentas me han arrebatado a mi hijo querido, lejos de mis estancias, sin gloria, y ni siquiera me enteré de su partida.

»Crueles vosotras, que no os decidisteis en vuestro corazón ninguna a despertarme en mi lecho, sabiendo bien en vuestro interior cuándo él se marchaba en su cóncava nave negra. ¡Ah, si yo me hubiera enterado de que él se lanzaba a tal viaje! Entonces seguro que se habría quedado, por muy ansioso que estuviera del camino, o me habría dejado muerta en este palacio.

»Pero que alguien vaya a llamar, aprisa, al viejo Dolio, el esclavo mío, el que me donó mi padre cuando vine a esta casa y que está al cargo de mi jardín de muchos árboles, para que muy rápido se presente ante Laertes y le cuente todo esto, a ver si él, forjando en su mente algún plan, acude a dar un susto a estas gentes que arden en ansias de acabar con el vástago del divino Odiseo».

Entonces le contestó su querida aya Euriclea:

«Hija querida, mátame ahora tú con el fiero bronce o déjame en palacio. De ningún modo he de ocultarte mi relato.

»Yo sabía todo eso, y le proporcioné cuanto me pedía: trigo y vino dulce. Y logró también de mí un solemne juramento: que no te lo confesaría hasta

que llegara el duodécimo día, o que tú misma sintieras anhelos de enterarte de su ausencia, para que no desgarraras con tus llantos tu bella piel. Así que, dándote un baño, revistiendo tu cuerpo con vestidos limpios, y subiendo a tus aposentos altos con tus servidoras, haz súplicas a Atenea, hija de Zeus portador de la égida. Porque ella, en efecto, va a salvarle incluso de la muerte. Y no agobies a un anciano ya agobiado. Que no creo que sea muy aborrecida de los dioses felices la estirpe del Arcisíada, sino que aún, sin duda, sobrevivirá alguno de los suyos, que posea estas salas de alto techo y los fértiles campos de lejanos mojones».

Así habló, y calmó el gemir de Penélope y contuvo el llanto de sus ojos. Ella se dio el baño, revistióse el cuerpo con limpios vestidos, subió a las habitaciones superiores con sus criadas, y aprestó las molas de cebada en un canastillo y suplicó a Atenea:

«¡Escúchame, hija de Zeus portador de la égida, incansable!

»Si alguna vez en tu honor en palacio el ingenioso Odiseo quemó muslos pingües de vaca o de oveja, recuérdalo ahora y ponme a salvo a mi hijo querido, y ampáralo de los pretendientes que se exceden en su soberbia».

Tras de orar así, dio el grito ritual, y la diosa atendió a su ruego.

Los pretendientes alborotaban en las umbrosas salas. Y de esta manera hablaba uno de los jóvenes ufanándose de su soberbia:

«Seguro que la reina tan cortejada prepara ya sus bodas con alguno de nosotros, y nada sabe de la muerte que pende sobre su hijo».

Así decía entonces uno. Pero no sabían lo que estaba por venir. Entre ellos tomó la palabra Antínoo y les dijo:

«¡Insensatos! Rehuid las aclaraciones jactanciosas todos por igual, no sea que alguien vaya a referirlas ahí adentro también. Pero, vamos, levantémonos y cumplamos en silencio nuestro plan, que ya está decidido en la mente de todos nosotros».

Tras de haber dicho esto, eligió a los veinte mejores hombres, y se pusieron en marcha hacia la veloz nave y la orilla del mar. Conque primero botaron al mar profundo la embarcación, y en ella afirmaron el mástil y las velas del negro navío, y sujetaron los remos con cabos de cuero, todo en orden, y desplegaron las velas blancas. Les trajeron las armas sus fieros sirvientes. Anclaron la nave en aguas de hondo calado y desembarcaron luego. Allí tomaron la cena mientras aguardaban la llegada de la noche.

Mientras tanto la prudente Penélope estaba echada en su aposento, en ayunas, sin probar comida ni bebida, meditando si su irreprochable hijo lograría escapar de la muerte, o si sucumbiría vencido por los ensoberbecidos pretendientes. Cuantas angustias fantasea un león en medio del acoso de los cazadores, cuando le acorralan en un cerco traicionero, tantas la acosaban a ella hasta que le sobrevino el dulce sueño. Durmióse echada allí, y se disolvieron todas sus angustias.

Allí otra cosa planeó la diosa de los ojos glaucos, Atenea. Plasmó una figura y la hizo idéntica al cuerpo de una mujer, al de Iftima, la hija del magnánimo Icario, a quien había desposado Eumelo que en Feras tenía su morada. Y la envió al palacio del divino Odiseo,

para que consolara a la gimiente y llorosa Penélope en su sollozar y su lastimosa pena.

Penetró en su dormitorio a través de la argolla del cerrojo, y se irguió ante su rostro y le dijo estas palabras:

«Penélope, ¿duermes acongojada en el fondo de tu corazón? No consienten los dioses de vida fácil que sigas llorando y angustiándote, porque ya se halla en el camino de regreso tu hijo. Y no es de nada culpable ante los dioses».

Le contestó a ella entonces la prudente Penélope, que dormitaba muy suavemente en el umbral de los sueños:

«¿A qué has venido acá, hermana? Nunca antes me has visitado, porque desde luego habitas en un palacio a larga distancia. Y ahora vienes y me invitas a cesar en mi pena y mis muchos sufrimientos, que me angustian en mi mente y mi ánimo, a mí, que ya perdí a mi noble esposo de corazón de león, destacado por virtudes de toda clase entre los dánaos, tan noble que su fama se extiende por toda Grecia y el centro de Argos. Ahora, en otro lance, mi querido hijo se marchó en una cóncava nave, el niño que no sabe bien de empresas ni de parlamentos. Por él ahora yo me acongojo aún más que por su padre, por él estoy temblando y siento temor de que algo le ocurra, bien entre las gentes del país al que fue, o en alta mar. Que muchos enemigos andan maquinando contra él, deseosos de darle muerte antes de que vuelva a su patria».

Respondióle entonces en réplica el vano fantasma:

«Ten confianza y no te amedrentes en demasía en tu ánimo. Que con él como guía viaja quien otros hombres rogarían que les asistiera, pues tiene poder

para ello, Palas Atenea. Y se compadece de tu llanto. Ella me ha enviado a contarte estas cosas».

La respondió la prudente Penélope luego:

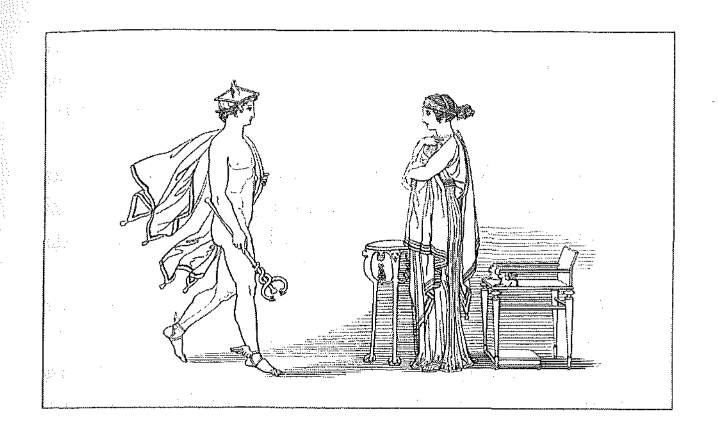
«Pues si eres una diosa y has escuchado la voz de la divinidad, vamos, cuéntame también algo sobre el desventurado ausente, si es que todavía vive, o si ha muerto ya y está en las moradas de Hades».

Respondióle entonces en réplica el sombrío espectro:

«No te diré nada claramente sobre él, ni si vive o si ya ha muerto. Malo es difundir lo que es incierto».

Después de hablar así se desvaneció a través del cerrojo de la puerta en los soplos del viento. Y ella se recobró del sueño, la hija de Icario. Su corazón se había reanimado con el claro sueño que le había llegado en lo profundo de la noche.

Los pretendientes se embarcaron y salieron a surcar los acuosos senderos, tramando en sus mentes el cruel asesinato de Telémaco. En medio del mar hay una isla rocosa, entre Ítaca y la abrupta Samos: Astéride. No es grande, pero hay en ella puertos de doble entrada donde fondean los barcos. Allí fueron a apostarse los aqueos tendiéndole la emboscada.



CANTO V

Se levantaba la Aurora del lecho, a la vera del ilustre Titono, a fin de llevar su luz a los inmortales y a los mortales, cuando los dioses se establecían en asamblea, y entre ellos Zeus, que truena en lo alto y cuyo poder es supremo. En la reunión Atenea contaba los muchos pesares de Odiseo, recordándoselos. Porque la preocupaba que aún se encontrara en las mansiones de la ninfa.

«¡Zeus padre y demás dioses felices que existís para siempre! ¡Que no haya ya rey ninguno prudente, benévolo y amable portador del cetro, ninguno que respete en su mente lo justo, sino que sean siempre crueles y autores de tropelías!

»Porque ninguno se acuerda del divino Odiseo, entre aquellas gentes a las que regía y para quienes era tierno como un padre. Ahora yace desesperado en una isla, sufriendo rigurosos pesares, en los aposen-

tos de la ninfa Calipso, que por la fuerza lo retiene. No puede él arribar a su tierra patria, porque no tiene consigo naves remeras ni compañeros que lo transporten sobre el ancho lomo del mar.

»Ahora, además, andan tramando asesinar a su amado hijo, en cuanto trate de regresar a su casa. Él marchó a por noticias de su padre a la muy sagrada Pilos y a la divina Lacedemonia.»

Respondiendo, a ella le dijo Zeus, el Amontonador de nubes:

«¡Hija mía, qué discurso escapó del cerco de tus dientes! ¿Acaso tú misma no has decidido ya ese plan, de forma que Odiseo se vengara de ellos al regresar a su hogar? Respecto a Telémaco, envíalo tú cuidadosamente, que bien puedes, *para que vuelva sano y salvo* a su tierra patria. Y que los pretendientes retornen en su barco de un viaje frustrado».

Y de este modo habló luego a su querido hijo Hermes:

«Hermes, tú que en casos semejantes eres nuestro mensajero, ve a decirle a la ninfa de hermosas trenzas nuestra inevitable decisión: el retorno del sufrido Odiseo, a fin de que se ponga a navegar sin escolta de dioses ni de camaradas humanos. Sino que él, después de soportar penalidades en una balsa de muchas ataduras, llegue, en el vigésimo día, a Esqueria de fértiles glebas, en el país de los feacios, que son casi dioses, quienes le honrarán de corazón como a un ser divino y le enviarán en una nave a su querida tierra patria, tras de haberle regalado bronce y oro en cantidad y muchos vestidos, tantos como ni siquiera de Troya habría sacado Odiseo, de haber salido indemne y haber recibido su parte de botín. Que, en efecto, su

destino es ver a los suyos de nuevo y llegar a su casa de altos techos y a su tierra patria».

Así habló, y no dejó de obedecerle el mensajero Argifonte. Al instante se anudó en sus pies las bellas sandalias, de oro, imperecederas, que le transportaban sobre el agua y la tierra sin límites a la par de las ráfagas del viento. Tomó consigo su varita, con la que hechiza los ojos de los hombres, de quien quiere, y con la que, a su vez, también despierta a los durmientes. Con ella en sus manos se echó a volar el poderoso Argifonte.

Descendiendo a la Pieria se lanzó desde el éter al mar. Avanzó luego por sobre las olas semejante a una gaviota que da caza a los peces en los tremendos repliegues del estéril mar y se moja en la espuma salada sus presurosas alas. Parecido a ésta viajaba sobre las numerosas olas Hermes.

Mas cuando ya arribó a la isla que estaba lejana, entonces salió del mar de color violeta echando a andar sobre la tierra firme hasta que llegó a la vasta cueva en la que habitaba la ninfa de hermosas trenzas. Y la encontró a ella en su interior.

En el hogar ardía un gran fuego y el olor del cedro de aromática madera y el de la tuya al quemarse se dejaba sentir desde lejos en la isla. Y dentro ella cantaba con bella voz, mientras manejando el telar con su áurea lanzadera tejía.

En derredor de la cueva había crecido un bosque frondoso, que poblaban el aliso, el álamo y el fragante ciprés. Allí anidaban aves de amplias alas: búhos, gavilanes y cornejas marinas de pico alargado, que encuentran su faena en el mar. Allí mismo, en torno a la cóncava gruta, se había extendido una rozagante

viña, que estaba colmada de racimos. Cuatro fuentes en hilera manaban con agua clara, cercanas entre sí y orientadas cada una hacia un lado. Y a ambos costados florecían los prados herbosos de violetas y apio silvestre. Hasta un inmortal, que por allí llegara, se asombraría contemplando el paisaje y se sentiría regocijado en su corazón. Entonces allí se detenía y lo admiraba el mensajero Argifonte.

Y tras un rato de contemplarlo todo a su gusto, en seguida se dirigió hasta la anchurosa caverna. No dejó de reconocerlo al verlo de frente Calipso, la divina entre las diosas. Porque los dioses no son desconocidos unos de otros, aunque alguno tenga muy apartada su morada. En cuanto al magnánimo Odiseo, no lo halló en el interior de la cueva, sino que él sollozaba sentado en la orilla, donde muchas veces, desgarrando su ánimo con llantos, gemidos y pesares, escrutaba el mar estéril derramando lágrimas. A Hermes preguntóle Calipso, la divina entre las diosas, después de haberle ofrecido un espléndido y magnífico asiento:

«¿Por qué a mi casa has venido, Hermes de la varita de oro, honorable y querido? Hasta ahora, al menos, no solías visitarme nunca. Dime lo que tramas. Mi ánimo me incita a cumplirlo, si es que puedo cumplirlo y si es algo que pueda hacerse. Pero antes sígueme, para que te ofrezca unos presentes de hospitalidad».

Tras haber hablado así, la diosa dispuso una mesa que colmó de ambrosía y mezcló el rojo néctar. Entonces tomó bebida y alimento el mensajero Argifonte, y una vez que hubo comido y saciado su ánimo con la comida, entonces en respuesta le dirigió estas palabras:

«Me preguntas, diosa, a qué vengo yo, un dios, y al momento te expondré francamente mi mensaje, pues a eso me invitas.

»Zeus me manda venir aquí en contra de mi deseo. ¿Quién por propio impulso cruzaría a la carrera tan inmensa extensión de agua salada? Tampoco hay cerca ciudad alguna de hombres, que en honor de los dioses ofrezcan sacrificios y excelentes hecatombes. Sin embargo de ningún modo es posible a otro dios esquivar o incumplir el designio de Zeus portador de la égida. Afirma que contigo habita un hombre, mucho más desdichado que los demás, de los guerreros que combatieron en torno de la ciudad de Príamo durante nueve años, y al décimo arrasaron la ciudad y se volvieron a su casa. Pero en el regreso ofendieron a Atenea, que sobre ellos lanzó un viento funesto y grandes olas. Entonces perecieron todos los otros, sus nobles compañeros, pero a él hasta aquí le impulsaron el vendaval y el oleaje.

»A ése ahora te manda que lo despidas a toda prisa. Pues no es su destino morir acá lejos de los suyos, sino que por designio divino ha de ver a su familia y regresar a su mansión de alto techo y a su tierra patria».

Así habló, y estremecióse Calipso, la divina entre las diosas. Y tomando la palabra le replicó estas palabras aladas:

«Sois crueles, dioses, envidiosos en extremo de otros, y os irritáis contra las diosas que se acuestan con hombres sin reparos, cuando alguna hace a uno compañero de lecho. Así cuando la Aurora de rosáceos dedos raptó a Orión, entonces tanto os irritasteis los dioses de fácil vida contra ella que al cabo lo mató en Ortigia la santa Ártemis, asaeteándolo con sus sua-

ves flechas. Así cuando Deméter de hermosas trenzas, cediendo a su pasión, compartió su amor y su lecho con Jasión en la gleba labrada tres veces, no tardó en enterarse Zeus, que lo mató asaeteándolo con un fulgente rayo. Así ahora, de nuevo, os irritáis conmigo, dioses, porque conviva con un hombre mortal.

»A él yo lo salvé, cuando subido sobre la quilla, solitario vagaba, después de que Zeus golpeando su rauda nave con el fulgente rayo la quebró en medio del ponto vinoso. Allí entonces perecieron todos sus otros compañeros, pero a él hasta aquí le arrastraron el vendaval y el oleaje. Yo lo trataba con cariño y lo cuidaba, e incluso le propuse hacerlo inmortal e inmune a la vejez para siempre.

»Pero, puesto que de ningún modo es posible a otro dios esquivar e incumplir el designio de Zeus portador de la égida, que se vaya, ya que él me lo manda y ordena, por el mar ésteril. Pero yo no puedo transportarlo a otra parte. No tengo en mi casa ni naves ni compañeros que puedan escoltarlo sobre el ancho lomo del mar.

»No obstante, le aconsejaré benévola y nada le ocultaré, a fin de que sin grandes daños alcance su tierra patria».

A ella le contestó a su vez el mensajero Argifonte:

«Despídele ahora así, y evita la cólera de Zeus, no sea que te guarde rencor y sea luego duro contigo».

Cuando así hubo hablado se alejó el fuerte Argifonte, mientras ella, la venerable ninfa, se dirigía al encuentro con Odiseo, tras de haber acatado el mensaje de Zeus. Lo encontró, pues, sentado en la orilla. Nunca estaban sus ojos secos de lágrimas, y consumía su dulce vida añorando su regreso, porque ya no le contentaba

la ninfa. Pasaba, sin embargo, las noches por necesidad en la cóncava gruta al lado de la que le amaba sin amarla él. Pero durante los días, sentado en las rocas de la costa, desgarrando su ánimo con llantos, gemidos y pesares, escrutaba el mar estéril derramando lágrimas.

Deteniéndose junto a él le habló la divina entre las diosas:

«¡Desdichado, no te me lamentes más ni aquí consumas tu vida! Porque ya voy a despedirte de muy buen grado. Conque, venga, corta unos largos maderos y construye con el bronce una ancha almadía. Luego instala sobre ella, por encima, una tablazón, para que te transporte por el brumoso mar. Por mi parte yo te traeré alimento, agua y rojo vino en abundancia, que te protejan del hambre, y vestidos para cubrirte. Y te enviaré luego un buen viento, a fin de que llegues muy salvo a tu tierra patria. Así lo quieren los dioses, que dominan el amplio cielo, que son más poderosos que yo para preverlo y cumplirlo».

Así dijo. Se estremeció el muy sufrido, divino Odiseo, y respondiéndole dijo aladas palabras:

«Otra cosa es lo que tú, diosa, pretendes ahora y no mi viaje, cuando me incitas a cruzar en balsa el enorme abismo, terrible y dificultoso. Ni siquiera las naves bien equilibradas de veloz proa lo atraviesan, favorecidas por un viento favorable de Zeus. Tampoco yo, en contra de tu voluntad, me embarcaría en una balsa, a no ser que aceptaras, diosa, prometerme con un gran juramento que no vas a tramar contra mí otra mala desdicha».

Así habló, y sonrióse Calipso, la divina entre las diosas, y le acarició con la mano y le dirigió su palabra diciendo:

«¡Qué taimado eres, y desde luego no tienes un vano entendimiento! ¡Qué palabras te has decidido a decirme en voz alta! Que atestigüen ahora la tierra y el ancho cielo arriba, y el agua que mana de la Estigia (que es el juramento máximo y más tremendo que hay entre los dioses dichosos), esto: que no voy a tramar contra ti ninguna otra mala desdicha. Sino que pienso y te aconsejo lo que para mí meditaría en caso de que me alcanzara un apuro tan grande. Tengo, en efecto, una recta intención y no hay en mi pecho un ánimo de hierro, sino compasivo».

Tras de hablar así echó a andar ágilmente la divina entre las diosas, y Odiseo al punto caminaba tras los pasos de Calipso. Llegaron a la cóncava cueva la diosa y el humano. Allí él se colocó en el asiento del que se había levantado Hermes, y la ninfa dispuso a su alcance todo tipo de comida para que comiera y bebiera lo que comen y beben los mortales. Ella se sentó enfrente del divino Odiseo, y para ella trajeron las sirvientas ambrosía y néctar. Tendieron ambos sus manos sobre los manjares preparados extendidos delante. Luego, una vez que se hubieron saciado de comida y bebida, comenzó la charla Calipso, la divina entre las diosas:

«Laertíada de linaje divino, Odiseo de muchos recursos, ¿conque ya ahora, enseguida, quieres marcharte a tu querida tierra patria? Que te vaya bien, aun así. Mas si supieras en tu mente cuantos rigores es tu destino soportar antes de regresar a tu tierra patria, quedándote acá conmigo guardarías esta casa y serías inmortal, aunque añoraras contemplar a tu esposa, a la que anhelas de continuo todos los días. Me jacto, desde luego, de que no soy inferior a ella, ni en figura ni en talle, porque de ningún modo es normal

que las mortales rivalicen en figura ni belleza con las inmortales».

Contestándole a ella le dijo el muy astuto Odiseo:

«Diosa soberana, no te enfurezcas conmigo por eso. Sé también yo muy claro todo esto: que la prudente Penélope es inferior a ti en belleza y en figura al contemplarla cara a cara, y ella es mortal, y tú inmortal e inmune a la vejez. Pero aun así quiero y anhelo todos los días llegar a mi casa y conocer el día del regreso. Si alguno de los dioses me ataca de nuevo en la vinosa alta mar, lo soportaré con un corazón sufridor en mi pecho. Pues ya muy numerosos pesares pené y aguanté en medio de las olas y de la guerra. Que ahora se añada éste a aquéllos».

Así habló. Luego se sumergió el sol y llegó la tiniebla. Retirándose ambos al fondo de la cóncava gruta gozaron del trato amoroso, acostándose juntos.

En cuanto apareció nacida al alba la Aurora de rosáceos dedos, al momento Odiseo se vistió la túnica y el manto, mientras que la ninfa se ponía una amplia vestidura de un blanco brillante, suave y graciosa, y en torno al talle se ajustó un hermoso cinturón de oro, y un velo sobre su cabeza. Y al momento se ocupaba del viaje del magnánimo Odiseo. Le entregó una gran hacha, adecuada a sus manos, de bronce, afilada por ambos lados. Tenía un excelente mango de olivo, bien ajustado. Le dio también una azuela bien pulida. Y le guió en su camino hasta el extremo de la isla, donde habían crecido altos árboles, el aliso y el álamo y el abeto que se alarga hasta el cielo, resecos desde antaño y de dura corteza, que podían flotar ligeros.

Marchó a su casa ella, Calipso, divina entre las diosas, mientras él talaba los maderos. Presurosamente

concluyó su trabajo. Derribó veinte en total, y los hacheó con el bronce luego, y los pulió sabiamente, y los enderezó con una plomada. Entonces le trajo un taladro Calipso, divina entre las diosas, y los taladró todos y los ajustó unos con otros, y los ensambló con clavijas y junturas. Cuanto un hombre, buen conocedor de las artes de la construcción, redondearía el fondo de un amplio navío de carga, tanto de amplia hizo Odiseo la balsa. Luego construía la cubierta colocando ensamblados apretados maderos, y la remataba con enormes tablones. Y sobre ella alzaba un mástil y la entena ensamblada con él. Y, como es natural, construyó un timón para enderezar el rumbo. Y la protegió por los lados con mimbres entretejidos para que fueran una defensa contra el oleaje, y encima extendió mucha madera. Entonces le trajo Calipso, divina entre las diosas, telas para hacerse unas velas, y él se fabricó también éstas diestramente. Ató a ellas cuerdas, cables y bolinas, y con unas estacas botó la almadía al divino mar.

Era el cuarto día y en éste quedó todo acabado. Así que al quinto lo despedía de su isla divina Calipso, después de lavarle y de haberle vestido un perfumado ropaje. La diosa le puso a bordo un odre de negro vino, otro grande de agua, y provisiones en un saco. A bordo le había llevado muchos víveres apetitosos. Y le envió un viento benéfico y suave.

Alegre desplegó las velas al viento el divino Odiseo, al tiempo que sentado al timón enderezaba el rumbo sabiamente. Y no caía el sueño sobre sus párpados mientras él contemplaba las Pléyades y Bootes que se sumerge tardío y la Osa, que llaman por sobrenombre *el* Carro, que por *allí gira y acecha a Orión, y es la*

única privada de los baños en el Océano. Pues le había aconsejado Calipso, divina entre las diosas, que surcara el alta mar teniéndola siempre a mano izquierda. Diecisiete días navegó cruzando el ponto, y al decimoctavo se le aparecieron los montes sombríos de la tierra de los feacios, por donde le estaban más cerca. Le parecieron como un combado escudo en medio del neblinoso mar.

Pero el poderoso Sacudidor de la tierra, que regresaba de entre los etíopes, le vio desde lejos, desde los montes Sólimos, pues quedó a su vista mientras todavía navegaba por alta mar. El dios se enfureció aún más en su corazón, y sacudiendo la cabeza habló así a su ánimo:

«¡Ayayay! ¡Sin duda que los dioses tramaron algo nuevo respecto a Odiseo, mientras yo estaba junto a los etíopes! Ahora está ya cerca de la tierra de los feacios, donde es su destino escapar del aluvión de desgracias que le acosa. Pero afirmo que aún le daré un montón de desdicha».

Tras hablar así, reunía nubarrones y, blandiendo su tridente, alborotó el mar. Excitó todas las furias de los vientos de varios rumbos, y con nubes recubrió a la vez la tierra y el mar. Desde el cielo caía de golpe la noche. Y juntos se lanzaron el Noto y el Euro y el borrascoso Céfiro y Bóreas nacido en el alto éter, revolviendo un enorme oleaje. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo, y angustiándose dijo entonces a su magnánimo corazón:

«¡Ay de mí infeliz! ¿Qué va a sucederme al final ahora? ¡Temo que la diosa me haya dicho toda la verdad, cuando me dijo que en alta mar, antes de alcanzar mi tierra patria, sufriría de nuevo dolores! Todo

eso ahora va a cumplirse. Con qué nubarrones cubre Zeus el amplio cielo, y revuelve el mar, y ya se desbocan las ráfagas de todo tipo de vientos. Ahora tengo segura una desastrosa muerte.

»¡Tres y cuatro veces dichosos los dánaos que antaño murieron sirviendo en favor de los Atridas en la amplia llanura de Troya! ¡Ojalá que también yo hubiera muerto y cumplido mi destino en aquel día, cuando muchísimos troyanos me lanzaron encima sus lanzas de punta de bronce al costado del cadáver de Aquiles! En tal caso habría obtenido honores fúnebres y me habrían dado gloria los aqueos. Ahora, en cambio, está predestinado que me arrebate una muerte miserable».

Mientras lo decía, una ola enorme, precipitándose terrible desde la altura, lo alcanzó de lleno y volteó como un torbellino la balsa. Lejos de la balsa cayó él, y el timón se escapó de sus manos. Por la mitad quebróle el mástil el terrible turbión de las vientos mezclados que llegaba, y lejos la vela y la entena cayeron en el mar. Quedó él sumergido un largo rato, y no pudo recobrarse en seguida del embate de la tremenda ola, porque le pesaban los vestidos que le había proporcionado la divina Calipso. Al fin emergió, y de su boca vomitó la amarga agua salada, que le chorreaba en abundancia por la cabeza.

Pero ni por ésas abandonó la balsa, aunque estaba agotado, sino que lanzándose a través de las olas se agarró a ella, y se echó en medio de la misma tratando de escapar al embate de la muerte. La arrastraba el gran oleaje en su curso hacia acá y hacia allá. Como cuando el Bóreas otoñal arrastra los cardos por la llanura, y se amontonan espesos unos con otros, así a lo

largo del mar la arrastraba hacia acá y hacia allá. Unas veces el Noto se la lanzaba al Bóreas para que la impulsara, y otras veces el Euro se la cedía al Céfiro para que la persiguiera.

Pero le vio la hija de Cadmo, Ino Leucótea de hermosos tobillos, que antes había sido una mortal dotada de voz humana, y que ahora en el fondo del mar comparte la gloria de los dioses. Ella se compadeció de Odiseo, que vagaba sufriendo pesares, y semejante a una gaviota voladora surgió de las aguas. Se posó en la ensamblada almadía y le dijo su palabra:

«Malaventurado, ¿por qué Poseidón que sacude la tierra se encolerizó tanto contigo, ferozmente, y tantos daños produce contra ti? Con todo no va a acabar contigo ahora, por muy enfurecido que esté. Así que actúa del modo siguiente, ya que me pareces inteligente. Quítate esas ropas y abandona la balsa a que se la lleven los vientos, y nadando con tus brazos esfuérzate en regresar a la tierra de los feacios, donde es tu destino que consigas salvarte. Toma este velo divino para que lo extiendas bajo tu pecho, y no temas sufrir nada ni morir.

»Mas en cuanto arribes con tus brazos a la tierra firme, suéltalo y lánzalo de nuevo al vinoso ponto bien lejos de la tierra, y ponte de espaldas al tirarlo hacia atrás».

Apenas hubo dicho esto, la diosa le entregó el velo, y ella se sumergió en el tempestuoso mar semejante a una gaviota, y una negra ola la cubrió. Se quedó entonces indeciso el divino y muy sufrido Odiseo, y dijo, abatido, a su magnánimo corazón:

«¡Ay de mí! Temo que otra vez alguno de los dioses ande tramando contra mí una trampa, cuando ahora

me incita a abandonar la almadía. Pues bien, aún no voy a obedecerle, porque con mis ojos he visto remota la tierra en donde dijo que encontraré refugio. Conque actuaré del siguiente modo, que me parece que es lo mejor: mientras los troncos se mantengan ajustados en su ensamblaje, entre tanto me quedaré aquí soportando estos tormentos; y si luego el oleaje descuartiza la balsa, me echaré a nadar, ya que no está a mi alcance prever algo mejor».

Mientras que esto él meditaba en su mente y su ánimo, alzó Poseidón Sacudidor de la tierra una gigantesca ola, enorme y espantosa, pronta a deslomarse, y la lanzó contra él. Como el viento embravecido desparrama un montón de pajas secas, y las dispersa por todos lados, así la ola desparramó los maderos de la almadía. Pero Odiseo se asió a uno, encaramándose como sobre un potro de carreras, y allí se despojó de las ropas que le había ofrecido la divina Calipso. En seguida extendió el velo bajo su pecho, y se zambulló de cabeza al mar poniendo por delante sus manos, dispuesto a nadar.

Le vio el poderoso Sacudidor de la tierra, y moviendo su cabeza dijo para sí mismo:

«¡Así ahora, tras sufrir muchos daños, vaga a la deriva por el mar, hasta que consigas juntarte con humanos del linaje de Zeus! Mas ni aun así confío en que quedes saciado de desgracia».

Diciendo esto azuzó a sus caballos de hermosas crines, y se fue a Egas, donde tiene un famoso palacio.

Pero Atenea, la hija de Zeus, maquinó otra cosa. Entonces detuvo los embates de los demás vientos y a todos los mandó cesar y tumbarse; impulsó al impetuoso Bóreas y ante él abatió las olas, hasta que se en-

contrarara entre los feacios amigos del remo Odiseo de estirpe divina, escapando de la muerte.

Allí durante dos noches y dos días en el denso oleaje marchó a la deriva, y muchas veces su corazón presintió su final. Pero cuando ya el tercer día anunció la Aurora de hermosas trenzas, ya entonces cesó el viento y se impuso una calma serena. Y divisó cercana la tierra, aguzando mucho la vista, al ser levantado por una gran ola. Tan anhelada como se aparece a los hijos la vida de su padre, que yace padeciendo los fuertes dolores de la enfermedad, consumiéndose durante largo tiempo, y una odiosa divinidad lo tiene postrado, y los dioses según lo anhelado lo liberan de la calamidad, así de deseada apareció ante Odiseo la tierra y su bosque, y se puso a nadar apresurándose para arribar con sus pies a la tierra firme. Pero cuando distaba tan sólo tanto como se alcanza gritando, entonces escuchó el estrépito del mar sobre los escollos costeros. Rugía tremendo el oleaje al chocar contra la tierra firme, y todo el litoral estaba cubierto por la espuma del mar. Pues no había allí puertos, refugios de naves, ni ensenadas, sino costas abruptas, escollos y rocas.

Así que entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo y afligiéndose dijo a su magnánimo corazón:

«¡Ay de mí! Una vez que Zeus me ha concedido contemplar esta tierra más allá de mi esperanza y que ya he logrado atravesar este abismo, no se ve un punto de arribada para salir del espumoso mar. En la costa hay acantilados a pico, y en torno a ellos resuena estrepitoso el oleaje, y se alza lisa la roca y el mar es profundo a su lado, y no es posible poner allí los pies y escapar a esta angustia. Y que no vaya a echarme de

golpe al salir una fuerte ola, violentamente, contra un pétreo peñasco, y sea lamentable mi intento.

»Pero si sigo nadando aún más allá, por si acaso puedo encontrar playas batidas al sesgo por las olas en un puerto marino, temo que me arrebate de nuevo la tempestad y me arrastre hacia el alta mar poblada de peces en medio de pesados gemidos, o que envíe contra mí un dios un gran monstruo marino desde lo profundo del mar, de los muchos que cría la ilustre Anfitrite. Pues sé cuán enfurecido contra mí está el glorioso Sacudidor de la tierra».

Mientras él estas cosas meditaba en su mente y su ánimo, entre tanto una gran ola lo llevaba contra la áspera costa. Allí se habría desgarrado la piel y quebrado los huesos, si la diosa Atenea de glauca mirada no le hubiera inspirado en su mente. Con las dos manos asióse presuroso a la roca y se mantuvo en ella gimiendo, hasta que la gran ola hubo pasado. Y así la evitó, pero luego al refluir de nuevo le golpeó y lo lanzó lejos hacia alta mar. Como cuando al sacar a un pulpo de su escondrijo se quedan pegados a sus tentáculos incontables guijarros, así en la roca quedaron prendidos jirones de piel de sus manos fornidas, mientras que a él lo cubrió una ola enorme. Y allí habría perecido desdichado por encima de su destino Odiseo, si no le hubiera infundido perseverancia Atenea de glauca mirada, emergiendo de las olas, que rompían rugiendo en las rocas, nadaba más allá observando la costa, por si acaso en algún punto encontraba playas sesgadas por las olas o un puerto marino. Mas cuando llegó nadando junto a la desembocadura de un río de hermosa corriente, aquél le pareció ya un excelente terreno, despejado de rocas, y al abrigo de

los vientos. Advirtió que el río allí afluía y le suplicó en su ánimo:

«Escúchame, soberano, quienquiera que seas. Acudo ante ti con mil súplicas, huyendo de las amenazas de Poseidón desde el mar. Incluso para los dioses inmortales es digno de respeto cualquier hombre que se presenta errabundo, como yo ahora llego suplicante ante ti y tus rodillas, tras muchos padecimientos. Así que apiádate, señor, que yo me proclamo suplicante tuyo».

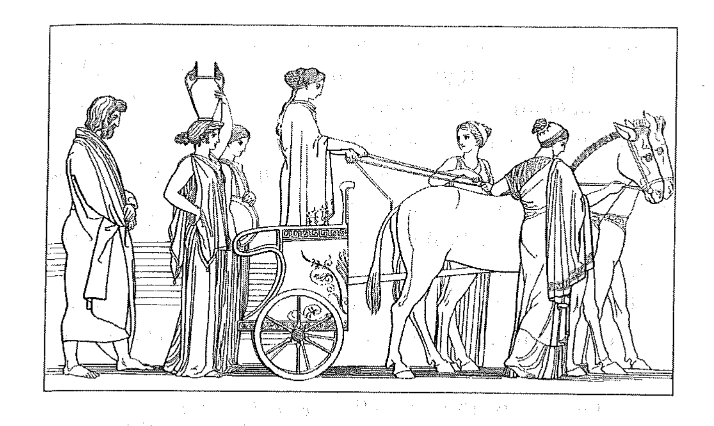
Así dijo, y el río suavizó al momento su curso y contuvo su oleaje. Ante él se hizo la calma y se puso a salvo en las orillas del río. Odiseo entonces relajó ambas rodillas y sus robustos brazos, pues su ánimo estaba abatido por el mar. Toda su piel estaba hinchada y el agua marina incontable resbalaba por su boca y su nariz. Sin resuello y sin voz cayó tendido y exánime; un espantoso cansancio le acometía. Pero apenas alentó de nuevo y se recobró el ánimo en su interior, al instante se desanudó el velo de la diosa, y lo arrojó en el río que al mar desembocaba, y de pronto una gran ola lo arrastró en su curso y muy pronto lo recogió Ino en sus manos. Apartóse él del río, tumbóse junto a unos juncos, y besó la fértil tierra.

Luego afligido dijo a su magnánimo corazón:

«¡Ay de mí! ¿Qué sufriré? ¿Qué me sucederá para acabar? Si velo junto al río en la noche de pesadilla, temo que a un tiempo la dañina escarcha y el sutil rocío acaben con mi ánimo exhausto por el agotamiento. Una brisa helada sopla desde el río por la ribera. Pero si subo a la colina por el sombrío bosque y me echo a dormir entre los espesos matorrales, si es que me dejan el frío y la fatiga, temo ser pasto y presa de las fieras».

Después de pensarlo le pareció que esto era lo mejor. Y echó a andar hacia el bosque. Lo encontró cerca de la playa en un altozano. Se deslizó bajo dos arbustos, que habían crecido de un mismo suelo. Uno era un acebuche, el otro un olivo. No los atravesaba la húmeda brisa de los vientos que soplaban ni nunca el sol brillante los hendía con sus rayos, ni la lluvia los empapaba del todo. Tan densamente enlazados entre sí crecían. Bajo ellos se resguardó Odiseo. Y en seguida se preparó con sus manos un mullido lecho. Pues había un montón de hojas por el suelo, tantas como para abrigar a dos o a tres hombres en la época invernal, por dura que se presentara. Y al verlo se regocijó el muy sufrido divino Odiseo, y se acostó allí en medio y se tapó con un montón de hojarasca.

Como cuando alguien, que no tiene otros vecinos, recubre un tizón con negra ceniza en una linde del campo, conservando la semilla del fuego para no encenderlo luego de otro, así se recubrió Odiseo con el follaje. Atenea derramó sueño en sus ojos para que cuanto antes descansara de su penosa fatiga, cerrando sus párpados.



CANTO VI

Mientras él allí dormía, el muy sufrido divino Odiseo, abrumado por el sueño y la fatiga, Atenea, por su lado, se dirigió al país y la ciudad de los feacios. Ellos en otro tiempo, antaño, habitaban en la espaciosa Hiperea, cerca de los cíclopes, gente ensoberbecida que de continuo les perjudicaban, y en la refriega les eran superiores. De allá los sacó y condujo Nausítoo, semejante a un dios, y les asentó en Esqueria, lejos de los hombres laboriosos, y construyó una muralla en torno a la ciudad, y edificó las casas, levantó templos a los dioses, y repartió las tierras de labor. Pero éste, sometido a su destino mortal, habíase ido ya al Hades y entonces los regía Alcínoo, conocedor de los designios de los dioses.

A su morada dirigióse la diosa Atenea de ojos glaucos, que preparaba el regreso del magnánimo Odiseo. Se encaminó al dormitorio muy adornado en que es-

taba acostada una doncella semejante a las diosas inmortales en su figura y su prestancia: Nausícaa, la hija del magnánimo Alcínoo. Cerca estaban sus dos criadas, que tenían una belleza propia de las Gracias, una a cada costado de la entrada, y las hojas espléndidas de la puerta estaban cerradas. Ella, como una ráfaga de aire, se deslizó ligera hasta el lecho de la joven, se detuvo sobre su cabeza y le dirigió la palabra, tomando la figura de la hija de Dimante, renombrado por sus naves, que era de su misma edad y a la que tenía gran cariño. Tomando su figura le habló la de glaucos ojos, Atenea:

«Nausícaa, ¿por qué tan negligente te parió tu madre? Tienes descuidados tus magníficos vestidos, y tu matrimonio está próximo. Entonces necesitas vestir bellas ropas y ofrecérselas a los tuyos, que te llevarán al altar. Pues de esos hechos se acrecienta el honor noble entre los hombres y de eso se alegran el padre y la honorable madre. Así pues, vámonos a lavar en cuanto despunte el alba.

»Yo iré contigo también como compañera, para que enseguida lo dispongas, porque no vas a ser ya doncella por mucho tiempo. Pues ya pretenden tu mano los más nobles de todos los feacios del país, de donde es también tu linaje. Conque, venga, solicita a tu ilustre padre antes del alba que te apreste un par de mulas y un carro, para llevarte los justillos, los peplos y los espléndidos mantos. Eso te conviene a ti misma mucho más que ir andando, ya que los lavaderos distan mucho de la ciudad».

En cuanto hubo hablado así, marchóse Atenea de ojos glaucos al Olimpo, donde cuentan que está la morada siempre segura de los dioses. No es batida por los vientos ni la empapa la lluvia, ni la nieve la cubre, sino

que allí se extiende un aire límpido y sereno, y la envuelve una radiante claridad. En ella se regocijan los felices dioses todos los días. Hacia allá se marchó la de los ojos glaucos, después de haber aconsejado a la joven.

Al instante apareció la Aurora de hermoso trono, que despertó a Nausícaa de bello peplo. Al pronto ella se preguntó por el sueño y echó a andar por el palacio, a fin de contárselo a sus progenitores, a su padre y su madre. Y los halló dentro de la casa. Su madre estaba sentada junto al hogar, en compañía de unas criadas, hilando lana teñida con púrpura marina. A él se lo topó cuando ya salía con unos ilustres reyes hacia la asamblea, adonde le convocaban los nobles feacios.

Paróse muy a la vera de su querido padre y le dijo:

«Querido papá, ¿no puedes prepararme ahora un carro alto de buenas ruedas, para que transporte mis preciosos vestidos a lavarlos al río, que los tengo manchados? Incluso a ti te conviene, estando entre los primeros, presidir las deliberaciones llevando sobre tu cuerpo ropas limpias. Y tienes en tu palacio cinco hijos, dos casados y tres solteros en la flor de la edad, que quieren siempre ir al baile con ropas recién lavadas. Y todo eso está a mi cuidado».

Así habló. Pues se avergonzaba de mencionar ante su padre su pronto matrimonio. Mas él se daba cuenta de todo y respondió con estas palabras:

«No voy a escatimarte las mulas, hija mía, ni cualquier otra cosa. Que los siervos te preparen un carro alto de buenas ruedas, provisto de un toldo».

Después de hablar así, dio órdenes a los siervos y ellos le obedecían. Prepararon fuera un carro mulero de buen rodaje y trajeron las mulas y las uncieron al carro.

La joven sacaba de su aposento espléndidos vestidos. Los puso sobre el bien pulido carro, mientras que su madre depositaba en una cesta comida apetitosa y variada, y la acompañaba con golosinas y le vertía vino dentro de un pellejo de cabra. La joven subió al carro. Diole también graso aceite en un frasco de oro para que se lo untara con sus criadas. Empuñó ella el látigo y las espléndidas riendas y las hizo restallar para azuzar la partida. Hubo un tintineo y se pusieron en movimiento las mulas con ímpetu. Llevaban la ropa y a la joven, no sola, ya que con ella marchaban a pie sus sirvientas.

Cuando todas llegaron al cauce muy hermoso del río, donde estaban los lavaderos perennes –en cantidad el agua bella manaba para lavar hasta la ropa más sucia–, allí desuncieron ellas las mulas del carro, y las arrearon por la orilla del presuroso río a fin de que pacieran la hierba dulce como la miel. Sacaron ellas con sus manos los vestidos del carro y los metieron en el agua oscura, y allí los pisoteaban en las piletas, compitiendo en rapidez. Luego, cuando hubieron lavado y limpiado toda la suciedad, extendieron las telas en ringlera a lo largo de la orilla marina, allí justamente donde frotándolos lava el mar los guijarros de la costa.

Ellas se bañaron y se ungieron suavemente con aceite y después tomaron su comida, mientras esperaban a que se secaran los vestidos a los rayos del sol. Cuando ya se hubieron saciado de alimento las siervas y la princesa, entonces se pusieron a jugar a la pelota dejando a un lado sus velos.

Entre ellas Nausícaa de blancos brazos dirigía el cántico. Cual avanza la flechera Ártemis a través de

los montes, o por el muy alto Taigeto o por el Erimanto, deleitándose con sus cabras y las ciervas veloces, y a su lado las Ninfas agrestes, hijas de Zeus portador de la égida, juegan, mientras se alegra en su ánimo Leto, y sobre todas ella destaca en la cabeza y la frente, y resulta fácil de distinguir, aun siendo todas hermosas, así entre sus sirvientas resaltaba la joven doncella.

Mas cuando ya iba a volverse de nuevo a su casa, tras uncir las mulas y doblar los hermosos vestidos, entonces de nuevo otro plan decidió la diosa de los glaucos ojos, Atenea, a fin de que Odiseo despertara y viera a la joven de hermosa mirada, que le conduciría a la ciudad de los feacios. Entonces arrojó la pelota a una criada la princesa, pero no acertó a la sirvienta, y la hundió en un hondo remolino. Las otras dieron un fuerte chillido, y se despertó el divino Odiseo. Y sentándose deliberaba en su mente y su ánimo:

«¡Ay de mí! ¿A la tierra de qué hombres ahora he llegado? ¿Serán acaso soberbios y salvajes e ignorantes de lo justo o amantes de la hospitalidad y con un entendimiento piadoso? Hasta mí ha llegado un griterío femenino, de jóvenes muchachas. Tal vez de Ninfas, que habitan las escarpadas cumbres de las montañas y las fuentes de los ríos y los prados herbosos. Tal vez estoy cerca de humanos dotados de palabra. Pero, ea, yo mismo iré a probarlo y verlo».

Diciendo esto deslizóse fuera del matorral el divino Odiseo, y del espeso follaje quebró con su fornida mano una rama con hojas para cubrirse ante su cuerpo sus vergüenzas de varón. Echó a andar como un león montaraz confiado en su fuerza, que camina azotado por la lluvia y el viento, pero sus ojos flamean. Al momento ataca a las vacas o a las ovejas o se abalanza

tras las ciervas monteses. Y el hambre le incita a asaltar los ganados y a penetrar en la casa murada. Así Odiseo iba a acercarse a las muchachas de hermosas trenzas, aun estando desnudo. Pues le obligaba la necesidad.

Terrible apareció ante ellas desfigurado por el salitre. Escaparon cada una por un lado hacia las costas recortadas. Sola aguardaba la hija de Alcínoo. Pues a ella le infundió valor en su interior y le arrebató el temor en sus miembros Atenea. Quedóse erguida ante él. Y Odiseo vaciló en si suplicaría a la joven de bellos ojos abrazándose a sus rodillas, o si acaso a distancia la suplicaría con palabras, a ver si podía indicarle una ciudad y darle ropas. Así entonces le pareció que era mejor: suplicar a distancia y con dulces palabras, por temor a que si abrazaba sus rodillas se irritara la joven en su corazón. Al momento le habló con amable y provechoso parlamento:

«Te suplico de rodillas, soberana. ¿Eres acaso una diosa o una mortal? Si acaso eres una diosa, de las que dominan el anchuroso cielo, yo a ti te comparo a Ártemis, la hija del gran Zeus, por tu belleza, tu figura y arrogancia. Pero si eres una de las mortales que habitan la tierra, ¡tres veces felices tu padre y tu honorable madre, y tres veces tus hermanos! Sin duda que se les encandila el ánimo intensamente con alegrías de continuo, cuando contemplan a tan bella flor avanzar en la danza. Y dichosísimo, a su vez, en su ánimo, por encima de los demás, el que conquistándote con regalos de boda se te lleve a su casa. Jamás vi ante mis ojos una persona semejante, ni hombre ni mujer. El asombro me domina al contemplarte.

»Sólo una vez, en Delos, junto al altar de Apolo vi algo semejante: un retoño reciente de palmera que

crecía esbelto y erguido. Pues una vez llegué allí, y me seguía numerosa tropa en mi viaje, en el que iban a sucederme muchos pesares. Así entonces al verlo me quedé asombrado en mi corazón durante largo rato, puesto que nunca brotó de la tierra un tronco semejante. Así a ti, mujer, te admiro y estoy asombrado, y siento un tremendo temor a agarrarme a tus rodillas. Pero me apremia un urgente apuro.

»Ayer, al vigésimo día, escapé del vinoso ponto. Durante tanto tiempo me arrastraron sin descanso el oleaje y las súbitas borrascas desde la isla de Ogigia. Y ahora acá me ha arrojado una divinidad, tal vez para que todavía también aquí sufra desgracias. Pues no creo que vayan a cesar, sino que aún me pondrán por delante muchas los dioses.

»Pero tú, soberana, compadécete. Tras soportar muchas desdichas llegué ante ti, la primera, y no conozco a ningún ser humano de los que habitan esta ciudad y esta tierra. Indícame el poblado y dame un trapo para cubrirme, si es que trajiste alguna tela de saco al venir hasta aquí. ¡Que los dioses te den todo cuanto anhelas en tu mente, un marido y una casa y te otorguen una noble concordia! Pues no hay nada mejor y más amable que esto: cuando habitan un hogar con concordia en sus ánimos un hombre y una mujer. ¡Muchos dolores para sus enemigos y alegrías para sus amigos!, y ellos gozan de muy buena fama».

A su vez le contestó Nausícaa de blancos brazos:

«Extranjero, no me pareces, desde luego, hombre villano ni insensato. Zeus mismo, el Olímpico, distribuye la dicha a los humanos, a los buenos y a los malos, a cada uno según él quiere. Así que a ti te dio eso, y tú debes soportarlo aunque te pese. Pero ahora, ya

que llegas a nuestra tierra y nuestra ciudad, no carecerás de vestido ni de ninguna otra cosa, de cuantas suele obtener un suplicante en apuros. Te indicaré la ciudad, y te diré el nombre de sus gentes. Los feacios pueblan la ciudad y el país, y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, quien en nombre de los feacios ejerce el mando y el poder».

Así habló y luego ordenó a las criadas de hermosas trenzas:

«Quedaos a mi lado, sirvientas. ¿Adónde huis al ver a este hombre? ¿Es que pensáis que es algún enemigo? No hay un mortal tan violento, ni lo habrá, que llegue a la tierra de las feacios, trayendo la destrucción. Porque somos amigos de los inmortales, y vivimos apartados en medio del resonante mar, los más remotos, y no se acerca a tratar con nosotros ningún otro de los mortales.

»Pero este que aquí ha llegado es algún desdichado que va errante, a quien ahora hay que atender. Pues de Zeus vienen todos los huéspedes y los mendigos, y una dádiva pequeña les es querida. Conque dadle, sirvientas, al extranjero comida y bebida, y lavadle en el río, donde esté al amparo del viento».

Así habló, ellas se detuvieron y se animaron unas a otras, y acompañaron a Odiseo hacia un lugar resguardado, como se lo ordenó Nausícaa, la hija del magnánimo Alcínoo. A su lado depositaron un manto, una túnica y ropas, y le ofrecieron el líquido aceite en el dorado frasco, y le invitaban a bañarse en las corrientes del río.

Pero entonces se dirigió a las sirvientas el divino Odiseo:

«Muchachas, quedaos ahí lejos, para que yo solo me lave la salina costra de mis hombros, y me unja con

el aceite. Porque hace mucho que no se acerca a mi piel el ungüento. Delante de vosotras no voy yo a bañarme; porque me avergüenzo de andar desnudo en medio de jóvenes de hermosas trenzas».

Así dijo, y ellas se retiraron y se lo contaron a la princesa. Entre tanto el divino Odiseo se lavó su cuerpo en el río, y la costra salina, que le cubría la espalda y los anchos hombros, y raspó de su cabeza la espuma del mar estéril. Cuando ya se hubo lavado todo y untado con el óleo, se vistió las ropas que le había proporcionado la joven doncella. Atenea, nacida de Zeus, le otorgó entonces un aspecto mejor y más robusto, y de su cabeza dejó brotar una cabellera espesa, semejante a la flor del jacinto. Como cuando recama de oro la plata un hombre experto, al que le enseñaron su arte variado Hefesto y Palas Atenea, y realiza obras preciosas, así entonces la diosa derramó la gracia sobre su cabeza y sus hombros.

Después se sentó apartándose en la orilla del mar, radiante por su belleza y sus atractivos. Y la joven lo contemplaba.

Entonces comentaba ella a sus sirvientas de hermosas trenzas:

«Escuchadme, doncellas de blancos brazos, que os diga algo. No es contra el designio de todos los dioses que habitan el Olimpo que este hombre viene a encontrarse con los heroicos feacios. Antes pues me pareció que era de ruin aspecto, pero ahora se asemeja a los dioses que dominan el amplio cielo. Ojalá que alguien así fuera llamado mi esposo, viviendo aquí, y que le gustara quedarse en esta tierra. Así que, siervas, dad al extranjero comida y bebida».

Así habló, y ellas al momento la atendieron y la obedecían. Junto a Odiseo aprestaron comida y be-

bida. Cuán vorazmente comía y bebía el muy sufridor divino Odiseo. Pues durante largo tiempo estuvo ayuno de alimento. Luego Nausícaa de blancos brazos discurrió otro plan. Doblando las ropas había hecho que las pusieran sobre el hermoso carro, y uncieron las mulas de fuertes pezuñas, y ella subió arriba, y se dirigió a Odiseo, le llamó y le dijo su palabra:

«Levántate ahora, extranjero, para ir a la ciudad, a fin de que te escolte hacia la casa de mi prudente padre, donde te aseguro que conocerás a los más nobles de todos los feacios. Así que haz según te diga ese trecho, ya que me parece que eres inteligente. Mientras vayamos por los campos y los labrantíos de los campesinos, sigue ágilmente en compañía de las sirvientas tras del carro y las mulas. Yo marcharé como guía por el camino.

»Pero luego llegaremos a la ciudad. La rodea una elevada muralla y hay un hermoso puerto a cada lado de la población, y una estrecha bocana. Y a lo largo del camino están varadas las naves de curvos costados, pues para todas y cada una hay un fondeadero. Allí está también su ágora, en torno al bello templo de Poseidón, pavimentada con piedras de acarreo bien hundidas en el suelo. Ahí velan por los aparejos de sus negras naves, el cordaje y las velas, y aguzan los remos. Pues no les ocupan a los feacios el arco ni la aljaba, sino los mástiles y los remos de las naves y los navíos bien construidos, con los que atraviesan ufanos el espumoso mar.

»Quiero evitar la amarga murmuración de ellos, que haya quien me censure, pues los hay muy insolentes en el pueblo. No fuera a suceder que alguno muy malicioso diga al encontrarnos: "¿Quién es ese

tipo extraño, grande y apuesto, que sigue a Nausícaa? ¿Dónde lo encontró? ¿Acaso va a ser su marido? Sin duda se trajo desde su navío a algún vagabundo, un hombre venido de lejos, puesto que no hay vecinos cerca. Acaso algún dios muy suplicado a los ruegos de ella vino bajando del cielo, y ella lo retendrá todos sus días. Mejor, si es que ella con vueltas y revueltas encontró un esposo de otra parte, pues está claro que a los de aquí, de su pueblo, los menosprecia, a los feacios, que muchos y nobles pretenden su mano".

»Así dirán, y eso para mí puede ser motivo de reproche. Además yo también regañaría a otra, que hiciera tales cosas, que contra la voluntad de los suyos, teniendo padre y madre, se juntan con hombres sin acudir antes a un matrimonio en público. Extranjero, comprende tú mis palabras, a fin de que muy pronto consigas transporte y regreso ofrecidos por mi padre.

»Verás un espléndido bosquecillo de álamos negros consagrado a Atenea a la vera del camino. En él hay una fuente, y en torno hay una pradera. Allí hay un terreno cercado de mi padre y un viñedo en flor, a tal distancia de la ciudad como alcanza un grito. Siéntate allí y aguarda un rato, hasta que nosotras penetremos en la ciudad y lleguemos al palacio de mi padre. Luego, cuando ya calcules que estamos dentro de la casa, ve entonces a la ciudad de los feacios y pregunta por el palacio de mi padre, el magnánimo Alcínoo. Es muy fácil de reconocer y hasta un niño pequeño puede guiarte. Pues no hay ningún otro palacio de los feacios comparable a él, tan espléndida es la casa del héroe Alcínoo.

»Mas cuando te hayan acogido sus muros y el patio, atraviesa muy pronto el atrio, hasta llegar junto a

mi madre. Ella está sentada junto al hogar, al resplandor del fuego, hilando copos de lana teñida en púrpura marina, una maravilla de ver, reclinada junto a una columna. Y las esclavas están sentadas detrás de ella.

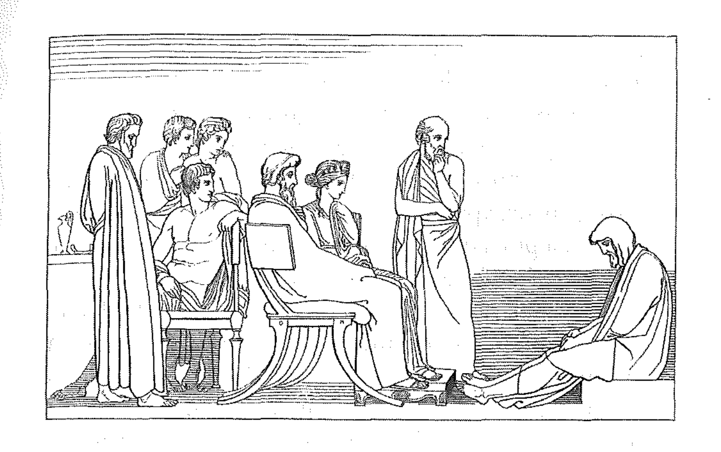
»Allá está apoyado el trono de mi padre, a su lado. Sentado en él, bebe su vino como un inmortal. Pasando de largo junto a él, echa tus brazos en torno a las rodillas de mi madre, a fin de que gozoso veas pronto el día del regreso, por muy lejos que vivas. Ciertamente, si ella siente en su ánimo amistad por ti, ten esperanza en que verás a los tuyos y llegarás a tu casa bien fundada y a tu tierra patria».

Tras de hablar así, fustigó con su centelleante látigo a las mulas. Éstas abandonaron enseguida el cauce del río. Trotaban bien, y bien afirmaban sus zancadas. Ella tensaba las riendas, de modo que pudieran seguirla las siervas y Odiseo, y con pericia aplicaba el látigo.

Se sumergía el sol y entonces llegaron al famoso bosquecillo sagrado de Atenea, donde se quedó el divino Odiseo. Al punto luego oraba a la hija del gran Zeus:

«¡Escúchame, hija de Zeus portador de la égida, indómita diosa! Óyeme al menos ahora, ya que antes no me escuchaste nunca, cuando andaba vapuleado, cuando me agredía el ilustre Sacudidor de la tierra. Concédeme llegar ante los feacios como amigo y digno de su compasión».

Así habló suplicando, y le escuchó Palas Atenea. Pero no se apareció ante él, pues ella respetaba a su tío paterno, y éste permanecía enojado ferozmente contra el heroico Odiseo hasta que él llegara a su tierra.



CANTO VII

Mientras él suplicaba allí, el muy sufrido divino Odiseo, las briosas mulas transportaban a la muchacha a la ciudad. Y en cuanto ella hubo llegado a las muy ilustres mansiones de su padre, se detuvo en el atrio, y por uno y otro lado la rodearon sus hermanos, semejantes a dioses. Ellos desuncieron las mulas y transportaron dentro la ropa. Y la joven se puso en camino hacia su cámara. Para ella avivaba el fuego una anciana de Apira, su esclava Eurimedusa, a la que antiguamente habían raptado de Apira las naves de curvos costados. La eligieron como regalo del botín para Alcínoo, ya que él reinaba sobre todos los feacios y el pueblo le obedecía como a un dios. Ésta había criado a Nausícaa de blancos brazos en aquellas salas, ella encendió el fuego y le preparó la cena allí adentro.

En aquel momento Odiseo se dispuso a ir a la ciudad. En torno a él Atenea, que velaba benigna por

Odiseo, lo envolvía en densa niebla, a fin de que ninguno de los orgullosos feacios, al encontrárselo, lo zahiriera con reproches y le preguntara quién era. Mas cuando ya estaba a punto de adentrarse en la amable ciudad, entonces le salió al paso la diosa, Atenea, la de ojos glaucos, apareciéndosele como una muchachita, una niña portadora de un cántaro. Se paró delante de él, y el divino Odiseo le preguntó:

«¿Ah hija, no querrías guiarme a la casa del ilustre Alcínoo, el que reina entre estas gentes? Es que yo, un extranjero, después de muchas andanzas, vengo aquí desde lejos, desde una tierra extraña. Por eso no conozco a ninguno de los humanos que habitan esta ciudad y este país».

A él entonces le respondió la diosa, Atenea de ojos glaucos:

«Desde luego que te indicaré, padre extranjero, la mansión por la que me preguntas, ya que está en la vecindad la casa de mi irrreprochable padre. Conque avanza en silencio y yo te guiaré por el camino, pero no mires cara a cara ni le preguntes a ninguna persona. Pues los de aquí no toleran de buen grado a los extraños, ni tratan con gestos amables los saludos de cualquiera que llega de otro lugar. Son gentes que, fiadas en sus raudas naves, atraviesan el gran abismo marino, puesto que el dios que sacude la tierra les dio ese don, y sus naves son tan veloces como un pájaro o un pensamiento.»

Después de hablar así Palas Atenea le condujo con raudo paso. Él caminaba tras las huellas de la diosa. No le vio ninguno de los famosos feacios marchar por su ciudad, pues no lo permitía Atenea de hermosas trenzas, la terrible diosa que lo embozaba en una fina

niebla velando por él con cariñoso ánimo. Odiseo iba admirando los puertos y las naves equilibradas y las plazas de aquellos héroes, y sus extensas y altas murallas, ensambladas con grandes rocas, maravilla de ver. Así que apenas llegaron ante el famoso palacio del rey, comenzó a hablar con estas palabras la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Aquí tienes, padre extranjero, la casa que me has pedido que te indique. Hallarás a los reyes de estirpe divina celebrando un banquete. Pero tú entra, y no te turbes en tu ánimo. Pues un hombre atrevido se comporta mejor en cualquier empeño, incluso si viene de una tierra distinta. Te encontrarás primero a la reina en la amplia sala. Arete es su nombre propio, y ha nacido de los mismos antepasados de la familia del rey Alcínoo. Pues al principio a Nausítoo lo engendraron Poseidón que sacude la tierra y Peribea, la mejor de las mujeres por su figura, hija menor del orgulloso Eurimedonte, que reinaba antaño sobre los soberbios gigantes. Pero él causó la perdición de su arrogante pueblo, y pereció él mismo. Con ella se unió Poseidón y engendró como hijo al magnánimo Nausítoo, que fue soberano de los feacios. Nausítoo engendró a Rexénor y a Alcínoo. A aquél, que estaba aún sin hijos varones, lo asaetó Apolo el del arco de plata, a poco de casarse, y dejó sola en su palacio a su hija niña, Arete.

»Y la honró, como no es honrada ninguna otra de cuantas mujeres ahora mantienen un hogar al amparo de sus maridos. Así ella ha sido venerada en su corazón y lo sigue siendo por sus queridos hijos y el mismo Alcínoo y por sus súbditos, los cuales la admiran como a una diosa y la reverencian en sus saludos cuando camina por la ciudad. Pues en efecto no care-

ce de noble ingenio la señora, vela prudente por los suyos y resuelve las rencillas de los hombres. Conque si ella te acoge favorable en su ánimo, ya tienes esperanza de ver pronto a los tuyos y de retornar a tu casa de alto techo y tu querida tierra patria».

Después de hablar así marchóse Atenea de ojos glaucos por encima del mar incansable, dejó atrás la amable Esqueria, llegó a Maratón y a Atenas de anchas calles, y penetró en la sólida casa de Erecteo.

Por su parte Odiseo llegaba ante la muy ilustre mansión de Alcínoo. Mientras se hallaba de pie ante ella con muchos vaivenes le palpitaba el corazón, hasta que alcanzó el umbral de bronce. Flotaba como el fulgor del sol o de la luna el brillo en torno a la encumbrada mansión del magnánimo Alcínoo. Porque sus muros estaban forjados en bronce a uno y otro lado, desde el portal hasta el fondo, y en torno iba corrido un friso azul oscuro. Áureos portones cerraban el paso de la bien murada casa. Jambas de plata se yerguen sobre el umbral broncíneo, de plata es también el dintel, y áureo el llamador. A uno y otro lado había además unos perros dorados que forjó Hefesto con sus ingeniosos diseños, para que custodiaran la mansión del magnánimo Alcínoo, inmortales y sin vejez para todos sus días. Dentro había a lo largo del muro asientos dispuestos acá y allá, en fila desde la entrada hasta el fondo, y estaban bien cubiertos con ropajes de bello tejido, tarea de las mujeres. Allí se sentaban los principales de los feacios mientras comían y bebían. Allí acostumbraban a reunirse a lo largo del año.

Y unas estatuas doradas de muchachos estaban erguidas sobre bien dispuestos altares sosteniendo en sus manos encendidas antorchas que daban luz en las

salas a los invitados al banquete en la noche. Cincuenta esclavas había en el palacio; las unas muelen en sus muelas el rubicundo grano, las otras tejen telas y rebobinan, sentadas, los husos del telar, semejantes a las hojas del esbelto álamo negro, y de los tejidos de lino gotea el húmedo aceite. Tanto como sabios son los feacios entre todos los hombres en impulsar una nave rápida sobre el alta mar, tanto las mujeres lo son en fabricar las telas, pues les concedió Atenea saber esas espléndidas labores y nobles pensamientos.

Más allá del patio, cerca del portón, se halla un huerto de cuatro yugadas y en torno suyo se ha levantado una cerca a ambos costados. Allí han brotado grandes árboles en flor, perales, granados, y manzanos de espléndidos frutos, dulces higueras y lozanos olivos. Sus frutos nunca se pierden, y no faltan ni en invierno ni en verano, son perennes. De continuo la brisa del Céfiro produce los unos y madura los otros. La pera envejece sobre la pera, la manzana sobre la manzana, la uva en la uva y el higo sobre el higo. Allí está plantado un prolífico viñedo, del que algunos frutos tendidos en un suelo abrigado se secan al sol, mientras otros se vendimian y otros se pisan, en tanto que más allá otras vides están en flor y otras van negreando sus uvas. Allí también, en el fondo del huerto, han brotado arriates de verduras de todo tipo, en sazón todo el año. Y hay allí dos fuentes, la una vierte su agua por todo el jardín, y la otra la impulsa por el otro lado, a lo largo del umbral, en dirección a la alta casa, adonde van por agua los ciudadanos. Así de espléndidos eran, pues, en los dominios de Alcínoo, los dones de los dioses.

Allí, parado, los admiraba el muy sufrido y divino Odiseo. Luego, después de haberlo contemplado todo

en su ánimo, penetró presurosamente traspasando el umbral. Encontró a los príncipes y notables de los feacios haciendo libaciones en honor del certero Argifonte, a quien ofrecían libaciones en último lugar, cuando ya pensaban en retirarse a dormir. Entonces cruzó la sala el divino y muy sufrido Odiseo, envuelto en la niebla que sobre él derramaba Atenea, hasta llegar junto a Arete y el rey Alcínoo.

Entonces en torno a las rodillas de Arete echó sus brazos Odiseo y al punto de nuevo se disipó la bruma divina. Los demás se quedaron atónitos al ver al héroe en el interior del palacio. Y se pasmaban mirándolo. Odiseo comenzaba su súplica:

«Arete, hija del divino Rexénor, ante tu esposo y tus rodillas y estos invitados tuyos acudo, tras haber sufrido muchas penas. ¡Que los dioses les concedan vivir en prosperidad, y que cada uno legue a sus hijos las riquezas de sus mansiones y la honra que les ha dado el pueblo! A cambio, procuradme a mí una escolta para llegar a mi patria cuanto antes, pues que desde ha tiempo padezco pesares lejos de los míos».

Después de hablar así, se dejó caer sobre las cenizas del hogar junto al fuego. Todos se quedaron callados y en silencio, y al rato tomó la palabra el viejo héroe Equeneo, que era el más anciano de los feacios y estaba adiestrado en los discursos, sabedor de antiguas y muchas cosas. Éste con ánimo benévolo tomó la palabra entre ellos y dijo:

«Alcínoo, no es desde luego nada digno ni parece adecuado que un extranjero esté echado en el suelo junto al hogar y sobre las cenizas, pero los demás se contienen aguardando tus palabras. Así que, venga, haz que se levante y se siente sobre un sillón de clavos

de plata, y ordena a los heraldos que le escancien el vino, para que libemos en honor de Zeus que se goza en el rayo, que asiste a los suplicantes dignos de respeto. Y que alguna despensera, de las del palacio, le sirva la cena al extranjero».

En cuanto hubo oído esto el sagrado ánimo de Alcínoo tomó de la mano al prudente Odiseo de sutil astucia, lo apartó del hogar y lo sentó en un espléndido asiento, haciendo levantarse de éste al amable Laodamante, que estaba sentado a su lado, y a quien apreciaba muchísimo. El agua de manos trajo una criada en un bello cántaro dorado y la vertía sobre la jofaina de plata para que se lavara. Y a su lado desplegó una mesa bien pulida. Sobre ella colocó el pan la venerable despensera al traerlo, y muchos otros manjares más de los que disponía para darle gusto. Luego bebió y comió el muy sufrido divino Odiseo. Y entonces le dijo al heraldo el noble Alcínoo:

«Pontónoo, colma la crátera de vino mezclado y distribuye a todos en la sala, para que hagamos libaciones también en honor de Zeus que se goza en el rayo, que asiste a los suplicantes dignos de respeto».

Así dijo, y Pontónoo mezclaba el vino que endulza el ánimo, y lo distribuyó a todos vertiéndolo en las copas. Luego, una vez que libaron y bebieron cuanto el ánimo les pedía, ante ellos tomó la palabra Alcínoo y les dijo:

«Escuchad, príncipes y nobles de los feacios, que os voy a decir lo que mi ánimo en mi pecho me dicta. Ahora, después de gozar del banquete, descansad retirándoos a vuestra casa. Pero al alba convocaremos a los ancianos en gran número y agasajaremos como huésped al forastero en nuestro palacio y ha-

remos hermosos sacrificios en honor de los dioses, y a continuación nos ocuparemos también de su viaje, para que nuestro huésped, sin pena ni fatiga, gracias a nuestra escolta arribe a su tierra patria, y se alegre de ello muy pronto, por muy lejos que esté, y que ya no sufra más ni daño ni pesar alguno hasta que pise su tierra.

»Allí luego habrá de soportar todo cuanto su destino y las Parcas tejedoras le hayan devanado en su hilo, desde el momento en que lo diera a luz su madre. Pero si es quizás alguno de los inmortales venido del cielo, será que en este caso algo distinto han planeado los dioses. Porque siempre en el pasado los dioses se nos han aparecido a nosotros en forma manifiesta, cuando celebrábamos magníficas hecatombes, y participan en nuestros banquetes sentados, entre nosotros, a nuestro lado.Y si acaso algún caminante se los encuentra cuando va solitario, no se le ocultan en absoluto, porque estamos muy cerca de ellos, como los cíclopes y las tribus salvajes de los gigantes».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Alcínoo, deja a un lado esos pensamientos. Porque yo no me parezco a los inmortales, los que habitan el amplio cielo, ni en mi estatura ni en mi natural, sino a los humanos mortales. A quienes entre los humanos vosotros conocéis que hayan soportado las máximas desdichas, a ésos en dolores podría igualarme. Y aún más desventuras yo podría contaros, todo cuanto ya he sufrido por voluntad de los dioses. Pero permitidme cenar ahora, aunque esté agobiado. Pues no hay nada más perro que el odioso estómago, que nos fuerza a acordarnos de él con urgencia, aunque uno esté muy angustiado y con pena en el ánimo. Pues yo

mantengo la pena en mi interior, pero él muy de continuo me incita a comer y beber, y me hace olvidarme de cuanto he padecido, y a llenarlo me obliga.

»Vosotros apresuraos, apenas el alba alumbre, para dejarme, desdichado de mí, en mi patria, después de mis muchas desdichas. Y que allí me abandone la vida cuando haya visto mis dominios, mis sirvientes y mi amplia mansión de alto techo».

Así habló, y todos aprobaban sus palabras y tomaban acuerdos para enviar a su casa al extranjero, ya que había hablado como debía. Y una vez que hubieron hecho las libaciones y bebido cuanto deseaban, los otros se fueron, cada uno a su casa, a dormir, y entonces en el palacio quedóse el divino Odiseo. Junto a él se sentaron Arete y Alcínoo semejante a un dios. Las criadas retiraron en orden los restos del banquete. Y entre ellos tomó la palabra Arete de blancos brazos. Porque había reconocido el manto y la túnica, al ver los bellos vestidos que ella misma había tejido con sus sirvientas. Y dirigiéndose a él pronunciaba sus aladas palabras:

«Extranjero, voy a comenzar yo misma a preguntarte. ¿Quién eres, de qué gentes y de dónde? ¿Quién te dio estas ropas? ¿No dices que llegaste hasta aquí vagando por el alta mar?».

Respondiéndole a ella le dijo el muy astuto Odiseo:

«Pesarosa tarea, reina, sería referirte en detalle mis dolores, pues muchos me han dado los dioses celestes. Pero te diré eso que me preguntas e indagas. Hay una isla, Ogigia, situada lejos en medio del mar, donde vive la hija de Atlante, la seductora Calipso de hermosas trenzas, una diosa temible. No tiene tratos con

ella ninguno de los dioses ni de los hombres mortales. A mí sólo, ¡infeliz de mí!, la diosa me acogió como huésped en su hogar, cuando Zeus, alcanzando mi rauda nave con un rayo, la abrasó en el ponto vinoso. Allí perecieron todos mis nobles compañeros, mientras que yo, agarrándome a la quilla de mi combada nave, durante nueve días fui arrastrado por las olas; y al décimo, en la negra noche, los dioses me empujaron hasta Ogigia, en donde habita Calipso de hermosas trenzas, una diosa temible, que me acogió hospitalaria, y me trataba amorosamente, y me mimaba y me ofrecía hacerme inmortal y carente de vejez para siempre. Pero jamás llegó a persuadir mi ánimo en mi pecho.

»Permanecí allí, aislado, siete años, aun cuando de continuo regaba con lágrimas mis atuendos, las ropas divinas que me diera Calipso. Pero cuando ya me llegó en el curso del tiempo el año octavo, entonces, por fin, ella me sugirió que me apremiara a partir, por un mandato de Zeus, o bien porque cambió su propio designio. Me enviaba al viaje en una balsa de numerosas junturas, y me entregó en abundancia pan y dulce vino, me revistió con ropas divinas, y me envió un viento de popa ligero y favorable. Durante diecisiete días navegué surcando el alta mar, y al decimoctavo se me aparecieron los montes umbríos de vuestra tierra. Se me alegró el corazón, ¡desdichado de mí!, ya que iba a encontrarme con una enorme calamidad que me lanzó encima Poseidón, el Sacudidor de la tierra. Él fue quien impulsó los vientos y me cerró la ruta, y agitó el mar infinito, y el oleaje no dejaba que yo, angustiado con continuos sollozos, avanzara en mi balsa lo más mínimo. Luego la tempestad la destrozó. Y entonces yo atravesaba nadando el piélago profundo, hasta

que a vuestra tierra me impulsaron en su embate el viento y el agua. Allí me habría estrellado sobre la costa el violento oleaje, arrojándome contra las grandes rocas y en un inhóspito paraje, pero yo nadé hacia atrás retrocediendo, hasta que llegué junto a un río, por donde me pareció que había un terreno mejor, despejado de rocas y resguardado del viento. Hacia allí me lancé para recobrar el ánimo, y allí me sobrevino la divina noche. Y yo, en un aparte del río de divina corriente, apenas salido del mar me tumbé a descansar entre unos arbustos, una vez que hube recogido un montón de hojarasca. Y la deidad me infundió un sueño infinito.

»Allí entre las hojas, abrumado en mi corazón, dormí toda la noche y por el alba y el mediodía. Se ponía el sol cuando me abandonó el dulce sueño. Y vi a las sirvientas de tu hija jugando en la orilla. Entre éstas estaba ella semejante a las diosas. La supliqué. Y no tuvo ella el mínimo recelo en su noble decisión, como uno podría esperar que hiciera una criatura joven con la que uno se topa de pronto. Porque los jóvenes son a menudo de poca cordura. Ella me ofreció pan en abundancia y vino rojizo, y me lavó en el río y me entregó estas ropas. Aunque agobiado de penas, te he referido punto por punto la verdad».

Le respondió Alcínoo a su vez y le dijo:

«Huésped, en una cosa no acertó a pensar lo correcto mi hija, ya que no te trajo en compañía de sus sirvientas a nuestra casa. Tú, como es natural, le suplicaste al encontrarla».

En respuesta le contestó el muy sagaz Odiseo:

«Héroe, no por eso censures por mi causa a la irreprochable muchacha. Pues ella me invitaba a seguirla

en compañía de sus criadas. Pero yo no quise por temor y por respeto, no fuera que tu ánimo se enojara al verme. Pues somos en nuestra tierra muy suspicaces las gentes».

A él le respondió a su vez Alcínoo y dijo:

«Huésped, no tengo en mi pecho un corazón que se llene de rencor a la ligera. Me satisface todo lo correcto. ¡Ojalá Zeus Padre, Atenea y Apolo, me concedieran que, siendo tú como eres y de acuerdo con mis pensamientos, obtuvieras a mi hija y pudieras llamarte mi yerno, quedándote aquí! Yo te daría casa y riquezas, si quisieras quedarte. Pero contra tu voluntad no te retendrá ninguno de los feacios. No resultaría eso grato a Zeus Padre. Por lo tanto, yo te garantizo el viaje, para que lo sepas bien, para mañana.

»Mientras que tú descansas, abandonado al sueño, éstos te llevarán por el mar en calma, hasta que llegues a tu patria y tu hogar. Adondequiera que te sea grato, incluso si está mucho más allá de Eubea, que afirman que está lejanísima aquellos de los nuestros que la vieron cuando llevaban al rubio Radamantis a visitar a Ticio, hijo de la Tierra. En efecto ellos llegaron hasta allí, y sin fatiga realizaron ese trayecto, en un solo día, y regresaron luego a sus casas. Constatarás tú mismo con tus sentidos cuán magníficas son mis naves y mis muchachos para franquear el mar a golpes de remo».

Así habló. Se alegró el muy sufrido divino Odiseo, y en tono de plegaria formuló sus palabras y dijo:

«¡Zeus Padre, ojalá que Alcínoo pueda cumplir cuanto ha dicho! Y, en tal caso, que perdure inagotable su fama sobre la fértil tierra, y llegue yo a mi patria».

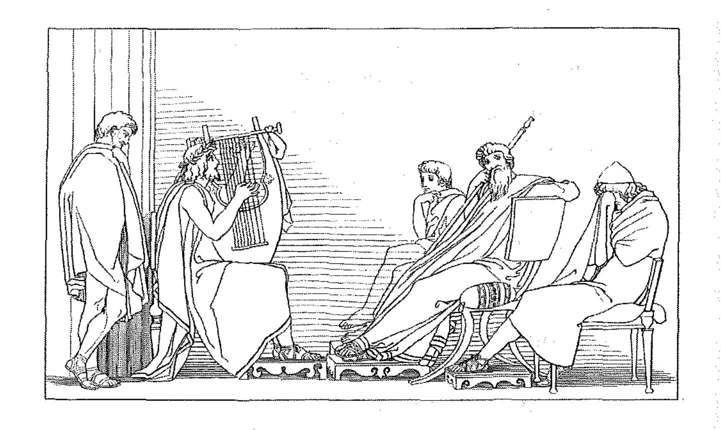
Mientras ellos hablaban estas cosas uno con otro, Arete, la de blancos brazos, había ordenado a sus sir-

vientas que dispusieran un lecho junto al hogar, que le echaran encima hermosos cobertores purpúreos, y que los cubrieran con colchas y por encima dejaran mantas de lana para abrigarse. Ellas salieron de la gran sala con antorchas en las manos. Y en cuanto hubieron dispuesto el sólido lecho cumpliendo el mandado, rodeando a Odiseo le invitaban con estas palabras:

«Ve a acostarte, extranjero. Ya tienes hecha la cama».

Así dijeron. A él le pareció muy apetecible echarse a dormir.

Conque allí se fue a descansar el muy sufrido y divino Odiseo, en el bien taraceado lecho dispuesto en el atrio rumoroso. Y Alcínoo, a su vez, se retiró al aposento interior de su elevada mansión. Allí su señora esposa había preparado su cama y reposo.



CANTO VIII

En cuanto brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, se levantó de su lecho el poderoso y augusto Alcínoo, y a la vez alzóse el divino Odiseo, destructor de ciudades. El poderoso y augusto Alcínoo guiaba a los feacios a la asamblea que para ellos había convocado junto a sus naves. Al llegar se sentaban sobre los lisos bancos de piedra unos junto a otros. Los iba trayendo a lo largo de la población Palas Atenea, semejante al heraldo del prudente Alcínoo, que velaba por el regreso del magnánimo Odiseo, y, acercándose a cada uno de ellos, les decía este mensaje:

«Acudid ya, caudillos y consejeros de los feacios, al ágora, para informaros acerca del extranjero que hace poco llegó a la casa del prudente Alcínoo, tras vagar por el alta mar, semejante en su cuerpo a los dioses».

Diciendo esto agitaba el ánimo y el coraje de cada uno, y presurosamente se colmaron las calles de gen-

te y los asientos de los reunidos. Y muchos se admiraban contemplando al hijo sagaz de Laertes. Sobre él Atenea había vertido gracia en su cabeza y sus hombros, y lo hizo más alto y robusto de aspecto, para que a todos los feacios les fuera grato, imponente y venerable, y así pudiera llevar a cabo muchas pruebas, que los feacios propondrían a Odiseo. Luego, cuando todos se reunieron y estuvieron reunidos, a ellos les arengó Alcínoo, y les dijo:

«¡Escuchad, caudillos y consejeros de los feacios, que voy a deciros lo que mi ánimo me sugiere en mi pecho! Este extranjero, no sé quién es, ha llegado errabundo a mi casa, sea desde las gentes de Oriente o de Poniente. Solicita una escolta de viaje, y suplica que sea en firme. Nosotros, como siempre antes, procurémosle el transporte. Porque nunca ninguno, que acuda a mi palacio suplicante, aguarda aquí mucho tiempo quejoso en espera de esa ayuda de viaje. Así que, venga, botemos al divino mar una negra nave recién construida y que se elijan cincuenta y dos jóvenes de entre el pueblo, los que sean reputados los mejores. Y después de que todos hayan aprestado bien sus remos en los toletes disponedla para zarpar.

»Por otro lado, entre tanto, tenéis vosotros ya dispuesto el banquete si acudís a mi casa. Yo os lo ofreceré bien a todos. A los jóvenes les encargo de aquello, en tanto que los demás, los reyes portadores de cetro reuníos en mi hermoso palacio, para que agasajemos como amigo en sus salas a nuestro huésped. Que nadie rehúse. Y convocad al divino aedo, a Demódoco. A él pues le concedió la divinidad el canto para alegrarnos, cuando su ánimo le incita a cantar».

Habiendo dicho esto se puso al frente de ellos y le seguían, los portadores de cetro. El heraldo partió a llamar al divino aedo, y los cincuenta y dos jóvenes marcharon, como había mandado, hacia la orilla del incesante mar.

Luego que hubieron llegado a la nave y al mar, arrastraron ellos su negra nave al hondón marino, colocaron a bordo el mástil y las velas en la negra nave, y sujetaron los remos con sus tiras de cuero, todo según la norma. Desplegaron las velas blancas, y anclaron la nave en aguas profundas. Luego se dirigieron a la gran mansión del prudente Alcínoo.

Se llenaron los patios, los atrios y las salas de hombres que allí se reunían. Muchos eran, por tanto, jóvenes y viejos. Para ellos Alcínoo sacrificó doce corderos, ocho cerdos de blancos dientes y dos vacas de sinuoso paso. Los despellejaron, y dejaron preparado un amable festín.

El heraldo se aproximó conduciendo al celebrado aedo, al que mucho amó la Musa, que le dio un bien y un mal a la vez: le privó de los ojos, y le concedió el dulce canto. Para él colocó Pontónoo un asiento claveteado de plata en medio de los comensales, apoyándolo en una gran columna. Y de un gancho colgó sobre su cabeza la lira sonora, y el heraldo le indicó cómo tomarla en sus manos. A su lado dispuso una bella mesa y una bandeja, y al lado una copa de vino, para que bebiera cuando lo deseara su ánimo.

Ellos echaron sus manos sobre los manjares colocados a su alcance, y tan pronto hubieron saciado su ansia de bebida y comida, la Musa impulsó al aedo a cantar las famosas hazañas de los héroes, con un canto cuya fama entonces llegaba hasta el cielo: la disputa

de Odiseo y del Pelida Aquiles, cómo en cierta ocasión se querellaron en un banquete festivo en honor de los dioses con terribles palabras, mientras se alegraba en su mente el señor de las tropas Agamenón de que disputaran los mejores de los aqueos.

Pues a él se lo profetizó Febo Apolo en un vaticinio, en el muy sacrosanto Delfos, cuando él traspasó el pétreo umbral para consultar el oráculo. Pues entonces empezaría a rodar el comienzo de la destrucción para troyanos y dánaos según los designios del gran Zeus.

Eso entonces cantaba el cantor famoso. Y Odiseo tomando con sus robustas manos su gran manto purpúreo lo alzó sobre su cabeza y se cubrió sus hermosas facciones. Porque se avergonzaba de derramar sus lágrimas desde sus cejas. Cuando cesaba en su canto el divino aedo, enjugándose el llanto retiraba el manto de su cabeza y alzando el vaso de doble copa hacía libaciones a los dioses. Pero cuando de nuevo comenzaba el aedo y le incitaban a cantar los príncipes de los feacios, puesto que se deleitaban con sus palabras, de nuevo Odiseo cubriéndose la cabeza rompía en sollozos. Entonces a todos los demás les pasó inadvertido al derramar su llanto, pero Alcínoo, el único, prestó atención y lo vio, pues estaba sentado a su lado, y le oyó sollozar profundamente. Así que de pronto dijo a los feacios amigos del remo:

«¡Escuchadme, caudillos y consejeros de los feacios! Ya hemos satisfecho nuestro ánimo con el banquete bien repartido y el son de la lira, que es compañera del brillante festín. Salgamos ahora y practiquemos todos los juegos atléticos, para que cuente el huésped a sus amistades, al regresar a su casa, cuánto aventajamos a los demás en los golpes, la lucha libre, los saltos y las carreras».

Después de decir esto, se puso en camino y los demás lo siguieron. Y del gancho colgó la lira ligera el heraldo y a Demódoco tomó de la mano y lo sacó de la gran sala. Lo guiaba por el mismo camino que llevaban los otros, los mejores de los feacios, ansiosos de contemplar los certámenes. Marcharon hacia el ágora, y les acompañaba un inmenso gentío, incalculable. Allí estaban en pie los jóvenes, muchos y nobles. Avanzaron Acróneo, y Ocíalo, y Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquíalo, Eretmeo, Ponteo, Prioreo, Toonte y Anabesíneo, y Anfíalo, hijo de Polineo Tectónida. Allí avanzó también Euríalo Naubólida, igual al homicida Ares, que era el mejor por su aspecto y figura de todos los feacios después del irreprochable Laodamante. Allí se erguían los tres hijos del intachable Alcínoo, Laodamante, Halio y el heroico Clitoneo.

Ellos dieron comienzo a las pruebas de velocidad, y ante ellos se extendía desde la línea de salida la carrera. Todos volaban velozmente cubriendo de polvo la llanura. De ellos fue el mejor con mucho en correr el irreprochable Clitoneo. Cuanto en un campo de arado aventaja una de las mulas a la otra, tanto les iba destacado del pelotón al llegar a la meta, y los otros quedaron atrás. Otros probaron la dolorosa lucha libre, y en ella venció a su vez Euríalo a todos los mejores. En salto quedó muy aventajado sobre todos Anfíalo. Con el disco en cambio entre todos fue mucho mejor Elatreo. Y por sus puños a su vez lo fue Laodamante, el valeroso hijo de Alcínoo.

Cuando ya todos hubieron regocijado su ánimo con los juegos, entre ellos tomó la palabra Laodamante, hijo de Alcínoo:

«Atended, amigos. Preguntemos al huésped si conoce algún deporte y lo ha practicado. Pues no tiene

despreciable apariencia, por sus muslos, sus piernas, sus hombros y brazos, y su robusto cuello parece de gran vigor. No le falta juventud, si bien está quebrantado por muchos rigores. Porque yo, en efecto, os aseguro que no hay cosa alguna más perniciosa que el mar para arruinar a un hombre, por muy fuerte que sea».

A él entonces le respondió Euríalo y habló:

«Laodamante, con muy buen tino has dicho esa opinión. Ve tú mismo ahora a invitarle y razónale tu propuesta».

Al punto, una vez lo hubo oído, el valeroso hijo de Alcínoo avanzó, se detuvo en el medio, y dijo a Odiseo:

«Ven aquí también tú, padre huésped, a actuar en los juegos, si acaso has practicado alguno. Es natural que tú sepas de ellos. Pues no hay timbre de gloria mayor para un hombre mientras vive que aquello que logra con sus pies o sus propias manos. Conque ¡venga!, haz un intento, y aparta las penas de tu ánimo. Tu regreso ya no se pospondrá largo tiempo, sino que para ti hay ya una nave preparada y dispuestos están tus compañeros».

Contestándole habló el muy sagaz Odiseo:

«Laodamante, ¿por qué me incitáis en son de burla? Más me asaltan en mi mente las penas que los juegos, que antes muy mucho sufrí y mucho soporté, y ahora yazgo en vuestra plaza ansioso del regreso, suplicando al rey y a todo el pueblo».

Le replicó entonces Euríalo y le injurió frente a frente:

«No te encuentro, no, extranjero, semejante a una persona adiestrada en los juegos que suelen practicarse a menudo entre hombres, sino a uno de esos que

van y vienen con su barco de muchos remeros, un capitán de marineros que son mercaderes, patrón de su carga y que vela por sus ganancias del viaje y el botín de sus saqueos. En nada te pareces a un atleta».

Mirándole de reojo le dijo el muy artero Odiseo:

«Huésped, no has hablado bien. Te pareces a un pobre insensato. Por lo visto no a todos los hombres conceden los dioses sus dones amables, no a todos la bella apostura, la inteligencia y el arte del discurso a la vez. Puede ser un hombre poco agraciado de aspecto, pero la deidad compensa su figura con sus palabras, y los otros le observan encantados, mientras él habla con tono firme y con amable decoro, y destaca entre los reunidos, y cuando va y viene por la ciudad le contemplan como a un dios.

»Otro, en cambio, por su aspecto es semejante a los inmortales, pero no le rodea ni acompaña la gracia en sus palabras. Así tú tienes un aspecto muy distinguido, y un dios no lo presentaría muy distinto, pero de mente eres un botarate. ¡Me has excitado el ánimo dentro de mi pecho al hablar sin juicio! No soy un ignorante de estos juegos, como tú piensas, sino que creo que estaba entre los primeros, cuando tenía plena confianza en mis pies y mis brazos. Ahora estoy agobiado por mi desdicha y mis dolores. Pues mucho sufrí, enfrentando las guerras de los hombres y atravesando las dolorosas olas. Pero aun así, aunque he sufrido muchos males, participaré en los juegos. Tu discurso despertó mi coraje y me has provocado con tus palabras».

Así habló, y con su mismo manto se alzó y tomó un disco mayor y grueso, más pesado en mucho que aquellos que solían usar los feacios. Lo volteó y lo lan-

zó con su robusta mano, y la piedra zumbando partió. Al suelo se echaron los feacios de largos remos, gente famosa por sus naves, ante el lanzamiento de la piedra. Y ésta sobrevoló las marcas de todos en su raudo curso desde su mano. Fijó las marcas Palas Atenea, aparecida en figura de un hombre, y le dirigió su palabra y le dijo:

«Incluso un ciego, extranjero, podría reconocer tu marca a tientas. Porque no está mezclada con las del montón, sino mucho más adelante. Ten tú plena confianza en este juego. Ninguno de los feacios alcanzará esto ni lo superará».

Así dijo, y se alegró el muy sufrido divino Odiseo, gozoso al ver a un camarada benévolo en el certamen. Y a continuación habló en tono más ligero a los feacios:

«Alcanzad ahora este punto, muchachos. Que luego al momento lanzaré, pienso, otro disco tan lejos o aún más. Y en cualquier otro a quien su ánimo y corazón le impulsen, venga aquí y póngame a prueba, ya que me habéis enfurecido tanto, con los puños o la lucha o bien en la carrera. No me rehúso a nada. De cualquiera de los feacios, a excepción de Laodamante, pues éste es mi huésped. ¿Quién pelearía con el que le honra como amigo? Insensato en verdad y de ninguna estima resulta un hombre que al huésped que lo alberga en tierra extraña le provoca disputa en los juegos. Se cierra a sí mismo la puerta.

»Pero de los demás a ninguno rechazo ni pongo reparos, sino que estoy dispuesto a retarlo y ponerme a prueba con él frente a frente. Pues no soy despreciable en cualquier certamen de los que se practican entre hombres. Bien sé tensar el arco bien pulido y sería

el primero en acertarle a un individuo disparando mi flecha sobre el pelotón de los guerreros enemigos, incluso si muchos compañeros estuvieran en torno de él y dispararan sus flechas contra los rivales.

»Filoctetes era el único que me aventajaba con el arco en la multitud de guerreros de Troya, cuando los aqueos lanzábamos nuestras flechas. De los otros afirmo que yo era con mucho el más sobresaliente, entre todos los que ahora viven como mortales sobre la tierra y comen su fruto. Que con los héroes de antaño no querré rivalizar, ni con Heracles ni con Éurito de Ecalia, que disputaban incluso con los inmortales en el manejo del arco. Por eso precisamente murió pronto el gran Éurito, y no llegó a la vejez en su palacio. Pues, irritándose con él, Apolo lo mató, porque le había desafiado a disparar con el arco. Y con mi jabalina alcanzo tanto como ningún otro con una flecha. Sólo en las carreras temo que me sobrepase alguno de los feacios. Porque quedé en exceso quebrantado por los muchos oleajes, ya que con frecuencia no había buen entrenamiento en la nave. Por eso mis músculos están flojos».

Así habló. Todos se quedaron sin voz y en silencio. Alcínoo fue el único en responderle y le dijo:

«Extranjero, ya que nos dices palabras no faltas de aprecio, a la par que quieres mostrar tu valía, la que a ti te acompaña, y aunque estés enojado porque ese individuo se te enfrentó e injurió en el certamen, aunque no reprocharía tu valor ninguno que tuviera inteligencia para proclamar lo correcto, así está bien. Pero ahora presta atención a mis palabras, para que las digas a cualquier otro de los héroes, cuando en las salas de tu hogar coma junto a tu esposa y tus hijos, guardando memoria de nuestra excelencia en las obras en

las que Zeus nos la concede todavía habitualmente desde tiempos de nuestros padres. Porque no somos intachables como púgiles ni luchadores; pero corremos con veloces piernas y somos los mejores con los barcos; y siempre nos encantan el amistoso banquete, la cítara, las danzas, los vestidos variados, los baños calientes y las camas.

»Así que, venga, vosotros, los mejores bailarines feacios, actuad, para que cuente el extranjero a sus parientes al volver a su casa en cuánto superamos a los demás en la navegación, destreza de pies, y el arte de la danza y el canto. ¡Que a Demódoco le traiga al punto alguno su cítara sonora yendo a recogerla, que sin duda está en mi palacio!».

Así habló Alcínoo semejante a un dios, y se apresuró el heraldo a traer la curvada lira de la casa del rey. Nueve árbitros, elegidos todos, se destacaron de entre el pueblo, los que en cada ocasión velaban bien por las competiciones; alisaron el terreno de baile, y ensancharon la hermosa pista. Llegó pronto el heraldo que traía su cítara sonora a Demódoco. Enseguida avanzó éste hasta el centro, y a uno y otro lado se dispusieron los muchachos adolescentes, diestros en la danza. Golpeteaban el divino suelo con sus pies, mientras Odiseo contemplaba los centelleos de sus piernas y se llenaba de admiración en su ánimo.

Entonces él, tocando la lira, se lanzó a cantar bellamente acerca del amor de Ares y Afrodita de hermosa corona, cómo en cierta ocasión se unieron amorosamente en la morada de Hefesto, en secreto. Ares la dio muchos regalos y deshonró el matrimonio y el lecho del soberano Hefesto. Pero pronto acudió a él como mensajero Helios, que los había visto acoplarse en el

acto amoroso. Conque, en cuanto Hefesto hubo oído la amarga noticia, marchó hacia su fragua, cavilando venganza en su interior, y allí colocó sobre el tajo un gran yunque, y martilleó unas ataduras irrompibles, inquebrantables, para que resistieran firmemente.

Luego, tras de haber construido su trampa, enfurecido contra Ares, se dirigió hacia su dormitorio, donde estaba su propio lecho. Y allí dispuso las ataduras con sus lazos por un lado y otro en círculo, como ligeros hilos de araña, que nadie pudiera ver, ni siquiera ninguno de los dioses felices. Así alrededor del lecho quedó fijada la trampa.

Luego, después que hubo tendido la trampa en torno a la cama, simuló que se iba hacia Lemnos, aquella hermosa ciudadela que le es con mucho la más querida de todas. No tenía ciego espionaje Ares, el de las riendas de oro, pues vio marcharse a lo lejos a Hefesto, el ilustre artesano. Y echó a andar hacia la casa del ínclito Hefesto, ansioso del amor de Citerea de bella diadema. Ella acababa de regresar de la mansión de su padre, el poderoso Crónida, y estaba sentada. Pasó él al interior de la casa, la tomó de la mano, la saludó y le dijo:

«Ven, querida, vayamos a la cama a acostarnos. Porque no está ya Hefesto aquí, sino que hace ya tiempo se ha ido a visitar a los sintios de rudo lenguaje».

Así habló, y ella sintió grandes deseos de acostarse. Ambos marcharon a la cama y se echaron juntos. Pero por un lado y otro los envolvieron los lazos fabricados por el astuto Hefesto, y no les era posible moverse en ningún sentido ni tampoco levantarse. Y entonces se dieron cuenta de que ya no tenían fuga posible. Con rápido regreso se aproximó a ellos de

nuevo el muy ilustre patizambo, que se diera la vuelta antes de llegar a la tierra de Lemnos. Porque Helios que mantenía la vigilancia le contó la noticia. Echó a andar hacia su casa, muy irritado en su corazón. Se detuvo en el atrio, mientras se apoderaba de él un furor salvaje. Y gritó de manera terrible, y llamaba a todos los dioses:

«¡Zeus Padre y todos los otros dioses que existís para siempre, acudid a contemplar un suceso ridículo e indecente: cómo a mí, por ser cojo, Afrodita, la hija de Zeus, de continuo me deshonra, y se entrega amorosa al pernicioso Ares, porque él es hermoso y de buenas piernas, mientras que yo quedé lisiado. Pero de eso no soy culpable en nada, sino mis dos padres, que ojalá no me hubieran engendrado. Mas venid a verlos, cómo ambos duermen en abrazo amoroso, metiéndose los dos en mi cama. Y yo me reconcomo al mirarlos. No había creído ni por un momento que ellos se arrejuntaran así, por mucho que se amaran. ¡Pero pronto no querrán dormir juntos! Pues los retendrán a los dos la trampa y la atadura, hasta que su padre me devuelva mis regalos de boda, todo cuanto ofrecí por su hija, la de cara de perra, porque es tan bella como desvergonzada».

Así habló, y los dioses se congregaron en la morada de suelo broncíneo. Llegó Poseidón, el que abraza la tierra, llegó el muy artero Hermes, llegó el soberano Apolo, certero flechador. Sólo las diosas se quedaron en sus casas por pudor femenino. Se apostaron en el atrio los dioses, dispensadores de bienes. Y una risa incontenible se difundió entre los dioses felices, al observar la artimaña del muy sagaz Hefesto.

Así comentó, al verlos, un dios a su vecino:

«No prosperan las malas acciones. Y alcanza el lento al rápido, como en este caso: Hefesto, siendo lento, atrapó a Ares, que es el más rápido de los dioses que habitan el Olimpo; siendo cojo, lo atrapó con sus artes. Ha de pagar multa por adulterio».

De tal modo ellos hablaban unos con otros. Y a Hermes le dijo el soberano Apolo, hijo de Zeus:

«Hermes, hijo de Zeus, mensajero, dispensador de bienes, ¿es que tú querrías, apresado en duras cadenas, yacer en el lecho junto a la áurea Afrodita?».

Le respondió al punto el mensajero, el matador de Argos:

«¡Ojalá pues que eso sucediera, soberano arquero Apolo, y ligaduras tres veces más irrompibles nos sujetaran, y lo vierais vosotros los dioses y todas las diosas, mientras yo yaciera al lado de la áurea Afrodita!».

Así dijo, la risa se propagó entre los dioses inmortales. Pero no se reía Poseidón, sino que suplicaba repetidamente al ingenioso Hefesto que liberara a Ares. Y hablándole le decía palabras aladas:

«Suéltale. Yo te prometo de firme pagarte, como tú reclamas, todo lo que es debido entre los dioses inmortales».

Le contestó a su vez el ilustre patizambo:

«No me ruegues eso, Poseidón, agitador de la tierra. Sin valor son las fianzas que se ofrecen por gentes sin valor. ¿Cómo voy yo a sujetarte a ti entre los dioses inmortales, si Ares se escapara una vez liberado del apuro y la trampa?».

Pero le contestó luego Poseidón, sacudidor de la tierra:

«Hefesto, si acaso Ares, al verse libre de su apuro, escapa y huye, yo mismo te pagaré por esto».

Le respondió entonces el ilustre patizambo: «No es posible ni está bien rechazar tu palabra».

Después de tales palabras el vigoroso Hefesto empezó a soltar los lazos. Los dos, apenas se libraron de su atadura, que era muy firme, en seguida partieron: Ares se encaminaba a Tracia, mientras que Afrodita, amante de la sonrisa, se llegaba a Pafos, donde tiene un santuario y un altar perfumado. Allí las Gracias la lavaron y la ungieron con un óleo divino, tal como suelen usar los dioses de perenne existencia, y la revistieron con ropas seductoras, maravilla de admirar.

Esto cantaba el muy famoso aedo. Y, mientras lo escuchaba, Odiseo se deleitaba en su interior, como también los demás, los feacios de largos remos, famosos por sus navíos.

Alcínoo invitó a Halio y a Laodamante a que bailaran en solitario, puesto que ninguno rivalizaba con ellos. A continuación ellos tomaron en su manos una hermosa pelota purpúrea que les había hecho el sabio Pólibo. El uno la lanzaba hacia las nubes sombrías volteándose hacia atrás, y el otro saltando a lo alto la recogía pronto en vilo, antes de tocar con sus pies el suelo. Y después de haber jugado en el lanzamiento de pelota, bailaron sobre la fértil tierra alternando sus posiciones. Los demás jóvenes en pie sobre la pista los acompañaban con sus palmadas y se alzaba un gran bullicio. Entonces a Alcínoo le dijo el divino Odiseo:

«Poderoso Alcínoo, respetadísimo entre toda tu gente, bien dijiste que erais óptimos danzarines, y estas danzas lo han demostrado. Me domina el asombro al verlas».

Así habló, y alegróse el augusto Alcínoo. Al punto decía a los feacios amigos del remo:

«¡Escuchad, caudillos y consejeros de los feacios! Me parece que nuestro huésped es persona de mucho talento. Conque, venga, démosle un don de hospitalidad, como es apropiado. Pues mandan en nuestro pueblo doce reyes excelentes, y yo mismo como el decimotercero, que traiga cada uno para él una túnica y un manto recién lavado y un talento precioso de oro. A continuación se lo daremos todo junto, para que el huésped lo tenga en sus manos y se reconforte gozoso en su ánimo durante el banquete. Y que Euríalo lo contente con sus palabras y un regalo, puesto que no le dirigió las palabras que debía».

Así habló, y todos lo aprobaban y asentían, y cada uno de ellos envió al heraldo a traer los regalos. Por su parte Euríalo contestó y dijo:

«Alcínoo poderoso, respetadísmo entre toda tu gente, desde luego que yo contentaré al huésped, tal como tú me pides. Le daré esta espada toda de bronce, que tiene empuñadura de plata y una vaina de marfil recién tallado. Le será de mucho valor».

Tras decir esto ponía en las manos de Odiseo la espada claveteada de plata, y le hablaba diciéndole estas palabras aladas:

«¡Sé feliz, padre extranjero, y si alguna palabra áspera se ha pronunciado, que al instante la arrastren y lleven lejos los vientos! Y que a ti los dioses te concedan ver a tu esposa y llegar a tu tierra patria, después de que ya tantos pesares has sufrido lejos de los tuyos».

En respuesta le dijo el muy sagaz Odiseo:

«¡Que también tú seas muy feliz, amigo, y los dioses te den larga dicha! Y ojalá que no tengas luego ninguna nostalgia de esta espada, que me diste, contentándome con tus palabras».

Así dijo, y de sus hombros se colgó la espada claveteada de plata. Se ponía el sol y estaban dispuestos sus regalos. Y los amables heraldos los llevaban a la casa de Alcínoo. Allí los recibían los hijos del irreprochable Alcínoo y depositaban los espléndidos dones junto a su honrada madre. Y a los demás los guiaba el augusto Alcínoo, y al llegar los hacía sentarse en los altos asientos. Y luego tomó allí la palabra el poderoso Alcínoo:

«Trae acá, mujer, un cofre precioso, el mejor que tengamos. Y coloca en él tú misma una túnica y un manto recién lavado. Caldead al fuego una tina de bronce, calentad el agua, para que éste se dé un baño y vea luego sus regalos bien presentados, los que los irreprochables feacios aquí le han traído, y se regocije en el banquete escuchando el cantar del aedo. Y entonces yo le daré esta bellísima copa de oro, para que acordándose de mí todos los días haga sus libaciones en su hogar en honor de Zeus y otros dioses».

Así habló, y Arete ordenó a sus criadas que colocaran sobre el fuego una gran trébede a toda prisa. Y ellas alzaron sobre el fuego ardiente una tina de tres piés, y la llenaron de agua, y por debajo extendieron la leña y encendieron la lumbre. El fuego envolvía la panza de la trébede y se calentaba el agua. A continuación Arete sacaba para el huésped el preciosísimo cofre de su dormitorio, y metía en él los hermosos regalos, las ropas y el oro, que le dieran los feacios. Y luego añadía ella una túnica y un espléndido manto. Y tomando la palabra le dirigió sus palabras aladas:

«Observa tú mismo ahora la tapa y ajústale rápidamente la lazada, para que nadie vaya a robarte por el camino, cuando de nuevo duermas un dulce sueño al marcharte en la negra nave».

Apenas hubo escuchado esto el muy sufrido divino Odiseo, al punto ajustaba la tapa y rápidamente la aseguraba por encima con un lazo intrincado, que antaño le había enseñado la soberana Circe. Al momento el ama de llaves le invitaba a ir hacia la bañera y darse el baño. Vio él con sumo agrado en su ánimo el agua humeante, ya que no frecuentaba el baño desde hacía mucho; desde que atrás dejara la morada de Calipso, la de hermosos cabellos. Allí sí que lo había tenido siempre dispuesto y a punto como para un dios. Así que después de que lo lavaron las siervas y lo ungieron con aceite, salió de la bañera y le vistieron con túnica y un hermoso manto, se dirigía hacia los bebedores de vino.

Nausícaa, que mostraba su belleza don de los dioses, se colocó al pie de la columna que sostenía el bien decorado techo, y desde allí admiraba a Odiseo con los ojos fijos en él, y saludándole le dirigía sus palabras aladas:

«¡Vete feliz, forastero, de modo que cuando estés en tu tierra patria alguna vez te acuerdes de mí, que a mí la primera me debes tu acogida!».

Respondiéndola dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo, ojalá que así ahora permita Zeus, el tonante esposo de Hera, que yo me vuelva a mi casa y vea el día del regreso! En tal caso, allí también a ti, como a un dios, te invocaría una y otra vez todos los días. Porque tú me salvaste la vida, muchacha».

Así habló y fue a sentarse en su silla al lado del rey. Los demás se pusieron entonces a repartir las carnes y mezclaban el vino. Un heraldo llegó que conducía al muy ilustre aedo, a Demódoco, honrado por las

gentes. Le hizo sentarse en medio de los comensales, apoyándolo en la alta columna. Interpeló luego al heraldo el muy astuto Odiseo, cortando una tajada de lomo, pues quedaba aún bastante del cerdo de blancos colmillos; por ambos costados rebosaba su grasa.

«¡Heraldo, toma y dale este trozo de carne, para que coma, a Demódoco! Bien quiero darle mi saludo, aunque estoy muy apenado. Pues entre todos los hombres de la tierra los aedos son merecedores de honra y respeto, porque en verdad a ellos sus cantos les enseña la Musa y con amor trata a la raza de los aedos.»

Así dijo, y el heraldo recogió la porción y la puso en las manos del ilustre Demódoco. Éste la aceptó mientras se alegraba en su ánimo. Los demás ya echaban las manos sobre los manjares bien dispuestos. Y en cuanto hubieron colmado su ansia de comida y bebida, volvió a dirigirse a Demódoco el muy astuto Odiseo:

«Demódoco, mucho más que a cualquier otro hombre te admiro. Te ha aleccionado o bien la Musa, hija de Zeus, o bien Apolo. Porque cantas con extraordinaria precisión la expedición de los aqueos, cuánto hicieron y sufrieron, y cuánto los aqueos se esforzaron, como si tú mismo hubieras estado allí, o acaso lo oyeras de otro. Pero, venga, avanza más adelante y canta la gesta del caballo de madera, el que Epeo construyó con la ayuda de Atenea, el que entonces el divino Odiseo llevara como trampa hasta la ciudadela habiéndolo llenado de los guerreros que arrasaron Troya. Si, según mis ruegos, cuentas todo eso en buen orden, proclamaré enseguida ante todos los humanos que fue un dios protector quien te concedió el divino don de tu canto».

Así dijo, y el otro, impulsado por un dios, comenzaba su cantar partiendo del momento aquel en que

ellos subieron a sus sólidas naves y en ellas zarparon, después de haber prendido fuego a sus tiendas. Pero otros argivos se quedaban junto al muy famoso Odiseo escondidos en el caballo y transportados luego a la plaza de Troya. Los mismos troyanos los arrastraron a la ciudadela. Allí el caballo permanecía en pie, mientras los otros discutían agrupados en torno a él. La asamblea discutía dos opciones: destrozar pronto la madera con el aguzado bronce, o empujarlo hasta la cumbre y precipitarlo sobre las rocas; o bien dejarlo allí como ofrenda consagrada a sus dioses. Esta opinión fue la que iba a imponerse al final, porque era el destino que la ciudad pereciera cuando albergara al gran caballo de madera, donde montaban guardia todos los príncipes argivos que llevaban masacre y ruina a los troyanos.

Sabía cómo arrasaron la ciudad los hijos de los aqueos, al desparramarse saliendo del caballo, fuera de su cóncava madriguera. Empezó a cantar cómo cada uno por un lado saqueaba la alta ciudadela, mientras Odiseo se encaminaba, en compañía del heroico Menelao, hacia la mansión de Deífobo. Relató que allí avanzó audaz al más bronco combate y que venció luego con la ayuda de la magnánima Atenea. Estas cosas cantaba el muy famoso aedo, en tanto que Odiseo se encogía y bañaba con el llanto de sus ojos sus mejillas. Como llora una mujer abrazada a su querido esposo, que ha caído delante de su ciudad al frente de sus tropas cuando intentaba proteger de la cruenta matanza a la ciudad y a sus hijos, y ella, al verlo en su agonía, jadeante, se echa sobre él y desboca sus agudos gemidos, mientras que los enemigos lo golpean con sus lanzas en el pecho y los hombros, y

luego lo arrastran para causarle desaliento y congoja, y sus mejillas se marchitan con el más angustioso penar. Así vertía tumultoso llanto de sus ojos Odiseo.

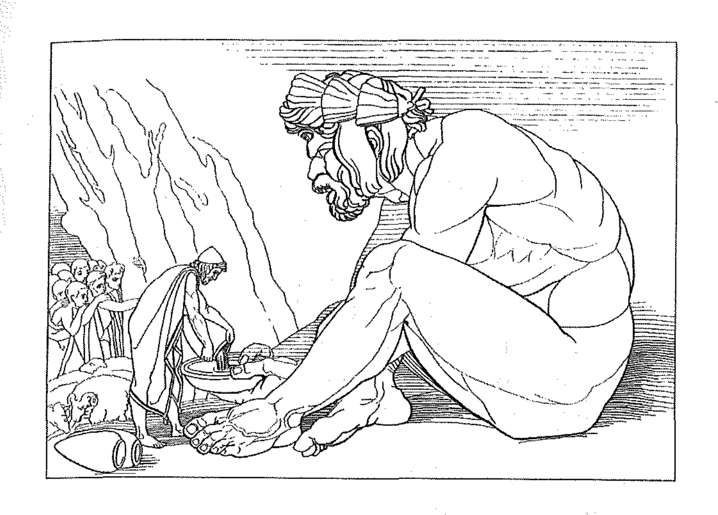
De los demás ninguno advertía que él derramaba su llanto. Tan sólo Alcínoo lo percibió y le prestó atención, porque estaba sentado a su lado y escuchaba sus hondos suspiros. Y, al momento, comenzó a regañar a los feacios amigos del vino:

«¡Prestad atención, consejeros y jefes de los feacios, y que Demódoco frene ya su sonora lira! Que cantando esas cosas parece que no a todos alegra. Desde que cenamos y empezó el divino aedo, desde entonces no ha parado de sollozar apenado el extranjero. Por algún motivo la pena ha inundado a fondo su ánimo. Conque cese el cantor, para que todos estemos gozosos, los anfitriones y nuestro huésped, que así será mucho mejor. En favor del honorable extranjero está ya todo dispuesto, su viaje y sus buenos regalos, que le dimos con afecto sincero.

»Como un hermano resulta para un extranjero y un suplicante el huésped que lo alberga con cordura en su mente. Por lo tanto tampoco tú ahora rehúses con taimadas intenciones contestar a lo que te pregunte. Es mejor que lo declares todo. Dinos tu nombre, por el que solían llamarte tu madre y tu padre y los demás que habitaban en tu ciudad y las tierras vecinas. Pues ningún ser humano vive del todo sin nombre, sea noble o humilde, apenas ha nacido, porque a todos se lo imponen sus padres, tras darles la vida. Dime tu país, tu gente y tu ciudad, a fin de que a ella te transporten nuestras naves que se orientan con mente propia. Porque no usan timoneles los feacios, ni gobernalle alguno, como tienen las demás naves.

Sino que sus barcos conocen por sí mismos los planes y rumbos humanos, y se saben las ciudades y los fértiles campos de todas las gentes y cruzan el abismo marino velozmente cubiertos de brumosa niebla. Nunca hay temor de naufragar o hundirse con ellas.

»Sin embargo, una vez le oí a mi padre, a Nausítoo, contar lo siguiente. Repetía que Poseidón se irritaría con nosotros por ser porteadores sin daño de todas las gentes. Decía que algún día destruiría una refulgente nave feacia cuando regresara de un viaje por el brumoso mar y cubriría la entrada marina a nuestra ciudad con una gran montaña. Así lo refería el viejo. Si tales cosas va a cumplir la divinidad o si las dejará sin realizar, sea como plazca a su ánimo. Ahora, venga, dime esto y expónlo con claridad: ¿por dónde viniste errante y a qué regiones llegaste, y a qué pueblos y ciudades bien pobladas? Y cuenta si sus moradores eran gentes rudas, salvajes e ignorantes de la justicia, o bien acogedoras y de mente piadosa. Dinos el motivo de los sollozos y llantos de tu pecho, al escuchar la ruina de los dánaos argivos y de Ilión. La tramaron los dioses y ellos urdieron la matanza de tantos humanos, para que tuvieran los posteriores materia de canto. ¿Acaso perdiste algún pariente al pie de Troya, valeroso y noble, un cuñado o un yerno? Ésos son los seres que resultan más próximos después de los de la familia de sangre. ¿O acaso algún compañero de amable carácter y ánimo valiente? Porque en nada es inferior a un hermano un camarada sincero y de aguda inteligencia».



CANTO IX

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Poderoso Alcínoo, distinguido entre todas las gentes, cierto que es bella cosa el escuchar a un cantor semejante, uno como éste, que se parece a los dioses en su voz! Yo afirmo, en efecto, que no hay momento más placentero que cuando la alegría se extiende a todo el mundo, y los comensales a lo largo de una sala se deleitan oyendo al aedo, sentados en hilera, y a su alrededor las mesas rebosan de pan y carnes, y sacando de la crátera el vino el copero lo lleva y lo escancia en las copas. En mi mente eso a mí me parece una cosa espléndida.

»Pero a ti tu ánimo te incita a preguntar por mis quejumbrosos pesares, a fin de que aún más me acongoje y solloce. ¿Qué voy a contarte al principio,

y luego, y qué al final? Pues muchos pesares me infligieron los dioses del cielo. Voy ahora a decirte primero mi nombre, para que también vosotros lo conozcáis, y yo, en el futuro, si escapo al día desastroso, sea huésped vuestro aunque habite en mi hogar muy lejano.

»Soy Odiseo, el hijo de Laertes, que entre todos los humanos destaco por mis tretas, y mi fama alcanza hasta el cielo. Habito la despejada Ítaca. Hay en ella un monte elevado, el Nérito de sombrías arboledas. En torno suyo están tendidas numerosas islas, muy próximas entre sí: Duliquio, y Same y la boscosa Zacintos. Ítaca se alarga llana en un extremo de la mar, hacia occidente, y las otras a distancia hacia la aurora y el oriente. Abrupta es, pero buena criadora de jóvenes. Yo, al menos, no soy capaz de imaginar nada más dulce que esa tierra.

»Antaño me retuvo junto a ella Calipso, divina entre las diosas, en sus cóncavas grutas, anhelando hacerme su esposo. Y de igual modo me albergó en sus mansiones Circe, la pérfida moradora de Eea, deseosa de tenerme como marido. Pero jamás ninguna llegó a convencer mi ánimo en mi pecho. Porque nada hay más dulce que la patria y los padres, ni siquiera cuando uno habita un hogar opulento bien lejos, en tierra extraña, alejado de su familia.

»Conque ahora voy a contarte mi dolorido retorno, al que Zeus me lanzó al alejarme de Troya. Desde Ilión me arrastró el viento hasta dejarme cerca de los cícones, en Ismaro. Allí yo saqueé su ciudad y los derroté a ellos. Llevándonos del poblado a sus mujeres y un abundante botín, hicimos el reparto de tal modo que nadie quedara privado de su parte. Entonces, sin

más, yo di órdenes de escapar a toda prisa, pero mis hombres, los muy necios, no me obedecieron. Allí, en la playa, bebían vino a chorros y degollaban muchas ovejas y vacas de curvos cuernos y sesgado andar. Mientras tanto los cícones huidos llamaban a gritos a otros cícones que habitaban vecinos, más numerosos y más fuertes, que vivían tierra adentro, expertos en pelear a caballo contra sus enemigos y también en combatir a pie firme cuando era necesario. Llegaron pronto, tantos cuantas hojas y flores brotan en primavera, al alba. Allí nos alcanzó el funesto destino de Zeus, a nosotros, desgraciados, para sufrir entonces dolores sin cuento. A pie firme nos plantaron batalla junto a las raudas naves, y se entabló combate con las lanzas broncíneas.

»Mientras fue de mañana y se iba extendiendo el sagrado día, todo ese tiempo resistimos rechazándolos, aunque eran más. Pero cuando el sol comenzó a ponerse, a la hora de la suelta de los bueyes, entonces ya los cícones victoriosos pusieron en fuga a los aqueos. Murieron seis compañeros de buenas grebas de cada navío. Los demás logramos escapar de la muerte y del destino.

»De allí en adelante navegamos con el corazón angustiado, huidos de la muerte, tras haber perdido a queridos camaradas. Y no se apartaron mis combadas naves de allí hasta que hubimos clamado tres veces el nombre de cada uno de nuestros infelices compañeros, que quedaron en la llanura masacrados por los cícones. Sobre las naves soltó el viento Bóreas Zeus Amontonador de nubes, en una furiosa tempestad, y con nubarrones recubrió a la vez la tierra y la mar. Caía precipitada desde el cielo la noche. Las naves

eran arrastradas, dando tumbos, y las velas las rasgó en tres y cuatro jirones la violencia del huracán. Las arriamos sobre cubierta, temerosos de la muerte, y a fuerza de remos, con esfuerzos, alcanzamos la costa.

»Allí dos noches y dos días estuvimos tumbados, royendo a la vez en nuestro ánimo las fatigas y las penas. Mas cuando al tercer día apuntó la Aurora de bella melena, enderezamos los mástiles, desplegamos las blanquecinas velas y nos acomodamos a bordo. Marcaban el rumbo a las naves el viento y los pilotos.

»Y así habría alcanzado sano y salvo mi tierra patria, pero, al doblar el cabo Maleas, el oleaje, las corrientes y el Bóreas desviaron y me alejaron de la isla de Citera. Desde allí nueve días fui arrastrado por crueles vientos sobre la mar rica en peces. Al décimo día llegamos, por fin, a la tierra de los lotófagos, que se nutren de un manjar floral. Allá bajamos a tierra y recogimos agua, y pronto prepararon mis compañeros la comida junto a nuestras raudas naves. Apenas quedamos saciados de comida y bebida, entonces yo despaché por delante a unos compañeros, a que fueran a indagar quiénes eran los hombres que comían el pan de aquel país. Escogí a dos de ellos y les adjunté un tercero, como heraldo. Emprendieron pronto el camino y no tardaron en encontrar a unos lotófagos.

»Y sucedió que los lotófagos no tramaron la muerte de nuestros compañeros, pero les dieron a comer el loto. Y cualquiera de ellos que comía el sabroso fruto del loto, ya no quería traernos noticias ni navegar de nuevo, sino que todos anhelaban tan sólo permanecer allí en el país de los lotófagos, nutriéndose del loto, y olvidar el regreso. Los reconduje, llorosos, por la fuerza a sus barcos, y en las cóncavas naves los retuve

atándolos al fondo de los bancos. Al momento ordené a los demás fieles compañeros que subieran aprisa a los veloces navíos, para que ninguno degustara el loto y olvidara el regreso. A toda prisa ellos embarcaron y se situaron en sus bancos, y sentados en hileras, empezaron a golpear con sus remos el grisáceo mar.

»Desde allí navegamos con el corazón afligido. Y llegamos a la tierra de los cíclopes, prepotentes y salvajes, los que, confiados en los dioses inmortales, ni plantan ni trabajan la tierra con sus manos, sino que todo les crece sin sementeras ni arados: trigos, cebadas y vides, que les ofrecen vino de sus grandes racimos, y la lluvia de Zeus les da frutos. No tienen ellos ni asambleas ni normas legales, sino que habitan las cumbres de altas montañas, en cóncavas grutas, y cada uno impone sus leyes a sus hijos y mujeres, y no se cuidan los unos de los otros.

»A un lado y fuera de puerto se extiende una isla plana, ni muy próxima ni muy lejana de la tierra de los cíclopes, cubierta de matorral. En ella viven incontables cabras salvajes. Porque no las espanta el paso de los seres humanos ni las acosan los cazadores, que soportan fatigas en el bosque trepando por montaraces alturas. La isla no está agobiada por rebaños ni por campos arados, sino que sin siembras ni labranzas está el año entero deshabitada de hombres, y cría sus baladoras cabras. Pues no tienen los cíclopes navíos de mejillas pintadas de rojo, ni hay entre ellos constructores de barcos, que puedan hacerles unas naves bien ensambladas, con las que pudieran conseguir otras cosas, visitando los países ajenos, como suelen hacer los hombres que en sus navíos cruzan el mar hacia otras gentes. Otros bien pudieran haber

cultivado y colonizado la isla. Ya que no es mala en absoluto, sino que podría dar todo a su tiempo. Hay en ella prados junto a las costas del mar espumoso, bien regados y herbosos, y bien podrían darse las vides perennes. Hay campos llanos para arar, y podría segarse espesa la mies en los veranos, porque es muy graso el mantillo de tierra. Hay allí un puerto de buen fondeadero, donde no es necesario el amarre ni echar las anclas ni anudar cables desde la popa, sino que, una vez atracados, allí se puede aguardar hasta que el ánimo de los marineros los impulse a zarpar y soplen favorables los vientos.

»Y al fondo del puerto fluye límpida el agua. Y hay una fontana a la boca de una cueva. En derredor crecen los chopos. Hasta allí navegamos, y algún dios nos guiaba a través de la oscura noche, sin mostrarse a la vista. En efecto, una densa niebla envolvía las naves. Ni siquiera la luna se mostraba en el cielo, porque estaba envuelta entre nubes. Allí nadie logró atisbar con sus ojos la isla. No veíamos ni siquiera las altas olas que rodaban hacia la costa, hasta que las naves de buenos remos atracaron. En los varados navíos arriamos todas las velas y saltamos luego a la orilla marina. Y allá nos entregamos al sueño y aguardamos la divina Aurora.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, empezamos a dar vueltas admirados por la isla. Y las Ninfas, hijas de Zeus portador de la égida, excitaron a las cabras monteses a fin de que nuestros compañeros disfrutaran de cena. Al momento sacamos nuestros curvados arcos y las lanzas de largo pico de las naves y, divididos en tres grupos, comenzamos a darles caza. Muy pronto la divinidad nos concedió

un satisfactorio botín. Llevaba conmigo doce navíos, y a cada uno le tocaron nueve cabras. Y para mí solo separaron otras diez.

»Conque allí entonces nos quedamos el día entero hasta la puesta del sol dándonos un banquete de carne sin tasa y dulce vino. Porque no se nos había agotado el rojo vino de los barcos, sino que aún quedaba. Pues mucho en las ánforas unos y otros habíamos sacado cuando saqueamos la sagrada ciudad de los cícones. Oteábamos la tierra de los cíclopes, que estaba próxima, y sus humos y sus voces, y el son de sus cabras y ovejas. Y en cuanto el sol se hubo puesto y sobrevino la oscuridad, nos tumbamos para dormir en la orilla marina. Y apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosados, al momento convoqué a asamblea yo a todos y les dije:

»"¡Aguardad acá ahora todos vosotros, mis fieles camaradas! Mientras tanto con mi nave y mis compañeros iré yo a averiguar quiénes son esos hombres, si son violentos, salvajes e injustos, o tal vez hospitalarios y con sentimientos piadosos".

»Después de hablar así, subí a la nave y ordené a los míos que embarcaran también y soltaran las amarras de popa. Enseguida ellos subieron a bordo y se apostaron junto a sus escálamos. Y, sentados en fila, batían con sus palas el mar espumoso. Conque arribamos a aquel lugar, que estaba cercano, y vimos allí en un extremo de la marina una cueva en la altura, recubierta de laureles, donde se recogía un numeroso rebaño, de ovejas y cabras. A su alrededor se había construido un corral de alto muro de piedras ensambladas con largos pinos y encinas de espeso ramaje. Allí pernoctaba un individuo monstruoso que llevaba a pacer sus

ganados en solitario y aparte. No se trataba con otros y carecía de normas. En verdad que era un monstruo asombroso, y no se parecía a un hombre comedor de pan, sino a un peñasco selvático de los fragosos montes, que se erige señero y altivo.

»Entonces ordené a mis otros fieles compañeros que se quedaran allí junto a la nave y guardaran el barco, mientras que yo, escogiendo a los doce mejores camaradas, me ponía en camino. Llevaba un odre de piel de cabra con vino tinto y dulce, que me había regalado Marón, hijo de Evantes, el sacerdote de Apolo que velaba protector en Ismaro, por haberle salvado la vida, junto con su mujer y sus hijos, en un gesto de piedad. Habitaba en un bosquecillo consagrado a Febo Apolo. Me había ofrecido espléndidos regalos: siete talentos de oro muy bien trabajado, y dado una crátera toda de plata, y además el vino guardado en las ánforas, doce en total, dulce y puro, una bebida divina. No lo sabía nadie, ni de los siervos ni de las esclavas de su casa, tan sólo él en persona, su mujer y una fiel despensera. Cuando iban a beber este vino de melosa dulzura lo mezclaba cruzando una copa con veinte medidas de agua, y de su crátera exhalaba un aroma deleitoso y divino. No te habría sido grato entonces dejarlo sin probar. Había llenado un amplio odre con él y lo llevaba conmigo, y provisiones en un cesto. Porque al momento se me ocurrió en mi ánimo sospechar que iba a hallar un hombre dotado de tremenda fuerza, salvaje e ignorante de las normas y los preceptos de la justicia.

»Apresuradamente llegamos a su cueva, pero no lo hallamos dentro, sino que estaba apacentando en la pradera sus pingües rebaños. Al penetrar en el antro íbamos admirando cada cosa: los cestos estaban col-

mados de quesos y repletos los rediles de corderos y cabritillos. Los animales estaban separados por grupos, a un lado los más viejos, al otro los de mediana edad, y aparte las crías recientes. Todas las cántaras rebosaban de leche, jarras y colodras bien torneadas que guardaban el ordeño. Allí enseguida mis compañeros me suplicaron a voces que tomáramos unos quesos y nos fuéramos, y luego nos lleváramos a toda prisa de sus corrales cabritos y ovejas hasta nuestra rauda nave y nos echáramos a navegar el mar salado. Pero yo no les hice caso. ¡Cuánto mejor hubiera sido! Porque quería ver al gigante y si me daría dones de hospedaje. ¡En verdad que no iba a resultar amable, al presentarse, con mis compañeros!

»Allí encendimos fuego y quemamos unas ofrendas, y cogimos unos quesos y los comimos, y nos quedamos dentro esperando hasta que llegó con el ganado. Traía una carga tremenda de leña seca para hacerse la cena. Cuando la descargó, afuera de la cueva, produjo un estrépito. Y nosotros, aterrorizados, nos refugiamos en el fondo de la cueva. Luego él empujó hacia la amplia caverna a sus rollizas bestias, todas las que ordeñaba, y a los machos los dejó fuera, corderos y machos cabríos, metidos en el redil. En seguida alzó e incrustó en la puerta una roca enorme, tremenda. No la habrían movido de la entrada veintidós carros robustos de cuatro ruedas. ¡Tan grande peñasco dejó encajado en la puerta! Se sentó y se puso a ordeñar ovejas y cabras baladoras, todo en buen orden, y debajo a cada una le puso su cría. Pronto, cuajando la mitad de la blanca leche, la recogió y guardó en unos trenzados cestillos, y la otra mitad la depositó en las cántaras para poderla beber a su gusto y como acompañamiento de la cena.

»Y una vez que se hubo cuidado de hacer todo esto, entonces encendió fuego, y nos vio, y preguntónos:

»"¡Oh, forasteros! ¿Quiénes sois? ¿Desde dónde navegáis los líquidos senderos? ¿Es acaso por comerciar, o al azar vais errantes, como piratas, que van en plan de rapiña por el mar, exponiendo sus vidas, causando daños a otras gentes?".

»Así habló, y a nosotros de nuevo se nos quebró el corazón, amedrentados ante su profundo vozarrón y su monstruoso aspecto. Pero, aun así, respondiendo a sus palabras le dije: "Nosotros somos aqueos que volvemos de Troya, desviados por vientos diversos sobre el vasto abismo del mar; ansiosos del hogar, hemos ido por otros caminos y otras rutas. Así probablemente quiso Zeus disponerlo. Nos jactamos de ser gente de Agamenón Atrida, cuya fama es ahora vastísima bajo el cielo. Porque una ciudad inmensa destruyó y aniquiló a sus numerosos guerreros. Nosotros, llegados aquí ante tus rodillas, suplicamos, por si nos ofreces el don de hospitalidad o tal vez algún otro presente, como es normal para los huéspedes. Así que, magnánimo, respeta a los dioses. Somos suplicantes tuyos. Y es protector de suplicantes y extranjeros Zeus Hospitalario, que vela por los extraños dignos de respeto".

»Así le hablé, y él me respondió al punto con ánimo cruel:

»"Eres necio, extranjero, o has venido de muy lejos, tú que me exhortas a temer o respetar a los dioses. Pues no se preocupan los cíclopes de Zeus portador de la égida ni de los felices dioses, porque somos, sí, mucho más fuertes. Ni yo por resguardarme del odio de Zeus te respetaría a ti y a tus compañeros, de no ser que a eso me invite mi ánimo. Mas dime dónde gua-

reciste tu bien construida nave, si fue acaso en lugar remoto o bien cerca, a fin de que me entere".

»Así dijo poniéndome a prueba, pero no me engañó, pues sé mucho al respecto, y yo a mi vez le repliqué con palabras arteras:

»"Mi nave la destrozó Poseidón que sacude la tierra, lanzándola contra los arrecifes en los límites de vuestra tierra, estrellándola contra un peñón. El viento la empujó desde alta mar. Pero yo, con estos de aquí, logré escapar a la brusca muerte".

»Así le dije, y él nada me contestó, sino que, con ánimo cruel, abalanzándose, echó sus manos sobre mis compañeros, y agarrando a dos, como a dos cachorros, se puso a machacarlos contra el suelo. El cerebro de ellos se desparramó y mojaba la tierra. Los descuartizó miembro por miembro y se preparó la cena. Devoraba como un león criado en las selvas, sin dejar nada, las vísceras, las carnes y los huesos con el tuétano. Nosotros llorábamos y alzábamos las manos a Zeus, mientras contemplábamos tan atroces actos. La desesperación dominaba nuestro ánimo.

»Luego que el cíclope se hubo llenado su gran tripa comiendo carne humana y bebiendo encima leche pura, acostóse en medio de la gruta tumbándose entre el rebaño. Yo pensé, con magnánimo coraje, acercarme a él, desenvainar la aguda espada que tenía a mi costado, y hundírsela en el pecho, donde está el corazón y el hígado, buscando el lugar exacto con mi mano. Pero otro pensamiento me retuvo. Porque allí habríamos perecido también nosotros con brusca muerte, ya que no podríamos apartar de la alta entrada con nuestras manos el enorme pedrusco que había incrustado. Así que, entre sollozos, aguardamos a la divina Aurora.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, al momento encendió fuego y se puso a ordeñar sus lustrosas ovejas, todo en buen orden, y debajo le colocó a cada una su cría. Y una vez que se hubo cuidado de hacer todo esto, agarró de nuevo a dos compañeros y se los preparó para almuerzo. Y una vez bien comido, sacó de la cueva su pingüe rebaño moviendo sin esfuerzo el enorme portalón. Luego, enseguida, volvió a encajarlo, como si ajustara la tapa de una aljaba. Con tremendo alboroto conducía el cíclope al monte su lozano rebaño. Entre tanto yo estaba cavilando su desdicha, a ver si de algún modo podría vengarme y me cumplía mi ruego Atenea. Y en mi ánimo la mejor decisión me pareció la siguiente.

»Junto a la valla del redil del cíclope había un largo tronco de olivo, aún verde. Lo había talado para llevarlo consigo una vez seco. Al verlo nosotros lo comparamos al mástil de una negra nave de veinte remeros, un ancho mercante que surcara el inmenso abismo del mar. ¡Tanta era su largura, tanto su grosor a nuestros ojos! Fui hasta él y le corté yo como una braza, y lo pasé a mis compañeros y les ordené que lo pulieran. Ellos pronto lo desbastaron, y yo lo cogí y le agucé la punta. Luego lo empuñé y lo sometí al fuego de las brasas. A continuación lo oculté metiéndolo bien bajo el estiércol, que por toda la cueva había espeso y amontonado. Después invité a los demás a que echaran a suertes quién se atrevería a mi lado a levantar la estaca e hincársela en el ojo, cuando le venciera el dulce sueño. Ellos echaron a suertes y salieron los que yo mismo habría elegido, cuatro, y yo me designé como el quinto en el grupo.

»A la tarde llegó pastoreando sus ovejas de hermosas lanas. Muy pronto en la cueva hizo entrar a su

lustroso rebaño, a todos los animales, a ninguno dejó fuera del espacioso recinto, acaso sospechando algo, o tal vez porque un dios así se lo había inspirado. Después que alzó en vilo y volvió a encajar el tremendo pedrusco, sentóse y se puso a ordeñar ovejas y cabras baladoras, todo en buen orden, y le colocó debajo a cada una su cría. Y una vez que se hubo cuidado de hacer todo esto, atrapó de nuevo a dos compañeros y se los preparó de cena. Luego yo avancé hacia él y le dije, sosteniendo en mis manos el cuenco de negro vino:

»"¡Eh, cíclope, toma, bebe vino después de comer carne humana, para que sepas qué clase de bebida transportaba nuestra nave! Para ti, desde luego, la traía, a ver si acaso compasivo me reenviabas a mi casa. Pero eres bestial hasta lo insufrible. ¡Malvado! ¿Cómo podría aproximarse a ti cualquier otro mortal en el futuro? Porque te has comportado en contra de toda norma".

»Así hablé, y él aceptó y apuró el vino. Se regocijó de modo tremendo al beber el dulce caldo, y me pedía luego un segundo trago:

»"Dame más, amigo, y dime tu nombre ahora enseguida, para que te ofrezca un presente del que tú te alegres. Pues también a los cíclopes la tierra generosa les produce vino de gruesos racimos, y la lluvia de Zeus los madura. Pero éste es un chorro de ambrosía y néctar".

»Así dijo. Entonces yo le ofrecí otra vez el fogoso vino. Por tres veces se lo di, y él lo trasegó con insensata ansia. Y cuando pronto al cíclope el vino le inundó las entrañas entonces le contestaba yo con palabras melifluas:

»“Cíclope, ¿me preguntas mi ilustre nombre? Pues voy a decírtelo. Mi nombre es Nadie. Nadie me llaman siempre mi madre, mi padre y todos mis camaradas”.

»Así le dije. Y él al punto me contestó con ánimo cruel:

»“A Nadie me lo zamparé yo el último, después de sus compañeros, y a todos los otros antes. Éste será mi regalo de hospitalidad para ti”.

»Dijo, y tumbándose cayó boca arriba, y al momento quedóse tendido, torciendo su grueso cuello. El sueño, que todo vence, lo dominaba. De su gaznate regurgitaba vino y trozos de carne humana. Eructaba ahíto de vino.

»Entonces yo empujé el leño bajo el montón de ascuas para que se pusiera al rojo. A gritos animé a mis compañeros todos, para que ninguno se echara atrás espantado. Y cuando ya el leño estaba a punto de arder en el fuego, a pesar de estar verde, y ya refulgía terrible, yo entonces lo saqué de las llamas. Mis compañeros me flanqueaban. Allí me infundió la divinidad enorme audacia. Ellos agarraron la estaca de olivo, aguzada en su punta, y la clavaron en su ojo. Yo desde atrás, empinándome, la hacía girar, como cuando uno taladra la madera de un barco con un trépano, y otros desde atrás lo hacen girar con una correa, tirando de un lado y de otro, y éste penetra sin parar más y más; así, empujando en su ojo el palo de punta aguzada le dábamos vueltas, y la sangre iba bañando la estaca ardiente. Todos sus párpados arriba y abajo y el entrecejo quemó el ascua al abrasarle la pupila. Y las raíces del ojo crepitaban bajo la llama. Como cuando un herrero sumerge un hacha grande o una hoz en el agua fría, y ellas lanzan chillidos al templarse, y ahí se pone

de manifiesto la fuerza del hierro, así rechinaba su ojo alrededor de la estaca de olivo. Horrible y monstruoso grito aulló, y retumbó alrededor la caverna. Aterrados nosotros nos echamos atrás. Y él se arrancó del ojo la estaca bañada en abundante sangre, y la lanzó al momento lejos de sí, enloquecido. Y luego se puso a llamar a gritos a los cíclopes que allí alrededor habitaban en sus grutas, entre las ventosas cumbres.

»Ellos, al escuchar sus gritos, acudían de un lado y de otro, y acercándose alrededor de la cueva preguntaban qué le torturaba: "¿Por qué con tanta angustia, Polifemo, has gritado así, en medio de la divina noche, y nos has sacado del sueño? ¿Acaso alguno de los humanos se te lleva los rebaños contra tu voluntad? ¿Es que alguien intenta matarte con trampa o con violencia?".

»Y les contestó desde su cueva el brutal Polifemo:

»"Amigos, Nadie intenta matarme, con trampa y no con violencia".

»Respondiéndole ellos le decían sus palabras aladas:

»"Pues si nadie te ataca y tú te encuentras solo, no es posible de ningún modo evitar una dolencia que envía el gran Zeus. Así que suplica a tu padre, el soberano Poseidón".

»Así decían, pues, mientras se iban, y rompía a reír mi corazón, al ver cómo los habían engañado mi nombre y mi intachable astucia.

»El cíclope, gemebundo y sufriendo sus dolores, avanzaba tanteando, apartó la roca de la entrada, y se sentó en la puerta extendiendo sus manos por si capturaba a alguno que tratara de salir con las ovejas. ¡Confiaba tal vez en que yo iba a ser tan insensato! Mas yo deliberaba sobre cómo actuar del mejor

modo por si acaso hallaba alguna forma de escapar de la muerte para mis compañeros y para mí. Cavilaba todo tipo de engaños y trucos, como que nos iba la vida. Pues un gran daño nos amenazaba. Y la siguiente en mi ánimo me pareció que era la decisión mejor. Había allí unos corderos bien nutridos, de hermosos y espesos vellones, enormes, con sus lanas de color violeta. Calladamente me puse a entrelazarlos con los mimbres trenzados sobre los que dormía el cíclope de salvajes usos, en grupos de tres. El de en medio transportaba a un hombre, y los otros dos iban uno a cada lado, para protección de mis compañeros. Tres corderos llevaban a cada uno. Yo, por mi parte, como había un carnero que era el mayor en mucho de todo el rebaño, me agarré a éste, y me colgué estirado a lo largo del lomo bajo su vientre lanudo. Y así, sujetándome con mis manos por debajo de sus espléndidos vellones me mantuve agarrado con tesón y ánimo paciente. Así entonces entre sollozos quedamos esperando la divina Aurora.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, al pronto él impelió a los pastos a los machos ovinos, mientras que las hembras en el redil balaban sin ordeñar, con las ubres rebosantes. Su amo, atormentado con feroces dolores, iba palpando el lomo de todos los corderos, que pasaban erguidos. El necio no advirtió que mis hombres iban atados bajo el vientre de las lanosas reses. El último del rebaño en llegar a la puerta fue el carnero, agobiado por sus lanas y por mí y mis agudas ideas. Mientras lo palpaba le decía el brutal Polifemo:

»“¿Querido carnero, por qué de la cueva has venido el último del rebaño? Nunca antes te quedaste rezaga-

do entre los corderos, sino que muy el primero pastabas los tiernos brotes de la hierba, y con grandes brincos el primero llegabas a los manantiales de los ríos, y el primero ansiabas regresar al establo al anochecer. Ahora, en cambio, vienes el último. ¿Acaso echas de menos el ojo de tu dueño? Lo ha cegado un tipo malvado, con sus ruines compañeros, después de someter su mente con vino, ese Nadie que aseguro que no ha escapado aún a la muerte. ¡Ojalá pudieras pensar y estuvieras dotado de voz para decirme dónde se oculta ése a mi furor! ¡Allí, dentro de la cueva, lo machacaría y su cerebro se derramaría por acá y por allá en el suelo, y mi corazón se aliviaría de las penas que me produjo el miserable Nadie!".

»Hablando así empujaba al carnero hacia afuera en la puerta.

»Cuando nos alejamos un trecho de la entrada y del redil, me descolgué el primero del carnero y fui a desatar a mis camaradas. Enseguida condujimos a los animales de patas ligeras, lustrosos, con algunos gritos, hasta alcanzar nuestra nave. ¡Con qué alegría nos recibieron nuestros queridos compañeros a los que habíamos escapado de la muerte, aunque llorando por los otros! Mas yo no los dejaba y vetaba con gestos de mi entrecejo el llanto de unos y otros. Ordené que subieran al navío a toda prisa a los muchos animales de hermosas lanas, para lanzarnos de nuevo a navegar el mar salino. Los demás embarcaron pronto y se colocaron junto a sus escálamos. Y sentados en hilera golpeaban con sus remos el mar espumoso.

»Así que, cuando ya estaba tan lejos como el alcance de un grito, entonces me dirigí yo al cíclope con palabras mordaces:

»“¡Cíclope, no ibas, no, a comerte a los compañeros de un cualquiera, en tu cóncava gruta, con tu brutal violencia! Bien iban a alcanzarte tus perversas acciones, ¡maldito!, que osaste comerte a tus huéspedes en tu morada. Por eso te han castigado Zeus y los otros dioses!”.

»Así le dije, al instante él se enfureció aún más en su ánimo. Desgajó la punta de un gran monte y la lanzó; y fue a dar delante de nuestra nave de azulada proa. Y se alborotó el mar al hundirse la roca. El oleaje, al refluir, arrastraba hacia tierra el navío, y una gran ola desde el mar lo precipitó de golpe hacia la costa. Pero yo, tomando en mis manos una pértiga muy larga, detuve el choque. Y ordené a mis camaradas con gestos que con tesón se aplicaran a los remos para escapar del desastre. Ellos remaban con todo esfuerzo.

»De modo que cuando ya surcábamos el agua y estábamos a doble distancia, de nuevo yo volví a increpar al cíclope. A uno y otro costado mis compañeros intentaban retenerme con sus palabras:

»“¿Alocado, por qué quieres irritar a ese salvaje? Ése hace un momento, cuando lanzó su roca al mar, arrastró nuestro barco otra vez a tierra y ya pensábamos morir aquí. Si te oyera que le hablas o le gritas, podría destrozar nuestras cabezas y las tablas del navío, atizándonos con otro gordo pedrusco. Que alcanza bien lejos”.

»Así decían. Pero no convencieron a mi magnánimo coraje. Sino que, de nuevo, tomé la palabra con ánimo rencoroso:

»“¡Cíclope! Si alguno de los mortales humanos te pregunta por la ceguera infame de tu ojo, contéstale que te dejó ciego Odiseo, conquistador de ciudades, el hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca”.

»Así le dije. Él prorrumpió en gemidos y contestó con estas palabras:

»"¡Ay de mí, cómo ya me ha alcanzado la antigua profecía! Existió aquí un cierto adivino, valiente y notable, Télemo Eurímida, que fue afamado por su saber profético, y ejerciendo su arte adivinatoria envejeció entre los cíclopes, quien me dijo todo cuanto iba luego a realizarse: que perdería mi vista a manos de Odiseo. Pero siempre me había figurado que iba a llegar acá un mortal grande y valeroso, dotado de gran fortaleza. Y ahora un individuo pequeño, miserable y sin fuerzas, me dejó ciego, sin mi ojo, después de dominarme con vino. No obstante acércate, Odiseo, para que te dé mis presentes de hospitalidad, y ruegue al famoso Sacudidor de la tierra que te depare buen viaje. Porque soy su hijo, y él proclama ser mi padre. El dios, si quiere, me curará, él en persona, y ningún otro de los dioses felices ni de los hombres mortales".

»Así habló, y yo, respondiéndole, le repliqué:

»"¡Ojalá que pudiera dejarte privado de ánimo y vida y enviarte al fondo del Hades! Lo que es tu ojo no te lo va a curar ni el Sacudidor de la tierra".

»Así le dije, y él se puso a orar al soberano Poseidón:

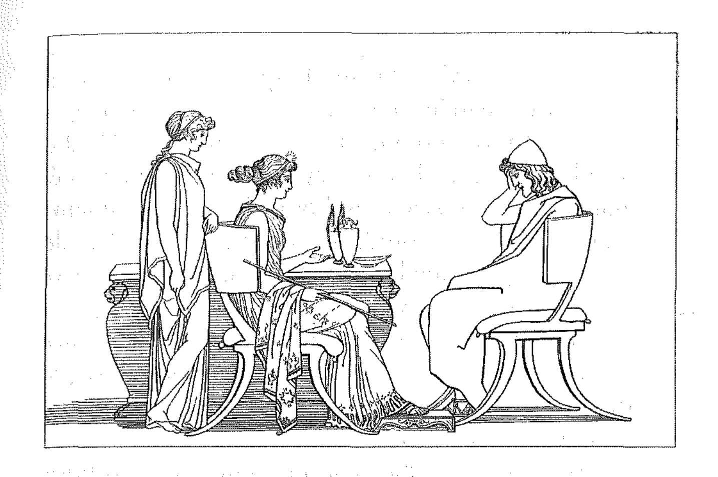
»"¡Escúchame, Poseidón de cabellera azul, tú que abrazas la tierra! Si de verdad soy hijo tuyo y proclamas ser mi padre, concédeme que no llegue a su casa Odiseo, destructor de ciudades, el hijo de Laertes, que tiene su hogar en Ítaca. Pero si es su destino ver a los suyos y regresar a su hogar bien fundado y a su tierra patria, que llegue tarde y mal, después de perder a todos sus camaradas, a bordo de una nave ajena y en su morada encuentre desdichas".

»Así dijo en su plegaria, y le oyó el dios de cabellera azul. Y luego él levantó otra vez una roca y la arrojó dando vueltas, con un impulso tremendo. Fue a dar algo detrás de la nave de proa azul, a poca distancia, y poco faltó para que diera sobre el timón del navío. Se encrespó el mar a la caída de la piedra, y el oleaje zarandeó nuestra nave y la impulsó contra la costa.

»Cuando llegamos a la isla donde esperaban juntos los otros barcos de buenos remos, y a su alrededor, tumbados y gemebundos nuestros compañeros, siempre aguardándonos, allí al punto varamos nuestro barco en la arena y desembarcamos nosotros en la orilla marina. Sacamos el rebaño procedente de la cueva del cíclope y lo repartimos, de modo que nadie careciera de una equitativa tajada. Y a mí me dieron el carnero los compañeros de buenas grebas, al hacer el reparto, como un premio de excepción. En esa orilla lo sacrifiqué, quemando sus muslos en honor de Zeus Crónida, el que amontona las nubes. Mas él no aceptó el sacrificio, sino que ya andaba planeando cómo perecerían todas nuestras naves de hermosos remos y mis fieles compañeros.

»Así que durante todo el día hasta la puesta del sol permanecimos allí saciándonos de carnes en abundancia y dulce vino. Y en cuanto el sol se hundió y se extendió la oscuridad, nos echamos a dormir en la orilla del mar.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, al punto animé a mis compañeros y les exhorté a subir a bordo y desligar las amarras de popa. Ellos al punto embarcaron y se colocaron junto a sus escálamos, y sentados en fila batían con sus remos el mar espumoso. Desde allí seguimos navegando con el corazón angustiado, habiéndonos escapado de la muerte, después de haber perdido a queridos camaradas.



CANTO X

»Llegamos a la isla Eolia, donde habitaba Eolo Hipótada, pariente de los dioses inmortales, en su isla flotante. En todo su entorno la rodea una muralla inquebrantable y lisas se alzan sus paredes rocosas. En la mansión del dios viven sus doce hijos: seis hijas y seis hijos en plena juventud. Y él ha dado como esposas a sus hijos sus hijas. Todos ellos comen siempre junto a su padre y su señora madre. Y tienen a mano infinitos manjares. La mansión huele a grasa de los sacrificios y en el patio hay un constante rumor todo el día. Por las noches al lado de sus fieles esposas duermen todos en sus lechos de fina taracea entre sus cobertores.

»Así que llegamos a la ciudad y a las bellas mansiones. Y Eolo me agasajó allí todo un mes y me preguntó punto por punto por Ilión, las naves de los ar-

givos y la vuelta de los aqueos, y yo se lo fui contando todo en buen orden. De modo que, cuando yo, a mi vez, le pedí marcharme y le solicité algún viático, él no lo escatimó, sino que me ofreció su ayuda. Me dio un odre de la piel de un buey de nueve años, y en él guardó bien atados los rumbos de los vientos ululantes. Porque a él el Crónida lo había hecho guardián de los vientos para que los calmara o soltara a su gusto. Dentro de mi cóncava nave lo anudó de nuevo, con un brillante lazo de plata, a fin de que no se escapara ni el más ligero soplo. Y en nuestro favor permitió que soplara la brisa del Céfiro para que nos llevara bien a las naves y a nosotros.

»Pero esto no se iba a cumplir. Pues nos perdimos por nuestra propia insensatez. Nueve días navegamos con buen rumbo, de noche y de día, y al décimo se vislumbraba ya la tierra patria. Veíamos incluso a quienes encendían hogueras allí cerca, cuando a mí, agotado por el cansancio, me asaltó el dulce sueño. Es que sin descanso había manejado el timón de mi barco, sin turnarme con ningún compañero para llegar lo antes posible a la tierra patria.

»Los compañeros comenzaron a charlar entre sí con estas palabras: "Hay que ver cómo honran y estiman a éste todas las gentes a cuya ciudad y país se acerca. Muchos objetos preciosos se trae de Troya, sacados del botín. En cambio nosotros, que emprendimos la misma aventura, volvemos a casa con las manos vacías. Ahora le ha obsequiado Eolo con esto, como presente de amistad. Conque, va, veamos de qué se trata y cuánto oro y plata se esconde en este odre".

»Así dijeron y se impuso la maligna deliberación de aquéllos. Desataron el saco y se aventaron todos los

vientos. Al instante los zarandeó la tempestad y los arrastró llorando hacia alta mar, lejos de la tierra patria. Entre tanto, yo, al despertarme, dudé en mi ánimo intachable si dejarme morir arrojándome de la nave al mar, o soportarlo en silencio y seguir compartiendo con ellos la vida. Lo sufrí y me quedé. Arrebujado en mi manto me mantuve tumbado en mi nave. Los barcos iban arrastrados por las rachas tremendas del huracán hacia la isla Eolia de nuevo, y mis compañeros sollozaban.

»Allí saltamos a tierra e hicimos aguada, y pronto prepararon la cena mis compañeros junto a las rápidas naves. Y después de que nos hubimos saciado de comida y bebida, entonces yo de nuevo, tomando conmigo un heraldo y otro compañero, me encaminé a la ilustre mansión de Eolo. Y lo encontré en el banquete junto a su esposa y sus hijos. Al llegar a la casa ante las jambas del portón nos sentamos. Ellos se asombraron de vernos y preguntaron:

»"¿Cómo has vuelto, Odiseo? ¿Qué maligno dios te ha acosado? Pues atentamente te despedimos a fin de que alcanzaras tu patria y tu hogar, y llegaras a donde te fuera grato".

»Así dijeron, y entonces yo tomé la palabra con corazón dolido:

»"Me arruinaron mis torpes compañeros y con ellos el sueño funesto. Mas auxiliadme, amigos, que tenéis poder al respecto".

»Así les hablé tratando de atraérmelos con palabras amables. Ellos se quedaron atónitos, y el padre respondió a mi súplica:

»"¡Márchate de la isla a toda prisa, tú, el más abominable de los aqueos! Porque no tengo por norma hos-

pedar ni velar por el viaje de un hombre que resulta odioso a los dioses felices. ¡Vete, que aquí vuelves marcado por el odio de los inmortales!". Al decir esto me expulsaba de su casa; y me alejé entre sollozos.

»Desde allí proseguimos navegando con el corazón acongojado. El ánimo de los hombres se quebrantaba en la penosa tarea de remar, por culpa de nuestra necedad, y no había socorro del viento.

»Durante seis jornadas así navegamos noche y día. Al séptimo arribamos a la escarpada ciudadela de Lamos, a Telépilo de Lestrigonia, donde el pastor que vuelve llama al que sale, y éste responde, al marchar, a sus gritos. Allí un hombre sin sueño podría sacar un doble salario, uno por guardar vacas y otro por pastorear plateadas ovejas. Porque allí casi coinciden las rutas de la noche y del día. Cuando allí llegamos a su célebre puerto, que un muro de rocas escarpadas protege alrededor por todas partes, mientras que las riberas se enfrentan paralelas y avanzan hacia la embocadura dejando una angosta entrada, allí dentro atracaron las naves de curvos costados. En el interior del redondo puerto quedaron varadas, muy juntas. En él nunca se encrespaban las olas, ni grandes ni pequeñas; reinaba una clara bonanza.

»Subí y me situé sobre una encumbrada atalaya. Desde lo alto no se veían faenas de bueyes ni de humanos, sino que sólo divisamos el humo que ascendía de la tierra. Entonces yo envié por delante a unos compañeros a indagar qué hombres eran los que comían el pan de aquella tierra. Elegí a dos y los hice acompañar de un heraldo. Pusieron pie a tierra y marcharon por un camino llano, por el que los carros traían a la ciudad la leña de los altos montes. Y encon-

traron delante de la ciudad a una muchacha que iba a por agua, la noble hija del lestrigonio Antífates, que había bajado a la fuente Artacia, de bellas aguas. De allá solían transportar el agua a la ciudad.

»Ellos se le acercaron, le dirigieron la palabra y le preguntaron quién era allí rey y a quiénes mandaba. Ella enseguida les indicó la casa de altos techos de su padre, y cuando ellos entraron en la ilustre mansión hallaron a una mujer, alta como la cima de una montaña, y se espantaron. Aquélla, al instante, comenzó a llamar, de la plaza, al ilustre Antífates, su esposo, que les fue a dar una cruel muerte. Pronto agarró a uno de mis compañeros y se lo engulló como almuerzo. Los otros dos se dieron a la fuga y llegaron a nuestro barco. Mientras, aquél daba voces por la ciudad, y los otros lo oyeron y empezaron a agruparse, los fornidos lestrígones, uno de acá, otro de allá, innumerables, y no parecidos a hombres, sino a gigantes. Nos lanzaban desde las rocas piedras de enorme peso, y al punto comenzó a resonar en las naves un terrible estrépito de hombres que morían y de barcos destrozados. Y a algunos los cogían y ensartaban como a peces y se los llevaban para su repugnante comida. Mientras nos masacraban dentro del hondo puerto, yo saqué la espada aguda de mi costado y con ella corté las amarras de mi navío de proa azulada. A toda prisa advertí a mis compañeros y les ordené aprestarse a los remos para huir de la matanza. Todos a la vez se pusieron a remar, temerosos de la muerte. Por fortuna escapó hacia el mar más allá del alud de rocas mi nave. Todas las demás en montón fueron allí trituradas.

»Desde allí proseguimos navegando con el corazón acongojado, habiendo escapado de la muerte, tras ha-

ber perdido a queridos camaradas. Llegamos a la isla de Eea, donde habitaba Circe de trenzados cabellos, la terrible diosa de voz humana, la famosa hermana del despiadado Eetes. Ambos habían nacido de Helios, que alumbra a los mortales, y tuvieron por madre a Perse, hija del dios Océano. Allí costeamos la ribera con la nave hasta dar con un puerto seguro. Y algún dios nos guiaba. Luego desembarcamos y nos quedamos dos días y dos noches, royendo nuestro ánimo con fatigas y penas. Pero cuando ya el tercer día trajo la Aurora de hermosas trenzas, entonces yo, tomando mi lanza y mi afilada espada, salí presto de la nave y escalé un lugar de amplias vistas por si acaso divisaba rastros de seres humanos y oía su voz. Me detuve después de subir a lo alto en una despejada atalaya y avisté un humo que se elevaba de la anchurosa tierra, desde la morada de Circe, entre espesos encinares y frondas boscosas.

»Al pronto reflexioné en mi mente y mi ánimo si ir a informarme hasta allí donde había avistado el humo rojizo. Pero, pensándolo bien, me pareció que era mejor lo siguiente: primero regresaría a mi veloz nave y a la orilla del mar para dar de comer a mis compañeros y enviar de allí algunos para la exploración. Conque ya andaba cerca del navío de curvos costados cuando algún dios se compadeció de mí, que iba solo, y envió por aquel mismo camino a un ciervo de alta cornamenta. Bajaba éste del prado boscoso a beber en el río. Le agobiaba la fuerza del sol. Cuando salía, le alanceé en medio del lomo, en pleno espinazo. Lo traspasé de lado a lado con mi lanza de bronce, y cayó sobre el polvo dando mugidos, y perdió la vida. Apoyando el pie sobre él extraje mi lanza broncínea de la

herida, y la dejé tumbada en el suelo. Luego arranqué unos juncos y ramas y, trenzando una cuerda de una braza de largo, anudé las patas de arriba y de abajo de la enorme bestia, y, echándomela al cuello, me puse a andar hacia el negro navío, sirviéndome de la lanza como bastón, pues no podía arrastrarla colgando desde un hombro con una sola mano. ¡Tan grande era el bicho! Lo descargué delante de la nave y desperté a mis compañeros con palabras animosas, saludándoles uno por uno:

»"¡Eh, amigos, todavía no vamos a hundirnos, aunque estemos apenados, en los dominios de Hades, mientras no nos llegue el día fatal! ¡Así que, venga, mientras haya en la rauda nave comida y bebida, procuremos comer y no nos dejemos desfallecer de hambre!".

»Así dije, y ellos atendieron enseguida a mis palabras. Salieron de debajo de sus mantas en la orilla del mar incesante y admiraron el ciervo. Era, desde luego, una pieza imponente. Y después de haberse deleitado contemplándolo con sus ojos, se lavaron las manos y prepararon el espléndido banquete. Así entonces nos quedamos todo el día allí hasta la puesta del sol, saboreando las carnes sin tasa y el dulce vino. Cuando el sol se sumergió y sobrevino la oscuridad, entonces nos echamos a dormir en la orilla del mar.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosados, al momento yo convoqué en asamblea a todos y les arengué:

»"¡Escuchad mis palabras, compañeros, aun después de sufrir tantos males!

»"Amigos, no sabemos por dónde queda el alba y dónde el ocaso, ni por dónde el sol que a todos alumbra se irá bajo tierra ni por dónde aparecerá. Así que

meditemos a toda prisa a ver si aún nos queda algún recurso. Pienso yo que tal vez ninguno. Pero al subir a una despejada atalaya he oteado la isla, que está rodeada de un mar infinito. Se extiende muy plana, y en su centro percibí con mis ojos un humo que se levanta sobre unos densos encinares y un bosque".

»Así hablé y a ellos se les estremeció el corazón, recordando los asaltos del lestrigonio Antífates y la brutalidad del soberbio cíclope devorador de hombres. Lloraban a gritos, vertiendo copiosas lágrimas. Pero ningún resultado obtenían de tantos sollozos.

»Entonces yo distribuí en dos grupos a todos mis compañeros de hermosas grebas y designé un jefe para los unos y para los otros. De unos me quedé yo al frente, y de los demás Euríloco de divino aspecto. Echamos enseguida las suertes, agitándolas en un casco de bronce, y salió la del magnánimo Euríloco. Y se puso en camino, y con él veintidós compañeros, llorosos. Nos dejaron atrás a nosotros sollozando también.

»En el fondo del valle hallaron la morada de Circe con sus piedras bien pulidas, en un terreno bien resguardado. A su alrededor había lobos montaraces y leones, a los que había encantado, pues les había dado maléficos bebedizos. Pero ellos no se lanzaron contra mis hombres, sino que se quedaron tranquilos moviendo con halago sus largas colas. Como las menean los perros a la vuelta de su dueño de un banquete, ya que siempre les trae golosinas a su gusto. Así en torno a ellos los lobos de fuertes garras y los leones agitaban sus colas. Ellos se espantaron al ver las terribles fieras. Se detuvieron ante las puertas de la diosa de hermosas trenzas, y se pusieron a escuchar a Circe que, en el interior, cantaba con hermosa voz, al tiempo que tejía

una gran tela, divina, como son las labores de los dioses, sutiles, llenas de gracia y esplendor. Y entre ellos tomó la palabra Polites, capitán de guerreros, que era para mí el más apreciado y el más fiel de mis camaradas:

»“¡Amigos, en el interior hay alguien que teje una gran tela y canta con primor, y toda la casa deja resonando, acaso una diosa o una mujer. Bien, llamemos enseguida”.

»Así dijo, y ellos se pusieron a llamarla a voces. Salió muy pronto y abrió las refulgentes puertas y les invitó a entrar. Ellos la siguieron con inconsciencia. Pero Euríloco quedóse. Temía, pues, que fuera una trampa. Los hizo pasar y sentarse en sillas y sillones, y entonces empezó a prepararles una mezcla de queso, cebada y dorada miel, con vino de Pramnos. Pero mezclaba con la comida filtros maléficos, para que olvidaran por completo su tierra patria. En cuanto se la ofreció y la apuraron, al punto los golpeó con su varita y los encerró en las pocilgas. De cerdos tenían ya las cabezas, la voz, los pelos y el cuerpo, aunque su mente permanecía tal como antes. Así entre sollozos se quedaron encerrados. Y Circe les echó de comer bellotas, hayucos y frutos del cornejo, lo que acostumbran a comer los cerdos que se revuelcan por el suelo.

»Euríloco llegó velozmente a nuestra rauda nave negra, para contarnos las nuevas sobre sus camaradas y su amargo destino. No podía decirnos palabra alguna, de ansioso que estaba, agobiado en su corazón por la enorme pena. Los ojos se le llenaban de lágrimas, y su ánimo se deshacía en gemidos. Y cuando ya todos estábamos cansados de preguntarle, entonces empezó a contarnos la ruina de todos sus compañeros:

»“Nos metimos, como nos mandaste, ilustre Odiseo, a través de la espesura y hallamos en medio del valle una hermosa mansión construida con pulidas piedras, en un espacio bien abrigado. Allí alguien trabajaba en un amplio telar y cantaba con clara voz, diosa o mujer. Ellos la llamaron a gritos y ella salió y al punto abrió las refulgentes puertas y nos invitó a pasar. Todos a la vez la siguieron con inconsciencia. Pero yo me quedé, sospechando que fuera una trampa. Todos ellos juntos fueron destruidos, ninguno de ellos escapó. Durante largo tiempo estuve en espera observando”.

»Así dijo y yo me colgué de mis hombros mi espada de clavos de plata, grande y de bronce, y me ceñí el arco; y le ordené que, sin tardar, me guiara por el camino. Mas él se me abrazó a las rodillas con ambas manos y me suplicaba:

»“No me lleves allí, contra mi voluntad, vástago de Zeus, sino que déjame quedarme. Porque sé que no vas a regresar tú ni traerás a ningún otro compañero. Escapemos ahora, a toda prisa, con los de aquí. Aún podríamos evitar el día fatal”.

»Así me habló. Pero yo, contestándole, dije:

»“Euríloco, sea. Quédate tú aquí, en este lugar, comiendo y bebiendo junto a nuestra cóncava nave negra. Pero yo voy a ir. Me empuja un firme deber”.

»Diciendo esto me alejé de la nave y del mar. Pero cuando, atravesando los valles sagrados, iba ya a llegar a la gran morada de la hechicera Circe, entonces me salió al paso, mientras avanzaba yo hacia la casa, Hermes, el de la varita de oro, semejante a un joven muchacho al que le despunta el bozo, en la edad más atractiva de un hombre. Y me tomó de la mano, me saludó y me dijo:

»“¿Cómo, otra vez, desdichado, avanzas solo por estos parajes, siendo desconocedor de tu meta? Tus camaradas están encerrados en el dominio de Circe, como cerdos en sus atiborradas cochineras. ¿Es que vas allá a liberarlos? Te advierto que no volverás tampoco tú y te quedarás allí con los demás. Pero, bueno, te libraré del daño y te salvaré. Toma, con este potente filtro llégate a casa de Circe, que esto apartará de tu cabeza el día fatal. Voy a contarte todos los manejos maléficos de Circe. Te va a preparar un bebedizo, añadiendo sus drogas a la comida, pero ni aun así conseguirá hechizarte. Porque lo va a impedir el remedio mágico que te voy a dar, y te explicaré el resto. Cuando Circe te apunte con su varita larguísima, entonces tú desenvaina tu aguda espada de tu costado y atácala como si desearas matarla, y ella, amedrentada, te invitará a acostarte a su lado. Entonces no rechaces ya el lecho de la diosa, a fin de que libere a tus compañeros y te deje regresar. Pero pídele que te jure, con el gran juramento de los dioses, que no tramará contra tu persona ningún otro maleficio, no vaya a ser que, una vez desarmado, te deje tarado e impotente”.

»Después de hablar así el Argifonte me ofreció su remedio, tras arrancarlo del suelo, y me enseñó su aspecto. En la raíz era negro, pero su flor era blanca como la leche. “Moly” lo llaman los dioses. Es difícil de extraer, al menos para los mortales; los dioses lo pueden todo. Hermes marchóse luego hacia el Olimpo a través de la frondosa isla, y yo me encaminé hacia la mansión de Circe. Por el sendero me brincaba el corazón en el pecho. Me detuve en el portal de la diosa de bellas trenzas. Allí me paré y la llamé a voces, y ella escuchó mis gritos.

»Al momento salió, abrió las refulgentes puertas y me invitó a entrar. Yo la seguí con corazón apesadumbrado. Me introdujo y me invitó a sentarme en un sillón tachonado de clavos de plata, hermoso y bien labrado. Y puso un escabel bajo mis pies. Me ofreció un bebedizo en una copa de oro, para que lo tomara. Le había echado su droga, tramando mis males en su ánimo. Pero tras habérmelo dado y apurado yo, no logró hechizarme, por más que me atizaba golpes con su varita, me decía y me ordenaba:

»"¡Vete ahora a la pocilga y túmbate junto a tus compañeros!". Así hablaba Circe cuando yo, desenvainando la aguda espada de mi costado, me abalancé sobre ella como si quisiera matarla. Dio un gran chillido, corrió y me agarró las rodillas, y, suplicándome, decía estas aladas palabras: "¿Quién eres tú de los humanos? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres? Me pasma el asombro al ver que, después de beber esta pócima, no quedes hechizado. Porque hasta ahora ningún otro hombre ha resistido estos bebedizos, apenas los hubo probado y en cuanto cruzaron la cerca de sus dientes. Pero tu ánimo se mantiene inalterado en tu pecho. Acaso eres tú Odiseo, el de múltiples tretas, el que me profetizó una y otra vez el Argifonte, el de la varita de oro, que llegaría al volver de Troya en una rauda nave negra. Pero, ea, guarda tu espada en la vaina, y vayamos enseguida ambos a nuestro lecho, para que juntándonos en la cama y en el amor podamos confiar mutuamente".

»Así me habló, y yo, a mi vez, contestándole dije:

»"¡Ah, Circe! ¿Cómo me pides que sea amable contigo, tú que en tu casa has convertido en cerdos a mis compañeros, y a mí, reteniéndome y tramando tram-

pas, me invitas a ir a tu dormitorio y compartir tu lecho, para una vez desarmado, dejarme tarado e impotente? No quisiera yo meterme en tu cama a no ser que estés dispuesta a jurarme, diosa, con gran juramento, que no vas a intentar ningún otro maleficio contra mí".

»Así dije, y ella al punto juró y concluyó su promesa; y entonces yo me metí en el muy hermoso lecho de Circe.

»Por las salas de su palacio se afanaban mientras tanto las cuatro siervas que en la casa cumplían las tareas domésticas. Habían nacido de las fuentes y los bosques, y de los ríos sagrados que afluyen al mar. Una de ellas tapaba los asientos con hermosos tejidos de púrpura por arriba y telas dobladas por debajo. Otra ante los asientos colocaba unas mesas de plata y sobre ellas depositaba unas bandejas de oro. La tercera mezclaba en una cántara argéntea un vino delicadísimo, y lo distribuía en áureas copas.

»La cuarta empezó a traer agua y encendía un fuego intenso bajo una gran trébede. El agua se iba caldeando, y cuando ya empezaba a hervir en el brillante recipiente de bronce, me hizo sentarme en la bañera y me la echaba desde el amplio caldero, templándola a mi gusto, sobre mi cabeza y mis hombros, hasta que desapareció el cansancio de mi cuerpo. Y después de que me hubo lavado y ungido con suave óleo, me vistió con una hermosa túnica y un manto, y me invitó a sentarme en un sillón tachonado de clavos de plata, hermoso y bien tallado. Bajo mis pies colocó un escabel. Otra sirvienta acudió con un aguamanil hermoso de oro, y derramó el agua sobre una bandeja de plata para que me lavara las manos. Al lado dispuso

una pulimentada mesa. La venerable despensera acudió trayendo el pan, y añadiendo muchos manjares, espléndida en sus ofertas. Y me invitaba a probarlos. Pero no me apetecía en mi ánimo. Me quedé meditabundo; mi ánimo recelaba desgracias.

»Cuando Circe me vio sentado y sin echar mis manos a la comida, y que me dominaba un amargo pesar, se puso a mi lado y me dijo palabras aladas:

»"¿Por qué así, Odiseo, estás sentado como un mudo, royendo tu ánimo, sin tocar la comida ni la bebida? ¿Es que temes todavía alguna trampa? No debes temerla, en absoluto. Pues yo ya te lo aseguré con un firme juramento".

»Así me habló, y yo, contestándola, dije:

»"Ah, Circe, ¿qué hombre, siendo cabal, soportaría saciarse de comida y bebida, antes de liberar a sus compañeros y verlos libres a su lado? Conque, si de corazón me invitas a comer y a beber, libéralos para que vea ante mis ojos a mis fieles compañeros".

»Así le dije, y Circe cruzó a grandes pasos la sala, con la varita en sus manos, y abrió las puertas de la pocilga y sacó a los míos, semejantes a cerdos de nueve años. Allí enfrente se alinearon quietos y Circe fue pasando ante ellos y los iba untando uno tras otro con un ungüento. De sus cuerpos empezaron a desprenderse los pelos, que les había hecho crecer el filtro maléfico que les diera la venerable Circe. Y resurgían en forma de hombres, más jóvenes de lo que eran antes y mucho más hermosos y de más robusto aspecto. Ellos me reconocieron y, uno por uno, me abrazaron, y todos rompieron en un ansioso llanto, y en torno resonaba la casa con un tremendo eco. La diosa misma se compadecía de ellos.

»Y se colocó a mi lado y me decía la divina entre las diosas:

»"Divino hijo de Laertes, Odiseo de muchas mañas, dirígete ahora a tu rápida nave y a la orilla del mar. Y enseguida sacad el barco a tierra firme y poned en recaudo vuestros bagajes y luego vuelve y trae acá a tus leales compañeros".

»Así me habló, y quedó, desde luego, persuadido mi ánimo valeroso, y me puse en marcha hacia la rauda nave y la orilla del mar. Encontré a mis leales compañeros en el rápido navío quejumbrosos y angustiados, que derramaban copiosas lágrimas. Como cuando los terneros en el establo, alrededor de las vacas de la majada que vuelven al redil, después de haberse saciado de pasto, todos a la vez acuden corriendo y saltando al encuentro, y no los retienen las vallas del cercado, sino que se precipitan en tropel mugiendo en torno de sus madres, así ellos hacia mí, al verme ante sus ojos, acudieron en montón llorando. Su ánimo les incitaba a sentir que era como si ya llegaran a su ciudad y su patria en la pedregosa Ítaca, donde nacieron y se criaron. Y, entre sollozos, me dirigían sus aladas palabras:

»"De tu vuelta, divino señor, nos alegramos tanto como si hubiéramos llegado a Ítaca, nuestra tierra patria. ¡Pero dinos ahora de la pérdida de nuestros otros compañeros!".

»Así decían, y yo les contesté con palabras cariñosas:

»"Primero saquemos la nave a tierra firme y guardemos nuestros bagajes y armas en las cuevas. Y vosotros aprestaos todos a seguirme para que veáis a vuestros compañeros en la sagrada morada de Circe cómo beben y comen. Pues tienen para largo tiempo».

»Así les hablé y ellos se pusieron a obedecer al punto mis palabras. Sin embargo Euríloco, solo frente a mí, retenía a los demás compañeros todos y hablándoles les decía estas palabras aladas:

»"Ah, infelices, ¿adónde vamos a ir? ¿Por qué deseáis más desgracias? ¿Penetrar en la casa de Circe, que a todos sin duda va a convertiros en jabalíes, lobos o leones, que tendremos que guardar su vasta morada a la fuerza? ¡Cómo nos trató el cíclope, cuando en su antro entraron nuestros compañeros y los guiaba el temerario Odiseo! ¡Pues por las locuras de éste perecieron aquéllos!".

»Así dijo. Por un momento tuve la intención en mi mente de sacar la espada afilada de mi costado y cortarle la cabeza y hacerla rodar por tierra, aunque me fuera un amigo muy íntimo. Pero los camaradas me contuvieron con palabras afectuosas por una y otra parte:

»"Divino amigo, dejémosle, si tú quieres, que se quede aquí junto a la nave y que vigile el barco. A nosotros guíanos a la sagrada morada de Circe".

»Tras de hablar así nos distanciamos de la nave y del mar. Y ni siquiera Euríloco se quedó atrás al lado de la cóncava nave, sino que nos seguía. Pues temía mi severa amenaza.

»Entre tanto a los demás compañeros atentamente Circe los hizo bañar y ungir con aceite perfumado, y los vistió con túnicas y mantos lanosos. Los encontramos a todos disfrutando de un buen banquete en su palacio. En cuanto se vieron unos y otros y se reconocieron en el reencuentro, se echaron a llorar sollozantes, y en toda la mansión resonaban los ecos. Y colocándose a mi lado me dijo la divina entre las diosas:

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, que cese ya el fuerte llanto. También yo sé cuántos dolores sufristeis en la mar rica en peces, y cuánto os atormentaron en tierra gentes brutales. Pero, vamos, comed la comida y trasegad el vino, hasta recobrar de nuevo el ánimo en vuestro pecho, que sea como cuando al comienzo dejasteis vuestra tierra patria en la pedregosa Ítaca. Ahora estáis desfallecidos y exánimes, con el tenso recuerdo de vuestra penosa erranza. No tenéis el ánimo propenso al gozo, porque, en efecto, habéis sufrido muchos males".

»Así dijo, y otra vez quedó persuadido nuestro ánimo. Nos quedamos allí días y días hasta cumplido un año gozando en el banquete de carnes sin tasa y dulce vino. Pero cuando ya pasaba el año y se repetían las estaciones, y transcurrieron los meses y los días largos reaparecieron, entonces mis fieles compañeros me llamaron aparte y me dijeron:

»"¡Ah, descuidado, ya es tiempo de acordarnos de la tierra patria, si es tu destino volver sano y salvo a tu hogar arraigado y a la tierra paterna!".

»Así dijeron, y dejóse convencer mi esforzado ánimo.

»De modo que, entonces, todo el día hasta la puesta del sol nos quedamos gozando en el banquete de carnes sin tasa y dulce vino. Pero cuando el sol se hundió y sobrevino la oscuridad, ellos se fueron a acostar en las salas sombrías, y yo, metiéndome en el precioso lecho de Circe, de rodillas le supliqué, y la diosa escuchaba mi lamento:

»"Circe, cúmpleme la promesa que me diste antaño, de enviarme a mi hogar. Mi ánimo me lo está exigiendo, y también el de mis compañeros, que me des-

garran el corazón viniendo llorosos ante mí, cuando tú estás aparte".

»Así le dije, y al momento me respondía la divina entre las diosas:

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, no os quedéis ya por más tiempo, contra vuestro deseo, en mi casa. Pero antes es preciso que emprendáis otro viaje, y lleguéis a la mansión de Hades y la augusta Perséfone, a fin de consultar el alma del tebano Tiresias, el profeta ciego, cuya inteligencia perdura constante. Es el único a quien Perséfone, una vez muerto, le ha mantenido una mente sagaz. Los demás vagan por allí como sombras".

»Así me habló, y entonces se me estremeció el corazón. Me puse a llorar tendido en la cama y mi ánimo se negaba a vivir y a ver más la luz del sol.

»Después de que me cansé de llorar y dar vueltas, la repliqué, contestando a sus palabras:

»"¡Ah, Circe! ¿Quién nos guiará en ese viaje? Hasta el Hades nunca llegó nadie en una negra nave".

»Así dije, y al punto me contestó la divina entre las diosas:

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, que no te preocupe el anhelo de un guía a bordo del barco. Alzad el mástil y desplegad las velas blancas y aguardad. El soplo del Bóreas impulsará tu nave. Pero cuando en ella hayas cruzado el océano hasta una baja ribera y los bosques sagrados de Perséfone, altos chopos y sauces de frutos muertos, atraca allí la nave, en el límite del océano de hondos remolinos, y dirígete tú a la casa de Hades cercada de ríos. Por allí hacia el Aqueronte fluyen el Piriflegetonte y el Cocito, que es un brazo del agua de la Estigia, y hay un peñón en la confluencia de

los dos estrepitosos ríos. Después de pasar frente a éstos, héroe, como te lo aconsejo, excava un agujero de un codo de ancho y de largo, y derrama en él una libación en honor de todos los muertos. Primero con una mezcla de leche y miel, luego de dulce vino, y en tercer lugar de agua. Por encima esparce blanca harina de cebada. Promete con fervorosa súplica a las inanes cabezas de los muertos que al llegar a Ítaca vas a sacrificar la mejor vaca estéril de tus dominios palaciegos y colmar con espléndidos dones una pira, y, aparte, sacrificar en honor de Tiresias, de él solo, una oveja toda negra que destaque en tus rebaños. Y, una vez que con tus plegarias hayas invocado a las ilustres tribus de los muertos, entonces sacrifica un carnero y una oveja negra, dirigiendo las víctimas hacia el Érebo, mientras tú desvías tu mirada dirigiéndola a las fuentes de los ríos. Entonces acudirán numerosas almas de muertos difuntos. Al punto advierte y ordena a tus compañeros que desuellen y quemen las víctimas, ya degolladas por el cruel bronce, y que eleven sus ruegos a los dioses, al poderoso Hades y a la augusta Perséfone. Tú, desenvainada la afilada espada de tu costado, siéntate y no permitas a las inanes cabezas de los muertos acercarse a la sangre hasta haber interrogado a Tiresias. Allí pronto acudirá ante ti, caudillo de las tropas, el adivino, quien va a decirte la ruta y los límites de tu viaje y tu retorno, cómo habrás de volver por la mar rica en peces".

»Así me habló, y muy pronto llegó la Aurora de áureo trono. Me vistió con mis ropas, manto y túnica, y ella, la diosa, se puso un gran manto plateado, reluciente y seductor, y en torno al talle se anudó un precioso ceñidor de oro, y en su cabeza se puso el velo.

»Y yo, recorriendo la casa, exhortaba a mis compañeros con palabras cariñosas, acercándome a ellos, uno por uno.

»“¡Dejad ya de dormir y de disfrutar el dulce sueño! ¡Vámonos ya! Me lo ha aconsejado la venerable Circe”.

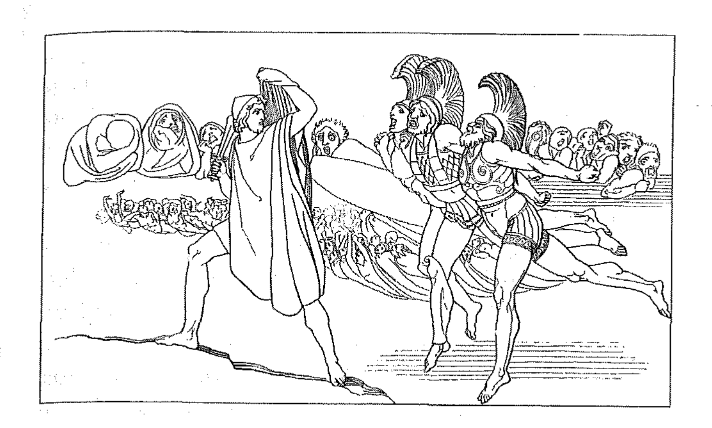
»Así hablé y se dejó persuadir su valeroso ánimo.

»Pero tampoco de allí iba a sacar indemnes a mis camaradas. Había un tal Elpénor, jovencísimo, no demasiado valiente en el combate ni muy equilibrado de mente. Éste, apartado de sus compañeros, buscando el fresco, se echó a dormir, borracho, en lo alto de la sagrada mansión de Circe. Así que, al oír el vocerío y el tumulto de los compañeros ya en acción, se levantó de improviso y se olvidó en su mente de descender bajando por la larga escalera y se precipitó de cabeza desde el tejado. Se partió el cuello por las vértebras, y su alma descendió al Hades.

»A los que se disponían a partir les dirigí yo unas palabras:

»“Pensáis, sin duda, que hacia nuestra querida tierra patria marchamos. Pero es otra la deriva que nos ha propuesto Circe: viajamos hacia la mansión de Hades y la terrible Perséfone para interrogar al alma del tebano Tiresias”.

»Así les dije, y a ellos se les estremeció el corazón. Se sentaron allí y sollozaban y se mesaban los cabellos. Pero ningún provecho había en su lamentaciones. Conque, mientras íbamos pesarosos hacia la rauda nave y la orilla del mar, derramando copiosas lágrimas, vino Circe y a bordo de nuestra negra nave dejó bien atados un carnero y una oveja negra, desapareciendo ágil y furtiva. ¿Quién a un dios, cuando él no quiere, podría ver con sus ojos transitar de acá para allá?



CANTO XI

»En cuanto llegamos al mar y a nuestra nave, enseguida botamos su casco al divino mar, colocamos el mástil y las velas en el negro navío, recogiendo el rebaño lo subimos a bordo, y también nosotros embarcamos angustiados, derramando abundante llanto. Entre tanto por detrás de la nave de proa azulada nos enviaba Circe de hermosas trenzas, la terrible diosa de voz humana, un viento propicio que henchía la vela, excelente compañía de viaje. Nosotros, atendiendo cada uno a sus propias tareas, íbamos sentados, y el barco lo conducían el viento y el timonel.

»A lo largo de todo el día se mantuvieron tensas las velas, mientras surcábamos el alta mar. Luego se sumergió el sol y se ensombrecían todos los caminos, mientras la nave llegaba a los límites del océano de profundas corrientes.

»Por allí estaban el país y la ciudad de los cimerios, envueltos en nieblas y nubes. Jamás el sol ardiente los

contempla bajo sus rayos, ni cuando asciende por el cielo estrellado, ni cuando de nuevo se vuelve hacia la tierra desde el cielo, sino que una noche cruel está tensada sobre esos infelices. Al llegar allí atracamos la nave y tomamos con nosotros las reses, y echamos a andar a lo largo de la orilla del océano, hasta que llegamos al lugar que nos había indicado Circe. Allí Perimedes y Euríloco detuvieron a las víctimas, y yo, desenvainando la aguda espada de mi costado, cavé un agujero de un codo por un lado y por otro, y en torno vertimos una libación en honor de todos los muertos, primero con una mezcla de leche y miel, después con dulce vino, y en tercer lugar con agua. Por encima esparcí harina blanca de cebada, y prometí con intensa súplica a las inanes cabezas de los muertos que al llegar a Ítaca les sacrificaría la mejor vaca estéril de mis dominios palaciegos, y colmaría una pira de espléndidos dones, y, además, sacrificaría en honor de Tiresias, de él solo, una oveja toda negra que destacara en mis rebaños. Y, tras haber suplicado con plegarias y rezos a las tribus de los difuntos, tomé a las ovejas y las degollé sobre la fosa, y se derramó su sangre negra como una nube.

»Empezaron a acudir en tropel saliendo del Érebo las almas de los muertos difuntos: muchachas, muchachos, ancianos de larga experiencia, y tiernas esposas con ánimo destrozado por recientes penas, y numerosos guerreros traspasados por lanzas de bronce, combatientes que murieron con sus armas cubiertas de sangre. Venían por un lado y por otro en gran número con un clamor inmenso. A mí me atenazaba el pálido horror. Entonces di voces a mis compañeros y les ordené desollar y quemar a las

víctimas que yacían degolladas por el cruel bronce y orar a los dioses, al poderoso Hades y la augusta Perséfone, mientras que yo, desenvainando la aguda espada de mi costado, me quedaba en guardia e impedía a las inanes cabezas de los muertos acercarse a la sangre hasta que hubiera interrogado a Tiresias.

»Acudió la primera el alma de nuestro camarada Elpénor, pues aún no había penetrado en la tierra de vastas sendas, ya que dejamos nosotros su cadáver en el patio de Circe, sin llantos e insepulto, porque nos urgía otra tarea. Al verle me eché a llorar y lo compadecí en mi ánimo, y hablándole le dije estas palabras aladas:

»"¿Cómo has llegado, Elpénor, a estas densas tinieblas? Llegaste antes caminando que yo en mi negra nave".

Así le hablé, y él, gemebundo, contestó estas palabras:

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, me derribaron el maligno destino dictado por un dios y el exceso de vino. Acostado en el terrado de Circe no pensé en bajar por medio de la larga escalera, sino que caí precipitándome desde el techo. Se me partió el cuello por las vértebras, y mi alma descendió al Hades. Ahora a ti te suplico, por los que dejaste atrás, los ausentes, por tu esposa y tu padre, que te crió de pequeño, y por Telémaco, al que dejaste solo en tu hogar, ya que sé que, al volver de aquí, de la casa de Hades, vas a detener en la isla de Eea tu bien construida nave. Allí, luego, señor, te ruego que te acuerdes de mí. No me dejes atrás, al zarpar, sin llantos ni tumba, abandonado. Que no resulte para ti motivo de la ira de los dioses. Sino que quémame con todas mis armas

y eleva mi túmulo en la orilla del mar espumoso, tumba de un hombre desdichado, para noticia de los venideros. Cumple por mí todo eso y planta en mi túmulo el remo con el que yo bogaba en vida al lado de mis compañeros".

»Así dijo, y yo, contestándole, le repliqué:

»"Por ti haré todo eso, infeliz, y lo llevaré a cabo".

»Mientras así dialogábamos con tristes palabras, yo estaba manteniendo en alto mi espada sobre la sangre, y, enfrente, la sombra de mi compañero hablaba y hablaba.

»Llegó luego el alma de mi madre difunta, Anticlea, hija del magnánimo Autólico, a quien viva había dejado al partirme hacia la sagrada Troya. Al verla allí me eché a llorar y la compadecí en mi ánimo. Pero ni aun así la permití, a pesar de mi densa pena, acercarse a la sangre antes de haber interrogado a Tiresias.

»Luego llegó el alma del tebano Tiresias, empuñando su cetro áureo; me reconoció y me dijo:

»"Divino Laertíada, muy mañoso Odiseo, ¿por qué acá, desdichado, abandonando la luz del sol, has venido a ver a los muertos y este lúgubre lugar? Mas retírate de la fosa y aparta tu aguzada espada, que yo beba la sangre y te profetice la verdad".

»Así me habló, y yo, bajando la espada tachonada de plata, la remetí en su vaina. Cuando él hubo bebido la oscura sangre, entonces me dirigió su palabra el intachable adivino:

»"Anhelas un dulce retorno, ilustre Odiseo. Pero te lo hará amargo un dios. Porque auguro que no va a olvidarse el Sacudidor de la tierra, que mantiene en su ánimo rencor contra ti, de que dejaste ciego a su hijo. Mas aun así podéis regresar, aunque sufriendo

pesares, si estás dispuesto a proteger tu ánimo y el de tus compañeros. Cuando arriméis vuestra nave bien construida a la isla de Trinacia, escapando de la mar violácea, encontraréis pastando unas vacas y unas robustas ovejas de Helios, que todo lo ve y lo escucha. Si dejas a éstas indemnes y velas por tu regreso, todavía podéis arribar a Ítaca, aunque sea tras sufrir daños. Pero si las dañáis, entonces te profetizo la destrucción de tu nave y de tus compañeros. En cuanto a ti, aunque la evites, llegarás tarde y mal, después de perder a todos tus compañeros, en un navío ajeno. Y encontrarás penas en tu casa, a unos hombres soberbios, que devoran tu hacienda pretendiendo a tu mujer y haciéndole regalos de boda. Con todo, al llegar castigarás las violencias de éstos. Y, más tarde, cuando ya en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, mediante una trampa o a las claras con el bronce afilado, ponte de nuevo en camino tomando un manejable remo, hasta que llegues a un pueblo que no conoce el mar ni come alimentos condimentados con sal, a unos hombres que no saben de los barcos de purpúreas mejillas ni de los remos de fácil manejo que sirven de alas a las naves. Te daré una seña muy fácil de reconocer y que no olvidarás: cuando, al salirte al encuentro, otro caminante te diga que llevas un bieldo sobre tu ilustre hombro, hinca entonces en el suelo tu remo de fácil manejo, y, después de hacer un sacrificio al soberano Poseidón, de un carnero, un toro y un jabalí que monta a las cerdas, vuélvete a tu casa y ofrece luego sagradas hecatombes a los dioses inmortales que habitan el amplio cielo, a todos, uno tras otro. A ti la muerte te llegará desde el mar y será muy tranquila, pues te alcanzará ya some-

tido a la suave vejez. En torno tus gentes serán prósperas. Estas verdades te anuncio".

»Así me habló, y yo, respondiéndole, le dije:

»"Tiresias, eso sin duda lo han urdido los mismos dioses. Pero, ahora, dime esto y expónmelo de modo preciso. Veo ahí el alma de mi madre, muerta. Ella permanece en silencio cerca de la sangre y no se ha atrevido a mirar cara a cara a su hijo ni a hablarle. Dime, soberano, cómo va a darse cuenta de quién soy yo".

»Así le dije, y él, respondiéndome, me contestó:

»"Te daré una fácil respuesta y tú guárdala en tu mente. Aquel de los muertos difuntos al que le permitas acercarse a la sangre, ése te dirá algo veraz. Y aquel al que se lo niegues, ése se retirará sin más".

»Después de hablar así se fue hacia el interior de la morada de Hades el alma del tebano Tiresias, tras haber expresado sus vaticinios. Y yo me quedé allí quieto, hasta que mi madre acudió y bebió la sangre oscura como una nube. Al momento me reconoció y, entre gemidos, me dirigió sus palabras aladas:

»"Hijo mío, ¿cómo viniste a esta neblina tenebrosa, estando vivo? Arduo es para los vivientes contemplarla. Porque hay en el camino grandes ríos y terribles corrientes, empezando por el océano, que no es posible cruzar de ningún modo yendo a pie, a no ser que uno tenga una nave bien construida. ¿Acaso vienes ahora de Troya errando hasta aquí durante mucho tiempo con tu nave y tus compañeros? ¿Aún no has llegado a Ítaca ni viste en tu hogar a tu esposa?".

»Así habló, y yo, respondiéndole, le dije:

»"Madre mía, la necesidad me hizo bajar al Hades para consultar el alma del tebano Tiresias. Aún no he

llegado a la tierra aquea y todavía no arribé a nuestro país, sino que voy errante siempre apenado, desde que en un comienzo marché siguiendo al divino Agamenón hacia Ilión de buenos caballos, para luchar contra los troyanos. Pero ahora dime esto y explícamelo con precisión: ¿qué destino de lamentable muerte te sometió? ¿Una larga enfermedad, o la flechera Ártemis te mató asaeteándote con sus suaves dardos? Háblame de mi padre, y de mi hijo, que dejé atrás, de si todavía conservan su poder o si algún otro hombre lo detenta y afirman que yo ya no voy a volver. Háblame de mi honrada esposa, de su voluntad y su pensamiento, si permanece junto a mi hijo y custodia todo como antes o ya la ha tomado por esposa el más noble de los aqueos".

»Así le dije, y al momento me contestó mi venerable madre:

»"Sí, en efecto, ella aguarda con ánimo paciente en tu palacio. Pero tristes se le pasan siempre las noches y los días derramando llanto. Todavía nadie detenta tu hermoso dominio regio, sino que Telémaco administra las tierras y toma parte en los ecuánimes banquetes, los que debe atender quien vela por las leyes. Todos lo reclaman. Tu padre se queda en su campo y no baja a la ciudad. No tiene en su lecho cobertores ni mantas ni colchas relumbrantes, sino que en invierno duerme donde los siervos, en su casa, sobre la ceniza junto al fuego, y lleva míseras ropas. Mas cuando llega el verano y el fructífero otoño, por doquier en la falda del monte de sus viñedos tiene extendidos por el suelo lechos de hojas caídas, y allí se tumba él pesaroso, mientras la pena le crece en su pecho sollozando por tu suerte. Amarga vejez le ha tocado. De igual

modo también yo perecí y cumplí mi destino. Pues no me mató en el palacio la muy certera Flechadora asaeteándome con sus suaves flechas, ni me sobrevino ninguna enfermedad que me arrebatara del todo el ánimo en una odiosa consunción del cuerpo, sino que fue la añoranza de ti, de tus cuidados y tu amable carácter, famoso Odiseo, lo que me quitó la dulce vida”.

»Así me habló, y yo entonces con un fervoroso anhelo quise abrazar el alma de mi madre difunta. Tres veces lo intenté, me impulsaba mi ánimo al abrazo, y tres veces entre mis brazos se esfumó semejante a una sombra o un sueño. La pena se me hacía más y más aguda dentro del corazón, y dirigiéndome a ella le dije palabras aladas:

»“Madre mía, ¿por qué no aguardas cuando quiero abrazarte para que, aún en el Hades, te rodee con mis brazos y nos quedemos saciados ambos del frígido llanto? ¿O acaso es esto tan sólo una imagen que la augusta Perséfone ha enviado, para que me lamente aún más entre gemidos?”.

»Así hablé, y al punto me contestó mi venerable madre:

»“¡Ay de mí, hijo mío, el más atormentado de todos los mortales! En nada te presenta engaños Perséfone, hija de Zeus, sino que ésa es la condición de los mortales, una vez que perecen. Pues los tendones no retienen más las carnes y los huesos, sino que el potente furor del fuego ardiente los deshace apenas el ánimo vital abandona los blancos huesos y el alma, volando como un ensueño, revolotea y se aleja. Pero apúrate en volver cuanto antes a la luz. Rememora muy bien todo esto para que más tarde se lo cuentes a tu esposa”.

»Mientras nosotros conversábamos así, acudieron las mujeres, todas cuantas fueron esposas o hijas de famosos héroes. Las enviaba la augusta Perséfone. En tropel se congregaron alrededor de la oscura sangre, y yo meditaba cómo interrogar a cada una. La mejor decisión en mi ánimo me pareció la siguiente. Desenvainando la aguzada espada de mi robusto costado, no iba a permitir que todas a la vez bebieran la sangre oscura. Ellas avanzaban en fila, y cada una proclamaba su estirpe. Y yo las iba interrogando a todas.

»Así pues la primera que vi fue Tiro, de noble padre, que dijo ser descendiente del intachable Salmoneo y afirmó ser esposa de Creteo el Eólida. Ella se enamoró de un río, el divino Enipeo, que es con mucho el más hermoso de los ríos de la tierra, y ella solía frecuentar las bellas corrientes de Enipeo. Pero, adoptando la figura de éste, el dios sacudidor y abrazador de la tierra se acostó con ella en las fuentes del río torrencial. Se alzó allí una ola rotunda, alta como un monte, que en su cavidad ocultó al dios y a la mujer mortal. Desligó su cinturón virginal y la inundó el sueño. Y luego, una vez que el dios hubo colmado sus amorosos embates, la tomó de la mano, le dirigió la palabra y le dijo:

»"Alégrate, mujer, de este encuentro amoroso. En el curso de un año darás a luz hijos espléndidos, porque no son infecundas las uniones de los inmortales. Tú críalos y edúcalos. Y ahora vuelve a tu casa, y calla y no me nombres. Yo soy, en verdad, Poseidón el que agita la tierra".

»Tras de hablar así se sumergió en el oleaje marino. Ella, embarazada del dios, dio a luz a Pelias y a Neleo, que llegaron a ser ambos firmes servidores del gran

Zeus, tanto el uno como el otro. Pelias rico por sus rebaños, habitaba en la espaciosa Yolcos, y el otro en la arenosa Pilos. Y otros hijos parió para Creteo esta reina de las mujeres: a Esón, Feres y Amitaon, diestro combatiente en su carro.

»Después vi a Antíope, la hija de Asopo, que se ufanaba de haber dormido entre los brazos de Zeus, y que dio a luz dos hijos: Anfión y Zeto, los primeros en fijar los cimientos de Tebas la de las siete puertas, y amurallarla, pues no podían habitar sin murallas la ciudad de amplios espacios, aun siendo tan fuertes. Después vi a Alcmena, la esposa de Anfitrión, que al intrépido Heracles de ánimo leonino dio a luz de los abrazos del gran Zeus, con quien se unió. Y a Mégara, la hija del magnánimo Creonte, a la que tomó por esposa el hijo de Anfitrión siempre intrépido en su audacia. Y vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta, quien, en su ignorancia, cometió una acción terrible, al casarse con su hijo. Éste la desposó tras haber dado muerte a su padre. Pronto los dioses revelaron el secreto a los hombres. Edipo, por su parte, entre terribles pesares siguió reinando en la muy amada Tebas según los crueles designios de los dioses, pero ella marchó al reino de Hades, el severo guardián de las puertas, colgándose de un apretado lazo de horca en su alto dormitorio, vencida por la angustia. Y a él le dejó muchas penas futuras, las que llevan adelante las Erinias de una madre.

»También vi a la muy hermosa Cloris, a la que antaño Neleo tomó por esposa, por su belleza, y por ella ofreció innumerables regalos de boda, la más joven hija de Anfión el Iásida, que en su tiempo reinara con poderío en la Orcómenos Minia. Ella fue reina de Pi-

los y le dio unos hijos espléndidos: Néstor, Cromio y el arrogante Periclímeno. Y, tras éstos, dio a luz a Pero, maravilla entre los humanos, que todos sus vecinos pretendieron como esposa. Mas Neleo no la concedía a ninguno, a no ser que le trajera de Fílaca alguna de las cornudas vacas de ancho testuz del robusto Ificles, difíciles de obtener. Sólo un irreprochable adivino le prometió traerlas. Pero lo retuvieron la dura decisión de un dios, unas terribles cadenas y unos vaqueros agrestes. Sin embargo, cuando pasaron los días y meses de un año, y éste se renovaba y volvían las estaciones, entonces al fin lo liberó el poderoso Ificles porque le había dado todas sus profecías; y se cumplía el designio de Zeus.

»Y vi a Leda, compañera de lecho de Tindáreo, que del rey espartano engendró a dos hijos fuertes y audaces: Cástor, domador de caballos, y el diestro boxeador Polideuces. A ambos los alberga la tierra productora de vida. Ellos, incluso bajo tierra, gozan de un privilegio otorgado por Zeus: viven en días alternos y mueren por turno uno y otro. Han conseguido un honor similar al de los dioses.

»Y después vi a Ifimedea, la esposa de Aloeo, que aseguraba haber tenido amores con Poseidón, y que parió dos hijos, que tuvieron breves vidas: Oto, rival de los dioses, y el ampliamente famoso Efialtes. A éstos los crió muy enormes la tierra productora de vida y los hizo los más hermosos después del famoso Orión. A los nueve años éstos medían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto. Incluso a los inmortales les amenazaron con llevar al Olimpo el tumulto de una guerra estrepitosa. Estaban ansiosos por colocar el Osa sobre el Olimpo y luego sobre el Osa el Pelión

de frondoso boscaje, para poder escalar el cielo. Pero el hijo de Zeus, el que diera a luz Leto de hermosos cabellos, los mató a los dos, antes de que les floreciera la primera barba en sus mejillas y su mentón se cubriera del vello juvenil.

»Y a Fedra y a Procris vi, y a la bella Ariadna, la hija del despiadado Minos, a la que una vez Teseo desde Creta a la colina de la santa Atenas se llevó, pero sin conseguir su meta. La mató antes Ártemis a instancias de Dioniso en Día rodeada por el mar. Y a Mera y a Clímena vi, y a la odiosa Erifila, que aceptó precioso oro a cambio de su marido.

»Pero no podría ya relatar ni nombrar siquiera a todas las mujeres e hijas de héroes que vi. Antes se agotaría la noche inmortal. Mas ya es hora de dormir, yéndome a la rápida nave junto a los marineros, o bien aquí. La preparación de mi viaje competerá a los dioses o a vosotros.»

Así habló. Entonces todos quedáronse quietos y en silencio. Estaban subyugados por el encanto en las salas sombrías. Y entre ellos tomó la palabra Arete de blancos brazos:

«¿Qué os parece, feacios, este hombre, en su aspecto, su grandeza y su mente bien equilibrada? Es, desde luego, huésped mío, pero todos gozáis de su honor. Por lo tanto no lo despidáis con prisas ni le regateéis los regalos que tanto precisa. Ya que tenéis muchas riquezas en vuestras casas por la voluntad de los dioses».

Entre ellos habló luego el viejo héroe Equeneo, que era el de mayor edad entre los feacios:

«Amigos, no se aparta de nuestra intención y opinión lo que nos dice nuestra prudente reina. Pero de Alcínoo dependen aquí la actuación y la decisión».

Le respondió Alcínoo entonces y dijo:

«Ése será también mi consejo, al menos mientras yo viva y reine entre los feacios amigos de los remos. Y que nuestro huésped, aunque muy ansioso del regreso, soporte el quedarse hasta mañana, hasta que yo le aporte mi regalo completo. Prepararle el viaje quedará al cuidado de todos, y sobre todo de mí, ya que tengo el poder en el pueblo».

Respondiéndole contestó el muy astuto Odiseo:

«Poderoso Alcínoo, venerado por todas las gentes, si un año entero me pidierais que me quedara aquí, pero me ofrecierais un buen pasaje y me dierais espléndidos regalos, también yo lo preferiría, y sería mucho más provechoso volver a mi tierra patria con las manos más llenas. Sería más respetado y amado por todos aquellos que me vieran de regreso en Ítaca».

De nuevo le contestó Alcínoo y le dijo:

«Odiseo, de ningún modo al verte te imaginamos como un charlatán o un farsante, como hay tantos criados por la negra tierra, vagabundos enredadores y forjadores de patrañas que nadie podría constatar. Hay belleza en tus palabras y es noble tu pensar, y, en cuanto a tu relato, has narrado de modo tan experto como un aedo las desdichas funestas de todos los argivos y las tuyas. Pero dime también esto y cuéntanos con precisión si viste a algunos de tus heroicos compañeros, los que a tu lado marcharon contra Troya y concluyeron allí su destino. La noche esta es muy larga, infinita, y todavía no es hora de dormir en el palacio. Cuéntame prodigiosas hazañas. Que yo puedo aguantar hasta la divina aurora, siempre que tú quisieras seguir relatando en esta sala tus aventuras».

Respondiéndole el muy astuto Odiseo le dijo:

«Poderoso Alcínoo, venerado por todas las gentes, hay un tiempo de largos relatos y también un tiempo para el sueño. Pero si aún sigues deseoso de oírlos no voy yo a negarme a contarte otros hechos aún más lamentables, las desgracias de mis camaradas que murieron después de escapar del tumultoso combate con los troyanos y que perecieron a su regreso por las insidias de una mala mujer.

»Cuando luego dispersó con rumbos varios la santa Perséfone las almas de las famosas mujeres, llegó el alma de Agamenón Atrida, apenada. En derredor de ella se habían congregado las de quienes junto a él murieron y concluyeron su destino en la mansión de Egisto. Al momento él me reconoció, y apenas me vio ante sus ojos, empezó a gemir sonoramente, al tiempo que vertía copiosas lágrimas, tendiendo hacia mí sus brazos, con ansias de abrazarme. Pero ya no había en él ni firme fuerza ni vigor alguno, como antes solía tener en sus flexibles miembros. Al verlo también yo rompí en llanto y le compadecí en mi ánimo, y llamándole le dije estas palabras aladas:

»"Gloriosísimo Agamenón, caudillo de las tropas, ¿qué destino de muerte cruel te abatió? ¿Acaso te hundió con tus naves Poseidón ahogándote en una tempestad inmensa de salvajes vientos? ¿Es que te dieron muerte guerreros enemigos en tierra firme cuando les arrebatabas sus vacas o sus buenos rebaños de ovejas? ¿O fue batallando por una ciudad o por mujeres?".

»Así le dije, y él en respuesta me contestó:

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, no me hundió Poseidón con mis naves echándome encima una inmensa tempestad de salvajes vientos, ni

me dieron muerte guerreros enemigos en tierra firme, sino que Egisto había tramado mi muerte y mi final y me mató con ayuda de mi maldita esposa, tras invitarme a su casa, en medio de la cena, como se mata a un buey ante el pesebre. De ese modo acabé con tristísima muerte. A mis lados fueron asesinados otros compañeros, sin piedad, como cerdos de blancos colmillos a los que sacrifican en la casa de un hombre opulento y muy poderoso para una boda o un banquete colectivo o una esplendorosa fiesta. Has asistido ya a la masacre de muchos guerreros caídos en combate individual o en el tremendo tumulto de la batalla, pero al ver aquel espectáculo te habrías estremecido a fondo en tu ánimo, al ver cómo quedamos tendidos en la gran sala, junto a las tinajas y las mesas repletas, mientras que todo el suelo humeaba sangre. Escuché el grito estremecedor de Casandra, la hija de Príamo, a la que junto a mí asesinó la traicionera Clitemnestra. Intenté alzar mis brazos y golpeé la tierra, expirando bajo los tajos de la espada. La de ojos de perra se alejó y ni siquiera hizo el gesto, cuando yo me dirigía hacia el Hades, de bajarme los párpados ni de cerrarme la boca con sus manos. No hay nada más cruel ni más perro que una mujer que trama en su mente acciones tales como las que ella planeó, el crimen infame de ejecutar el asesinato de su legítimo esposo. Yo pensaba llegar a mi casa entre el afecto de mis hijos y mis siervos. Pero ella, experta en maldades hasta el fondo, derramó ignominia sobre sí y sobre las mujeres que van a vivir después, incluso sobre la que sea decente”.

»Así habló, y yo, al momento, en respuesta, le dije:

»“¡Ay, de qué modo tan terrible aborreció Zeus a la estirpe de Atreo, por medio de los engaños femeni-

nos, desde un comienzo! Por culpa de Helena perecimos muchos, y a ti Clitemnestra te urdía su trampa a lo lejos".

»Así le hablé, y él, al momento, contestándome dijo:

»"Por eso, no seas tú nunca franco con tu mujer y no le vayas a contar todo lo que bien sepas; sino que cuéntale algo y guarda oculto el resto. Pero a ti por lo menos, Odiseo, no te llegará la muerte por tu mujer, porque es sensata en extremo y alberga prudencia en su mente la hija de Icario, la muy sagaz Penélope. La dejamos como joven esposa cuando nosotros marchamos a la guerra. Tenía en su regazo un niño de pecho, que ahora sin duda se cuenta ya entre los hombres, feliz. Que su padre lo verá a su regreso y él correrá a abrazar a su padre, como es de ley. En cambio, mi esposa no permitió siquiera a mis ojos que se saciaran viendo a mi hijo. Antes me mató. Te diré algo más y tú guárdalo en tu mente. De manera furtiva y no en descubierto llega a tu patria en tu nave, porque ya no se puede confiar en las mujeres.

»"Pero dime lo siguiente y expónmelo con precisión. ¿Habéis oído acaso de mi hijo, si vive tal vez en Orcómenos o en la arenosa Pilos, o tal vez junto a Menelao en la anchurosa Esparta? Pues no está todavía muerto en la tierra el ilustre Orestes".

»Así dijo, y entonces yo, en respuesta, le contesté:

»"Atrida, ¿por qué me lo preguntas? No sé nada, ni si vive ni si ha muerto. Es malo hablar en vano".

»Mientras nosotros en la triste charla estábamos afligiéndonos, derramando abundante llanto, llegó el alma de Aquiles el Pelida, y la de Patroclo, y la del irreprochable Antíloco, y la de Ayante, que fue el mejor en belleza y figura de todos los dánaos después del

intachable hijo de Peleo. Me reconoció el alma del Eácida de pies veloces y, entre gemidos, me dirigió sus palabras aladas:

»“Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, ¡insensato! ¿Qué proeza aún más grande estás maquinando en tu mente? ¿Cómo te has atrevido a bajar hasta el Hades, donde moran los muertos, vanos fantasmas y sombras de los hombres extinguidos?”.

»Así habló, y yo enseguida respondiéndole dije:

»“Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aqueos, he venido en busca de Tiresias por ver si algún consejo podía darme para arribar a la pedregosa Ítaca. Pues aún no he alcanzado la tierra aquea, ni tampoco abordé mi país, sino que tengo dolores sin cuento. Pero no hubo antes hombre alguno más dichoso que tú, Aquiles, ni lo habrá. Antes, en vida, te honrábamos igual que a los dioses los argivos, y ahora tienes gran poder entre los muertos, al estar aquí. Por tanto no te lamentes de haber muerto, Aquiles”.

»Así le hablé y él, al momento, en respuesta me dijo:

»“No me elogies la muerte, ilustre Odiseo. Preferiría ser un bracero y ser siervo de cualquiera, de un hombre miserable de escasa fortuna, a reinar sobre todos los muertos extinguidos. Mas, sea, dame noticias de mi valeroso hijo, de si marchó a la guerra para ser un caudillo o si no. Cuéntame también de Peleo, si algo has sabido, si aún mantiene su rango entre los numerosos mirmídones, o acaso le menosprecian en la Hélade y en Ftía, una vez que la vejez agarrota sus manos y sus pies. ¡Ojalá pudiera yo socorrerle, bajo los rayos del sol, siendo tal como era cuando antaño en los llanos de Troya daba muerte a muy fuertes guerreros, en defensa de los argivos! Si con parecido arro-

jo pudiera presentarme, aun por breve tiempo, en la casa de mi padre, espantarían mi coraje y mis irresistibles brazos a cuantos le ultrajan y le regatean su dignidad".

»Así habló, y yo, respondiéndole, le dije:

»"Del irreprochable Peleo nada he sabido, pero sobre tu querido hijo Neoptólemo te contaré toda la verdad, como me pides. Pues yo mismo, en mi cóncava nave negra bien equilibrada lo llevé desde Esciros hacia los aqueos de buenas grebas. Y siempre que discutíamos los planes acerca de Troya, siempre hablaba el primero y no erraba en sus consejos. Lo aventajábamos sólo dos: el heroico Néstor y yo. Y cuando luchábamos en torno a la ciudadela de Ilión, jamás se quedaba entre la tropa ni en el pelotón, sino que solía adelantarse mucho, sin ceder en coraje a ninguno. A muchos guerreros dio muerte en la terrible masacre. Todos no puedo yo nombrártelos ni numerarlos, ¡tanta hueste aniquiló luchando por los argivos! Diré sólo que derribó con su lanza al hijo de Télefo, al héroe Eurípilo. Y en torno a éste muchos compañeros ceteos cayeron muertos, por causa de unos regalos fememinos. Él era el más hermoso que vi después del divino Memnón. Y luego, cuando nos metimos dentro del caballo que construyó Epeo los mejores de los argivos, y quedó todo a mis órdenes, tanto el salir como el mantener firme la densa emboscada. Entonces otros caudillos y jefes de los dánaos derramaban lágrimas mientras les temblaban por debajo los miembros; pero a él nunca jamás le vi ante mis ojos ni palidecer en su bello rostro ni enjugarse el llanto de sus mejillas. Él a menudo me suplicaba que saliéramos del caballo. Agitaba con furia la empuñadura

de la espada y la lanza pesada por el bronce, y profería amenazas a los troyanos. Y cuando destruimos la escarpada ciudadela de Príamo, con buena fortuna y excelente botín subió a bordo de la nave, indemne, sin que lo alcanzara el agudo bronce ni sufrir heridas en el cuerpo a cuerpo, tal como muchas veces pasa en la guerra. En la refriega muestra su furor Ares".

»Así le hablé. El alma del Eácida de pies veloces empezó a alejarse a grandes pasos por el prado de asfódelos, contento porque le había dicho que tenía un hijo formidable.

»Las otras almas de los muertos extinguidos permanecían allí apenadas y cada una contaba sus propias desgracias. Sola el alma de Ayante, hijo de Telamón, se mantenía distante, conservando su rencor por mi victoria, la que logré en el juicio por las armas de Aquiles al pie de nuestras naves. Las ofreció su divina madre y sentenciaron el certamen los hijos de los aqueos y Palas Atenea. ¡Ojalá no hubiera yo vencido en semejante prueba! ¡Porque así no habría cubierto la tierra por tal causa una cabeza como la de Ayante, quien por su arrogancia y sus hazañas era el mejor entre todos los aqueos, después del irreprochable Pelida!

»A él me dirigí yo con palabras amables:

»"¡Ayante, hijo de Telamón! ¿No vas a querer, ni estando muerto, olvidar tu rencor contra mí a causa de las armas malditas? Los dioses impusieron ese desastre a los argivos. Pues para ellos tu muerte fue como el desplomarse una torre. Por tu muerte, como por la del mismo Aquiles, hijo de Peleo, nos apenamos sin descanso. Ningún otro fue culpable de eso, sino Zeus, que odiaba ferozmente al ejército de los dánaos lanceros, y te infligió semejante destino. Conque ven aquí, gran

señor, para que escuches nuestras palabras y nuestras noticias. Aplaca tu cólera y tu furor enconado".

»Así le dije, él nada me contestó y se fue con otras almas de muertos difuntos hacia el Erebo. Entonces, aun enfurecido, habría podido hablarme, y yo a él.

»Pero mi ánimo, en mi interior, deseaba ver más almas de otros difuntos. Allí luego vi a Minos, esplendoroso hijo de Zeus, que administra justicia a los muertos empuñando un áureo cetro en su trono. Los demás solicitan sus sentencias rodeando al soberano, sentados o en pie en la mansión de anchas puertas de Hades. Y avisté después de éste al gigantesco Orión, que persigue sin tregua por el prado de asfódelos las fieras que él mismo matara en los montes solitarios blandiendo su maza de bronce jamás fracturada. Y vi a Ticio, el hijo de la gloriosa Gea, extendido en el suelo. Cubrían nueve pletros su cuerpo, y dos buitres, uno por cada lado, le desgarraban el hígado, lacerándole el vientre, y no podía apartarlos con sus brazos. Porque había ultrajado a Leto, la augusta compañera de lecho de Zeus, cuando ella caminaba hacia Delfos, por el amplio valle del Panopeo.

»Y vi también a Tántalo, que sufría terribles dolores, erguido en un lago. El agua le lamía el mentón, estaba sediento y no podía llegar a beber. Pues cuantas veces se agachaba el anciano anhelando beber, tantas el agua desaparecía absorbida y a sus pies aparecía la negra tierra. Por encima de su cabeza árboles de elevada copa extendían sus frutos, perales, granados, manzanos de brillantes pomas, higueras dulzonas y olivos en flor. Pero cuando el anciano se estiraba para cogerlos con sus manos, el viento los arrebataba hacia las nubes sombrías.

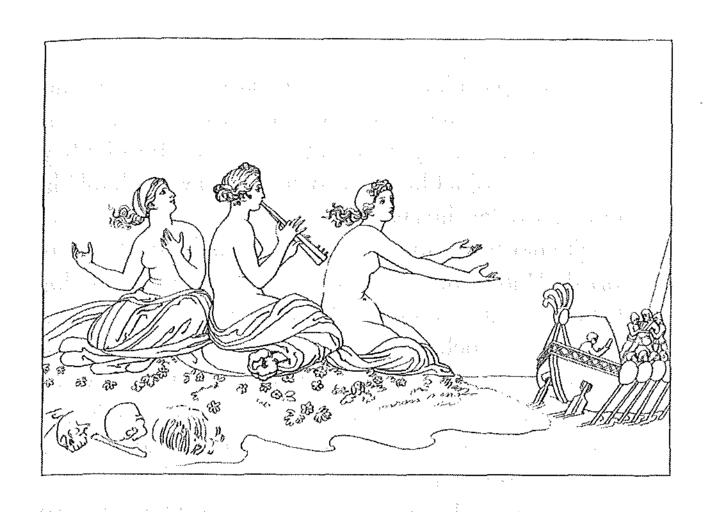
»Y vi también a Sísifo, que padecía intensos dolores, sosteniendo una enorme roca con sus dos manos. Apoyándose con manos y pies, empujaba hacia arriba en la colina el pedrusco. Mas cuando estaba a punto de coronar la cima, entonces una violenta fuerza lo derribaba hacia atrás. Y luego la impúdica piedra rodaba hasta el llano. Y él, de nuevo, volvía a transportarla con titánico esfuerzo. El sudor le brotaba y manaba de todos sus miembros, y la polvareda lo envolvía desde la cabeza a los pies. Y tras éste divisé al fuerte Heracles, sólo su sombra. Pues él, ya en compañía de los dioses inmortales, se deleita en sus fiestas y tiene consigo a Hebe de hermosos tobillos, hija del gran Zeus y de Hera, la de áureas sandalias. En torno a él se levantaba un vocerío de muertos, como de pájaros que huyen, aterrorizados en tropel. Y él, semejante a la tenebrosa noche, con su arco tenso y con una flecha en la cuerda, lanzaba en torno fieras miradas como quien va dispuesto a dispararlo una y otra vez. Sobre su pecho llevaba cruzado un tremendo tahalí, todo forjado en oro, en que estaban labradas prodigiosas figuras: osos, jabalíes monteses y leones de ojos chispeantes, peleas, batallas, muertes y matanzas de guerreros. No sabría fabricar otro igual con todo su arte el artista que aquel tahalí ilustró con todo su oficio.

»Al momento él me reconoció, viéndome ante sus ojos, y, compadeciéndose de mí, me dijo estas palabras aladas:

»“¡Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo! ¡Ah, infeliz! Sin duda también tú arrostras un doloroso destino, como el que yo soportaba bajo los rayos del sol. Era hijo de Zeus Crónida, pero tenía una inagotable pesadumbre. Porque estaba sometido a un

hombre muy inferior, que me impuso muy arduas tareas. Incluso cierta vez me envió aquí para llevarme al perro, porque pensaba que no había trabajo más penoso que éste. Pero yo me lo llevé y lo saqué del Hades. Me acompañaban Hermes y Atenea de ojos glaucos".

»Después de haber hablado así, él de nuevo se internó en la casa de Hades. En cuanto a mí, me quedé quieto, por si acaso acudía algún otro de los héroes famosos que en el pasado murieron. Y todavía habría contemplado a otros guerreros de antaño, tal como yo deseaba [como Teseo y Pirítoo, gloriosos hijos de dioses]. Pero se fueron reuniendo miles de cadáveres con un inmenso griterío. Y se apoderó de mí un pálido terror de que me enviara tal vez la cabeza de la Gorgona, espantoso monstruo, desde el fondo del Hades la augusta Perséfone. Enseguida me volví a mi nave y ordené a mis compañeros que subieran a bordo y desatamos las amarras de popa. Ellos embarcaron de inmediato y se sentaron junto a sus escálamos. Hacia el río Océano llevaba a nuestra nave el curso de las aguas, primero bajo el impulso de los remos y luego por un viento favorable.



CANTO XII

»Cuando nuestra nave dejó la corriente del río Océano y llegó sobre las ondas del mar de amplio curso a la isla de Eea, donde están la mansión y los espacios de danza de la Aurora matutina y las salidas del sol, nos arrimamos a la costa y varamos el barco en las arenas, y echamos pie a tierra en la ribera marítima. Y allí nos entregamos al sueño y aguardamos la divina Aurora.

»Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, al momento yo envié por delante a unos compañeros hacia la morada de Circe para que trajeran el cadáver del difunto Elpénor, hasta donde avanzaba más alta la costa, y vertíamos copioso llanto. Luego que se hubo quemado el cadaver y sus armas, levantamos un túmulo y, erigiendo una estela, clavamos en los más alto de su tumba su manejable remo.

»Nos ocupamos de todo esto paso a paso. Pero a Circe no le pasó inadvertido que habíamos regresado del Hades. Así que se acicaló y acudió. La escoltaban sus sirvientas que aportaban pan y carne abundante y fogoso vino rojo. Ella se situó en medio y nos habló la divina entre las diosas:

»"¡Temerarios, que en vida habéis bajado a la mansión de Hades, dos veces mortales, mientras que los otros humanos mueren sólo una vez! Vamos, tomad esta comida y bebed vuestro vino aquí todo el día. En cuanto aparezca la Aurora, volveréis a navegar. Yo os indicaré la ruta y os mostraré sus peligros, a fin de que no sufráis en algún doloroso paso un funesto desastre en tierra o por mar".

»Así dijo, y de nuevo convencido quedó nuestro bravo ánimo. Así entonces todo el día, hasta la puesta del sol, nos quedamos dándonos un banquete de carne sin tasa y dulce vino. En cuanto el sol se hundió y sobrevino la oscuridad los otros se echaron a dormir junto a las amarras de popa, y ella, tomándome de la mano, me hizo sentarme lejos de mis camaradas y se puso a mi lado y me preguntó sobre todo el viaje. Por mi parte se lo conté todo en muy buen orden. Luego me habló la venerable Circe con estas palabras:

»"Todo eso ha quedado así cumplido. Tú escúchame lo que voy a decirte y un dios en persona te lo va a recordar.

»"En primer lugar llegarás junto a las Sirenas, las que hechizan a todos los humanos que se aproximan a ellas. Cualquiera que en su ignorancia se les acerca y escucha la voz de las Sirenas, a ése no le abrazarán de nuevo su mujer ni sus hijos contentos de su regreso

a casa. Allí las Sirenas lo hechizan con su canto fascinante, situadas en una pradera. En torno a ellas amarillea un enorme montón de huesos y renegridos pellejos humanos putrefactos. ¡Así que pasa de largo! En las orejas de tus compañeros pon tapones de cera melosa, para que ninguno de ellos las oiga. Respecto a ti mismo, si deseas escucharlas, que te sujeten a bordo de tu rápida nave de pies y de manos, atándote fuerte al mástil, y que dejen bien tensas las amarras de éste, para que puedas oír para tu placer la voz de las dos Sirenas. Y si te pones a suplicar y ordenar a tus compañeros que te suelten, que ellos te aseguren entonces con más ligaduras. Después, cuando ya tus compañeros las hayan pasado de largo, no voy a explicarte de modo puntual cuál será tu camino, porque debes decidirlo tú mismo en tu ánimo.

»"Pero te mencionaré las dos alternativas. Por un lado hay unas rocas escarpadas, contra las cuales retumba el espantoso oleaje de Anfitrite de azules pupilas. Son las que llaman Rocas Errantes los dioses felices. Por allí no cruzan ni las aves, ni siquiera las trémulas palomas que le llevan la ambrosía a Zeus Padre, pues siempre a alguna de ellas la arrebata la pared rocosa. Pero luego envía otra el Padre para equilibrar su número. Por allí nunca jamás se deslizó ningún bajel humano de paso, sino que destrozados maderos de navíos y cuerpos humanos zarandean de acá allá las olas del mar y los turbiones de fuego mortífero. Tan sólo una nave surcadora del alta mar las atravesó: la Argo, celebrada por todos, que navegaba desde el país de Eetes. E incluso ésta se habría destrozado contra las grandes rocas de no haberla impulsado Hera, que tenía gran cariño por Jasón.

»"Por otro lado se elevan dos grandes peñas. La una alcanza el amplio cielo con su aguzado pico, y la envuelve una negra nube. Ésta jamás se despeja, y nunca el aire limpio rodea su cumbre ni en verano ni en otoño. No la puede escalar ni conquistar ningún mortal, ni aunque tuviera veinte manos y veinte pies. Porque esa roca es lisa, tanto como si estuviera pulida. En el centro de la roca hay una tenebrosa caverna, orientada a poniente, al Érebo, a la que vosotros, ilustre Odiseo, podéis dirigir vuestra cóncava nave. Ni siquiera un arquero vigoroso disparando su flecha desde su cóncavo navío podría alcanzar el fondo del antro. Allí habita Escila que lanza atronadores aullidos. Su voz, en efecto, es como la de un joven cachorro, pero ella es un monstruo espantoso. Nadie se alegraría de verla, ni siquiera un dios que se topara con ella. Tiene doce patas, todas deformes y seis cuellos larguísimos, y sobre cada uno de ellos una cabeza horrible, y en ellas tres filas de dientes, agudos y apretados, repletos de negra muerte. A medias está sumergida en la hueca caverna, y emergen por encima del tremendo abismo sus cabezas, por allí se mueve escrutando la cueva, y pesca delfines y perros marinos, o tal vez captura algún cetáceo mayor, de los que a miles nutre la ululante Anfitrite. Jamás de allí se jactan los navegantes de escapar sin daño en la nave, pues con cada cabeza se lleva a un hombre, arrebatándolo de golpe del barco de proa azul.

»"Verás muy cerca el otro promontorio, Odiseo, que es más bajo. Podrías superarlo con un tiro de flecha. Sobre él hay una enorme encina silvestre, de frondoso follaje. Por debajo de él la divina Caribdis sorbe el agua negra, tres veces al día la vomita y tres la

absorbe tremendamente. ¡No vayas tú a acercarte por allí cuando la succiona! No podría entonces salvarte del desastre ni siquiera el Sacudidor de la tierra. Así que, manteniendo tu nave pegada al escollo de Escila, pasa de largo a toda prisa porque es mucho mejor ciertamente echar de menos a seis hombres de tu nave que a todos juntos".

»Así me dijo, y yo, angustiándome, le contesté:

»"Pero ahora, diosa, dime esto sin más rodeos: ¿acaso podría escapar por un lado a la funesta Caribdis y, de otro, defenderme de Escila, cuando vaya a atacar a mis compañeros?".

»Así hablé, y ella, la divina entre las diosas, al punto repuso:

»"¡Insensato, de nuevo te empeñas en combates guerreros y porfías! ¿Ni siquiera ante dioses inmortales vas a claudicar? No es ésa una mortal, sino una fiera inmortal, terrible, atroz, salvaje e incombatible. No hay ninguna defensa posible. Lo mejor es huir de ella. Pues si fueras capaz de revestir tus armas al pie de su roca, temo que de nuevo se abalanzara sobre ti y te alcanzara con todas sus cabezas y te arrebatara de nuevo otros tantos hombres. Así que pasad a toda prisa, e invoca a Crataide, la madre de Escila, que la parió para desdicha de los mortales. Ésta entonces la detendrá para que no ataque de nuevo.

»"Llegarás a la isla de Trinacia, donde pacen las numerosas vacas y las pingües ovejas de Helios. Siete manadas de vacas y otros tantos rebaños de ovejas, con cincuenta reses por hato. No les nace ninguna cría y ninguna muere jamás. Diosas son sus pastoras, unas Ninfas de bellas trenzas: Faetusa y Lampetía, a las que dio a luz la divina Neera para Helios Hiperión. Des-

pués de parirlas y criarlas su venerable madre las instaló en la isla de Trinacia, para que habitaran allí lejos y guardaran los rebaños de su padre y las vacas de curvos cuernos. Si dejas a estos animales indemnes y te cuidas de tu regreso, quizás logréis arribar a Ítaca, aunque sufráis desdichas. Pero si los dañáis, entonces te pronostico la destrucción de tu nave y tus compañeros. Y si acaso tú escapas, llegarás tarde y mal, después de haber perdido a todos tus camaradas".

»Así habló, y pronto llegó la Aurora de áureo trono. Se retiró al interior de su isla la divina entre las diosas, mientras que yo me ponía en camino hacia mi barco y exhortaba a mis compañeros a que subieran a bordo y se aprestaran junto a los escálamos. Sentados en fila se pusieron a batir el mar espumoso con sus remos. De nuevo desde atrás de la nave de azulada proa nos enviaba un viento favorable, que henchía las velas como noble acompañante, Circe de bellas trenzas, la terrible diosa de humana voz. Pusimos en orden nuestros aparejos y nos sentamos tranquilos en la nave, que dirigían el viento y el timonel. Entonces yo hablaba a mis camaradas con corazón afligido:

»"Amigos, no debe ser uno sólo ni dos los únicos que conozcan las profecías que me contó Circe, divina entre las diosas. Así que os las voy a decir para que, conociéndolas todos, o muramos o tomemos precauciones para escapar a la muerte y el destino. En primer lugar, nos aconseja precavernos de la voz y del prado florido de las divinas Sirenas. A mí sólo me deja escuchar su voz. Atadme, pues, con rigurosas ligaduras, para que me quede aquí fijo, de pie junto al mástil, y que estén muy fuertes las amarras. Y si os suplico

y ordeno que me desatéis, entonces vosotros sujetadme más fuerte con otras maromas".

»Con semejantes palabras informé de todo a mis compañeros, mientras que la bien construida nave llegaba a la isla de las Sirenas. La impulsaba un viento propicio. De pronto allí amainó el aire y se produjo una calma chicha, y la divinidad adormeció las olas. Los compañeros se levantaron y plegaron las velas del barco, y las recogieron dentro de la cóncava nave y, tomando en sus manos los remos, sentados blanqueaban el mar con las pulidas palas. A mi vez yo corté con mi aguda espada una gruesa tajada de cera y la fui moldeando en pequeños trozos con mis robustas manos. Pronto se caldeaba la cera, ya que la forzaba una fuerte presión de los rayos de Helios, el soberano Hiperiónida. A todos mis compañeros, uno tras otro, les taponé con la masa los oídos. Y ellos me ataron a su vez de pies y manos en la nave, erguido junto al mástil, y reforzaron las amarras de éste. Y sentados a los remos se pusieron a batir el mar espumoso con sus palas.

»Pero cuando ya distábamos tanto como lo que alcanza un grito, en nuestro presuroso avance, a ellas no les pasó inadvertido que nuestra nave rauda pasaba cerca, y emitieron su sonoro canto:

»"¡Ven, acércate, muy famoso Odiseo, gran gloria de los aqueos! ¡Detén tu navío para escuchar nuestra voz! Pues jamás pasó de largo por aquí nadie en su negra nave sin escuchar la voz de dulce encanto de nuestras bocas. Sino que ése, deleitándose, navega luego más sabio. Sabemos ciertamente todo cuanto en la amplia Troya penaron argivos y troyanos por voluntad de los dioses. Sabemos cuanto ocurre en la tierra prolífica".

»Así decían desplegando su bella voz. Y mi corazón anhelaba escucharlas, y ordenaba a mis compañeros que me desataran haciendo gestos con mis cejas. Ellos se curvaban y bogaban. Pronto se pusieron en pie Perimedes y Euríloco y vinieron a sujetarme más firmemente con las sogas. Cuando ya las hubimos pasado y no escuchábamos más ni la voz ni la canción de las Sirenas, al punto mis fieles compañeros se quitaron la cera con que les había yo taponado los oídos, y me libraron de las cuerdas.

»Mas cuando dejamos ya atrás la isla, de pronto avisté una humareda y un salvaje oleaje y oí su estrépito. A los demás, aterrados, se les cayeron los remos de las manos, y chasquearon las palas sobre el flujo marino. Allí se detuvo la nave, cuando los brazos dejaron de mover los torneados remos. Yo entonces iba por el barco y animaba a mis compañeros con palabras de aliento, acercándome a cada remero:

»"¡Eh, amigos, que no somos para nada inexpertos en desdichas! Ésta no es, desde luego, mayor que cuando el cíclope nos encerró en su cóncava cueva con espantosa brutalidad. Y, bien, de allí también con mi valor, mi astucia y mi decisión escapamos, y confío que de esto también podremos acordarnos. Ahora, venga, manos a la obra todos tal como yo os diga. Vosotros con las palas del remo batid la hondonada rugiente del mar, apostados junto a los escálamos, a ver si Zeus nos concede escapar de la muerte y salvarnos. A ti, timonel, te digo esto y tú guárdalo en tu ánimo, ya que gobiernas el timón de la cóncava nave. Mantén el barco lejos de ese humo y oleaje, y bordea con cuidado los riscos, que no se te desvíe el rumbo y nos precipites en la destrucción".

»Así dije, y ellos obedecieron al punto mis órdenes. Aún no les conté nada sobre Escila, inevitable calamidad, no fuera que, aterrorizados, mis compañeros dejaran los remos y se ocultaran todos juntos allí dentro. Conque me olvidé de la angustiosa advertencia de Circe, cuando me aconsejó que no aprestara mis armas para nada. Entonces yo revestí mis armas famosas y, tomando en mis manos dos lanzas, avancé hacia el puente del navío en la proa. Pensaba que desde allí vería aparecer a Escila en la roca, portadora de muerte para mis compañeros. Pero no pude atisbarla de ningún modo. Se me fatigaron los ojos de escrutar por todos lados la brumosa roca.

»Navegábamos entre sollozos a través del estrecho paso. A un lado Escila. Y, por el otro, la divina Caribdis comenzó a sorber espantosamente el agua salina del mar. Cuando luego la vomitaba de nuevo, como un caldero sobre el intenso fuego, borboteaba con fieros remolinos, y por arriba la espuma bañaba las cimas de ambos escollos. Cada vez que absorbía el agua salina del mar se divisaba en el fondo un remolino ululante, y en torno a la roca resonaban escalofriantes mugidos, y allá abajo se dejaba ver la tierra de arena negra. A los míos les atenazaba el pálido terror.

»Mientras nosotros la contemplábamos temerosos de la muerte, de pronto Escila me arrebató de la cóncava nave a seis hombres, que eran los mejores por sus brazos y fuerzas. Los busqué con la vista por la rápida nave, y de pronto vi allá en lo alto sus pies y sus brazos, mientras eran alzados por los aires. Gritaban chillando mi nombre en su último clamor, con el corazón angustiado. Como cuando sobre un saliente un pescador de larga caña arroja como señuelo para

los peces pequeños trocitos de sebo y lanza al mar el cuerno de un buey de los campos, y luego los captura y los arroja agonizantes a tierra, así ellos, agonizantes, eran arrojados sobre las rocas. Y allí, a la entrada, se puso a devorarlos, y ellos aullaban, mientras tendían hacia mí sus brazos en la horrible matanza. Aquello fue lo más desgarrador que yo vi ante mis ojos de todo cuanto sufrí recorriendo las rutas de la mar.

»Luego, cuando hubimos escapado de la terrible Caribdis y de Escila, pronto llegamos a una isla espléndida. Allí estaban las vacas de amplia testuz y los gruesos y muchos rebaños de Helios Hiperión. Cuando estaba todavía en el mar a bordo de mi negra nave ya oí el mugir de las vacas al entrar en sus establos, y el balar de las ovejas. Y me vino a la memoria la advertencia del adivino ciego, el tebano Tiresias, y de Circe de Eea, quien repetidamente me aconsejó que nos guardáramos de la isla de Helios, el que alegra a los mortales.

»Así que entonces me dirigí a mis compañeros, afligido en mi corazón:

»"¡Escuchad bien mis palabras, por muy apenados que estéis! Porque os voy a decir los vaticinios de Tiresias y de Circe de Eea, quien repetidamente me recomendó que nos cuidáramos de la isla de Helios, el que alegra a los mortales. Pues aseguraba que aquí nos esperaba un cruelísimo desastre. Conque ¡impulsad la negra nave para pasar de largo la isla!".

»Así dije y a ellos se les estremeció el corazón. Enseguida me respondió Euríloco con palabras rencorosas:

»"¡Eres inhumano, Odiseo, te sobra coraje y no sientes la fatiga en tus miembros! Seguro que estás he-

cho todo de hierro, si a tus compañeros agotados de cansancio y de sueño no les dejas bajar a tierra. Aquí de nuevo en la isla rodeada de mar podríamos preparar una sabrosa comida. Pero nos mandas, en cambio, a vagar sin rumbo en la súbita noche, rechazados lejos de la isla, sobre la brumosa alta mar. En las noches se desatan atroces vientos, ruinas de los navíos. ¿Cómo podría uno escapar de una destrucción brusca si de improviso nos asalta la tempestad del huracán, o del Noto o del Céfiro borrascoso, que muy a menudo descuartizan una nave, sin quererlo los dioses inmortales? Vamos, ahora obedezcamos a la oscura noche y preparémonos la cena, descansando al pie de nuestro veloz navío. Y, levantándonos al alba, lo botaremos de nuevo al ancho mar".

»Así habló Euríloco, y asentían los demás compañeros. Por entonces ya advertía que un dios nos tramaba desdichas, y, dirigiéndome a aquél, le dije estas palabras aladas:

»"Euríloco, mucho me forzáis, porque estoy solo. Mas, sea, prestadme todos un solemne juramento. Que si encontramos alguna manada de vacas o un gran rebaño de ovejas, ninguno, en gestos insensatos, va a dar muerte a una vaca o un cordero. Sino que comed en paz los víveres que nos ha ofrecido la inmortal Circe".

»Así les dije y ellos al punto prestaron juramento como yo les exigía. Conque, después de que hubieron jurado y concluida la jura, atracamos nuestra bien construida nave en un espacioso fondeadero junto a un manantial de agua dulce, y muy pronto preparamos diestramente la cena. Luego que hubieron saciado su ansia de comida y bebida se echaron a llorar recordando a sus queridos camaradas, a los que Escila

arrebató de la cóncava nave y devoró. Entre llantos les envolvió un profundo sueño.

»Pero cuando ya quedaba sólo un tercio de noche y se ponían las estrellas, envió una furiosa tormenta Zeus, el amontonador de nubes, con un extraordinario huracán, y recubrió de nubarrones a la vez la tierra y el mar. Desde el cielo se desplomaba la noche.

Apenas surgió matutina la Aurora de dedos rosáceos, atracamos la nave resguardándola en una cóncava gruta, donde había hermosos lugares de danza y de asueto de las Ninfas. Allí convoqué una reunión y dije ante todos:

»"Amigos, ya que en la rauda nave nos quedan comida y bebida, abstengámonos de tocar las vacas, para no sufrir nada. Porque son de un terrible dios esas reses y esas pingües ovejas; son de Helios, que todo lo ve y todo lo oye".

»Así les dije, y se dejó persuadir su esforzado ánimo. Durante todo un mes sopló el Noto incesante, y ningún otro viento surgió después, sino tan sólo el Euro y el Noto. Mientras ellos tuvieron pan y vino todo el tiempo se mantuvieron lejos de las vacas, atentos a conservar su vida. Pero cuando ya se agotaron todas las provisiones de nuestro barco, entonces se dedicaron, por necesidad, a la caza, en busca de peces y aves, lo que cayera en sus manos, armados con curvos anzuelos. El hambre les desgarraba el estómago.

»Yo, entre tanto, me interné en la isla para suplicar a los dioses a ver si alguno me indicaba un camino para salir de allí. Adentrándome pues en la isla, esquivando a mis compañeros, después de lavar mis manos y encontrando un abrigo de la tempestad, co-

mencé a suplicar a los dioses que habitan el ancho Olimpo. Ellos derramaron sobre mis párpados el dulce sueño.

»Y entre los compañeros Euríloco comenzó a dar un malicioso consejo:

»"¡Prestad atención a mis palabras, compañeros en afontar tantas desgracias! Todas las muertes son odiosas para los infelices mortales, pero lo más penoso es sucumbir y perder la vida por hambre. Así que, adelante, cojamos las mejores vacas de Helios y sacrifiquémoslas a los dioses que habitan el amplio Olimpo. Si regresamos a casa, a nuestra tierra patria, enseguida construiremos a Helios Hiperión un espléndido templo, y le ofreceremos allí numerosas y dignas ofrendas votivas. Pero si, irritándose a causa de las vacas de altos cuernos, decide destruir nuestra nave, y eso lo aprueban los otros dioses, prefiero perder la vida de una vez tragando olas que desfallecer lentamente en esta isla desierta".

»Así habló Euríloco y asentían los demás compañeros. Muy pronto apartaron las mejores vacas de Helios de allí cerca, pues no lejos del barco de proa azul pacían las hermosas reses de ancha testuz y sesgado paso, y las acorralaron al tiempo que hacían plegarias a los dioses, coronándolas con hojas frescas de un haya de alta copa, porque no tenían cebada blanca en su nave de buenas maderas. Luego hicieron sus plegarias, las degollaron y desollaron, despiezaron los muslos y los recubrieron de grasa, por arriba y abajo, y sobre ellos colocaron trozos de carne. No tenían vino para hacer libaciones sobre las víctimas que se asaban, pero hicieron libaciones con agua al tiempo del asado de las vísceras. En cuanto se quemaron los muslos

y probaron las vísceras, se pusieron a trocear por menudo todo el resto y a ensartarlo en los espetones.

»Entonces el placentero sueño desapareció de mis párpados y eché a andar hacia la rápida nave y a la orilla del mar. Pero cuando al avanzar estaba ya cerca del navío de curvos costados, me envolvió el vaho dulzón de la grasa. Dando un suspiro lancé mi queja a los dioses inmortales:

»"¡Padre Zeus y felices dioses que sois para siempre, cuán para mi ruina me adormecisteis con despiadado sueño mientras mis compañeros velaban y tramaban el gran desastre!".

»Veloz se presentó ante Helios Lampetía de vaporoso peplo para comunicarle que habíamos matado sus vacas. Y él, al momento, enfurecido en su corazón, habló a los dioses:

»"¡Zeus Padre y demás dioses de vida inagotable, castigad a los compañeros de Odiseo hijo de Laertes! Ellos han matado con brutal arrogancia mis vacas, de las que yo me regocijaba una y otra vez al ascender al cielo estrellado, y cuando de nuevo del cielo volvía hacia la tierra. Si no me pagan una compensación apropiada me sumergiré en el Hades y alumbraré a los muertos".

»Contestándole dijo Zeus, el que amontona las nubes:

»"Helios, tú sigue alumbrando entre los inmortales y para los humanos mortales sobre la tierra fecunda, que en pago por esto yo enseguida lanzaré mi rayo ardiente sobre su rauda nave y la haré trizas en medio del vinoso mar".

»Esto yo lo supe por Calipso la de hermosos bucles, y ella me contó que se lo había oído a Hermes, el dios mensajero.

»En cuanto llegué a la nave y al mar me puse a reñir a uno tras otro, pero ya no podíamos ofrecer remedio alguno. Las vacas estaban ya muertas. Pronto los dioses comenzaron a manifestar sus prodigios. Las pieles serpeaban y las carnes ensartadas en los espetones mugían, asadas y crudas. Resucitaba así la voz de las vacas.

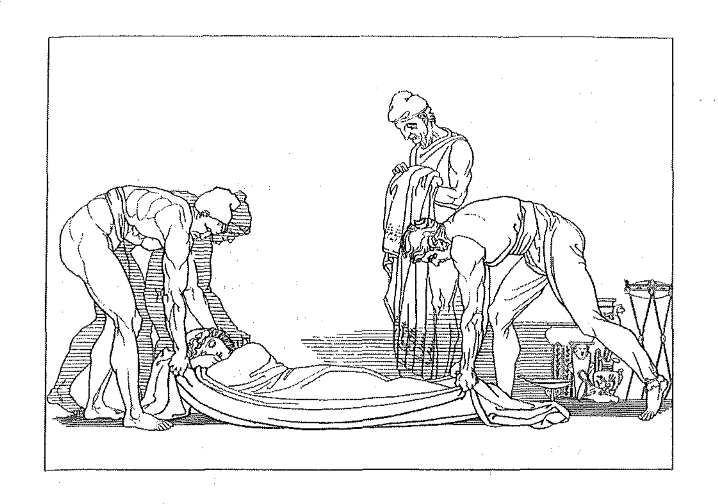
»A lo largo de seis días mis fieles compañeros gozaron del banquete tras haber arramblado con las mejores vacas de Helios. Mas cuando ya aportó Zeus Crónida el día séptimo, entonces dejó de soplar con furia el vendaval, y nosotros subimos a bordo. Al instante botamos al anchuroso mar nuestra nave alzando el mástil y desplegando las blancas velas. Pero cuando dejamos atrás la isla y no se divisaba ya tierra alguna, sino sólo cielo y mar, entonces el Crónida colocó una nube oscura sobre la cóncava nave y el mar se convulsionó bajo ella. Ya no se pudo avanzar por mucho rato. Porque, de pronto, llegó ululando el furioso Céfiro, con una tremenda borrasca. La furia del huracán partió los dos cables que sujetaban el mástil, y éste se derrumbó hacia atrás y todas las jarcias quedaron revueltas en la sentina. El mástil en la popa de la nave golpeó la cabeza del piloto y le partió a la vez todos los huesos del cráneo. Y él, a la manera de un buceador, se precipitó desde el puente y su bravo ánimo abandonó sus huesos. Zeus tronó y, a la vez, asestó un rayo sobre la nave. Ésta se zarandeó al ser alcanzada por el rayo de Zeus, y se cubrió de vapores de azufre. Cayeron por la borda todos mis compañeros. Semejantes a unas cornejas marinas alrededor del navío eran mecidos por las olas. La divinidad les privó del regreso.

»Mientras yo iba y venía por la cubierta, el turbión desgajó los costados de la quilla, y el mástil se quebró

sobre ella. Sobre éste estaba prendido un obenque hecho del cuero de un buey. Con él até unidos la quilla y el palo, y sentándome sobre ellos me dejé arrastrar por los crueles vientos. Cuando el Céfiro calmó su furor tempestuoso, arreció de pronto el Noto, trayendo angustia a mi ánimo, por temor de que fuera a exponerme de nuevo a la funesta Caribdis. Toda la noche me vi zarandeado, y al salir el sol llegaba al peñón de Escila y a la terrible Caribdis.

»Reabsorbió ella el agua salobre del mar, pero yo, alzándome de un salto en el aire, me agarré a la alta higuera, colgándome de ella como un murciélago. No tenía dónde fijar mis pies ni modo de trepar, ya que estaban lejos sus raíces y las ramas muy en lo alto, largas y extensas, que cubrían de sombra a Caribdis. Sin vacilar me mantuve bien asido, hasta que ella vomitara de nuevo la quilla y el mástil. Lo esperé con ansia, y al fin reaparecieron. A la hora en que un hombre vuelve para cenar de la plaza después de haber juzgado muchos pleitos de litigantes tenaces, entonces reaparecieron los maderos desde el hondón de Caribdis. Enseguida dejé yo de sujetarme de pies y manos y caí de golpe allí, en el medio, sobre los larguísimos maderos. Y me senté a horcajadas y remé con mis dos manos. No permitió el Padre de los hombres y los dioses que Escila me avistara. En ese caso no habría escapado de una abrupta muerte.

»Desde allí fui arrastrado durante nueve días y a la décima noche los dioses me dejaron en Ogigia, donde vive Calipso, la de hermosas trenzas, terrible diosa de humana voz. Ella me albergó cariñosa y me cuidó. ¿Qué más te voy a contar? Ya ayer te lo relaté, en tu palacio, a ti y a tu noble esposa. Me resulta penoso volver a decir lo que ya he contado con detalles.»



CANTO XIII

Así dijo. Todos los demás quedáronse quietos y en silencio. El encanto los tenía dominados en la sala ensombrecida. Y entonces tomó la palabra Alcínoo y dijo:

«Odiseo, puesto que alcanzaste mi casa de broncíneo umbral y elevada techumbre, creo que no vagarás por más tiempo errabundo para lograr tu regreso, que muchísimo ya has sufrido. Respecto a vosotros, a uno por uno os animo y os invito, a todos quienes en mi palacio bebéis siempre el vino rojo de los nobles ancianos y escucháis al aedo. Ya están, para nuestro huésped, guardadas en un pulido arcón las ropas, el oro bien labrado y todos los otros regalos que aquí han traído los consejeros de los feacios. Así que, vamos, ofrezcámosle un trípode grande y un caldero cada uno, y más adelante nos resarciremos haciendo una colecta entre el pueblo, porque es costoso hacer sin más tales regalos».

Así habló Alcínoo, y a ellos les agradó su propuesta. Se fueron a dormir, cada uno a su casa.

Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, acudieron en tropel a la nave, y traían espléndido bronce. Allí sus dones depositó bien la sagrada fuerza de Alcínoo, recorriendo él mismo la nave, debajo de los bancos de madera, para que no estorbaran a ninguno de los que bogaban cuando se aplicaran con ahínco a los remos. Se dirigieron luego al palacio de Alcínoo y se pusieron a preparar el banquete. La sagrada fuerza de Alcínoo sacrificó para ellos un buey, en honor de Zeus, el Crónida de negras nubes, que reina sobre todos. Quemaron los muslos y celebraron un admirable festín disfrutando del mismo. Para ellos cantaba el divino aedo, Demódoco, venerado por el pueblo. Odiseo, por su parte, volvía a menudo su cabeza hacia el sol resplandeciente, ansiando que se pusiera. Pues ya anhelaba partir de regreso. Como cuando un campesino aguarda con ansias la cena, después de haber empujado por el campo, tras sus bueyes rojizos, el resistente arado, y ve con placer sumergirse la luz del sol para encaminarse al fin a su casa, y al ponerse en camino le tiemblan las rodillas, así de placentera fue para Odiseo la puesta de la luz del sol.

Al momento les habló a los feacios, amigos de los remos, y, dirigiéndose ante todo al rey Alcínoo, dijo estas palabras:

«Poderoso Alcínoo, muy glorioso entre todas las gentes, cumplid ya las libaciones y dejadme partir sano y salvo. Y seguid alegres. Pues ya se ha realizado cuanto deseaba mi ánimo. Tengo escolta y agradables regalos, que ojalá los dioses celestes me dejen

gozar. Y ojalá pueda hallar a mi intachable esposa en mi casa, a mi regreso, a salvo junto a mis seres queridos. Vosotros, los que permanecéis aquí, dad contento a vuestras mujeres legítimas y vuestros hijos. Y que los dioses os den la excelencia de toda clase, y que ninguna rencilla surja entre el pueblo».

Así dijo, y todos lo aprobaron y decidieron cuidar del viaje del extranjero, puesto que se había expresado tan razonablemente. Y entonces la majestad de Alcínoo le dijo al heraldo:

«Pontónoo, mezcla el vino en la crátera y sirve a todos en la sala, para que, después de invocar a Zeus Padre, enviemos al huésped a su tierra patria».

Así dijo, Pontónoo hizo la mezcla del dulce vino, y escanció a todos uno tras otro. Ellos hicieron las libaciones a los dioses felices que habitan el amplio cielo, allí mismo, desde sus asientos. Alzóse en pie el divino Odiseo, puso en las manos de Arete la copa de doble asa y, dirigiéndose a ella, habló estas palabras aladas:

«Sé feliz, reina, para siempre, hasta que la vejez y la muerte te lleguen, las que acechan a todos los humanos. Yo, por mi parte, me voy. Pero tú goza tus alegrías en esta casa con tus hijos, tu pueblo y el rey Alcínoo».

Después de haber hablado así, traspuso el umbral el divino Odiseo. Con él enviaba de escolta un heraldo el poderoso Alcínoo a fin de que le guiara hasta la nave rápida y la orilla marina. Y Arete mandaba con él unas esclavas suyas, una que llevaba un manto recién lavado y una túnica, y otra que la acompañaba transportando un sólido arcón, y una tercera cargada con pan y rojo vino.

De modo que, en cuanto llegaron a la nave y al mar, sus nobles guías entregaron estos regalos y colocaron

dentro de la cóncava nave toda la comida y la bebida. Luego extendieron para Odiseo una colcha y una tela de lino sobre el puente de la cóncava nave, en la popa, para que allí durmiera tranquilo. Entonces él subió a bordo y se echó a descansar en silencio. Los otros se sentaron en los bancos de remeros, uno tras otro, en buen orden, y desligaron la cuerda que la amarraba a una roca perforada. Después se encorvaron sobre los remos y se pusieron a batir el mar con sus palas.

Y a él sobre los párpados le iba cayendo un sueño placentero, profundo, suavísimo, muy parecido a la muerte. Como por la llanura los cuatro corceles de una cuadriga, azuzados a la par por el restallar del látigo, se abalanzan ansiosos y recorren veloces la senda, así entonces se deslizaba la popa del navío, y por detrás se alzaba con furia una gran ola encrespada del resonante mar.

Corría la nave muy segura y decidida. Ni siquiera un halcón, la más veloz de las aves, la habría igualado. Tan raudamente avanzaba cortando las olas del mar, llevando en ella a un hombre que en sus pensamientos se asemejaba a los dioses, el que antaño muchísimos dolores soportó en su corazón mientras atravesaba las guerras de los hombres y los fieros embates marinos. Entonces, por fin, dormía tranquilo, olvidado de todos sus pesares.

Apenas se había alzado la estrella que más brilla, la que viene anunciando por encima de las otras la luz de la matutina aurora, en ese momento recalaba en la isla la nave marinera.

Hay allí un puerto de Forcis, el viejo del mar, en el país de Ítaca. En la costa dos salientes montañosos, que forman como las alas del puerto, lo resguardan

del gran oleaje de vientos hostiles que viene de fuera. Dentro de él sin amarras quedan a salvo las naves de buenos maderos, una vez que alcanzan la meta del fondeadero. Hay allí, en un extremo del puerto, un olivo de amplio follaje, y a su vera una cueva agradable y muy espaciosa, consagrada a las Ninfas que llaman Náyades. Hay en ella cráteras y ánforas trabajadas en piedra. Allí suelen también libar su miel las abejas. Y allí están también unos grandes telares de piedra, donde las Ninfas tejen sus telas de púrpura marina, maravilla de ver. Y unas aguas de perenne fluir. Dos entradas tiene; una de cara al Bóreas, accesible a los humanos; otra, vuelta en cambio al Noto, reservada a los dioses. Por ésta no entran los hombres, sino que es un camino reservado a los inmortales.

Por allá penetraron conociendo el lugar ya de antes. La nave se quedó varada en la playa hasta la mitad de la quilla, en su avance impetuoso. Tanto impulso le daban los brazos de los remeros. Desembarcando del navío de buenos bancos de remos a tierra firme transportaron enseguida fuera de la cóncava nave a Odiseo, con su sábana de lino y su espléndido cobertor, y lo dejaron allí sobre la arena dominado por el sueño. Luego sacaron las riquezas que los magníficos feacios le habían dado cuando regresaba a su hogar gracias a la magnánima Atenea. Todos esos regalos los depositaron en montón junto al tronco del olivo, a cierta distancia del camino, para que ningún viandante pasara por allí antes de que despertara Odiseo y los robara.

Ellos se partían de nuevo hacia su patria. Pero no había olvidado el Sacudidor de la tierra sus amenazas, las que antaño lanzara contra el heroico Odiseo, y fue a consultar la decisión de Zeus.

«¡Padre Zeus, ya nunca seré honrado yo entre los dioses inmortales, cuando nada me honran unos mortales, los feacios, que además son de mi propia estirpe! Pues yo también contaba conque Odiseo, después de sufrir muchos males, iba a regresar a su casa. El regreso nunca se lo negué del todo, puesto que tú previamente lo habías prometido y asentido. Pero ésos lo trajeron sobre el mar dormido en un raudo navío y lo han dejado en Ítaca, y le dieron incontables regalos, bronce, oro en montón y telas bordadas, con tal abundancia como nunca la habría obtenido Odiseo de Troya si hubiera salido sano y salvo con su parte del botín.»

Respondiéndole le dijo Zeus, el amontonador de nubes:

«¡Ah, muy poderoso Agitador de la tierra, qué cosas dices! De ningún modo te menosprecian los dioses. Penoso sería despachar con desprecio al más viejo y más ilustre. Si alguno de los hombres, cediendo a su poder y su soberbia, no te honra, siempre tienes a mano pronta tu venganza. Actúa como quieras y le resulte grato a tu ánimo».

Le repondió al punto Poseidón, el sacudidor de la tierra:

«Pronto puedo actuar yo, señor de las negras nubes, como afirmas. Pero siempre tengo en cuenta tu voluntad y la acato. Ahora, en efecto, la muy bella nave de los feacios que regresa de su viaje por el brumoso ponto quiero destrozarla, para que ellos se contengan y dejen de transportar a los humanos, y que un gran monte oculte y rodee su ciudad».

Respondiéndole dijo Zeus, el amontonador de nubes:

«Amigo mío, a mi ánimo le parece que será mejor de este modo: cuando todas sus gentes estén viendo

desde la ciudad acercarse la nave, transfórmala en piedra frente a la costa, en una roca parecida a una nave, para que todos se asombren y luego haz que un gran monte rodee y oculte su ciudad».

En cuanto lo hubo oído Poseidón, el sacudidor de la tierra, se encaminó hacia Esqueria, donde viven los feacios, y allí se detuvo. Llegó muy raudo junto a la nave marinera que corría veloz. Junto a ella acudió el Sacudidor de la tierra, y la convirtió en roca y la enraizó en el fondo con un golpe de la palma de su mano. Diose la vuelta y alejóse a grandes pasos.

Los feacios de largos remos, hombres famosos por sus barcos, se decían unos a otros palabras aladas:

«¡Ay, ay! ¿Quién ha detenido la rauda nave en alta mar cuando volvía presurosa? Ya se dejaba ver toda entera».

Así lo comentaba uno con otro. No sabían lo que había ocurrido. Entre ellos tomó la palabra Alcínoo y dijo:

«¡Ay, ay! Ahora sí que me alcanzan las antiguas profecías de mi padre, quien me aseguró que Poseidón se irritaría con nosotros, por ser infalibles porteadores de todos. Me pronosticó que una vez destrozaría una muy bella nave de los feacios al regreso de un viaje por el brumoso ponto y que cubriría nuestra ciudad una enorme montaña. Así lo vaticinó el anciano. Ahora viene a cumplirse todo eso.

»Así que, vamos, tal como os lo diga, obedezcamos todos. Dejad de transportar a los mortales, siempre que alguno llegue a nuestra ciudad. Y en honor de Poseidón vamos a sacrificar doce toros bien escogidos, a ver si se apiada y no nos oculta la ciudad tras un gran monte».

Así dijo. Ellos sintieron temor y aprestaron los toros.

Mientras que hacían sus plegarias al soberano Poseidón los jefes y consejeros del pueblo de los feacios, reunidos en torno a su altar, el divino Odiseo despertó. Ya dormía él en su tierra patria, pero no la reconoció, después de tan larga ausencia. Había derramado niebla la diosa Palas Atenea, la hija de Zeus, para que él se sintiera perdido y ella se lo explicara todo, a fin de que no llegaran a reconocerlo su esposa ni sus conciudadanos ni familiares, hasta que castigara a todos los pretendientes por sus ultrajes. Por eso todo aparecía extraño a los ojos del rey: los extensos caminos y los puertos de buen fondeadero, y las rocas recortadas y los árboles frondosos.

Se alzó en pie dando un brinco y observó su tierra patria. A continuación dio un gemido y se golpeó los muslos con las palmas de las manos, y entre sollozos decía estas palabras:

«¡Ay de mí! ¿En tierra de qué hombres me encuentro ahora? ¿Serán éstos violentos, salvajes y desconocedores de la justicia, o bien hospitalarios y con una mente piadosa? ¿Adónde llevo todos estos objetos? ¿Por dónde voy a andar errante? ¡Ojalá me hubiera quedado allá entre los feacios! Podría yo haber acudido a otro de los reyes poderosos que me hubiera apreciado y dado escolta para regresar. Ahora no sé dónde depositar estas cosas, y no voy a dejarlas aquí para que sean botín para otros. ¡Ay, ay! ¡No eran, por lo visto, del todo sabios ni justos los caudillos y consejeros de los feacios! Ellos me han traído a una tierra extraña. Bien que podrían haberme llevado a la clara Ítaca, pero no lo hicieron. ¡Que Zeus protector de los supli-

cantes los castigue, él que vigila a todos los humanos y castiga al que yerra! Mas, vamos, voy a contar mis riquezas y veré si no se fueron llevándose alguna en su cóncava nave».

Diciendo esto, se puso a contar los hermosos trípodes y calderos, el oro y todas las bellas telas bordadas. Ninguna cosa echaba a faltar. Mas suspiraba por su tierra patria arrastrando los pies por la orilla del mar resonante, dando muchos gemidos. A su lado se presentó Atenea, tomando en su aspecto la apariencia de un muchacho, un pastor de rebaños, muy esbelto, como suelen ser los hijos de los reyes, que llevaba sobre sus hombros una capa doble bien tejida. En sus ligeros pies portaba sandalias y en las manos una jabalina. Regocijóse Odiseo al verlo y fue a su encuentro, y dirigiéndole palabras aladas le dijo:

«Eh, amigo, ya que eres el primero que encuentro en esta tierra, bienvenido seas. Ojalá que no vengas con ánimo hostil, pon a buen resguardo estas cosas y sálvame a mí. A ti te ruego como a un dios, y me abrazo a tus rodillas. Dime esto de modo veraz, para que yo me entere: ¿qué tierra es ésta? ¿Qué pueblo, qué gentes aquí viven? ¿Es acaso una isla diáfana, o acaso una ribera, en la costa marina, del continente de fértiles campos?».

Le contestó entonces Atenea de ojos glaucos:

«Eres necio, extranjero, o has venido de lejos, si preguntas por esta tierra. En absoluto carece de nombre sin más. Muy muchos saben de ella, bien cuantos habitan hacia la aurora y el sol, bien cuantos están hacia atrás, hacia el crepúsculo sombrío. Ciertamente es escarpada e inadecuada para los caballos; tampoco es demasiado pobre ni muy extensa. Pues produce

trigo en abundancia y da vino también. De continuo recibe lluvia y un copioso rocío. Tiene buenos pastos para cabras y vacas. Hay en ella un bosque de variada arboleda y manantiales perennes. Por eso, extranjero, el nombre de Ítaca ha llegado hasta Troya, que está, según dicen, bien lejos de la tierra aquea».

Así habló, y se llenó de alegría el sufrido, divino Odiseo, sintiendo el gozo de su tierra patria, en cuanto le informó Palas Atenea, hija de Zeus portador de la égida. Y, respondiéndole, dijo palabras aladas. Sin embargo, él no decía la verdad, sino que disimulaba su discurso, porque tramaba en su pecho un truco provechoso.

«He oído hablar de Ítaca incluso en la vasta Creta, bien lejos, al otro lado del mar. Acabo de llegar yo con estas riquezas. Después de haber dejado a mis hijos otras tantas, me he desterrado porque di muerte al hijo querido de Idomeneo, a Orsíloco, de pies veloces, que en la vasta Creta superaba con sus rápidos pies a todos los hombres comedores de pan. Porque él quería arrebatarme todo mi botín de Troya, por el que yo había sufrido dolores en mi ánimo, soportando las guerras de los hombres y las amargas olas, con el pretexto de que no serví ni obedecí a su padre en el país de los troyanos, sino que yo capitaneaba a otros guerreros. Yo lo atravesé con mi lanza de bronce cuando volvía del campo, tendiéndole una emboscada con mis compañeros al borde del camino. Una noche muy oscura cubría el cielo, y ninguna persona nos vio, y no fui descubierto al quitarle la vida. Pero apenas lo hube matado con mi afilado bronce, enseguida me dirigí hacia una nave de los famosos feacios con súplicas, y les prometí un agradable botín. Les pedí que

me aceptaran a bordo y me llevaran a Pilos o a la divina Élide, donde mandan los epeos. Sin embargo nos apartó de allí la furia del viento a pesar de sus muchos empeños; ellos no querían engañarme. Desde allí, rechazados y errantes, llegamos acá de noche. Con esfuerzos entramos remando en el puerto y ninguno de nosotros se acordó de la comida, aunque mucho la necesitábamos. Conque así desembarcamos todos de la nave y nos tumbamos sin más. Pero entonces a mí, deshecho de fatiga, me dominó el dulce sueño. Ellos sacaron de la cóncava nave las riquezas y las dejaron aquí, en las arenas donde yo dormía. Se subieron a su bien provista nave y partieron hacia Sidón, mientras yo me quedé aquí con el corazón angustiado».

Así dijo, y sonrió la divina Atenea de ojos glaucos, lo acarició con su mano. En su figura se parecía a una mujer hermosa y alta, experta en delicadas tareas. Y, hablándole, le decía estas palabras aladas:

«¡Taimado y trapacero sería quien te aventajara en cualquier tipo de engaños, incluso si fuera un dios quien rivalizara contigo! ¡Temerario, embaucador, maestro en enredos! ¿Es que ni siquiera estando en tu patria podrías prescindir de los embustes y las palabras de engaño que te son tan gratas? Pero, ea, dejémoslo, que ambos sabemos mucho de trucos. Porque tú eres con mucho el mejor de todos los humanos en ingenio y palabras, y yo entre todos los dioses tengo fama por mi astucia y mis mañas. Ni siquiera tú has reconocido a Palas Atenea, la hija de Zeus, que de continuo estoy a tu lado en todos tus trabajos y te protejo, y te hice grato a todos los feacios.

»Ahora de nuevo he acudido acá para tramar contigo un plan y esconder las riquezas que los magnífi-

cos feacios te dieron al regresar a tu patria, por decisión y voluntad mía, y para decirte cuántas penas te obligará a sufrir el destino en tu sólida morada. Tú sopórtalas, por tu necesidad, y no reveles a ninguno, ni a hombres ni a mujeres, a nadie, cómo llegaste errando, sino que en silencio aguanta los muchos dolores, soportando los ultrajes de los otros».

Respondiéndola contestó el muy astuto Odiseo:

«Difícil es reconocerte, diosa, para un mortal, el que te encuentre, aun si es sabio. Porque te haces semejante a cualquiera. Pero bien reconozco lo de que antes fuiste mi protectora, mientras combatimos en Troya los hijos de los aqueos. Luego, cuando arrasamos la escarpada ciudadela de Príamo, partimos en los barcos y un dios dispersó a los aqueos, dejé de verte, hija de Zeus, y no advertí que vinieras a mi nave a resguardarme de algún dolor, sino que, siempre con el corazón desgarrado en el pecho, vagué errante hasta que los dioses me libraron de tal desgracia, hasta que en el próspero país de los feacios tú en persona me reconfortaste con tus palabras y me condujiste a su ciudad. Ahora te imploro, por tu padre. Pues creo que no he llegado a la clara Ítaca, sino que ando dando vueltas por alguna otra tierra. Pienso que tú, jugando conmigo, me lo has dicho para engatusar mi entendimiento. ¡Dime si de verdad he llegado a mi tierra patria!».

Le respondió luego la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Siempre albergas en tu pecho esa forma de pensar. Por eso no puedo abandonarte, por desventurado que seas, porque eres persuasivo, agudo y prudente. Cualquier otro hombre, al regresar de su larga erranza, se habría precipitado ansioso a ver a sus hijos y su mujer. Pero a ti te gusta enterarte antes e informarte, e in-

cluso poner a prueba a tu esposa, que, sin embargo, te aguarda en palacio y se consume de continuo derramando lágrimas en noches y días tristes. Yo, por mi parte, nunca desconfié y en mi ánimo bien sabía que regresarías después de perder a todos tus compañeros. Pero, desde luego, no quise pelear con Poseidón, hermano de mi padre, que te guardó rencor en su ánimo, furioso porque dejaras ciego a su querido hijo.

»Venga, te mostraré el territorio de Ítaca, para que te convenzas. Éste es el puerto de Forcis, el anciano del mar, y éste el olivo de amplio follaje, en la cabecera del puerto. Cerca de él está la cueva graciosa y neblinosa consagrada a las Ninfas, las que llaman Náyades. Ésa es la cueva, en efecto, espaciosa y bien techada, donde tú ofrecías a menudo perfectas hecatombes a las Ninfas. Y ese de ahí es el monte Nérito recubierto de bosques».

Al tiempo que así hablaba, la diosa disipó la niebla y quedó a la vista la región. Se alegró al instante el sufrido divino Odiseo, regocijándose de su tierra y besó el fértil suelo. Luego alzó sus manos y rezó a las Ninfas:

«¡Ninfas Náyades, hijas de Zeus, no pensaba yo volver a veros jamás! Aceptad ahora mi salutación con palabras de gozo. Os daremos, por seguro, regalos como antes, si, benévola, la hija de Zeus, protectora del botín, me permite vivir aquí y ver crecer a mi querido hijo».

Le respondió de nuevo Atenea de ojos glaucos:

«Confía y que estas cosas no te preocupen más en tu mente. Ahora, enseguida, pongamos a salvo estas riquezas, en el fondo de la divina cueva, para que queden a buen recaudo para ti. Y meditemos nosotros cómo saldrá todo lo mejor posible».

Después de hablar así, adentróse la diosa en la sombría caverna, escrutando los rincones de la cueva. Odiseo, a su vez, iba transportando todo: el oro, el bronce inquebrantable y las bien tejidas ropas que le habían dado los feacios. Allí las colocó bien, y encajó luego una roca en la entrada Palas Atenea, la hija de Zeus portador de la égida.

Se sentaron ambos junto al tronco del sagrado olivo y se pusieron a planear la muerte de los soberbios pretendientes. Y tomó la palabra la diosa Atenea de glaucos ojos:

«Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo, piensa cómo vas a lanzar tus manos sobre los soberbios pretendientes, que ya por tercer año se sienten dueños de tu hogar, cortejando a tu heroica mujer y ofreciéndole regalos de boda. Ella, suspirando de continuo en su corazón por tu regreso, les concede esperanzas a todos y hace promesas a unos y otros, enviándoles recados, pero su mente anhela algo muy distinto».

Respondiéndola contestó el muy astuto Odiseo:

«¡Ay, cuán cerca estuve de acabar sufriendo en mi casa el funesto final de Agamenón Atrida, si tú no me hubieras advertido, diosa, de todo muy a tiempo! Pero, ea, trama un plan de acción, para que yo los castigue, y manténte a mi lado con ánimo brioso, como cuando conquistamos los espléndidos recintos de Troya. ¡Ojalá que me asistieras con todo ímpetu, ojigarza, y yo batallaría contra trescientos adversarios con tu ayuda, venerable diosa, siempre que me auxiliaras benévola!».

Le respondió luego la diosa de ojos glaucos Atenea:

«Desde luego yo voy a permanecer a tu lado, y no te perderé de vista mientras nos esforcemos en esta ta-

rea. Pienso, en efecto, que más de uno de los pretendientes que devoran tu hacienda va a salpicar con su sangre y sus sesos el amplio pavimento. Así que, sea, te haré irreconocible para todos los mortales. Arrugaré tu hermosa piel en tus flexibles miembros y quitaré de tu cabeza los rubios cabellos, y te vestiré de harapos, con un aspecto que resulte miserable para cualquiera, y dejaré legañosos tus ojos que antes fueron muy bellos, de modo que parezcas muy feo a todos los pretendientes, y a tu mujer y a tu hijo, a los que dejaste en tu palacio. Pero tú has de presentarte, antes de todo, a tu porquerizo, el que es guardián de tus cerdos y que, sin embargo, conserva hacia ti un hondo cariño, y siente afecto hacia tu hijo y la prudente Penélope. Lo encontrarás cuidando a los cerdos. Éstos pacen junto a la Roca del Cuervo y cerca de la fuente Aretusa, zampando sabrosas bellotas y bebiendo agua barrosa, que acrecienta la lozana grasa de los puercos. Quédate allí y junto a él infórmate de todo.

»Entre tanto yo iré a Esparta de bellas mujeres a fin de llamar a Telémaco, tu querido hijo, Odiseo, que se marchó hacia la extensa Lacedemonia, a la corte de Menelao, para buscar noticias sobre su padre y saber si aún estás vivo».

Respondiéndola dijo el muy astuto Odiseo:

«¿Por qué, pues, no se lo dijiste tú, que todo lo sabes en tu mente? ¿Acaso para que también él, errabundo, sufra dolores en el alta mar estéril, mientras otros devoran sus bienes?».

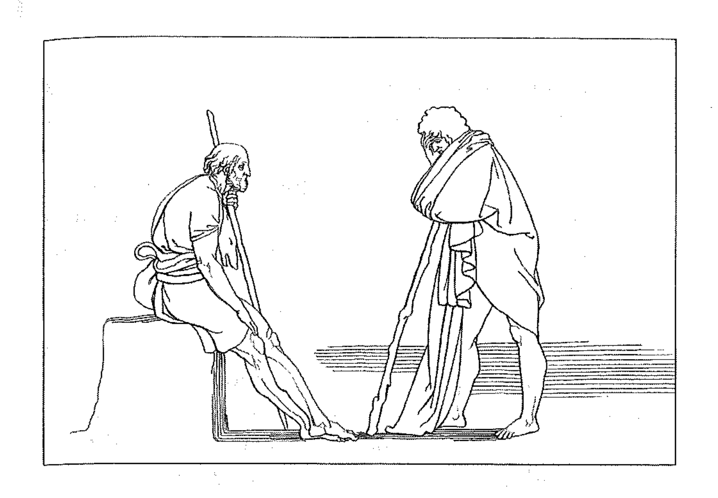
Le contestó luego la diosa de glaucos ojos, Atenea:

«No estés en exceso preocupado por él. Yo en persona le acompañé, a fin de que adquiriera noble fama en su viaje. Por ahora no tiene fatiga alguna, sino que,

tranquilo, está albergado en el palacio del Atrida, con magníficos regalos. Es cierto que le acechan unos jóvenes en un negro navío, dispuestos a matarlo en una emboscada, pero no creo que eso ocurra. Antes incluso va a cubrir la tierra a alguno de esos pretendientes que devoran su hacienda».

Al tiempo que hablaba así, Atenea lo tocó con su varita. Le arrugó la hermosa piel sobre sus flexibles miembros, y eliminó de su cabeza los rubios cabellos, y extendió por todo su cuerpo la piel de un vetusto anciano, y dejó legañosos sus ojos que antes fueron muy bellos. Y le colocó encima una túnica y un manto andrajoso, unos harapos míseros y sucios, tiznados del humo negruzco, y lo cubrió con la extensa pelleja de un rápido ciervo bien despeluchada. Le dio un bastón y una tosca alforja toda con agujeros y con cuerda retorcida.

Y así, después de haber tramado el plan, se separaron los dos. La diosa al instante se marchó hacia la divina Lacedemonia en busca del hijo de Odiseo.



CANTO XIV

Éste, por su parte, echó a andar desde el puerto por un empinado sendero a lo largo de un paraje boscoso entre cerros, por donde Atenea le había indicado que vivía el divino porquerizo, que velaba por sus bienes más que ningún otro de los siervos que había adquirido el divino Odiseo. Encontróselo sentado a la entrada de un recinto de altos muros que había construido para establo, en un lugar resguardado, hermoso y grande, de forma redonda. Lo había construido el porquerizo mismo para los cerdos de su amo ausente, sin recurrir a su señora ni al viejo Laertes, con rocas traídas en acarreo, y lo había vallado con un seto espinoso. Por fuera colocó palos cruzados por aquí y por allí, densos y entrelazados, que había cortado del negro tronco de unas encinas. Dentro del recinto había hecho doce cochiqueras pegadas unas a otras,

dormitorios para cerdos. En cada una estaban encerradas cincuenta cerdas de dormir rastrero, fecundas y paridas. Los machos dormían fuera, mucho menos numerosos. Porque los menguaban las comilonas de los ilustres pretendientes, ya que el porquerizo una y otra vez les enviaba el mejor de todos los puercos más gordos. Los machos venían a ser unos trescientos cincuenta.

Al lado pernoctaban los cuatro perros, con aspecto de fieras salvajes, que criaba el porquero, capataz de sirvientes. Éste se estaba fabricando unas sandalias para sus pies, cortando una piel bovina de buen color. Los otros tres porquerizos habían salido, cada uno por su lado, con su piara de cerdos, y a un cuarto lo había enviado a la villa, a su pesar, a llevar a los soberbios pretendientes un cerdo, para que lo sacrificaran y saciaran su apetito de carne.

Apenas vieron a Odiseo los perros de furioso ladrar corrieron hacia él con sonoros gruñidos. Entonces Odiseo se sentó cautelosamente y dejó caer de su mano el bastón. Allí pudo haber sufrido un feroz asalto, delante del establo, a no ser porque el porquerizo acudió pronto y corrió desde la entrada con pies veloces, soltando el cuero de su mano. Dándoles gritos y con repetidas pedradas a uno y a otro lado, ahuyentó a los perros y luego dijo estas palabras a su señor:

«¡Ah, anciano, por poco no te han despedazado los perros en un momento, y entonces me habrías dejado cubierto de infamia! ¡Bastantes dolores más y lamentos me han dado los dioses! Yazgo lamentándome y apenándome por mi heroico dueño, y me fatigo cebando cerdos grasientos para que otros se los coman. Mientras tanto aquél, tal vez necesitado de ali-

mento, vaga errante por un país y un pueblo de habla extraña, si es que todavía vive y ve la luz del sol. Pero sígueme, entremos en la cabaña, para que tú también, viejo, te sacies a gusto de comida y bebida, y luego me cuentes de dónde eres y cuántos pesares has sufrido».

Después de hablar así, lo condujo a su cabaña el divino porquerizo y le hizo entrar y sentarse; esparció unas ramas frondosas y extendió sobre ellas el pellejo velludo de una cabra montés, su propia yacija, amplia y mullida.

Se alegraba Odiseo de que así lo acogiera, y se dirigió a él y le dijo:

«¡Que a ti, huésped, te concedan Zeus y los demás dioses lo que tú más deseas, porque con buen corazón me has acogido!».

Y le contestaste, en respuesta, porquerizo Eumeo:

«Extranjero, no tengo por norma despreciar a un huésped, ni si llega alguno incluso más mísero que tú. Pues de Zeus vienen todos los huéspedes y mendigos. Mi donativo resulta pequeño, pero sincero. Mas la condición de los siervos es estar siempre temerosos, cuando tenemos amos jóvenes. Pues, sí, los dioses han impedido el regreso de aquel que me habría tratado con afecto y otorgado los bienes que un patrón de buen corazón suele dar a su siervo: una casa, un terreno, y una mujer de buen precio. A quien tanto se fatiga por él, y la divinidad le premia el esfuerzo, como me recompensa a mí este trabajo en el que sigo. Sí que me habría beneficiado mucho mi señor, si aquí envejeciera. Pero murió. ¡Ojalá así muriera la estirpe de Helena, por completo, que hizo doblar las rodillas de muchos guerreros! Pues también él partió en pos del honor de

Agamenón hacia Troya de buenos corceles, a pelear contra los troyanos».

Después de hablar así, se sujetó pronto la túnica con el cinto y se puso en camino hacia las pocilgas, donde estaban encerradas las piaras de cerdos. Allí eligió dos, los trajo, y los sacrificó a ambos. Los puso al fuego, los troceó y los ensartó en los espetones. Después de asados por entero, los retiró y los ofreció a Odiseo calientes en los mismos espetones, tras espolvorearlos con blanca harina. Y en un cuenco vertió vino dulce como la miel, se sentó frente a él, e invitándole dijo:

«Come ahora, forastero, lo que está al alcance de los siervos, unos lechones. Porque los cerdos bien cebados los devoran los pretendientes que en su mente no conocen ni el decoro ni la piedad. No aman los dioses felices los actos perversos, sino que honran la justicia y las acciones honestas de los hombres. Incluso a los enemigos y asaltantes que invaden una tierra ajena, y a quienes Zeus les otorga el botín del saqueo, y que colmando sus naves se aprestan a volver a su hogar, incluso a éstos les acucia un fuerte temor a la venganza divina. Acaso éstos saben, pues han oído la voz de un dios, la triste muerte de aquél, y por eso no quieren ni cortejar honradamente ni volverse a sus tierras, sino que consumen despreocupados sus bienes de modo insolente y sin ningún reparo. Todas las noches, pues, y los días que Zeus nos depara sacrifican más de una víctima y más de dos, y el vino lo apuran a chorros de forma desenfrenada. Porque su fortuna era inmensa. Tan grande no la tenía ninguno de los otros héroes, ni en el continente oscuro ni en la misma Ítaca. Tamaña riqueza no la llegan a tener ni veinte hombres. Te la voy

a describir. Doce vacadas en el continente, otros tantos rebaños de ovejas, tantas piaras de cerdos, tantos rebaños de cabras apacientan sus pastores, unos extranjeros y otros de aquí mismo. Por acá, en este extremo de la isla se crían amplios rebaños de cabras, once en total, y los guardan buenos pastores. Cada uno de ellos les lleva cada día a los pretendientes un animal, el que le parece el mejor de sus bien nutridas cabras. Por mi parte yo guardo y protejo estos cerdos y les envío el mejor de los puercos después de elegirlo bien».

Así habló, mientras él ávidamente comía la carne y bebía el vino con ansiedad, en silencio, y maquinaba daños para los pretendientes. Luego que hubo comido y saciado su ánimo con los manjares, entonces le llenó y ofreció el cuenco en que solía beber colmado de vino. Aquél lo aceptó, con gozo en su corazón, y, hablándole, le decía estas palabras aladas:

«Oh amigo, ¿quién pues te adquirió con sus riquezas, tan admirablemente rico y poderoso, según dices? Afirmas que él ha muerto a causa del honor de Agamenón. Cuéntamelo, por si acaso alguna vez conocí a ese hombre. Saben Zeus y los demás dioses si por ventura podría hablarte de él habiéndolo visto. He viajado mucho errante».

Le respondió luego el porquerizo, mayoral de los siervos:

«Anciano, ningún vagabundo que llegara con noticias acerca de él podría convencer a su mujer y a su querido hijo. En general los viajeros sin rumbo, menesterosos de ayuda, mienten y no están avezados a contar la verdad. Cualquier trotamundos que llega al pueblo de Ítaca se va a mi señora a contarle sus patrañas. Ella los acoge y trata bien y les pregunta por

cada cosa, mientras de sus párpados le caen lágrimas de dolor, como suele suceder a una mujer cuando su marido ha muerto lejos. Pronto también tú, viejo, podrías inventarte una historia, si alguien te prometiera ropas, una túnica y un manto. A él ya le habrán arrancado los perros y las rápidas aves la piel de sus huesos, y le ha quedado sólo el alma. O acaso en alta mar lo devoraron los peces y sus huesos yacen en una playa perdidos en un montón de arena. De ese modo él ha muerto lejos y ha dejado tras de sí penas para todos sus seres queridos, y para mí ante todo. Porque no voy a encontrar ya a un amo tan amable, dondequiera que vaya, ni si de nuevo volviera a la casa de mi padre y mi madre, donde antaño nací y con quienes me criaron. Ni siquiera lloro tanto por ellos, aun anhelando verlos ante mis ojos y estar en mi tierra patria, sino que me desgarra la pena por el ausente Odiseo. Porque yo, forastero, aun en su ausencia, siento respeto al nombrarle, pues mucho me quería y me apreciaba en su ánimo. Así que lo llamo querido amigo, aunque esté bien lejos».

Le respondió entonces el muy sufrido divino Odiseo:

«Ah, amigo, aunque tú lo descartas del todo e incluso afirmas que él no va a regresar, y mantienes incrédulo tu ánimo, yo te diré, no sin más, sino con un juramento, que Odiseo volverá. Y que me pagues albricias entonces, cuando él regrese y llegue a su morada. Dame entonces un manto y una túnica, buenas ropas. Antes, por muy necesitado que esté, no las aceptaría. Porque me resulta tan odioso como las puertas del Hades aquel que, cediendo a la pobreza, cuenta patrañas.

»¡Sépalo ahora Zeus ante los dioses, y la mesa hospitalaria y el hogar del intachable Odiseo, al que acudo ahora! Cierto es que todo esto va a cumplirse como predigo. Dentro de este mismo año volverá Odiseo aquí, al consumirse este mes y presentarse el próximo, regresará a su casa y castigará a todo aquel que deshonra a su esposa y su ilustre hijo».

Contestándole dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Anciano, no voy a darte albricias por la noticia ni Odiseo va a regresar ya a su casa. Pero bebe tranquilo, y pensemos ahora en otra cosa, y no me recuerdes eso. Pero, ¡ay!, mi ánimo en mi pecho se acongoja cada vez que alguien menciona a mi noble amo. Respecto a tu juramento, dejémoslo. ¡Ojalá que Odiseo regresara tal como lo deseo yo, y también Penélope y el viejo Laertes y Telémaco semejante a los dioses! Ahora de nuevo me apeno sin descanso por su hijo, el que Odiseo engendró, por Telémaco. Cuando los dioses lo dejaron crecer semejante a un joven árbol, yo me decía que entre los hombres no sería en nada inferior a su querido padre, admirable en su figura y su belleza. Pero alguno de los inmortales o alguno de los humanos le alteró la equilibrada mente, y él partió en busca de noticias sobre su padre a la muy divina Pilos. Y los nobles pretendientes van a tenderle una emboscada cuando vuelva a su casa, para que desaparezca sin nombre de Ítaca la estirpe de Arcisio semejante a los dioses. Pero, ea, dejémoslo, y, tanto si es apresado como si logra escapar, ojalá que extienda sobre él su mano el Crónida.

»Así que, venga, cuéntame tú, anciano, tus propios pesares y háblame de ellos sinceramente para que me entere del todo. ¿Quién eres entre los hombres? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres? ¿En qué navío llegas-

te? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes decían ser ellos? Porque seguro que no has llegado hasta aquí caminando».

Respondiéndole contestaba el muy astuto Odiseo:

«Ciertamente yo voy a contarte muy punto por punto todo eso. Ojalá que ahora tuviéramos para largo tiempo comida y dulce vino para quedarnos en tu cabaña en festivo banquete tranquilos. Y que otros cuidaran de las faenas. Pero aun así, incluso en un año entero no me sería fácil referirte de cabo a rabo las aflicciones de mi ánimo, todas las penas que yo he sufrido por designio de los dioses.

»De la anchurosa Creta me jacto de provenir por mi linaje, y soy hijo de un hombre rico. Otros muchos hijos también nacieron y se criaron en su mansión, como hijos legítimos de su esposa. A mí me parió una esclava comprada, concubina suya, si bien me quería igual que a sus hijos legítimos Cástor Hilácida, de cuyo linaje yo me jacto de ser. Éste era entonces entre los cretenses venerado como un dios por el pueblo, por su prosperidad, su riqueza y sus ilustres hijos. Sin embargo, llegaron las Parcas y se lo llevaron a la mansión de Hades. Y ellos, sus magnánimos hijos, se repartieron la hacienda y echaron a suertes los lotes. Pero a mí poco me dejaron y me asignaron solamente una casa.

»Me casé con mujer de familia bien rica gracias a mi valor. Porque no era yo insignificante ni cobarde en la guerra. Ahora ya todo eso ha quedado atrás; pero espero que tú, aun viendo sólo la paja, lo adviertas. Ahora me agobia la densa miseria amontonada. ¡Cuánto valor y coraje guerrero me dieron Ares y Atenea! Cuando seleccionaba a los mejores compañeros

para ir a una emboscada, planeando destruir a mis enemigos, jamás mi ánimo valiente sintió temor a la muerte, sino que me lanzaba al ataque el primero con furia, y con mi lanza derribaba a cualquier enemigo que quedaba al alcance de mis pies. ¡Tal fui en la guerra! No me gustaba el trabajo ni faenar en la casa, eso que produce espléndidos hijos. Pero siempre me agradaban las naves de remos, las guerras, las lanzas pulidas y las flechas, cosas terribles y espantosas para los demás. Pero para mí eran gratas, pues un dios sin duda las infundió en mi ánimo. Un hombre se deleita en unas cosas, y otro en otras.

»En fin, antes de que los hijos de los aqueos se embarcaran rumbo a Troya, capitaneé nueve veces a mis hombres y navíos de raudo curso contra gentes de otras tierras y obtuve para mí muchísimo botín. De éste elegía a mi gusto y me tocaba la mayor porción en el reparto. Pronto mi casa empezó a prosperar y por lo tanto logré hacerme temible y respetable entre los cretenses. Mas cuando Zeus de amplia voz decidió aquella odiosa expedición que hizo doblar las rodillas de numerosos guerreros, entonces nos ordenaron a mí y al muy famoso Idomeneo acaudillar las naves contra Ilión. Y no hubo medio alguno para oponernos. Se mantenía firme la voz del pueblo.

»Allá durante nueve años guerreamos los hijos de los aqueos, y al décimo, después de haber destruido la ciudad de Príamo, volvimos a casa en las naves cuando la divinidad dispersó a los aqueos. Pero a mí, desdichado, me reservaba desgracias el providente Zeus.

»Sólo un mes me quedé gozando de mis hijos, de mi esposa legítima y de mis riquezas. Porque pronto comenzó mi ánimo a impulsarme a navegar hacia

Egipto tras equipar bien mis naves con camaradas semejantes a dioses. Preparé nueve barcos y muy pronto se congregó la tripulación. Durante seis días se banquetearon mis fieles compañeros. Entre tanto yo recogía numerosas víctimas para ofrecer los sacrificios a los dioses y proveerles a aquéllos de comida.

»Al séptimo día nos embarcamos y zarpamos de la anchurosa Creta con el Bóreas, un viento fuerte y bello, con ágil marcha, como bogando sobre una corriente. Ninguna de mis naves sufrió daños, sino que enteros e indemnes navegábamos, dirigidos por el viento y los pilotos. Al quinto día arribamos al Egipto de bello curso, y en el río Egipto detuve mis navíos de curvados flancos.

»Allí entonces ordené a mis leales compañeros que se quedaran junto a las naves y vigilaran los barcos, y despaché a unos exploradores para que avanzaran como vigías. Pero ellos, dejándose llevar por la violencia, movidos por su coraje, pronto empezaron a destruir los admirables campos de los egipcios, y raptaban a las mujeres y los niños pequeños, y mataban a los hombres. Enseguida se difundió hasta la ciudad el griterío, y los que habían escuchado el clamor cuando apenas apuntaba el alba acudieron. Toda la llanura se llenó de hombres y caballos y fulgor del bronce. Zeus, que se complace en el rayo, impulsó a mis compañeros a una cobarde huida, y ninguno se atrevió a resistir el ataque. Por todos lados nos envolvían desdichas. Entonces mataron a muchos de los nuestros con el agudo bronce, y a otros los capturaron vivos para que trabajaran para ellos a la fuerza. En cuanto a mí, el propio Zeus me infundió en la mente una idea. ¡Ojalá hubiera muerto y agotado mi destino allá en Egipto!

Porque me esperaba aún gran pesadumbre. Al punto me quité de la cabeza el sólido casco y de mis hombros el escudo, y dejé caer la lanza de mi mano. Luego me fui al encuentro del carro del rey, y lo agarré y me abracé a sus rodillas. Y él me amparó y se apiadó de mí. Me subió a su carro y me llevaba a su palacio, y yo lloraba.

»Desde luego que muchos me amenazaban con sus lanzas deseosos de darme muerte, puesto que estaban terriblemente encolerizados. Pero él me protegía y sentía respeto a la cólera de Zeus Hospitalario, que castiga con severidad las malas acciones.

»Allí permanecí siete años y reuní muchas riquezas entre los egipcios. Todos me hacían regalos. Pero cuando llegó el octavo año en el paso del tiempo, entonces apareció un fenicio, un individuo diestro en engaños, trapacero, que ya había causado incontables daños a otros hombres, y éste me persuadió con sus embustes y me invitó a irme con él a Fenicia, donde tenía su casa y sus riquezas. Allí me quedé en sus posesiones un año entero, pero cuando ya habían pasado los meses y los días del año completo, y de nuevo se repetían las estaciones, me invitó a viajar en una nave de alto bordo hacia Libia, con traicionera intención, con el pretexto de que le ayudara con la carga, pero era para venderme y sacarse una buena ganancia. Le acompañé en su nave, aunque algo recelaba, por su insistencia. La nave corría con el viento Bóreas, fuerte y hermoso, hasta pasar Creta. Pero Zeus meditaba su destrucción.

»Así que, cuando ya dejábamos atrás Creta y no había a la vista tierra alguna, sino sólo cielo y mar, entonces el Crónida colocó una nube negra sobre la

cóncava nave y el mar quedó en sombras bajo ella. Zeus tronó y, a la par, lanzó sobre la nave un rayo. Golpeada por el rayo, ésta giró en una tromba y se cubrió de humo. Todos cayeron fuera del casco. Y semejantes a cornejas marinas alrededor de la nave negra iban zarandeados por las olas. El dios le había negado el regreso.

»Pero a mí, agobiado de dolores en mi ánimo, el mismo Zeus me puso en las manos el mástil de la nave de azulada proa, para que escapara de la catástrofe. Y abrazado a él me dejé llevar por los furiosos vientos. Durante nueve días me arrastraron, y a la décima negra noche una gran ola arremolinada me arrojó en la tierra de los tesprotos. Allí me acogió generosamente el rey de Tesprotia, el héroe Fidón. Pues fue su hijo quien me encontró aterido por el frío y el cansancio y me llevó a su casa sosteniéndome con su brazo, hasta llegar a la mansión de su padre. Me ofreció ropas, un manto y una túnica. Allí supe yo de Odiseo. Porque aquél me aseguró que lo había hospedado y agasajado cuando él regresaba a su patria, y me mostró las riquezas que había amontonado Odiseo: bronce, oro y bien trabajado hierro. ¡Bastarían para mantener a cualquiera hasta la décima generación! ¡Tantos tesoros guardaba en las estancias del rey! Y dijo que se había ido a Dodona, para escuchar de la encina de alto follaje la decisión de Zeus acerca de cómo debía de volver a su próspero pueblo de Ítaca, si de un modo franco o furtivamente, después de tan larga ausencia. Y juró ante mí, mientras hacía libaciones en su hogar, que él ya tenía dispuesta su nave y prestos los compañeros que lo llevarían hasta su querida tierra patria.

»Pero antes me despidió a mí, porque acaeció que zarpaba un barco de gente tesprota hacia Duliquio, rica en trigo. Y él les encargó que me transportaran hasta el rey Acasto, solícitamente. Mas en sus mentes habían decidido un maligno plan con respecto a mí, para que aún más me agobiara la carga de la desdicha. Tan pronto como la nave de alto bordo navegó lejos de la costa, al momento maquinaron el día de mi esclavitud. Me despojaron de mis ropas, de manto y túnica, y me pusieron encima míseros andrajos y una túnica llena de agujeros, los que ahora estás viendo ante tus ojos.

»A la tarde llegaron a los campos de Ítaca, que se ve desde lejos. Entonces me dejaron atado en su barco de buenos bancos de remos, fuertemente, con una soga retorcida, y ellos bajaron a tierra a toda prisa para preparar su cena en la orilla marina. A mí me aflojaron las cuerdas los dioses mismos, sin duda, y, liándome a la cabeza mis harapos, me deslicé por el pulido timón y me lancé de cabeza al mar, y enseguida me puse a avanzar nadando con mis brazos y muy pronto me encontré bien lejos de aquéllos. Arribé a la costa, por donde había un encinar de floreciente fronda, y me tumbé agazapado. Ellos con grandes gritos recorrían el terreno, pero no les pareció de mucho provecho buscarme más a fondo, y de nuevo reembarcaron en su cóncava nave. A mí me ocultaron sin esfuerzo los mismos dioses, y me guiaron y trajeron a la majada de un hombre prudente. Todavía, por tanto, es mi destino vivir».

Le contestaste, en respuesta, porquerizo Eumeo:

«¡Infeliz forastero, qué a fondo has conmovido mi ánimo, al referir todas esas desventuras, cuánto sufris-

te y cuánto erraste! Pero no hablaste con tino, pienso, y no vas a convencerme, en lo que respecta a Odiseo. ¿Qué necesidad tienes, siendo como eres, de mentir vanamente? Bien sé yo también, por mí mismo, lo del regreso de mi amo. Él era odioso a todos los dioses en el fondo, porque no lo abatieron ante los troyanos o en los brazos de los suyos, después de finalizar la guerra. En ese caso le habrían erigido una tumba todos los aqueos y habría ganado además una gran gloria para su hijo en el futuro. Ahora,en cambio, lo han arrebatado sin honor las Harpías.

»Yo estoy retirado con los cerdos, y no voy a la ciudad a no ser que la prudente Penélope me ordene acudir, cuando llega alguna noticia de algún lado. En ese caso los otros se presentan allí y preguntan todo, ya sean quienes se apenan por la ausencia del rey, ya quienes se alegran devorando sus bienes sin miramientos. Pero a mí no me resulta grato charlar ni preguntar desde que un viajero etolio me engañó con su relato. Ése, que había matado a un hombre y vagabundeado por el mundo, llegó a mi casa y yo le acogí con afecto. Aseguraba que lo había visto en la mansión de Idomeneo en Creta, cuando reparaba su barco, al que habían dañado los temporales. Y contaba que iba a regresar en verano o en otoño, trayendo muchas riquezas, con sus compañeros semejantes a los dioses.

»Así que tú, viejo muy sufrido, puesto que acá te condujo la divinidad, no quieras disponerte a bien conmigo ni encantarme con embustes. Porque no voy a respetarte ni a tratarte como amigo por eso, sino porque temo a Zeus Hospitalario, y me compadezco de ti».

Respondiéndole el muy astuto Odiseo dijo:

«¡Ciertamente tienes en tu pecho un ánimo desconfiado, pues ni con mis juramentos te he persuadido ni logro convencerte! Sea, vamos a hacer ahora un pacto. Sean pues testigos los dioses de uno y otro, los que habitan el Olimpo. Si tu señor vuelve por esta casa tuya, vísteme de manto y túnica, y preocúpate de mi viaje para llevarme a Duliquio, a donde le apetezca a mi corazón. Y si tu señor no llega según te he anunciado, azuza a los siervos a que me arrojen desde una elevada roca, para que cualquier otro mendigo se abstenga de engañarte».

Respondiéndole le decía el divino porquerizo:

«¡Forastero, pues sí que lograría fama y renombre entre la gente, en el momento y más tarde, si después de haberte invitado a mi cabaña y ofrecido dones de hospitalidad, fuera a matarte y quitarte la vida! Ya es hora de cenar. ¡Ojalá que vuelvan pronto mis compañeros, para que en la cabaña tengamos pronto una sabrosa cena!».

Mientras así charlaban uno con otro, pronto llegaron los cerdos y los porquerizos. Éstos encerraron a las bestias en sus pocilgas para que durmieran, y se levantó un inmenso gruñido al entrar los cerdos en los establos. Entonces llamó a sus compañeros el divino porquerizo:

«Traed el mejor de los puercos, para que lo sacrifique en honor del huésped venido de lejos. También lo aprovecharemos nosotros que soportamos desde hace mucho fatigas por los cerdos de blancos colmillos, mientras otros se zampan nuestro trabajo sin pagarlo».

Después de hablar así se puso a trocear la leña con el fiero bronce. Ellos trajeron un cerdo de cinco años,

muy gordo; y lo colocaron junto al hogar. No se olvidó de los dioses el porquerizo, pues tenía piadosos pensamientos. Así que, ofreciendo las primicias, arrojó al fuego unos pelos de la cabeza del cerdo de blancos dientes mientras rogaba a los dioses para que el prudente Odiseo regresara a su casa. Echó luego mano al cerdo y lo golpeó con un palo de roble que había apartado al cortar la leña. El animal perdió la vida y ellos lo degollaron, lo tostaron y lo trocearon. El porquerizo fue tomando trozos de cada parte del bicho y los recubría de pingüe grasa. Algunos los dejaba sobre el fuego, una vez espolvoreados de harina de cebada, y otros los trinchaban y los ensartaban en los espetones, y los asaron cuidadosamente y luego los apartaron del fuego y los echaron sobre la mesa en montón. El porquerizo se levantó para hacer el reparto. Pues sabía hacer lo apropiado con buen juicio. Y, haciendo el reparto, dividió todo en siete porciones. Una la ofreció a las Ninfas y a Hermes, hijo de Maya, con plegarias. Las demás las distribuyó una a cada uno.

Le ofreció como presente a Odiseo el largo lomo del cerdo de blancos dientes, y este honor alegró el ánimo de su señor. Y, tomando la palabra, decía el muy astuto Odiseo:

«¡Ojalá, Eumeo, seas tan grato a Zeus Padre como lo eres para mí, ya que, en mi condición actual, me honras así con tus bienes!».

Respondiéndole tú, porquerizo Eumeo, le dijiste:

«Come, desdichado huésped, y goza de lo que tienes a mano. Porque un dios dará esto y negará aquello, según quiera en su ánimo, ya que todo lo puede».

Así dijo, y ofreció en sacrificio las primicias a los dioses de vida perenne, y después de las libaciones

puso el rojo vino en las manos de Odiseo, el destructor de ciudades. Repartióles el pan Mesaulio, al que el porquerizo había adquirido por su cuenta, en ausencia de su amo, sin ayuda de su señora ni del viejo Laertes. Lo había comprado a los piratas tafios con sus propios recursos. Todos echaron sus manos a los alimentos que allí delante tenían servidos. Y luego, cuando ya hubieron saciado su apetito de comida y bebida, les recogió el pan Mesaulio y ellos se dispusieron, saciados de pan y de carne, a acostarse y dormir.

Se presentó una mala noche, sin luna. Zeus llovía toda la noche y además soplaba un fuerte Céfiro muy húmedo. Entre ellos tomó la palabra Odiseo, por tantear al porquerizo, a ver si se desprendía y le daba su manto, o si se lo pedía a alguno de sus compañeros, ya que tanto se apiadaba de él.

«Escúchame ahora, Eumeo, y todos vosotros, compañeros. Con una súplica os contaré un sucedido, ya que me anima el vino perturbador, que impulsa incluso al muy sensato a cantar y reír con regocijo y lo empuja a bailar, y le inspira alguna palabra que estaría mejor callada. Pero ya que empecé a hablar no voy a cerrar la boca. ¡Ojalá fuera tan joven y tuviera tan firme vigor como cuando en Troya tramamos y partimos a una emboscada! La dirigían como jefes Odiseo y el Atrida Menelao, y yo con ellos iba al frente, ya que me invitaron a ello. Cuando llegamos hasta la ciudad y su alto muro, al pie de la fortificación, entre espesos matorrales, en el cañaveral de un pantano, nos tumbamos agazapados bajo nuestros escudos, y se nos vino encima una mala noche, heladora, mientras soplaba el Bóreas; luego nos cayó encima la nieve, como espesa escarcha, glacial, y sobre nuestros escudos se amonto-

naba el hielo. Los otros tenían túnica y mantos y dormían tranquilos, protegiéndose los hombros con el escudo. Pero yo, al salir les había dejado mi manto a mis compañeros, en un instante de insensatez, porque no pensé que iba a tiritar de frío. De modo que emprendía aquella marcha con mi escudo y mi refulgente coselete. Conque, cuando ya quedaba un tercio de la noche y ya se ponían las estrellas, dirigí la palabra a Odiseo, que yacía a mi lado, y le di con el codo. Enseguida él me prestó atención.

»"Divino hijo de Laertes, muy mañoso Odiseo. No vas a tenerme más entre los vivos, porque me asesina el frío. Es que no tengo manto. Me engañó un dios al hacerme venir sólo con la túnica. Ahora no tengo escapatoria".

»Así le dije. Y a él enseguida se le ocurrió un truco. ¡Cómo era él para dar consejo y para pelear! Me habló en voz baja y me dijo estas palabras: "¡Calla ahora, que no te oiga ningún otro de los aqueos!".

»Dijo y levantó su cabeza apoyándose en un codo y musitó estas palabras:

»"Escuchadme amigos. Un sueño divino me visitó mientras dormía. Andamos lejos de las naves. Así que podría ir alguno a decirle a Agamaneón Atrida, pastor de pueblos, a ver si puede enviar a algunos más desde los barcos".

»Así habló, y, al momento, se levantó Toante, hijo de Andremón, a toda prisa, dejó caer su manto purpúreo, y echó a correr hacia las naves. Yo me tumbé muy a gusto con su capa, y pronto brilló la Aurora de áureo trono. ¡Ojalá fuera ahora tan joven y conservara tan firme mi vigor! Me daría su manto alguno de los porquerizos de la majada por uno u otro motivo: por amistad o por

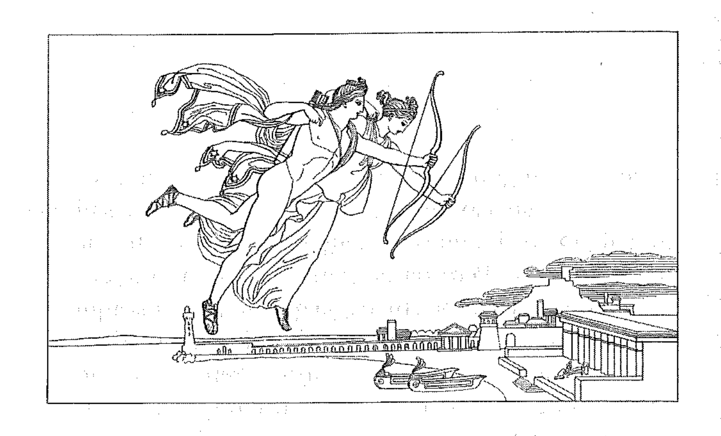
respeto a un valiente. Ahora, en cambio, me menosprecian, con estos míseros harapos sobre mi cuerpo.»

Respondiéndole le dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Anciano, el suceso que nos has contado es admirable, y de ningún modo has dicho tus frases sin provecho ni al azar. Conque no han de faltarte ni ropas ni cosa alguna de las que convienen a un suplicante que acude apurado. Pero hasta mañana temprano te cubrirás con esos harapos tuyos, ya que no tenemos aquí muchas túnicas ni mantos de recambio para vestirse, sino tan sólo uno para cada hombre. Pero en cuanto llegue el hijo de Odiseo, él mismo te dará ropas, túnica y manto, y te enviará a donde tu corazón y tu ánimo deseen».

Diciendo así se levantó y le preparó un camastro y lo cubrió con pieles de ovejas y cabras. Y allí se echó Odiseo. Por encima le puso un manto espeso y amplio, que solía usar de repuesto para ponérselo cuando se alzaba alguna fuerte tempestad.

Así pues se acostó allá Odiseo y los demás, los jóvenes, se tumbaron a su lado. Pero al porquerizo no le gustaba acostarse a dormir en aquel lugar, lejos de sus cerdos. Así que se equipó para salirse fuera. Estaba contento Odiseo de que tanto se preocupara de su hacienda durante su ausencia. Empezó colgándose la aguda espada de sus recios hombros, y se revistió de un manto, espeso, como protección, tomó además la piel de un macho cabrío gruesa y amplia, y empuñó una aguda jabalina apropiada para defenderse de los perros y los hombres. Y echó a andar para irse a tumbar donde dormían los cerdos de blancos dientes, al pie de una roca hueca, al abrigo del Bóreas.



CANTO XV

Hacia la extensa Lacedemonia marchaba Palas Atenea para recordarle al ilustre hijo del magnánimo Odiseo su regreso e incitarle a navegar de vuelta. Encontró a Telémaco y al hijo preclaro de Néstor durmiendo en la antesala del glorioso Menelao. El Nestórida estaba vencido por el dulce sueño, pero a Telémaco no lo dominaba el placentero dormir, sino que a lo largo de la noche inmortal le mantenía despierto la preocupación por su padre. Se puso junto a él y comenzó a hablarle Atenea de ojos glaucos:

«¡Telémaco, no está bien que por más tiempo vagabundees lejos de tu casa dejando atrás, en tu palacio, tus posesiones y a hombres tan prepotentes! No vaya a ser que se repartan y consuman todos tus bienes, mientras tú haces tu viaje en vano. Así que anima a toda prisa a Menelao, de buen grito de guerra, a que te envíe de vuelta, para que encuentres todavía en tu casa a tu irre-

prochable madre. Que ya su padre y sus hermanos la incitan a casarse con Eurímaco. Pues ése aventaja a todos los pretendientes con sus regalos y se ha esmerado en sus dones nupciales. No sea que se lleve de tu casa algún botín a tus espaldas. Ya sabes cómo es el ánimo en el pecho de una mujer: quiere enriquecer la casa de quien toma por marido, y de sus hijos de antes y de su noble esposo difunto no se acuerda más ni se preocupa de ellos. Mas tú, en cuanto llegues, confía todo lo tuyo a la que te parezca la mejor de tus esclavas hasta que los dioses te indiquen una digna esposa.

»Pero voy a decirte otra cosa y tú guárdala en tu corazón: los más fuertes de los pretendientes te preparan una emboscada en el estrecho paso entre Ítaca y la rocosa Samos, dispuestos para matarte antes de que alcances tu tierra patria. Aunque no creo que eso vaya a cumplirse, sino que antes ha de cubrir la tierra a alguno de esos pretendientes que devoran tu hacienda. Mantén pues tu bien construida nave lejos de las islas y navega además de noche. Te enviará por detrás un viento propicio aquel de los inmortales que te guarda y protege. Después, en cuanto alcances la primera costa de Ítaca, envía a la ciudad la nave y a todos tus compañeros, y tú visita antes de nada a tu porquerizo, el que es guardián de tus cerdos, y que tiene un gran afecto por ti. Pasa allí la noche. Y mándale al interior de la ciudad a dar noticias tuyas a la prudente Penélope, contando que estás sano y salvo y ya has vuelto de Pilos».

Después de hablar así, marchóse ella al Olimpo, mientras que Telémaco despertaba del dulce sueño al hijo de Néstor, dándole con el pie, y le decía estas palabras:

«Despierta, Pisístrato, hijo de Néstor, trae y dispón bajo el yugo a los solípedos caballos, para que reemprendamos el viaje».

A su vez, le contestaba el hijo de Néstor, Pisístrato:

«Telémaco, no se puede, por más que apresuremos el viaje, conducir en medio de la oscura noche. Pronto llegará la Aurora. Por tanto, espera hasta que traiga y coloque en el carro sus regalos el noble Atrida Menelao, famoso por su lanza, y nos desee bien la despedida con palabras amables. Pues un viajero se acuerda todos los días de aquel hombre hospitalario que le ofrendó su amistad».

Así habló y no tardó en llegar la Aurora de áureo trono. Junto a ellos acudió Menelao, bueno en el grito de guerra, que se había levantado de su lecho, de junto a Helena de luminosos cabellos. En cuanto lo avistó el querido hijo de Odiseo a toda prisa se vistió sobre su cuerpo sus resplandecientes vestidos y se echó sobre sus recios hombros su amplio manto, y se salió a la puerta. Y, parándose ante él, le decía el héroe Telémaco, el querido hijo del divino Odiseo:

«¡Menelao de estirpe divina, hijo de Atreo, señor de las tropas, ya es hora de que me envíes a mi querida tierra patria! Porque ya anhela mi ánimo regresar a mi casa».

Le respondió luego Menelao, bueno en el grito de guerra:

«Telémaco, de ningún modo voy a retenerte aquí largo tiempo si ansías el regreso. Reprocharé, desde luego, a cualquiera que acoja a un huésped y que por amistad lo retenga demasiado o lo despache con excesiva premura. Todo lo equilibrado es mejor. Cierto que es malo por igual el que despide a un huésped que

no quiere marcharse y el que retiene a uno ansioso de partir. Hay que acoger afectuosamente al viajero que llega y dejarlo partir cuando quiere. No obstante, espera hasta que te traiga mis bellos regalos y los coloque en tu carro, y los veas ante tus ojos, y yo ordene a las mujeres que preparen en el salón una comida con los abundantes víveres de la casa. Honor, fiesta y buen provecho a la par es viajar bien comido por la tierra sin fin. Y si quieres darte un paseo por la Hélade y el centro de Argos yo unciré pronto mis caballos para escoltarte, y te guiaré a las ciudades de su gente. Nadie nos dejará marchar sin más, sino que todos van a darnos algo para llevarnos, algún trípode de buen bronce, o un caldero, o dos mulas o una taza de oro».

Le contestaba, a su vez, el juicioso Telémaco:

«Atrida Menelao de estirpe divina, señor de las tropas, quiero volverme ya a mi casa, porque, al marcharme, no designé ningún vigilante de mis posesiones. No sea que yo perezca buscando a mi divino padre o que desaparezca algún objeto precioso de palacio».

Apenas lo hubo oído Menelao, bueno en el grito de guerra, al instante ordenó a su esposa y a las sirvientas que prepararan la comida con las abundantes provisiones de la casa. Se presentó ante él Eteoneo, el hijo de Boetoo, que se levantaba de la cama, pues no habitaba lejos de allí. Le mandó encender el fuego Menelao, bueno para el grito de guerra, y que pusiera a asar las carnes. Y no le desobedeció él al oírlo. Descendió a la aromática despensa, y no iba solo; le acompañaban Helena y Megapentes. Así que, cuando llegaron a donde estaban los objetos preciosos, enseguida tomó el Atrida una copa de dos asas y mandó a su hijo Megapentes que cogiera una crátera de plata. Helena se de-

tuvo ante los arcones donde se guardaban los peplos multicolores que ella misma había tejido. Helena, la divina entre las mujeres, escogió y alzó en sus manos uno de ellos, el que era el más hermoso por sus bordados y el más amplio. Relucía como una estrella. Estaba guardado en el fondo de todo. Y echaron a andar cruzando el palacio hasta llegar de nuevo junto a Telémaco. Y el rubio Menelao le dijo:

«¡Telémaco, ojalá que el regreso te lo conceda tal cual tú anhelas en tu mente Zeus, el atronador esposo de Hera! De los objetos que en mi casa se guardan como tesoros te daré el más bello y apreciado. Te regalaré una crátera labrada, toda entera de plata, con los bordes coronados de oro. ¡Un trabajo de Hefesto! Me lo obsequió el héroe Fédimo, rey de los sidonios, cuando en su casa me albergó al pasar por allí a mi regreso. A ti quiero dártelo».

Después de hablar así, el héroe Atrida depositó la copa de doble asa en sus manos, a la vez que dejaba ante él la crátera refulgente, toda de plata, el vigoroso Megapentes que la había llevado. Se detuvo junto a ellos Helena de bello rostro, con el peplo en sus manos, y le hablaba y le decía:

«También yo, hijo querido, te daré a ti un regalo: este recuerdo de las manos de Helena, para que en la hora de la muy anhelada boda se lo ponga tu esposa. Hasta entonces guárdalo en palacio bajo la custodia de tu madre. ¡Ojalá llegues feliz a tu bien sólido hogar y a tu tierra patria!».

Diciendo esto, se lo puso en las manos y él lo aceptó contento. Y el héroe Pisístrato iba recogiendo los objetos y los colocaba en cestos, y se maravillaba de todos en su ánimo. Menelao de rubios cabellos comen-

zó a guiarles por el palacio, y les invitó a sentarse en sillas y sillones. Y una sirvienta les derramaba el agua sobre las manos con su hermoso aguamanil dorado, sobre una bandeja de plata, para que se lavaran. Delante les colocó una pulida mesa.

La respetable despensera trajo y sirvió encima el pan y otros muchos manjares, generosa con todo lo que tenían. A su lado el hijo de Boetoo troceaba las carnes y distribuía las porciones. Escanciaba el vino el hijo del glorioso Menelao. Ellos echaban sus manos sobre las viandas que tenían servidas delante.

Luego que hubieron saciado su apetito de comida y bebida, entonces Telémaco y el ilustre hijo de Néstor engancharon los caballos y subieron al carro de vivos colores y lo condujeron fuera del pórtico y el rumoroso atrio. Tras ellos marchaba el Atrida, el rubio Menelao, llevando en su mano derecha el vino que alegra el ánimo en una copa de oro, para que hicieran sus libaciones antes de partir. Se paró ante los caballos y, saludándolos, dijo:

«Id alegres, muchachos, y dad mis saludos también a Néstor, pastor de guerreros. Para mí, pues, fue tan amable como un padre, cuando luchábamos en Troya los hijos de los aqueos».

Le respondió a su vez el juicioso Telémaco:

«Por entero, vástago de Zeus, como nos pides, vamos a contarle todo esto a él, al llegar. Ojalá también me encuentre yo, al volver a Ítaca, a Odiseo en la casa, y pueda contarle que regreso tras confirmar toda tu amistad y que traigo conmigo tus muchos y preciosos regalos».

Mientras le decía esto voló a su derecha un ave, un águila que llevaba en sus garras una oca blanca, gran-

de, doméstica, de algún corral. La perseguían chillando hombres y mujeres, y al llegar cerca de ellos torció hacia la derecha por delante de los caballos. Al verlo se alegraron ellos, y a todos se les llenó el ánimo de contento.

Entonces tomó la palabra el hijo de Néstor, Pisístrato:

«Explícanos, Menelao, de estirpe divina, señor de guerreros, si para nosotros o para ti un dios nos envió este prodigio».

Así dijo. Meditó dubitativo Menelao, grato a Ares, cómo iba a responderle con un juicio atinado. Pero se le anticipó y habló Helena, de amplio peplo :

«¡Escuchadme! Ahora voy a pronosticaros, tal como en mi corazón me inspiran los dioses, lo que creo que va a realizarse. Como el águila arrebató a una oca criada en la casa, llegando desde el monte, donde tiene su guarida y sus crías, así Odiseo, después de sufrir muchos males y vagar largo tiempo, volverá a su hogar y cumplirá su venganza. O acaso ya está en su tierra y maquina el castigo de todos los pretendientes».

Respondióle a su vez el juicioso Telémaco:

«¡Que así ahora lo decida Zeus, el atronador esposo de Hera! En tal caso, incluso allí, te veneraría como a una diosa».

Dijo y restalló el látigo sobre los caballos. Ellos muy veloces se lanzaron por el llano atravesando fogosos la ciudad. Durante todo el día agitaron el yugo que soportaban. Se puso el sol y comenzaban a llenarse de sombra las calles cuando llegaron a Feras, a la casa de Diocles, hijo de Ortíloco, a quien engendrara como hijo el río Alfeo. Allí pasaron la noche y éste les dio los dones de hospitalidad.

Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, uncieron los caballos y subieron al carro de vivos colores, y los guiaron saliendo del pórtico y del rumoroso atrio. Azuzaron con el látigo a los corceles y éstos volaron gustosos. Muy pronto llegaron a la escarpada ciudadela de Pilos, y entonces Telémaco le decía al hijo de Néstor:

«¿Nestórida, podrías cumplirme de algún modo una petición mía, esforzándote en el favor? Nos orgullecemos de ser huéspedes para siempre con una amistad que viene de nuestros padres, y somos de la misma edad. Y este viaje aún más nos unirá en nuestra concordia. No me lleves más lejos de la nave, vástago de Zeus, sino que déjame aquí. No sea que el anciano me retenga en su palacio, deseoso de agasajarme como amigo. Debo volver ya a mi patria».

Así habló, y el Nestórida reflexionó en su ánimo de qué modo le cumpliría el deseo, comportándose de modo justo. Al meditarlo le pareció que lo mejor sería lo siguiente: dirigió los caballos hacia la veloz nave y la orilla del mar, y descargó en el barco, en la popa, los bellísimos regalos, las ropas y el oro que le había dado Menelao. Y, dándole ánimos, le decía estas palabras aladas:

«Deprisa, embárcate ahora y da la orden a tus compañeros antes de que yo llegue a mi casa y dé la noticia al anciano. Porque yo sé bien esto en mi ánimo y mi mente: tal cual es de ánimo orgulloso, no va a permitírtelo, sino que acudirá él en persona a invitarte, y no creo que volviera sin más. En otro caso se quedará enojado».

Después de hablar así impulsó a los caballos de hermosas crines hacia la ciudad de los pilios, y muy

pronto llegó al palacio. Telémaco, convocando a todos sus compañeros les ordenó:

«Disponed en orden el aparejo, amigos, en la negra nave, y subamos todos a bordo, para proseguir nuestro camino».

Así dijo, los demás le escucharon y obedecieron, y enseguida se embarcaban y se sentaban en sus bancos. Y mientras él se afanaba en esto y decía sus plegarias y sacrificaba en honor de Atenea, se le acercó un hombre venido de lejos, exiliado de Argos por haber dado muerte a otro, un adivino. Por su linaje, era descendiente de Melampo, quien antaño viviera en Pilos, nodriza de rebaños, y allí, con extraordinaria riqueza, habitaba un palacio entre los pilios. Pero luego emigró a otro país, huyendo de su patria y del magnánimo Neleo, el más admirable de sus pobladores, el cual le retuvo por la fuerza sus inmensas riquezas todo un año entero, mientras que él estaba apresado con severas cadenas, soportando duros dolores, en el palacio de Fílaco, a causa de la hija de Neleo y de la angustiosa locura que había infundido en su mente una espantosa divinidad, una Erinia. Pero escapó de la muerte y condujo sus mugidoras vacas desde Fílaca a Pilos, y castigó por su infame acción al divino Neleo, y se llevó una mujer para su hermano a su hogar.

Luego partió para asentarse en un país ajeno, en Argos, tierra criadora de caballos. Allí pues fijaba el destino que se quedara reinando sobre numerosos argivos. Allí tomó esposa y construyó su mansión de alto techo, y engendró a Antífates y Mantio, dos hijos poderosos. Antífates engendró al magnánimo Oicles, y a su vez Oicles a Anfiarao, salvador de sus tropas, al que mucho amaban Zeus portador de la égida y Apo-

lo con una perfecta amistad. No llegó él a alcanzar el umbral de la vejez, sino que murió en Tebas por culpa de unos regalos a su mujer. Hijos suyos fueron Alcmeón y Anfíloco. Mantio, por su parte, engendró a Polifides y a Clito. Pero luego a Clito lo raptó Aurora, la de áureo trono, a causa de su belleza, a fin de instalarlo entre los inmortales. Y al magnánimo Polifides Apolo lo hizo adivino, el mejor con mucho de los mortales una vez que hubo muerto Anfiarao. Éste se retiró a Hiperesia encolerizado contra su padre y, habitando allí, daba sus profecías a todos los mortales.

En fin, se presentó el hijo de éste, Teoclímeno era su nombre, y era quien entonces se había detenido ante Telémaco. Lo encontró mientras hacía libaciones y oraba junto a su rauda nave negra, y elevando su voz le dijo estas palabras aladas:

«Amigo, ya que te encuentro sacrificando en este lugar, te suplico por los sacrificos y por el dios, y también por tu propia cabeza y la de tus compañeros que te escoltan; dime a mí, que te pregunto, la verdad y no me la ocultes. ¿Quién eres y de qué gente? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres?».

Respondióle a su vez el juicioso Telémaco:

«En efecto voy a decírtelo, extranjero, punto por punto. Por mi familia soy de Ítaca y mi padre es Odiseo, si es que existió alguna vez. Ahora murió ya con cruel muerte. Por eso, tomando conmigo a mis compañeros y una negra nave, vine a preguntar por mi padre largo tiempo ausente».

Le contestó luego Teoclímeno de divino aspecto:

«También así voy yo lejos de mi patria, por haber matado a un hombre de mi tribu. Muchos son sus hermanos y parientes en Argos criadora de caballos,

y tienen gran poderío entre los aqueos. Por culpa de ellos, tratando de escapar a la muerte y al negro destino, he huido, pues ahora mi sino es vagabundear entre otras gentes. Pero acógeme en tu nave, puesto que a ti te suplico, en mi exilio, a fin de que no me maten. Creo, en efecto, que me persiguen».

Le contestó luego a su vez el juicioso Telémaco: «Bien, puesto que así lo quieres, no te rechazaré de la bien ensamblada nave, así que sígueme. Allí serás bien acogido, con lo que tengamos».

Tras hablar así le cogió la lanza de bronce y la depositó sobre la cubierta de la nave de curvos costados, y él se subió también al navío de alto bordo. Se sentó luego en la popa e hizo sentarse a su lado a Teoclímeno. Los otros desligaron las amarras de popa, y Telémaco, dando ánimos a sus compañeros, les ordenó atender al aparejo. Ellos obedecieron enseguida. Alzaron el mástil de pino y lo encajaron en el hueco de las traviesas y lo dejaron bien sujeto con las maromas. Y desplegaron las blancas velas con sus retorcidas sogas.

Atenea de ojos glaucos les enviaba un viento favorable, que soplaba con fuerza en el aire, para que siempre avante marchara el navío presuroso sobre el agua salina del mar. Pasaron costeando Crunos y el Calcis de hermosa corriente. Se sumergió el sol y comenzaron a llenarse de sombra las rutas. Empujado por el viento favorable de Zeus el barco avanzaba hacia Feas y por delante de la divina Élide, donde gobiernan los epeos. Desde allí lo dirigió a las islas puntiagudas dudando si escaparía a la muerte o lo capturarían.

Por otra parte, Odiseo y el divino porquerizo cenaban en la cabaña, y junto a ellos tomaban su cena los demás pastores. Una vez que hubieron saciado su ape-

tito de comida y bebida, les habló Odiseo, que quería poner a prueba al porquerizo para ver si lo albergaba sinceramente y le invitaba a quedarse allí, junto a los establos, o bien lo despachaba hacia la ciudad.

«¡Escúchame ahora, Eumeo, y también los demás compañeros! Deseo salir hacia el poblado muy de mañana a mendigar, para no causaros agobio a ti y a los compadres. Así que indícamelo bien y ofréceme además un buen guía que me lleve hasta allí. Por la ciudad vagaré por fuerza yo solo, a ver si alguien me da un vaso de vino y un pedazo de pan. Y llegándome a casa de Odiseo puedo ofrecerle noticias a la prudente Penélope, y mezclarme con los soberbios pretendientes, por si me dieran comida ellos que tienen tantas viandas. Luego podría servirles para cualquier cosa a su gusto. Porque te voy a decir algo, y tú escúchame y recuérdalo. Gracias al mensajero Hermes, que dispensa gracia y renombre a las acciones de todos los humanos, en habilidad no puede competir conmigo mortal alguno, en encender el fuego y astillar la leña seca, en repartir las carnes, asarlas y escanciar el vino, en todo lo que sirven los más pobres a la gente de alcurnia.»

Le contestaste, muy apenado, tú, porquerizo Eumeo:

«¡Ah forastero! ¿Cómo penetró en tu mente semejante idea? Será que tú sientes un intenso deseo de morir allá, ya que vas dispuesto a meterte entre la turba de pretendientes cuya insolencia y brutalidad se alza hasta el cielo de hierro. No son, en efecto, semejantes a ti los criados de éstos, sino jóvenes, bien vestidos con mantos y túnicas, siempre lustrosos en sus cabezas y bellos rostros, y están a sus órdenes. Sus bien pulidas mesas están rebosantes de pan, carnes y vino. Así que,

quédate, nadie está molesto por tu presencia, ni yo ni ninguno de los compañeros de aquí conmigo. Más tarde, cuando vuelva el hijo de Odiseo, él te vestirá con otras ropas, un manto y una túnica, y te escoltará a donde el corazón y el ánimo te impulsen».

Le contestó al momento el muy sufrido divino Odiseo:

«¡Ojalá, Eumeo, fueras tan querido a Zeus Padre como lo eres para mí, tú que me salvaste del vagabundeo y la cruel miseria! No hay nada peor que la vida errante para los mortales. Por el maldito estómago sufren malas penalidades los hombres, todo aquel a quien le agobian el vagabundeo, la pena y el dolor. Pero, ya que me retienes y me mandas aguardarle, háblame, venga, acerca de la madre del divino Odiseo y de su padre, al que al partir abandonó en el umbral de la vejez, dime si es que aún viven bajo los rayos del sol, o si ya han muerto y están en la mansión de Hades».

Le respondió al momento el porquerizo, capataz de los siervos:

«Pues bien, extranjero, te lo contaré de modo preciso. Laertes aún vive, pero ruega de continuo a Zeus que se extinga la vida en sus miembros, en su casa. Porque se duele tremendamente de la ausencia de su hijo y de su prudente esposa legítima, que con su muerte le apenó tantísimo y le abandonó en la amarga vejez. Ella se consumió de pena por su ilustre hijo con una muerte muy triste. ¡Ojalá no se me muera de tal modo quien vive conmigo amablemente y comparte mi amistad! Mientras ella vivía, aunque estuviera pesarosa, siempre me era agradable hablar con ella y atender a su conversación, porque ella me había criado junto a Ctímena de amplio peplo, su no-

ble hija, la última de los hijos que tuvo. Con ésta justamente crecí, y casi igual que a ella me quería. Luego que los dos llegamos a la atractiva adolescencia, a ella pronto la casaron en Same, y le dieron muy cuantiosa dote, en tanto que a mí su madre me vistió con túnica y manto muy espléndidamente, me dio un buen calzado para mis pies y me envió al campo. Me quería mucho en su corazón.

»Ahora ya me falta todo eso. Con todo, mi trabajo lo aprecian los felices dioses, y con él me sustento. De eso como y bebo, y aún doy a los necesitados. Pero ya no puedo oír de mi dueña una palabra cariñosa ni un gesto, ya que la desdicha se abatió sobre la casa, a causa de esos individuos prepotentes. Los criados sienten gran deseo de hablar con su señora y enterarse de todo, y de comer y beber, y de llevarse luego algo al campo, cosas que siempre alegran el ánimo a los sirvientes».

Contestándole le dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Qué pena que, siendo aún pequeño, porquerizo Eumeo, te vieras obligado a vagar muy lejos de tu patria y tus padres! Mas, venga, cuéntame y dime puntualmente si es que fue saqueada tu ciudad de anchas calles, donde solían habitar tu padre y tu señora madre, o si a ti, cuando estabas solo con tus ovejas o tus vacas, te raptaron en sus naves los enemigos y te vendieron para la casa de este hombre y él pagó el precio estipulado».

Respondióle, a su vez, el porquerizo, capataz de los siervos:

«Forastero, ya que me preguntas y te interesas por ello, escucha en silencio ahora, mientras disfrutas y bebes el vino ahí sentado. Las noches son inacabables. Se puede dormir y se puede escuchar plácidamente.

No te es preciso echarte a dormir antes de tiempo. También el excesivo sueño es una pesadez.

»Respecto a los demás, a quien su corazón y su ánimo se lo pida, váyase fuera a dormir. Y en cuanto aparezca el alba, que desayune y se marche con los cerdos del amo. Nosotros, comiendo y bebiendo en el interior de la cabaña, nos deleitaremos recordando nuestras tristes desventuras, de uno y otro. Porque incluso con sus penas se deleita el hombre que ha sufrido muchos pesares y vagado mucho. Voy a contarte lo que me preguntas e inquieres.

»Hay una isla que se llama Siria, acaso has oído hablar de ella, por encima de Ortigia, por donde se da la vuelta el sol, no muy poblada, pero excelente, con buenos pastizales y buenos rebaños, vino abundante y mucho trigo. El hambre jamás agobia a su población y ninguna otra maligna dolencia ataca allí a los infelices mortales. Y cuando en la comarca envejecen las gentes de una generación, acuden el flechero Apolo y su hermana Ártemis, y los asaetean con sus suaves dardos para darles muerte. Allí hay dos ciudades, y todo lo tienen repartido en dos dominios, y en los dos reinaba mi padre, Ctesio Orménida, semejante a los inmortales.

»Llegaron allá unos fenicios, navegantes famosos, tipos rapaces, que transportan mil baratijas en la negra nave. Y había en la casa de mi padre una mujer fenicia, bella y alta, y experta en finas labores. A ésta los trapaceros fenicios la sedujeron. Primero uno se unió con ella, que estaba lavando cerca de la cóncava nave, en lecho y comercio amoroso, cosas que seducen la mente de las débiles mujeres, incluso si una es laboriosa. Pronto él le preguntó quién era y de dónde pro-

cedía, y ella al punto le indicó la alta casa de mi padre. "Me jacto de ser de Sidón, pródiga en bronce, y soy hija de Aribante, de enorme riqueza. Pero me raptaron unos piratas tafios cuando volvía del campo, y me trajeron aquí y me vendieron para la casa de ese hombre, y él pagó por mí el precio estipulado".

»Le respondió entonces aquel tipo, que la había seducido furtivamente:

»"¿Acaso te vendrías ahora de vuelta con nosotros, a fin de ver la alta casa de tu padre y tu madre y a ellos en persona. Que aún viven y con fama de ricos".

»Le contestó, a su vez, la mujer y replicó a su propuesta:

»"Podría ser así, si quisierais, marineros, prometerme bajo juramento que me llevaríais sana y salva a mi casa".

»Así dijo, y todos ellos juraron hacerlo como pedía. Luego que hubieron jurado y acabado el juramento, de nuevo les habló la mujer en respuesta a sus preguntas:

»"¡Ahora silencio! Que no me dirija la palabra ninguno de vuestros compañeros, al encontrarme en la plaza o quizás en la fuente. No sea que alguien vaya a contárselo al viejo, y él, sospechando, me encierre con una dolorosa atadura y se lance a urdir vuestra muerte. Conque mantened en la mente vuestra promesa y apresurad la venta de las mercancías. En cuanto esté vuestra nave cargada de botín y víveres, mandadme el aviso aprisa a la casa. Os traeré también oro, cuanto llegue a mis manos, y además, por mi gusto, os quiero compensar con otro pago el pasaje. Pues tengo a mi cuidado en la casa al hijo de mi noble amo, que es tan travieso que me sigue corriendo incluso fuera de las puertas. A ése lo puedo traer a la nave y él puede pro-

porcionaros un enorme beneficio, cuando lo vendáis a gentes de otro país".

»Después de hablar así se retiró a la hermosa mansión. Ellos permanecieron allí, entre nosotros, un año entero, en tanto que atesoraban mucho botín y víveres en su cóncava nave. Mas cuando el panzudo barco estuvo ya cargado y a punto de partir, enviaron un mensajero a advertir a la mujer. Vino a la casa de mi padre un tipo de astucia redomada, que traía un collar de oro, ensamblado con piezas de ámbar. En el patio las criadas y mi venerable madre lo sopesaban en sus manos y lo admiraban ante sus ojos regateando un precio. Él le hizo a ella una seña sin palabras. Y cuando se volvía aprisa a su cóncava nave, tras darle el aviso, ella me cogió de la mano y me sacó fuera de mi casa. Encontró en la antesala las copas en las mesas de los invitados que solían acudir a conversar con mi padre. Éstos se habían ido a la asamblea y al consejo de la ciudad, y ella al momento escondió tres vasijas en su regazo y se las llevó. Yo, con total inocencia, la seguía.

»Se hundió el sol y se llenaron de sombra todas las rutas. Nosotros, apresurándonos, llegamos pronto al famoso puerto donde estaba el veloz navío de los marineros fenicios. Éstos pronto embarcaron y se lanzaron a navegar las líquidas sendas, con nosotros a bordo. Zeus les enviaba un viento favorable.

»Navegamos sin parar seis jornadas, noche y día. Pero cuando Zeus Crónida nos deparó el séptimo día, entonces la flechera Ártemis asaeteó a la mujer, y cayó con un repentino golpe en la cala, como una gaviota. La arrojaron por la borda para pasto de focas y peces. Entre tanto yo me quedé afligido en mi corazón. Y el

viento y el agua que los llevaban los arrimaron a Ítaca. Aquí me compró Laertes con su propio peculio. Y así vi yo con mis ojos esta tierra».

Contestó entonces Odiseo de divino linaje con estas palabras:

«Eumeo, me has conmovido a fondo el ánimo en mi pecho, al relatar punto por punto cuántas penas has sufrido en tu corazón. Pero, con todo, para ti junto al daño puso un alivio Zeus, ya que después de mucho sufrir llegaste a la casa de un hombre benévolo, que te ofrece comida y bebida con su afecto, y vives una buena vida. Yo, en cambio, llego aquí después de cruzar vagando muchas ciudades de mortales».

Así ellos conversaban de estas cosas uno con otro, y no durmieron mucho, sino breve tiempo. Pues pronto llegó la Aurora de bello trono. En la costa los compañeros de Telémaco arriaban las velas, desmontaban el mástil presurosos, y a fuerza de remos llevaban el barco hasta la cala. Echaron las piedras de anclaje y ataron las amarras de popa. Tras desembarcar en la orilla del mar se pusieron a prepararse el almuerzo, y a hacer la mezcla del rojo vino. Luego que hubieron saciado el apetito de bebida y comida, comenzó a hablarles el juicioso Telémaco:

«Conducid vosotros ahora la negra nave a la ciudad, mientras que yo voy a ver mis campos y a mis pastores. Cuando haya dado una ojeada a mis terrenos, bajaré a la villa. Por la mañana, como premio por el viaje, quiero ofreceros un buen convite de carnes y vino de dulce sabor».

Le contestó a su vez Teoclímeno de aspecto divino:

«¿Adónde, pues, he de ir yo, querido hijo? ¿Me acerco a la mansión de alguno de los que son pode-

rosos en la rocosa Ítaca? ¿O me voy directamente a la casa de tu madre y tuya?».

Contestóle al punto el juicioso Telémaco:

«En otras circunstancias yo te invitaría a acudir a nuestra casa. Porque no escatimo la hospitalidad. Pero sería peor para ti, pues ahora yo estaré lejos y mi madre no te verá, ya que no se muestra a menudo ante los pretendientes, sino que en su sala de arriba teje en su telar. No obstante, voy a encomendarte a otro señor, al que podrías dirigirte: a Eurímaco, hijo ilustre del sagaz Pólibo, al que ahora los itacenses respetan tanto como a un dios. Porque es el hombre más distinguido y el más ansioso por desposar a mi madre y obtener el rango de Odiseo. Mas sólo Zeus, el olímpico que mora en el cielo, sabe si en vez de la boda no obtendrá un día funesto».

Mientras hablaba así, cruzó volando un ave a su diestra, un halcón, veloz mensajero de Apolo. En sus garras llevaba una paloma, que desplumaba, y dejaba caer a tierra sus plumas, en el espacio que mediaba entre Telémaco y la nave. Teoclímeno le llamó aparte, lejos de los compañeros, le tomó de la mano, y llamándole por su nombre, le decía:

«Telémaco, no sin un designio divino pasó esta ave por la derecha. Que yo, al verla delante, he reconocido su augurio. No hay otra familia más regia que la vuestra en el pueblo de Ítaca, y siempre seréis vosotros quienes manden».

Le contestó a su vez el juicioso Telémaco:

«¡Ojalá que así, extranjero, quedara cumplida tu profecía! Pronto tendrías pruebas de mi amistad y muchos regalos de mi parte, al punto que cualquiera al toparse contigo te llamaría feliz».

Dijo, y llamó a Pireo, un fiel compañero, y le habló:

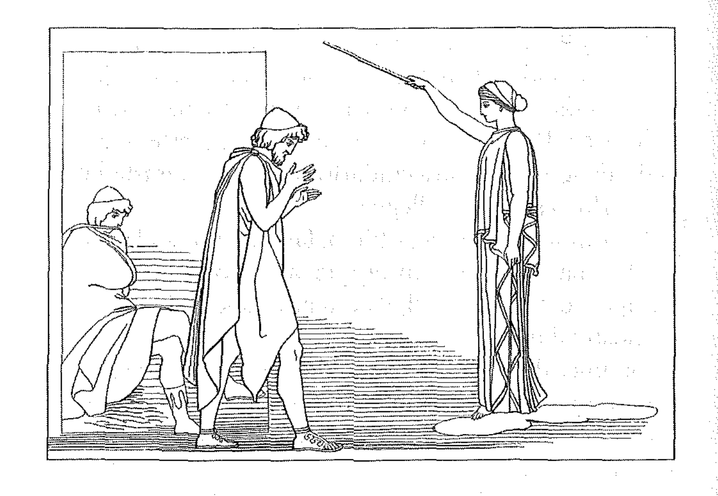
«Pireo, hijo de Clitio, tú eres de todos quien mejor me obedece, entre los compañeros que me han escoltado hasta Pilos. De nuevo ahora llévate a este huésped mío a tu casa, para cuidarlo con franca amistad y honrarlo hasta que yo llegue».

Le respondió entonces Pireo, famoso por su lanza:

«Telémaco, aunque tú te quedaras por aquí largo tiempo, yo cuidaré de él, y no tendrá queja alguna de mi hospitalidad».

Después de decir esto, se subió al barco y ordenó a sus compañeros que embarcaran y soltaran de nuevo las amarras de popa. Subieron ellos al momento y se sentaron a los remos.

Telémaco anudóse en los pies sus bellas sandalias y recogió de la cubierta del navío su robusta lanza, guarnecida de afilado bronce. Ellos soltaron las amarras y avanzaron remando hasta la ciudad, como les había mandado Telémaco, el querido hijo del divino Odiseo. A quien, caminando a grandes pasos, sus pies le llevaban a la majada, donde se albergaban sus cerdos incontables, entre los que pasaba la noche el buen porquerizo, que tanto cariño tenía hacia sus señores.



CANTO XVI

En la majada ambos, Odiseo y el divino porquerizo, apenas salió la Aurora se pusieron a preparar su almuerzo, después de encender el fuego. Habían enviado fuera a los pastores con las piaras de cerdos. Al aproximarse Telémaco los perros de broncos ladridos empezaron a mover la cola y no ladraban. Advirtió el divino Odiseo que los perros meneaban el rabo y le llegó el ruido de dos pies. Enseguida le dijo a Eumeo estas palabras aladas:

«Eumeo, ahora se acerca aquí algún compañero tuyo, o tal vez algún conocido, porque los perros no ladran, sino que mueven las colas. Y oigo un rumor de pasos».

Aún no había acabado su frase, cuando su querido hijo se detuvo en la entrada. Asombrado se alzó el porquerizo, y se le cayeron de las manos las jarras en que andaba mezclando el vino rojo. Salió al encuentro de su

señor, y le besó la cabeza y los hermosos ojos y ambas manos, mientras vertía abundantes lágrimas. Tal como un padre afectuoso acoge con cariño a su hijo, que vuelve de una tierra lejana después de diez años, y es el hijo único de su vejez por el que ha sufrido muchos pesares, así entonces besaba a Telémaco el divino porquerizo, abrazándole por entero, como si volviera escapando de la muerte. Y, sollozando, le decía sus palabras aladas:

«¡Has vuelto, Telémaco, dulce luz mía! Ya creía que no te vería más, después de que te fueras en tu nave a Pilos. Pero, venga, entra ya, querido niño, para que disfrute en mi ánimo de verte de nuevo aquí dentro, llegado de lejos. Que no visitas a menudo el campo ni a tus pastores, sino que te quedas en la ciudad. ¡Será tal vez que le gusta a tu ánimo contemplar el maldito pelotón de los pretendientes!».

Y a su vez el juicioso Telémaco le decía en respuesta:

«Será por eso, abuelo. Vengo aquí por ti, para verte con mis ojos y escuchar tus palabras, sobre si mi madre me aguarda aún en el palacio, o si ya algún otro hombre se la llevó en matrimonio, y acaso el lecho de Odiseo está ocupado por dañinas arañas».

Le contestó al momento el porquero, capataz de sus siervos:

«Ten por seguro que ella espera con sufrido valor en el palacio. Tristes se le pasan siempre las noches y los días, vertiendo llanto».

Después de hablar así le recogió su broncínea lanza, y él entró, cruzando el umbral de piedra. Al verlo entrar quiso cederle el asiento su padre, Odiseo. Pero Telémaco lo detuvo, desde enfrente, y le dijo:

«Siéntate, forastero. Nosotros encontraremos por aquí otro asiento en la cabaña. Este hombre de aquí me lo ofrecerá».

Así habló, y el otro se sentó de nuevo. Para su hijo el porquerizo amontonó unas ramas verdes y las cubrió con una piel de oveja. Sobre ella se sentó el querido hijo de Odiseo. Y delante les preparó el porquero unas tablas de carnes asadas, que habían sobrado en la comida de la víspera. Apresuradamente recogió unos pedazos de pan en unos cestillos, y se puso a mezclar en una jarra un vino de dulce sabor. Ellos echaron sus manos sobre los alimentos que tenían servidos delante.

Luego que hubieron saciado su apetito de comida y bebida, entonces Telémaco le decía al divino porquerizo:

«Abuelo, ¿de dónde ha llegado este extranjero? ¿Cómo lo trajeron los marineros a Ítaca? ¿Quiénes decían ser? Porque no creo que haya llegado hasta aquí caminando».

Respondiéndole, decías tú, porquerizo Eumeo:

«En efecto, hijo, voy a contarte toda la verdad. De la extensa Creta dice que es por su linaje, y afirma que ha pasado por muchas ciudades errabundo. Pues la divinidad le deparó ese vagar. Ahora, por fin, escapando de una nave de gente tesprota, vino a mi majada. Y yo te lo encomiendo a ti. Trátale como quieras, date cuenta de que es un suplicante tuyo».

De nuevo le contestó el juicioso Telémaco:

«¡Eumeo, qué penoso encargo me has propuesto! ¿Cómo, pues, voy yo a acoger a este extranjero en mi casa? Yo soy joven y todavía no tengo confianza en mis manos como para defenderme de cualquier in-

dividuo que ose enfrentárseme. Y a mi madre el corazón se le agita en el pecho dudando si permanecer en mi casa y velar por el hogar, respetando el lecho de su esposo y su fama en el pueblo, o si marchar tras el mejor de los aqueos que la pretenda y en su casa le ofrezca más numerosos obsequios. Sin embargo, a este huésped tuyo, ya que a tu casa acudió, lo vestiré de hermosas ropas, túnica y manto, y le daré una espada de doble filo y sandalias para sus pies y lo enviaré a donde su corazón y su ánimo le impulsen.

»Si estás dispuesto, tómalo a tu cuidado y retenlo en la majada. Enviaré yo aquí los vestidos y todo el sustento para su comida, para que no os resulte una carga a ti y a tus compañeros. Mas no querría yo que se presentara ante los pretendientes, pues siguen con su desenfrenada insolencia, para que no lo ultrajen. Me causaría un enorme disgusto. Y le es difícil a un hombre, por fuerte que sea, pelear contra muchos más, que son con eso sin duda más fuertes».

Contestóle, a su vez, el muy sufrido divino Odiseo:

«Amigo mío, puesto que es lícito que también yo diga mi opinión, ¡cómo se me desgarra el corazón al escuchar las acciones tan insolentes que decís que traman los pretendientes en el palacio, en contra de la voluntad de alguien como tú! Dime si te dejas someter de buen grado, o si es que la gente del pueblo te margina obedeciendo al oráculo de un dios, o si les echas la culpa a tus hermanos, en los que un hombre confía en los momentos de lucha, cuando estalla una gran rencilla. ¡Ojalá fuera yo tan joven, con un ánimo como el mío, o un hijo del irreprochable Odiseo, o incluso el mismo Odiseo regresara de su viaje! El destino permite aún la esperanza. ¡Que me cortara la ca-

beza un extraño cualquiera si no iba a ser yo la ruina de todos ellos al presentarme en el palacio de Odiseo Laertíada! Y si me vencieran por su número cuando yo me presentara solo, preferiría que me mataran de una vez en mi palacio, y quedar muerto, a ver continuamente esos actos infames: que ofendan a mis huéspedes, que arrastren deshonrosamente a mis sirvientas por las nobles salas, y derramen mi vino sin tasa, y se coman mi pan, en su necio desenfreno, en un desastre sin fin».

Le contestó luego el juicioso Telémaco:

«Yo te lo contaré, extranjero, punto por punto. Ni el pueblo entero me rechaza y me detesta, ni tengo reproches contra mis hermanos, en los que un hombre suele confiar en los momentos de pelea, si estalla una gran rencilla. Porque sucede que a mi familia Zeus la hizo de hijos únicos. Arcisio engendró sólo a un hijo: Laertes. A su vez, él fue padre de un solo hijo: Odiseo. Y Odiseo, a su vez, me engendró sólo a mí y me dejó en su palacio, sin disfrutar de mi niñez. Por eso ahora son incontables los enemigos que tengo en mi casa. Todos los príncipes que tienen poderío en las islas, en Duliquio, en Samos, y en la boscosa Zacintos, y cuantos tienen dominios en la rocosa Ítaca, todos esos cortejan a mi madre y esquilman la casa. Ella ni rechaza el matrimonio ni puede detener su asedio, y ésos van consumiendo, devorando, mi hacienda. Pronto me destruirán también a mí. Pero, ciertamente, eso está en las rodillas de los dioses.

»Abuelo, vete tú aprisa, di a la prudente Penélope que aquí estoy sano y salvo, y que he vuelto de Pilos. Yo, por mi parte, aguardaré aquí y tú regresa después de darle la noticia a ella sola. Que no se entere ningún

otro de los aqueos. Pues muchos traman daños contra mí».

En respuesta le dijiste tú, porquerizo Eumeo: «Lo sé, lo comprendo. Hablas a uno que ya conoce el asunto. Pero dime algo más y expónmelo sin rodeos: si también en el mismo viaje he de acercarme al infeliz Laertes, que, aunque muy apenado por Odiseo, antes inspeccionaba las tareas de los siervos en el palacio, y comía y bebía siempre que en su ánimo le apetecía; pero ahora, desde que tú te fuiste con tu nave a Pilos, dicen que ya no come ni bebe como antes, ni vigila los trabajos, sino que con sollozos y gemidos se está sentado lamentándose, mientras la piel se le arruga sobre los huesos».

Le respondió al momento el juicioso Telémaco: «Muy triste es, pero aun así dejémoslo, por mucho que nos apene. Pues, si todo quedara al alcance de los humanos, querríamos antes que nada ver el día del regreso de mi padre. Bueno, dale a ella el recado y vuélvete atrás, sin demorarte por los campos en busca de aquél. Pero dile a mi madre que le envíe a la sirvienta despensera a toda prisa y en secreto, pues ella puede darle las nuevas al anciano».

Dijo y apremió al porquero. Recogió él con sus manos las sandalias, se las ató a los pies, y se puso en marcha hacia la ciudad. No le pasó inadvertida a Atenea la salida del porquerizo Eumeo de la majada. Así que se presentó allá. En su aspecto había tomado la figura de una mujer bella y alta y experta en finas labores. Acudió y se le apareció a Odiseo delante de la cabaña. Pero Telémaco no la vio allí ni se percató de su presencia. Los dioses no aparecen visibles a todos. La vieron Odiseo y los perros, que no ladraron, sino que

corrieron espantados y gruñendo por aquí y por allí en la majada. Ella hizo una seña con los ojos. La advirtió el divino Odiseo, y salió de la estancia andando a lo largo del gran muro del patio, y se paró ante ella. Atenea le dijo:

«¡Hijo divino de Laertes, Odiseo de muchos trucos, infórmale ya ahora a tu hijo, y no disimules más tus palabras! A fin de que, cuando hayáis tramado la muerte y el destino funesto de los pretendientes, marchéis los dos a la muy ilustre ciudad. Yo misma tampoco andaré lejos de vosotros, ansiosa de combatir».

Dijo, y lo tocó Atenea con su varita de oro. Un manto recién lavado y una túnica le envolvieron el cuerpo, y le infundieron arrogancia y juventud. De nuevo se volvió moreno de piel, y se redondearon sus mejillas, y los cabellos de su barba ennegrecieron. Después de esta acción partióse la diosa. Luego entró Odiseo en la cabaña. Se quedó pasmado su querido hijo; atemorizado desvió sus miradas, por si acaso era un dios, y empezó a hablarle con estas palabras aladas:

«Distinto apareces ante mí, extranjero, ahora de antes, llevas otro atuendo y tu cuerpo no es el mismo. Seguramente eres algún dios, de los que habitan el amplio cielo. Pero senos propicio, para que te ofrezcamos sacrificios a tu gusto y regalos de oro bien labrado. ¡Apiádate de nosotros!».

Le contestó enseguida el muy sufrido divino Odiseo:

«No soy ningún dios. ¿Por qué me comparas a los inmortales? Pero soy tu padre, por el que tú suspiras y sufres muchos pesares, soportando los ultrajes de otros hombres».

Después de hablar así, besó a su hijo, y por sus mejillas derramó lágrimas que caían hasta el suelo. Has-

ta entonces las había retenido tenazmente. Telémaco, que aún no se había convencido de que fuera su padre, respondióle de nuevo y le habló con estas palabras:

«No, tú no eres Odiseo, mi padre, sino que un dios me hechiza para que me apene aún más y más solloce. Porque en modo alguno habría tramado esto un mortal con su propia mente, a no ser que se presentara algún dios para hacerte sin trabas, a su placer, joven o viejo. Hace un momento eras un viejo y vestías con harapos; ahora te asemejas a los dioses que poseen el amplio cielo».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«Telémaco, no está bien que, al presentarse acá tu padre, te asombres en exceso y te maravilles demasiado. Pues no va a regresar ningún otro Odiseo, sino sólo yo, tal como me ves ahora, después de mucho sufrir y mucho ir errante, y vuelvo a los veinte años a mi tierra patria. Por lo demás, esto es obra de Atenea que conduce los ejércitos, quien me ha vuelto tal como le apetece, pues bien puede hacerlo, unas veces con aspecto de mendigo, y otras, en cambio, como un hombre joven con bellas ropas sobre el cuerpo. Es fácil para los dioses que poseen el amplio cielo revestir de gloria a un mortal o arruinarlo».

Después de decir esto se sentó. Telémaco se abrazó a su padre y gemía y vertía lágrimas. A ambos les inundó el deseo de llanto. Lloraban estrepitosamente, de modo más agudo que las aves, águilas o buitres de corvas garras, a los que los campesinos les han arrebatado las crías antes de que pudieran usar sus alas; así entonces ellos, desde sus cejas, derramaban el llanto. Y sollozando se les habría puesto la luz del sol, si antes no le hubiera dicho Telémaco a su padre:

«¿En qué nave ahora te trajeron, querido padre, aquí, a Ítaca, los navegantes? ¿Quiénes decían ser? Porque creo que no habrás llegado aquí caminando».

Le contestó al punto el muy sufrido divino Odiseo:

«Pues bien, voy a decirte, querido hijo, toda la verdad. Me trajeron los feacios, famosos por sus naves, que dan escolta también a otros hombres, a cualquiera que llegue ante ellos. Me transportaron dormido en una negra nave sobre el mar, me dejaron en Ítaca y me dieron espléndidos regalos, bronce y oro en abundancia, y ropas bien tejidas. Tengo estos objetos guardados en una cueva según la voluntad de los dioses. Por mi parte he venido aquí de acuerdo con las instrucciones de Atenea, para que decidamos acerca de la muerte de nuestros enemigos. Conque, venga, recuenta y descríbeme a los pretendientes, para que yo sepa cuántos y quiénes son esos hombres. Y, meditando en mi ánimo, podré decirte si vamos a ser capaces de enfrentarnos a ellos nosotros dos solos, o si buscaremos además ayuda de otros».

Le repondió enseguida el juicioso Telémaco:

«Oh padre, de continuo he oído de tu gloriosa fama: que eras de brazo guerrero y de inteligente decisión. Pero acabas de decir algo excesivo. Me echa atrás el espanto. No sería posible que dos hombres peleen contra muchos y fuertes. Los pretendientes no son, en efecto, ni una decena ni dos, sino muchísimos más. Pronto vas a saber su número. De Duliquio llegaron cincuenta y dos jóvenes sobresalientes, y les acompañaban seis criados; de Samos hay veinticuatro individuos; de Zacintos han venido veinte hijos de los aqueos; y de la misma Ítaca doce, todos principales, y junto a ellos están el heraldo Medonte, el divino aedo,

y un par de siervos expertos en los servicios del banquete. Si nos enfrentáramos a todos ellos allí dentro, tal vez sufrirías, a tu vuelta, de modo amargo y brutal sus violencias. Pero, si te es posible pensar en alguien que nos auxilie, dime quién puede socorrernos con su amistad y valor».

Le respondió a su vez el muy sufrido divino Odiseo:

«Pues, en efecto, te lo diré y tú escúchame y atiende, y piensa y dime si nos será suficiente Atenea junto con Zeus Padre, o si debo pensar en encontrar algún otro auxiliar».

Le respondió entonces el juicioso Telémaco:

«Poderosos son, en efecto, esos dos defensores que mencionas, si bien están en lo alto, en las nubes. Los dos dominan a los hombres todos y a los dioses inmortales».

Contestóle, a su vez, el muy sufrido divino Odiseo:

«Pero no permanecerán los dos mucho tiempo apartados de la feroz refriega, cuando entre los pretendientes y nosotros en nuestras salas se dirima la contienda de Ares. Así que ponte en camino en cuanto amanezca hacia la casa y mézclate allí con los soberbios pretendientes. Luego a mí me conducirá el porquerizo hasta la ciudad, con mi aspecto de mendigo miserable y viejo.

»Si me ultrajan en el palacio, que tu corazón en tu pecho se resigne a ver que yo soporto el maltrato. Incluso si me arrastran por los pies hasta echarme o si me hieren con lo que me arrojen, tú mira y conténte.

»Pero, bueno, propónles que desistan de sus ofensas, dándoles consejos con palabras amables. Ellos no te harán ningún caso, pues ya les acecha el día fatal.

Te diré algo más, y tú guárdalo en tu mente. Cuando Atenea de muchos consejos lo inspire en mi ánimo, yo te haré una seña con la cabeza, y tú, apenas la veas, retira todas las armas de guerra que hay en las salas, y llévatelas al fondo de la estancia del piso alto, todas en montón. Con respecto a los pretendientes, explícaselo con palabras arteras en caso de que te pregunten al echarlas en falta: "Las he apartado del humo, para que no les pase como a las que aquí dejó antaño Odiseo al marcharse a Troya, que están ahumadas por donde las alcanzó el ardor del fuego. Y, además, hay otro motivo que me ha inspirado el Crónida; que no sea que, al emborracharos, vaya a surgir entre vosotros una disputa y os dañéis unos a otros y echéis a perder el banquete y el cortejo, pues el hierro por sí solo incita al hombre". Tan sólo para nosotros dos deja a nuestro alcance dos espadas y dos lanzas, y dos escudos de piel de buey para tomarlos en nuestras manos y usarlos al comenzar la matanza. A ellos entonces los hechizarán Atenea y el providente Zeus.

»Otra cosa te diré y tú guárdala en tu mente. Si verdaderamente eres mi hijo y de nuestra sangre, que nadie se entere ahora de que Odiseo está en su casa. Que no lo sepa ni Laertes ni el porquerizo siquiera, ni ninguno de los siervos ni la misma Penélope, sino que tú y yo, solos, conozcamos la conducta de las mujeres y pongamos a prueba luego a cada uno de los criados, a ver quién nos respeta y nos teme en su ánimo, y quién nos ignora y te desprecia siendo tú quien eres».

Respondiéndole le hablaba así su ilustre hijo:

«Padre, vas a conocer, creo, de aquí en adelante mi talante. Porque en nada me retienen flaquezas de ánimo. Sin embargo eso no creo que nos resulte una ventaja a

nosotros dos. Te ruego que lo pienses. Tardarás en saber algo probando a cada uno, examinando sus acciones, mientras que ésos a su gusto en el palacio devoran tus bienes sin reparos, sin ahorro alguno. Pero yo te exhorto a que nos informemos de las mujeres quiénes te deshonran y quiénes son inocentes. Respecto a los hombres no quisiera ir por las majadas a ponerlos a prueba, sino que dejemos esta tarea para luego, si de verdad sabes algún augurio de Zeus portador de la égida».

Mientras ellos charlaban de todo esto uno con otro, llegó al puerto de Ítaca la bien construida nave, que desde Pilos había transportado a Telémaco y sus compañeros. En cuanto éstos se hallaron al fondo del hondo puerto, vararon en la ribera la negra nave y la animosa tripulación sacó de ella las armas, y enseguida llevaron a casa de Clitio los espléndidos regalos. Luego enviaron un heraldo a la mansión de Odiseo para darle a la prudente Penélope la noticia de que Telémaco estaba en el campo y que había dado órdenes de que la nave fuera a la ciudad, para que la noble reina dejara de verter su tierno llanto.

Coincidieron ambos, el heraldo y el divino porquerizo en su embajada, yendo a contar la noticia a su señora. Así que cuando llegaron a la mansión del divino rey, el heraldo proclamó delante de las criadas: «Al fin, ya, reina, ha vuelto tu querido hijo». Y el porquerizo, situándose junto a Penélope, le comunicó todas las cosas que su hijo le había encargado contarle. Y después, en cuanto le hubo dicho del todo su encargo, emprendió el regreso hacia sus cerdos, dejando atrás los patios y el palacio.

Los pretendientes se afligieron y se entristecieron en su ánimo, y salieron de la gran sala arrimados al

largo muro del atrio, y fueron a sentarse delante del portalón. Entre ellos tomó la palabra Eurímaco, hijo de Pólibo:

«¡Ah, amigos, menuda hazaña ha resultado este viaje audaz de Telémaco! Pensábamos que no lo lograría. Bien, vamos, botemos una negra nave, la mejor que tengamos y dispongamos remeros para ella, de manera que, de inmediato, digan a los demás que se vuelvan enseguida a esta casa».

Aún no lo acababa de decir cuando Anfínomo, volviendo la vista, divisó el barco ya dentro del hondo puerto y a sus tripulantes recogiendo las velas y con los remos en los brazos. Echándose a reír alegremente les dijo a sus compañeros:

«No enviemos ya ningún mensaje, que ya están aquí ésos. O bien alguno de los dioses se lo hizo saber o ellos mismos vieron pasar de largo el navío y no pudieron darle alcance».

Así habló y los demás se levantaron y marcharon por la orilla marina. Pronto dejaron la negra nave sobre la ribera, y sacaron los arreos sus bravos servidores. Ellos marcharon todos juntos a la plaza sin dejar que ningún otro, ni joven ni viejo, se les uniera. Entre ellos tomó la palabra Antínoo, hijo de Eupites:

«¡Ay, ay, cómo libraron a ese joven de la muerte los dioses! Durante días estuvieron los vigías en las cimas batidas por el viento, continuamente, en turnos constantes. Al ponerse el sol nunca dormimos por la noche en tierra, sino que nos quedamos en alta mar en nuestra negra nave hasta la divina aurora, acechando a Telémaco, para capturarlo y matarlo allí. Pero he aquí que entre tanto lo trajo a su casa el destino. Bien, preparémosle aquí nosotros a Telémaco

una cruel muerte, y que no se nos escape. Pues creo que, mientras él siga vivo, no se cumplirán nuestros planes. Por su inteligencia y su decisión él, en efecto, es muy capaz y las gentes del pueblo no están ya, de ningún modo, bien dispuestas hacia nosotros. Así que actuad antes de que él reúna a los aqueos en el ágora. No creo pues que vaya a ceder en nada, sino que vendrá enfurecido y alzándose ante todos les dirá que tramábamos su pronta muerte, pero no la hemos conseguido. Y ellos, en cuanto le escuchen, no aprobarán estas malignas acciones. ¡Ojalá no nos causen daños y nos expulsen de nuestra tierra y tengamos que emigrar a un país extraño! Mas apresurémonos a capturarlo en el campo, lejos de la ciudad, o en el camino. Y quedémonos con sus bienes y hacienda nosotros, repartiéndolos con equidad, y, por otra parte, permitamos que se queden la casa su madre y aquel que se case con ella. Si este consejo os desagrada, y preferís, en cambio, que él viva y conserve toda la fortuna paterna, no sigamos devorando todos juntos sus abundantes bienes, reuniéndonos aquí, sino que cada uno desde su propia casa continúe el cortejo ofreciendo a su madre sus regalos de boda. Y que ella pueda luego desposarse con quien más le ofrezca y le esté destinado».

Así dijo, y todos los demás se quedaron quietos y en silencio. Entre ellos tomó la palabra y empezó a hablar Anfínomo, el ilustre hijo de Niso, el soberano Aretíada, que desde la herbosa Duliquio de amplios trigales acaudillaba a los pretendientes y de modo especial agradaba a Penélope por sus palabras, pues era de buen corazón. Éste, con pensamiento benévolo, comenzó a hablar y dijo:

«Amigos, yo al menos no quisiera asesinar a Telémaco. Es horrible dar muerte a alguien de estirpe real. Así que, antes, consultemos los designios de los dioses. Si las leyes del gran Zeus lo aprobaran, yo mismo lo mataré e incitaré a todos los demás. Pero si los dioses lo rechazan, opino que debemos dejarlo».

Así habló Anfínomo y a los demás les pareció bien el consejo. Poco después se levantaron y marcharon a la casa de Odiseo y, llegando allí, se sentaron en los bien pulidos asientos.

Pero algo nuevo pensó la prudente Penélope: en aparecer ante los pretendientes de soberbia arrogancia. Pues se había enterado en palacio de la amenaza de muerte a su hijo. Se lo contó el heraldo Medonte, que oyó las intrigas. Marchó hacia la sala seguida de sus doncellas, y, cuando llegó ante los pretendientes la divina entre las mujeres, se detuvo erguida ante el pilar del bien construido techo, manteniendo ante sus mejillas su sutil velo, y se dirigió a Antínoo, le amonestaba y le decía:

«¡Antínoo, criminal, urdidor de maldades! ¡Y de ti dicen en el pueblo de Ítaca que eres el mejor de los de tu edad en decisión y en palabras! Desde luego que no te comportas como tal. ¡Insensato! ¿Por qué maquinas tú la muerte y el final de Telémaco, y no respetas a los suplicantes, de los que Zeus es protector? Impiedad es tramar maldades unos contra otros. ¿O no sabes cómo llegó aquí tu padre, fugitivo, temeroso del pueblo? La gente, en efecto, se había enfurecido mucho porque él, en compañía de los piratas tafios, había dañado a los tesprotos, que eran aliados nuestros. Estaban dispuestos a matarlo y a arrancarle el corazón y arramblar con sus numerosos y costosos bienes.

Pero Odiseo lo impidió y los contuvo, aunque estaban enfurecidos. De ése ahora arruinas la casa, ignominiosamente, y pretendes a su mujer y quieres matar a su hijo, y a mí me angustias a fondo. Por tanto, te ruego que te contengas y exhortes a los demás a eso mismo».

A su vez la contestaba Eurímaco, hijo de Pólibo:

«¡Hija de Icario, prudente Penélope, no temas! Que eso no te angustie en tu interior. No hay hombre alguno, ni va a surgir ni presentarse, que vaya a poner sus manos sobre tu hijo Telémaco, mientras yo viva y contemple la luz del sol en la tierra. Así pues te lo prometo, y así quedará cumplido: muy pronto su negra sangre correría en torno a mi lanza, pues, en efecto, también a mí Odiseo, el destructor de ciudades, muchas veces me hizo sentarme en sus rodillas y en sus manos me dio a comer carne asada y rojo vino. Por eso para mí Telémaco es el más querido con mucho de todos los humanos, y proclamo que no ha de temer una muerte que venga de los pretendientes. La que envían los dioses es imposible esquivarla».

Así dijo confortándola, pero él mismo planeaba esa muerte. Ella entonces subió a las relucientes estancias de arriba, y luego se puso a llorar a Odiseo, su querido esposo, hasta que Atenea de ojos glaucos vertió dulce sueño sobre sus párpados.

Al atardecer llegó hasta Odiseo y su hijo el divino porquerizo. Los otros, naturalmente, se preparaban ya la cena sacrificando un lechón de un año. Al punto Atenea, acudiendo junto al Laertíada Odiseo, lo tocó con su varita y lo convirtió de nuevo en un viejo, y revistió su cuerpo con míseras ropas, para que no lo reconociera el porquerizo al encontrárselo cara a cara y

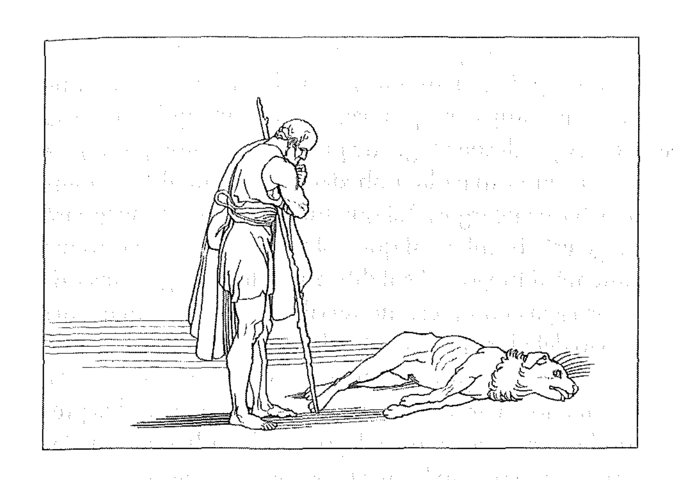
se lo dijera a la prudente Penélope, sin guardar el secreto. Y Telémaco fue el primero en tomar la palabra:

«¡Has vuelto, divino Eumeo! ¿Qué rumor corre por la ciudad? ¿Acaso los soberbios pretendientes han vuelto de su emboscada o aún siguen al acecho para cuando yo regrese a mi casa?».

Respondiendo le contestaste tú, porquerizo Eumeo:

«No me paré a averiguar y preguntarlo cuando bajé a la ciudad. Mi ánimo me impulsaba a dar aprisa el mensaje y volverme de nuevo acá. Avanzó conmigo un enviado presuroso de tus compañeros, un heraldo, que fue el primero en darle noticias a tu madre. En todo caso, sé lo siguiente, porque lo vi con mis ojos. Ya andaba yo de camino por las afueras de la ciudad, por donde queda la colina de Hermes, cuando divisé una nave rauda que entraba en nuestro puerto, y muchos hombres iban a bordo. Estaba llena de escudos y lanzas de doble punta, y me figuré que eran ellos, pero no sé nada más».

Así habló y sonrió el sagrado ánimo de Telémaco, mientras echaba con sus ojos una mirada a su padre y esquivaba la del porquero. Cuando ellos hubieron acabado el trabajo y preparado la cena, se pusieron a comer y su ánimo no echaba en falta nada de un completo festín. Y cuando hubieron saciado su apetito de comida y bebida, pensaron en la cama y acogieron el regalo del sueño.



CANTO XVII

Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, cuando al instante se ató a los pies las bellas sandalias Telémaco, el querido hijo del divino Odiseo, tomó la robusta lanza bien encajada en su mano, presuroso por marchar a la ciudad, y dijo al porquerizo:

«Abuelo, yo me voy a la ciudad, para que me vea mi madre. Pues creo que no va a cejar en su afligido llanto y su quejumbroso gemir hasta que me vea en persona. A ti te encargo de esto: lleva a este desdichado extranjero a la ciudad para que allí mendigue su pitanza. El que quiera le dará algo de pan y un vaso de vino. A mí no me es posible mantener a todo el mundo, aunque me aflija en mi ánimo. En cuanto al extranjero, si se enfada mucho, peor será para él. A mí me gusta decir la verdad».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Amigo, tampoco yo tengo ganas de quedarme. Para un pobre es mejor ir a la ciudad y por los campos a mendigar su pitanza. Y me dará quien quiera. No soy yo, desde luego, de poca edad, como para quedarme en la majada a obedecer en todo al que manda y hace encargos. Así que márchate. A mí me guiará luego este hombre, al que se lo mandas, en cuanto me caliente al fuego y el sol difunda calor. Tengo estas míseras ropas en un estado terrible. No vaya a matarme el frío del alba. El poblado, decís, está lejos».

Así habló, y pronto Telémaco dejó atrás la majada, caminando a grandes pasos. Meditaba daños a los pretendientes. Y en cuanto llegó a su bien habitado palacio, se detuvo, dejó la lanza apoyada en una alta columna, y entró en el interior, cruzando el pétreo umbral.

La primera en verlo fue la nodriza, Euriclea, que estaba extendiendo unas pieles sobre los torneados asientos, y enseguida corrió llorosa hacia él. De uno y otro lado acudieron las otras siervas del intrépido Odiseo, y le abrazaban y besaban su cabeza y sus hombros. Desde su alcoba acudió la muy prudente Penélope, parecida a Ártemis o a la áurea Afrodita. Ella rodeó con ambos brazos llorando a su hijo y le besó la cabeza y sus bellos ojos, y, entre sollozos, le decía estas palabras aladas:

«¡Has vuelto Telémaco, mi dulce luz! Ya creía yo que no iba a verte más, después de que te fueras en tu nave hacia Pilos a escondidas, contra mi voluntad, para escuchar noticias sobre tu padre. Bueno, venga, cuéntame todo lo que has visto en tu viaje».

A su vez, el juicioso Telémaco la contestaba:

«Madre mía, no me muevas al llanto ni me acongojes el ánimo en el pecho, después de haber escapado a

una brusca muerte. Más bien date un baño, ponte encima tus refulgentes joyas, sube a la estancia de arriba con tus criadas de casa, y promete sacrificar hecatombes completas a todos los dioses si Zeus cumple una justa venganza. Yo, por mi cuenta, voy a ir hasta la plaza a invitar al extranjero que me acompañó a mi vuelta. Lo envié por delante con compañeros semejantes a dioses, y a Pireo le ordené que lo llevara a su casa amablemente y le acogiera y le honrara como amigo, hasta que yo acudiera».

Así habló y para ella fue una palabra sin alas. Así que se dio un baño, se puso un vestido reluciente y prometió a todos los dioses ofrecerles hecatombes completas en sacrificio, si Zeus cumplía los actos de venganza.

Telémaco salió luego a grandes pasos de la sala y recogió su lanza. Lo escoltaban unos perros de patas veloces. Sobre él vertía su gracia divina Atenea. Toda la gente lo veía pasar admirada. En torno los pretendientes soberbios se reunían saludándole con palabras afables, pero maquinando males en sus mentes. Él esquivó pronto el numeroso gentío, y fue a sentarse allí donde solían sentarse Méntor, Antifo y Haliterses, que eran desde mucho tiempo antes compañeros de su padre. Ellos le preguntaban por todo.

Y hasta ellos llegó, a su lado, Pireo, famoso por su lanza, que guiaba al extranjero a través de la ciudad hasta la plaza. Telémaco entonces no se mantuvo lejos del extranjero, sino que fue junto a él.

Pireo comenzó a hablar y dijo:

«Telémaco, envía pronto a mi casa unas mujeres, para que te entregue los regalos que te ofreció Menelao».

A su vez le respondió el juicioso Telémaco:

«Pireo, no sabemos cómo van a salir ahora las cosas. Por si acaso los altivos pretendientes en mi palacio fueran a matarme y a repartirse mis bienes paternos, prefiero que tú tengas y disfrutes de éstos antes que cualquiera de ellos. Mas si yo consigo darles muerte y un fatal destino, entonces los recogeré contento cuando me los traigas contento».

Después de hablar así guiaba hacia su casa al asendereado extranjero. En cuanto llegaron a la casa bien habitada, dejaron sus mantos sobre las sillas y asientos, y se dirigieron hacias las bañeras bien pulidas y se bañaron. Luego las sirvientas los frotaron y ungieron con aceites, y los vistieron con túnicas y mantos de lana. Y salieron de las bañeras y se sentaron en los sillones. Una criada trajo el agua en un hermoso aguamanil de oro, y comenzó a verterla en una jofaina de plata para que se lavaran las manos. A su lado extendió una pulida mesa. Sobre ella colocó la venerable despensera las viandas, trayendo muchos manjares, generosa de cuanto tenían.

La madre de Telémaco vino a situarse frente a ellos, sentada en su silla junto a la gran columna de la sala, revolviendo en su rueca sutiles hilos. Ellos tendieron sus manos a los manjares dispuestos y servidos. Y una vez que hubieron satisfecho su apetito de comida y bebida, empezó a decirles la prudente Penélope estas palabras:

«Telémaco, yo voy a subir al piso alto a echarme en mi cama, que me acoge cuando lloro, bañada en lágrimas de continuo, desde que Odiseo partió con los Atridas hacia Troya. ¿No quieres, antes de que vuelvan los soberbios pretendientes a esta casa, hablarme claramente del retorno de tu padre, si algo por ahí has oído?».

La contestó, al momento, el juicioso Telémaco:

«Desde luego que sí, madre, voy a contarte la verdad.

»Marchamos a Pilos, al palacio de Néstor, pastor de pueblos. Me recibió él en su mansión de alto techo, y me trató amablemente, como un padre a su hijo que volviera después de larga ausencia. Así me albergó él a mí, con todo afecto, en la compañía de sus honrados hijos. Sin embargo, del audaz Odiseo me dijo que no había oído nunca a ningún viajero si estaba vivo o muerto, y me envió a visitar al Atrida Menelao, famoso por su lanza, con un carro bien ensamblado y sus caballos.

»Allí ví a la argiva Helena, por la que mucho sufrieron los argivos y troyanos por la voluntad de los dioses. Después me preguntó pronto Menelao, bueno en el grito de guerra, por qué urgencia acudía a la divina Lacedemonia. Entonces yo le conté punto por punto toda la verdad, y él, contestándome, estas palabras dijo:

»"¡Ay, ay! ¡Que a un hombre tan valeroso quieran usurparle el lecho esos que son sólo unos tipos cobardes! Como cuando una cierva en la guarida de un fornido león echa a dormir a sus cervatillos, crías pequeñas, lactantes, y se sale a pastar por trochas y valles herbosos, y luego llega el león a su madriguera y les da un terrible final a las crías, así Odiseo a ellos les dará un terrible final. ¡Ojalá que, oh Zeus Padre, Atenea y Apolo, siendo tal como era antaño en la bien construida Lesbos, cuando se levantó para luchar con Filomeles, en una disputa, y lo tumbó con fuerza, y se alegraron todos los aqueos, así se presentara ante los pretendientes Odiseo! ¡Tendrían breve vida y amargas bodas! Con

respecto a lo que me preguntas y ruegas no quisiera yo hablar con rodeos y disimulos, y no voy a engañarte. Pero de cuanto me contó el veraz Viejo del Mar ni una palabra te ocultaré ni omitiré. Me dijo que él lo había visto soportando fuertes pesares en una isla, en las moradas de la ninfa Calipso, que lo retenía por la fuerza. Él no era capaz de arribar a su tierra patria puesto que no disponía ni de barco de remos ni de compañeros que fueran con él sobre los amplios lomos del mar".

»Así habló el Atrida Menelao, ilustre por su lanza. Después de realizar eso, regresé. Me dieron un viento propicio los inmortales, que pronto me trajeron a la querida tierra patria».

Así dijo, y a ella le conmovió el corazón en su pecho. A los dos les dijo entonces Teoclímeno de divino aspecto estas palabras:

«Respetable esposa de Odiseo Laertíada, éste en verdad no lo sabe con claridad; pero atiende a mi profecía. Porque voy a darte un vaticinio veraz y sin ambages. ¡Séame testigo Zeus, en primer lugar, y la mesa hospitalaria y el hogar del irreprochable Odiseo, al que me acojo, de que Odiseo, en verdad, ya está en su querida tierra patria, en reposo o caminando, informado de todas las acciones dañinas y, por tanto, prepara la ruina de todos los pretendientes. Un augurio semejante ya interpreté estando en la nave de buenos bancos de remeros y ya se lo expuse a Telémaco».

Le respondió, a su vez, la muy prudente Penélope:

«¡Ojalá, extranjero, se viera cumplida esa profecía! Pronto conocerías mi amistad y tendrías muchos regalos míos, de modo que cualquiera que se encontrara contigo te llamaría feliz».

Mientras que así ellos conversaban unos con otros, los pretendientes se divertían delante del palacio de Odiseo, como de costumbre, lanzando discos y jabalinas en un terreno apropiado, despreocupados del todo. Mas cuando se hizo la hora de cenar y llegaron las ovejas de uno y otro rebaños de los campos, traídas por sus pastores, entonces les habló Medonte, que de los heraldos era el más grato a los pretendientes y que les acompañaba en su festín:

«Muchachos, puesto que ya todos habéis divertido vuestro ánimo con los juegos, andad a la casa para que nos preparemos el banquete. No es nada desagradable tomar la cena a su hora».

Así dijo, y ellos se alzaron y obedecieron su aviso. Luego que llegaron a las confortables salas, depositaron sus mantos sobre los bancos y las sillas, y sacrificaron gruesas ovejas y pingües cabras, y mataron gordos cochinos y una vaca del rebaño, disponiendo la cena.

Los otros, Odiseo y el divino porquerizo, se aprestaban a ir del campo a la ciudad. De ellos tomó la palabra el primero el porquero, mayoral de los siervos:

«Forastero, ya que deseas marchar a la ciudad hoy mismo, como lo indicaba mi patrón, así sea. De verdad que yo preferiría dejarte aquí, como guardián de los establos, pero le tengo respeto y temor, no vaya a ser que me haga reproches, y suelen ser duros los reproches de los amos. Así que, venga, vámonos ahora. Pues ya ha pasado mucho día, y pronto, al atardecer, hará peor».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Me doy cuenta y pienso en ello. Hablas a quien bien lo sabe. Conque vámonos, y tú guía a lo largo de

todo el camino. Dame, si tienes por ahí, algún batón bien cortado para que me apoye, ya que decís que es resbaladiza la senda».

Así dijo y sujetóse a los hombros el zaparrastroso zurrón muy remendado con una cuerda retorcida. Eumeo le dio luego un bastón adecuado. Ambos echaron a andar. En el establo se quedaron, guardándolo, perros y pastores. Hacia la ciudad Eumeo guiaba a su amo, con el aspecto de un mendigo mísero y viejo, apoyado en su bastón, y vestido con ropas andrajosas.

Pronto, en su bajada por un sendero empinado, estuvieron cerca de la ciudad y llegaron junto a una fuente de piedras con un hermoso chorro, adonde acudían a por agua los ciudadanos. La habían construido Ítaco, Nérito y Políctor. La rodeaba en círculo un bosquecillo de acuáticos chopos y el agua fresca manaba desde lo alto de la piedra. En lo más alto habían levantado un altar a las Ninfas, donde hacían sacrificios todos los caminantes. Allí les salió al encuentro Melantio, hijo de Dolio, que conducía unas cabras, las mejores de todos sus rebaños, para agasajo de los pretendientes. Le seguían dos cabreros.

Apenas los vio se puso a insultarlos, y les voceaba palabras brutales y ofensivas. Irritó el corazón de Odiseo.

«¡Ahora sí que, como se ve, un bribón dirige a un bribón, que siempre la divinidad enlaza al semejante con su semejante! ¿Adónde llevas a ese gorrón, miserable porquero, a ese mendigo asqueroso, basura de un banquete? Arrimándose a muchas puertas se rascará los hombros mientras mendiga mendrugos, que no espadas ni calderos. Si me lo dieras para guarda de mis

establos, para barrer el suelo y llevar forraje a los cabritos, tal vez bebería el suero de la leche para engordar sus muslos. Pero, como ya sabe de muchas mañas, no querrá esforzarse en el trabajo, sino que preferirá mendigar limosna encorvado ante la gente para alimentar su vientre insaciable. Pero te diré otra cosa y esto va a quedar cumplido: si se acerca a la mansión del divino Odiseo, muchas banquetas tiradas a su cabeza por las manos de los pretendientes va a recibir en sus lomos, en la casa, cuando sea objeto de sus ataques.»

Así habló, y, al pasar, con gesto brutal, le atizó una patada en la cadera. Mas no lo derribó ni apartó del camino, sino que Odiseo resistió firme, en tanto que dudaba si le quitaría la vida, a golpes de bastón, o si lo tumbaría en el suelo, agarrándolo por la cabeza. Pero se contuvo, lo soportó con coraje. Pero el porquero lo insultó, mirándolo cara a cara, y levantó las manos y suplicó en voz alta:

«¡Ninfas de la fuente, hijas de Zeus, si alguna vez Odiseo quemó en vuestro honor muslos de ovejas o de cabritos, recubiertos de pingüe grasa, cumplidme este ruego: que él regrese y lo conduzca aquí un dios! Entonces sí que vengaría todas esas insolencias que tú ahora, con aires de bravucón, traes y llevas, vagando siempre por la ciudad. Desde luego los malos pastores echan a perder los rebaños».

Le contestó, a su vez, Melantio, el pastor de las cabras:

«¡Vaya, vaya lo que ha dicho este perro experto en ruindades, al que yo alguna vez en negra nave de buenos remos sacaré lejos de Ítaca para venderlo con buena ganancia! ¡Ojalá a Telémaco lo asaeteara Apolo de arco de plata hoy mismo en palacio, o que cayera a

manos de los pretendientes, como que ya Odiseo perdió bien lejos el día del regreso!».

Diciendo esto los pasó de largo, ya que ellos caminaban despacio, y él se apresuró y llegó a toda prisa a la casa de su patrón. Al punto entró y se sentó entre los pretendientes, enfrente de Eurímaco, al que apreciaba especialmente. Le trajeron su porción de carne los que allí servían, y la respetable despensera le aportó y dejó a su lado pan para que comiera. Ya próximos Odiseo y el divino porquero detuvieron su marcha, y les llegó el son de una cóncava cítara. Entre aquéllos Femio comenzaba a cantar. Odiseo tomó de la mano al porquero y le dijo:

«¡Eumeo, seguro que esa hermosa casa es la de Odiseo! Es fácil reconocerla, aunque se la vea entre otras muchas. Tiene muchas habitaciones y está bien edificada con su patio central con muro y cornisa, y las puertas son de dobles batientes bien labradas. Ningún hombre podría asaltarla. Siento que hay dentro de ella numerosos hombres que celebran un festín, porque se ha difundido un olor a grasa y resuena la lira, que los dioses hicieron adorno del banquete».

Contestándole tú dijiste, porquerizo Eumeo:

«Sin esfuerzo lo has notado tú, que en nada eres tardo. Pero meditemos ahora cómo van a ser nuestros actos. O bien entras tú primero en las salas entre la mucha gente y te mezclas con los pretendientes, mientras yo me quedo aquí. O, si lo prefieres, espera y yo iré por delante. Pero no te tardes, no sea que alguno, al verte afuera, te tire algo o te golpee. Te ruego que lo pienses».

Le contestó luego el muy sufrido divino Odiseo:

«Me doy cuenta y lo pienso. Adoctrinas a quien ya sabe. Así que ve por delante y yo me quedaré aquí. No

soy nada inexperto en golpes ni pedradas. Tengo un ánimo paciente, porque he sufrido muchos daños entre las olas y en la guerra. ¡Llegue también esto después de aquéllos! No se puede en modo alguno reprimir el estómago famélico, maldito, que muchas desdichas acarrea a los humanos. Por su culpa hasta los navíos de buenos bancos de remeros se arman en alta mar llevando ruina a sus enemigos».

Con tales palabras hablaban uno con otro. Un perro, tumbado allí, alzó la cabeza y las orejas. Era Argos, el perro del valeroso Odiseo, al que él mismo crió, pero no pudo disfrutar de él, ya que partió pronto hacia Troya. Antaño lo llevaban a cazar los jóvenes perseguidores de cabras agrestes, ciervos y liebres. Pero ahora, en ausencia de su dueño, yacía arrinconado sobre un montón de estiércol de mulos y de vacas, que ante las puertas estaba echado en abundancia hasta que se lo llevaran los esclavos para abonar el vasto campo de Odiseo. Allí estaba tumbado el perro Argos cubierto de garrapatas. Entonces, cuando vio a Odiseo que se acercaba, movió alegre el rabo y dobló las orejas, pero no pudo ya raudo correr junto a su amo.

Éste, al verlo a distancia, se enjugó una lágrima, sin que lo notara Eumeo, y luego le preguntó con estas palabras:

«¡Eumeo, qué extraño que ese perro esté tirado en el estiércol! Tiene hermoso aspecto, aunque no sé bien si era veloz en la carrera con esas trazas, o si era más bien como son esos perros domésticos que tan sólo por su bella estampa crían sus dueños».

Contestándole entonces dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Bueno, ése es el perro de un hombre que ha muerto lejos. Si fuera en su aspecto y sus obras tal cual lo

dejó Odiseo al partir hacia Troya, pronto te admirarías al ver su rapidez y su fuerza. No se le escapaba animal alguno que persiguiera en las honduras del espeso bosque. Era excelente para rastrear huellas. Pero ahora le agobia la miseria, mientras que su amo murió lejos de su patria, y las mujeres negligentes no lo cuidan. Cuando no reciben órdenes de sus dueños, los siervos no están dispuestos a cumplir sus tareas. Zeus de voz tonante priva de la mitad de su valía a un hombre cuando lo somete a días de esclavitud».

Después de hablar así entró en la casa bien habitada y avanzó por la sala grande entre los nobles pretendientes. A la vez el destino de la negra muerte le llegó a Argos, después de haber visto a su señor tras veinte años.

Telémaco de divino aspecto fue el primero en ver al porquero entrar en la casa y al momento le hizo una seña con la cabeza para llamarle. Él la captó al primer vistazo y tomó una silla de por allí, donde solía instalarse el trinchador que repartía los trozos de carne a los comensales de palacio. La llevó cerca de la mesa de Telémaco y se sentó frente a él, y el heraldo tomó un trozo de carne y sacó del cestillo el pan y le sirivió.

Al poco rato penetró en la casa Odiseo con su aspecto de mendigo miserable y viejo, apoyado en su bastón. Llevaba encima sus andrajosas ropas. Se sentó en el umbral de madera de fresno, en la puerta, reclinándose en la jamba de madera de ciprés que antaño un carpintero había pulido con sabio oficio y enderezado a cordel. Telémaco dijo al porquerizo, después de llamarlo a su lado y de haber tomado un pan entero de un hermosísimo cesto, y tanta carne como pudo sostener en sus manos:

«Lleva esto, dáselo al forastero, y dile que mendigue a todos los pretendientes acercándose a ellos. No es buena la vergüenza en un hombre necesitado».

Así dijo, y, escuchando su mandato, el porquerizo avanzó, se colocó a su lado y le dijo estas palabras aladas:

«Forastero, Telémaco te regala esto y te aconseja que les pidas a todos los pretendientes acercándote a ellos. Afirma que no es buena la vergüenza para un hombre necesitado».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Zeus soberano, ojalá Telémaco sea feliz entre los hombres y obtenga todo cuanto desea en su mente!».

Así habló, lo aceptó todo y lo puso allí ante sus pies, sobre su zarrapastroso zurrón, y empezó a comer mientras cantaba el aedo en la sala. Cuando ya había comido y dejó de cantar el divino aedo, los pretendientes se pusieron a alborotar a lo largo y ancho del salón. Entonces Atenea acudió junto al Laertíada Odiseo y lo impulsó a recoger mendrugos de pan entre los pretendientes, para que conociera quiénes eran dadivosos y quiénes mezquinos.

Pero ni con eso iba ninguno a evitar su ruina final. Comenzó él a andar por allí mendigando a uno por uno desde la derecha, tendiendo siempre la mano como si fuese un mendigo corriente. Ellos se compadecían de él y le daban algo, con cierta sorpresa, preguntándose unos a otros por él y de dónde habría salido.

Entonces tomó la palabra Melantio, el cabrero:

«Prestadme atención, pretendientes de la ilustre reina, acerca de este extranjero. Pues yo ya lo había visto antes, cuando lo traía hacia aquí el porquerizo, pero de él no sé ni de qué estirpe dice ser».

Así habló, y Antínoo se puso a regañar al porquerizo con estas palabras:

«Eh, ilustre porquero, ¿por qué trajiste a éste a la ciudad? ¿Es que no tenemos bastantes vagabundos ya, molestos pedigüeños, escorias de nuestros banquetes? ¿O acaso intentas que devoren la hacienda de tu amo reuniéndolos acá y por eso tú has invitado a éste?».

Respondiéndole dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Antínoo, no haces nobles discursos, por muy noble que seas. ¿Quién pues viniendo acá invitaría a un extranjero de otro país, a no ser que fuera algún artesano de útil oficio, un adivino o un curador de enfermedades o un carpintero, o incluso un cantor inspirado, que deleita con sus cantos? Éstos son, en efecto, gentes apreciadas en toda la tierra infinita. Pero nadie invitaría a un vagabundo que viene a mendigar. Siempre eres el más agresivo con los siervos de Odiseo, y de manera especial conmigo. Sin embargo, no me apuro *por eso, mientras la prudente* Penélope viva en la mansión y con ella Telémaco de aspecto divino».

A su vez el juicioso Telémaco le decía:

«¡Calla, no repliques mucho a las palabras de ése! Antínoo está acostumbrado a insultar siempre con vocablos ofensivos, e incita además a otros!».

Así dijo y dirigía a Antínoo sus palabras aladas:

«¡Antínoo, pues sí que te preocupas por mí como un padre por su hijo, tú que ordenas expulsar de la sala al extranjero con un discurso violento! ¡Que la divinidad no lo permita! Coge algo y dáselo. No te obligo, sino que yo te lo ruego. No tengas miramientos en eso ni por mi madre ni por ninguno de los siervos que hay en la casa del divino Odiseo. Pero, desde luego, no

tienes tal propósito en tu mente, porque prefieres comer sin tasa a dar algo a otro».

Contestándole le dijo entonces Antínoo:

«Jactancioso Telémaco, de desbocada audacia, ¿qué dices? Si otro tanto le ofrecieran todos los pretendientes se mantendría lejos de esta casa hasta tres meses».

Así dijo, y le amenazó tomando de debajo de la mesa el escabel donde apoyaba sus robustos pies. Pero todos los demás le dieron y llenaron su zurrón de pan y de carne. Pronto se disponía ya Odiseo a retirarse junto a la puerta para saborear los dones de los aqueos. Pero se paró frente a Antínoo y le dijo estas palabras:

«¡Dame algo, amigo! No me parece que seas el más pobre de los aqueos, sino el más noble, y tienes aspecto de rey. Por eso debes darme aún más comida que los otros. Y así yo expandiría tu fama por la tierra sin fin.

»También yo en otro tiempo habitaba una próspera casa y, feliz entre la gente, solía dar a un vagabundo semejante, fuera quien fuera el que llegara necesitado de todo. Tenía innumerables esclavos y otras muchas cosas, como tienen los que viven a lo grande y se llaman ricos. Pero Zeus Crónida me arruinó. Sin duda así fue su voluntad. Él me impulsó a marchar, junto a vagabundos piratas, a Egipto, un largo viaje, para mi destrucción.

»Atraqué en el río Egipto mis naves de curvos costados. Ordené a mis compañeros fieles que permanecieran allí en los barcos y defendieran las naves, y mandé a algunos observadores que fueran a explorar. Éstos, sin embargo, se dejaron llevar de la violencia, impulsados por su bravura, y al pronto empezaron a saquear los bellos campos de los egipcios, raptaban a las mujeres y asesinaban a niños y hombres. Pronto el griterío llegó has-

ta la ciudad, y los demás, al oír la alarma, acudieron en masa al rayar el alba. Llenóse todo el terreno de infantes y jinetes y resplandor del bronce. Zeus, que se deleita en el rayo, empujó a mis hombres a una vergonzosa fuga. Ninguno se atrevió a resistir el ataque. Los daños vinieron de todas partes. Allí mataron a muchos de los nuestros con el afilado bronce y a muchos se los llevaron prisioneros para que trabajaran a su servicio por la fuerza. A mí me entregaron a un extranjero que estaba allá, a Dmétor Yásida, que reinaba con poderío en Chipre. Desde donde vengo ahora padeciendo desgracias».

Le contestó entonces Antínoo, y dijo en alta voz:

«¿Qué dios nos envió esta calamidad, escoria del banquete? ¡Quédate por ahí en medio, lejos de mi mesa, no sea que vuelvas a toda prisa a un amargo Egipto y a Chipre! ¡Qué osado y desvergonzado pedigüeño eres! Te aproximas a todos, a uno tras otro. Ésos te dan a lo tonto, ya que no es dispendio alguno ni compasión hacer beneficios con lo ajeno, cuando cada uno tiene de sobra».

Retrocediendo, contestóle el muy astuto Odiseo:

«¡Ah, ah! Desde luego no se adecuaba tu talante a tu aspecto. Tú no darías a un suplicante ni un grano de sal en tu casa, ya que estando en la ajena no has querido siquiera tomar algo de pan para darlo. Aquí hay de sobra».

Así habló, y Antínoo se enfureció aún más en su corazón y, mirándolo torvamente, dijo estas palabras aladas:

«Ahora sí que pienso que no vas a salir indemne de esta sala, después de que incluso nos lanzas insultos».

Así dijo y, agarrando el escabel, se lo arrojó y le dio en el hombro derecho, por encima de la espalda. Pero

Odiseo se mantuvo firme como una roca, y no le hizo vacilar el golpe de Antínoo, sino que, en silencio, movió su cabeza maquinando venganzas. Se retiró hasta el umbral y se sentó, dejó en el suelo su zurrón bien colmado y dijo a los pretendientes:

«Prestadme atención, pretendientes de la muy ilustre reina, para que os diga lo que me dicta mi ánimo en el pecho. No queda pesar ni pena alguna en el ánimo en las entrañas de un hombre cuando es golpeado mientras pelea a causa de sus bienes o por sus vacas o sus blancas ovejas. Pero a mí Antínoo me golpeó a causa de un estómago hambriento, maldito, que muchos males acarrea a los humanos. Así que, si en algún lugar hay dioses y furias vengadoras de los pobres, ¡que a Antínoo le alcance la muerte antes de la boda!».

A la vez le replicó Antínoo, hijo de Eupites:

«¡Come tranquilo, extranjero, sentado ahí, o vete a otro lugar, no sea que los jóvenes te arrastren por el palacio, por las cosas que dices, de un pie o de un brazo, y te machaquen del todo!».

Así habló y todos entonces se quedaron irritados en extremo. Y uno de los arrogantes jóvenes decía de este modo:

«Antínoo, no estuvo bien que golpearas al infeliz vagabundo. ¡Desdichado de ti si acaso es algún dios celeste! Pues precisamente los dioses, haciéndose semejantes a extranjeros de otras tierras, con diversas apariencias van y vienen por las ciudades observando la insolencia y la hospitalidad de los humanos».

Así hablaban los pretendientes, pero Odiseo no atendía a sus palabras. Telémaco en su corazón sintió gran pena por el golpeado, pero no dejó caer a tierra

el llanto de sus ojos, sino que movió en silencio su cabeza meditando venganzas.

Cuando la prudente Penélope se enteró del herido en su casa, exclamó enseguida ante sus criadas:

«¡Ojalá así te alcanzara Apolo el famoso arquero!».

Y, al punto, la contestó Eurínome, la despensera:

«Desde luego que si lograran cumplido efecto nuestras plegarias, ninguno de éstos llegaría a ver la Aurora de hermoso trono».

Contestóle de nuevo la prudente Penélope:

«Ama, todos son aborrecibles, pues traman maldades; pero Antínoo lo es singularmente, tanto como la negra muerte. Por la casa transita el infeliz extranjero mendigando entre los hombres. Le mueve su pobreza. Ahí todos los otros le atendieron y le dieron algo, pero él le atizó con un escabel en el hombro derecho».

Así hablaba ella ante sus doncellas y sirvientas, sentada en su alcoba, mientras el divino Odiseo comía. Luego hizo llamar al divino porquero y le dijo:

«Ve, divino Eumeo, y llégate al extranjero e invítale a que venga, para que le salude y le pregunte si en algún lugar ha sabido del sufrido Odiseo, o si lo ha visto con sus ojos. Tiene aspecto de haber vagabundeado mucho».

Respondiéndole dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«¡Ojalá, reina, se callaran los aqueos! Cuenta él tales cosas que te hechizaría el corazón. Durante tres noches lo mantuve, tres días lo albergué en mi majada. Pues primero llegó a mí escapando de un barco. En esas circunstancias no dejó de contarme su desdicha. Como cuando uno contempla a un aedo que, inspirado por los dioses, canta sus palabras que seducen a las gentes, y se siente el ansia de escucharlo sin

fin mientras canta, así él me tenía encantado mientras estuvo en mi cabaña.

»Cuenta que él fue huésped de Odiseo, por parte de su padre, y que habitaba en Creta donde reside la familia de Minos. Desde allí hasta acá ha llegado ahora sufriendo penalidades y dando tumbos. Asegura haber oído que Odiseo anda cerca y con vida, en el país opulento de los tesprotos. Y que trae consigo muchos tesoros a casa».

«Anda, llámale aquí, para que me lo cuente cara a cara. Los otros, que sigan con su diversión tumbados por la puerta o dentro de las salas, ya que mantienen su ánimo festivo. Sus bienes propios los conservan intactos en sus casas. Su comida y vino los toman sólo sus criados. Ellos vienen de visita todos los días, sacrifican nuestras vacas, ovejas y robustas cabras, y se dan el festín y beben el rojo vino sin tasa. Todo aquí se consume a chorros, porque no hay un hombre como era Odiseo para ahuyentar esta peste de la casa. Si Odiseo volviera y llegara a su tierra patria, muy pronto, al lado de su hijo vengaría las afrentas de esos individuos.»

Así habló. Telémaco dio un fuerte estornudo y a su alrededor retumbó de modo tremendo la casa. Echóse a reír Penélope y al punto dijo a Eumeo estas palabras aladas:

«Ve, por favor, e invita al extranjero a venir ante mí. ¿No ves que mi hijo ha estornudado después de todas mis palabras? Así que no va a quedar sin cumplirse la muerte de todos los pretendientes, y ninguno escapará de la muerte y las Parcas. Te voy a decir algo más y tú guárdalo bien en tu mente: si reconozco que ése dice la verdad en todo, lo voy a vestir con hermosas ropas, con túnica y manto».

Así dijo, y el porquerizo se puso en camino apenas la hubo oído, y, llegando junto a aquél, le decía sus palabras aladas:

«¡Padre extranjero! Te llama la muy prudente Penélope, la madre de Telémaco. Su ánimo la incita a preguntarte acerca de su esposo, aunque está muy afligida por sus penas. Si reconoce que tú dices en todo la verdad, te dará a vestir túnica y manto, lo que tú más necesitas. Mendigando por el pueblo llenarás tu estómago. Te dará, en efecto, quien quiera».

Le contestó, a su vez, el muy sufrido divino Odiseo:

«Eumeo, yo le contaría enseguida todo de verdad a la hija de Icario, la muy prudente Penélope, pues estoy bien informado acerca de aquél, y hemos soportado la misma desventura. Pero me tiene amedrentado la turba de los pretendientes, cuya insolencia y violencia llegan hasta el férreo cielo. Mira cómo ahora, cuando ese individuo me golpeó y me causó daño, a mí, que iba por la casa sin hacer nada malo, ni Telémaco ni ningún otro se lo impidió de ningún modo. Por tanto ruégale a Penélope que aguarde en su cámara, aunque esté ansiosa, hasta que el sol se ponga. Y que me pregunte entonces por el retorno de su marido, dejando que me siente junto al fuego, de cerca. Porque, en efecto, visto unas andrajosas ropas. Tú bien lo sabes, porque a ti te supliqué antes».

Así habló y se marchó el porquerizo, después de haber oído sus palabras. En cuanto cruzó el umbral, le dijo Penélope:

«¿No lo has traído contigo, Eumeo? ¿Qué quiere pues el vagabundo? ¿Es que recela por temor a alguno o acaso por otro motivo siente vergüenza de atravesar la casa? Malo es un mendigo vergonzoso».

Respondiéndola le dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Alega con razón lo que pensaría cualquiera que quisiera evitar la violencia de unos hombres soberbios. Te aconseja, pues, esperar hasta que se ponga el sol. También para ti es mucho mejor así, reina, a fin de poder hablar y escuchar a solas al extranjero».

Le contestó, a su vez, la muy prudente Penélope:

«No piensa como insensato el forastero, pues bien puede ser así. De tal modo no va a maquinar locuras ninguno de los mortales con intención de ofender».

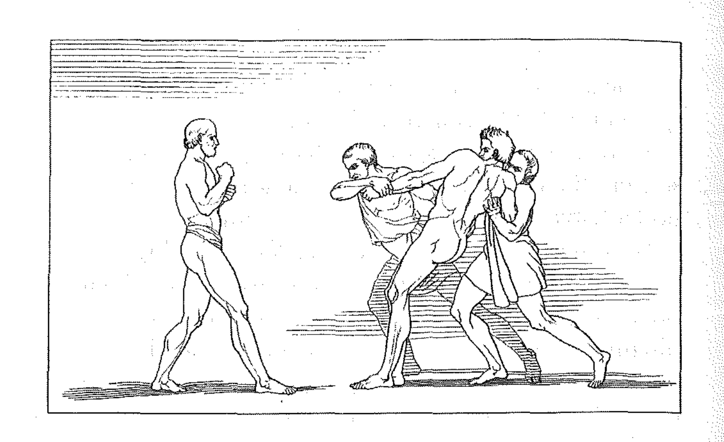
Ella así habló y el divino porquerizo se encaminó hacia el pelotón de los pretendientes, después de todas las explicaciones. Al momento se puso a decirle a Telémaco unas palabras aladas, acercándose a su rostro para que no lo oyeran los demás:

«Querido amo, yo me voy a cuidar de los cerdos y lo demás, de tus bienes y los míos. ¡Preocúpate tú de todo lo de aquí! Ante todo protégete y reflexiona en tu ánimo para no sufrir nada. Muchos de los aqueos traman maldades. ¡Ojalá Zeus los aniquile antes de que sean nuestra perdición!».

Le contestaba, a su vez, el juicioso Telémaco:

«Así será, abuelo. Tú vete después de haber cenado, pero vuelve de mañana y tráete hermosas víctimas. Aquí de todo esto cuidaré yo y también los inmortales».

Así le dijo y de nuevo se sentó en su bien pulimentada silla. Y el otro, una vez que colmó su ansia de comida y bebida, de nuevo se puso en camino hacia sus cerdos, y abandonó la sala y el atrio lleno de comensales, que se divertían con las danzas y el canto. Por entonces ya había venido la noche.



CANTO XVIII

Llegó un mendigo del lugar, que acostumbraba a pedir por la ciudad de Ítaca y se hacía notar por su estómago insaciable en comer y beber sin tasa. No tenía vigor ni fuerza, pero su aspecto era muy imponente a primera vista. Su nombre era Arneo, según se lo impuso su señora madre, pero los jóvenes lo llamaban Iro, porque iba trayendo y llevando recados cuando cualquiera se lo mandaba. En cuanto llegó se puso a perseguir a Odiseo, en su propia casa, y le decía, insultándole, sus palabras aladas:

«¡Lárgate, viejo, de ese portal, no sea que pronto te saque a rastras de un pie! ¿No te das cuenta de que todos me hacen ya guiños y me incitan a que te arrastre afuera? A mí, sin embargo, me da reparos. ¡Conque, venga, que nuestra disputa no nos fuerce a llegar a las manos!».

Mirándole torvamente le replicó el muy astuto Odiseo:

«Infeliz, yo no te hago nada malo ni te lo digo, y no impido a nadie que coja y te dé por mucho que sea. Este portal puede acogernos a los dos, y no debes envidiar nada de otros. Me parece que eres, como yo, un vagabundo, y la prosperidad se ocupan de otorgarla los dioses. No te empeñes mucho en llegar a las manos, no sea que me enfurezcas. No vaya a ser que, aunque soy viejo, te cubra de sangre los morros y el pecho. Así lograría más tranquilidad para mañana, pues creo que no pensarías en volver de nuevo a la mansión de Odiseo, hijo de Laertes».

Enfureciéndose le contestaba el vagabundo Iro:

«¡Vaya, qué suelto palabrea este tragón, parecido a una vieja junto a la lumbre! Podría hacerle muchos quebrantos si le aporreo con mis dos manos, y si le sacara y desperdigara por el suelo todos los dientes de sus mandíbulas, como los de un jabalí destrozador de las mieses. Cíñete ya tu ropa, para que todos éstos nos vean y arbitren mientras peleamos. ¿Cómo vas a luchar tú con un hombre más joven?».

Así ellos, por delante del alto portalón, sobre el pulido umbral se iban irritando con montante furia. Se dio cuenta de esto el sagrado vigor de Antínoo y, echándose a reír de contento, empezó a convocar a los pretendientes:

«¡Eh, amigos, algo como esto no ha ocurrido aquí hasta ahora! ¡Qué diversión nos ha enviado un dios a esta casa! El extranjero e Iro están riñendo uno con otro y van a pelear con sus manos. Así que, aprisa, animémoslos».

Así habló y todos acudieron entre risas, y se reunieron en torno de los dos pobres harapientos. Entre ellos tomó la palabra Antínoo, hijo de Eupites:

«Prestadme atención, pretendientes, porque voy a decir algo. Sobre las brasas están esas tripas de cabras que dispusimos para la cena rellenándolas de grasa y de sangre. Que aquel de los dos que venza y quede triunfador venga luego y coja de ellas lo que quiera. Y siempre, en adelante, banqueteará con nosotros, y no dejaremos a ningún otro mendigo venir aquí dentro a pedir».

Así habló Antínoo y los demás aprobaron su propuesta. A ellos, planeando engaños, les dijo el muy astuto Odiseo:

«Amigos, de ningún modo le es fácil luchar contra alguien más joven a un hombre viejo, atribulado por la miseria. Pero me obliga el estómago de ruines hábitos a que me someta a sus golpes. Conque, sea, ahora prestadme todos un firme juramento: que ninguno, para favorecer a Iro, me golpeará a traición con su vigorosa mano y me derribará con violencia ante éste».

Así habló y todos ellos juraban tal como había pedido. Después que hubieron jurado y dado juramento, tomó a su vez la palabra el sagrado vigor de Telémaco:

«Extranjero, si tu corazón y tu ánimo te impulsan a defenderte de ése, no temas a ningún otro de los aqueos, porque tendrá que pelear con muchos quien te lastime. Yo soy el señor del hospedaje y me avalan dos reyes, Eurímaco y Antínoo, que son sensatos ambos».

Así dijo y todos los aprobaban. Entonces Odiseo se sujetó bien sus harapos a su cintura y descubrió sus muslos hermosos y grandes, y quedaron a la vista sus anchos hombros, su torso y sus brazos robustos. Por su parte, Atenea acudió junto a él y acrecen-

taba el vigor de los miembros del pastor de pueblos. Todos los pretendientes se admiraron en extremo, y así le decía al verlo uno al que tenía a su lado:

«Muy pronto ese Iro dejará de ser Iro y recibirá una merecida tunda. Menudos muslos muestra el viejo al remangarse los harapos».

Así decían mientras que a Iro el ánimo se le estremecía cobardemente. Pero, aun así, unos siervos le ciñeron las ropas y lo empujaron adelante lleno de temor. Las carnes le temblaban en todo el cuerpo. Antínoo tomó la palabra y le habló y dijo:

«¡Ojalá ya no vivieras, fanfarrón, ni hubieras nacido! Porque tiemblas y muestras tan tremendo terror ante un viejo abrumado por la miseria que lo envuelve. Pues voy a decirte esto, que se verá bien cumplido: si ése te vence y resulta ser más fuerte, te enviaré al continente, echándote en una negra nave hacia el rey Equeto, aniquilador de todo ser humano, que te va a cortar la nariz y las orejas con el agudo bronce, y te arrancará los cojones y se los dará a sus perros para que los coman crudos».

Así dijo, y al otro aún mayores temblores le sacudieron los miembros. Lo empujaron al centro. Uno y otro alzaron los puños. Entonces dudó el muy sufrido divino Odiseo si le aporrearía de modo que su alma lo dejara allí yerto, o si le atizaría flojo y lo dejaría tendido por tierra. Esto le pareció mejor al meditarlo: golpearle flojo, para que no le reconocieran a él los aqueos. Ambos alzaron los puños. Iro le golpeó en el hombro derecho, y él le atizó en el cuello bajo la oreja y le partió los huesos por dentro. Al momento brotó sangre roja de su boca y se derrumbó con un grito, y rechinó los dientes mientras pa-

taleaba con sus pies en el suelo. Entre tanto los bravos pretendientes levantaban sus brazos y se morían de risa.

Luego Odiseo se puso a arrastrarlo por la sala agarrándolo de un pie hasta llegar al atrio y al portal del patio. Allí, apoyándolo en el muro, lo dejó sentado, le colocó en las manos su bastón y, hablándole, le decía estas palabras aladas:

«Quédate ahí sentado, guardándote de los perros y los cerdos, y no quieras ser rey de extranjeros y mendigos, siendo tan mísero, no sea que te atraigas aún mayor daño».

Así dijo y le echó sobre los hombros su zurrón de muchos agujeros y cuerda retorcida. Y de nuevo cruzó el umbral y se sentó. Los demás volvían dentro con grandes risotadas y lo saludaron con estas palabras:

«Que te conceda Zeus, forastero, y los otros dioses inmortales lo que más ansíes y sea apetecible a tu ánimo, pues has logrado que este bocazas deje de vagabundear por el pueblo. Pronto lo llevaremos al continente para entregarlo al rey Equeto, aniquilador de hombres».

Así decían y el divino Odiseo se alegraba de semejante fama. Luego Antínoo le puso al lado una gran tripa rellena de grasa y sangre, y Anfínomo depositó junto a él dos panes que extrajo de un cesto, y con su copa de oro le ofreció vino y dijo:

«¡Salud, padre extranjero! Ojalá en el futuro te alcance la prosperidad, ya que ahora andas cargado de muchas desdichas».

Respondiéndole contestó el muy astuto Odiseo:

«¡Anfínomo, cuán juicioso me pareces ser! Acaso por tu padre, pues he oído de su ilustre renombre, el

de Niso de Duliquio, que es noble y rico. Dicen que eres su hijo, y pareces un hombre afable. Por eso voy a hablarte y tú oye y atiéndeme. Nada más débil que el hombre cría la tierra, entre todos los seres que sobre su suelo respiran y se agitan. Porque se confía en que nunca va a sufrir daño alguno en su futuro mientras los dioses le conceden valor y sus rodillas le sostienen. Pero cuando los dioses felices le envían desdichas ha de sufrirlas con ánimo no menos resignado. Así es el pasar de los humanos en la tierra, tal como cada día los trae y lleva el padre de hombres y dioses. Yo también en un tiempo pensaba vivir próspero entre mi gente y acometí muchas acciones insensatas cediendo a la violencia y al valor, confiando en mi padre y mis hermanos. Mas ojalá ningún hombre fuera jamás inicuo, sino que guardara en calma los dones que los dioses le otorgaron.

»¡Cuán insensatas acciones veo cometer a los pretendientes, cuando rapiñan los bienes y deshonran a la mujer de un hombre que te aseguro que no va a estar por mucho tiempo lejos de su patria y su familia! Ya anda muy cerca. ¡Ojalá la divinidad te aparte y te lleve a tu casa, y no te enfrentes a él cuando vuelva a su querida tierra patria! Porque pienso que no se separarán sin derramamiento de sangre los pretendientes y él cuando vuelva a su hogar!».

Así dijo, y, después de hacer una libación, apuró el vino de dulce sabor. Y de nuevo dejó la copa en las manos del señor de pueblos. Por su lado éste echó a andar por la sala, afligido en su corazón, sacudiendo la cabeza, pues en su ánimo preveía desgracias. Pero ni aun así iba a esquivar su destino fatal. Atenea lo derribó haciéndolo caer con violencia bajo las manos y

la lanza de Telémaco. Y Odiseo se sentó de nuevo en la silla de la que se había levantado.

La diosa de ojos glaucos, Atenea, inspiró en la mente a la hija de Icario, a la muy prudente Penélope, que se mostrara ante los pretendientes, a fin de que se serenara más el ánimo de los jóvenes y quedara ella más honrada de lo que antes estaba ante su esposo y su hijo. Se echó a reír sin motivo y tomó la palabra y dijo:

«Eurínome, mi corazón me impulsa, como nunca antes, a aparecer ante los pretendientes, aunque me resulten odiosos. Quisiera decirle a mi hijo un consejo que puede serle provechoso: que no converse de todo con los soberbios pretendientes, que por delante hablan bien y por detras piensan mal».

La despensera Eurínome, a su vez, le dijo estas palabras:

«Todo eso, en efecto, hija, lo has expresado con razón. Así que ve y dile tu consejo a tu hijo, y no lo ocultes, después de haberte lavado y coloreado las mejillas, y no acudas así con la cara bañada en lágrimas, que es mucho peor apenarse de continuo sin cesar. Ya ha cumplido, pues, tu hijo esa edad que tú tanto rogabas a los dioses inmortales, ya puedes ver su primer bozo».

Respondióla enseguida la muy prudente Penélope:

«Eurínome, aunque estés muy afligida por mí, no me pidas que lave mi rostro y lo coloree con ungüentos, porque su tersura la echaron a perder los dioses que tienen el Olimpo cuando él partió con las cóncavas naves. Así que manda a Autónoe e Ifidamía que vengan, por favor, para que estén a mi lado en las salas. Pues no voy a ir sola en medio de los hombres. Me daría vergüenza».

Así dijo, y la anciana salió cruzando la estancia a decírselo a las mujeres y mandarlas que acudieran. Mas algo distinto pensó Atenea, la de glaucos ojos. Sobre la hija de Icario derramó dulce sueño y ella se durmió sentada en su silla y todos sus nervios se le relajaron, mientras que la divina entre las diosas le procuraba sus divinos dones para suscitar la admiración de los aqueos. En primer lugar lavó su bello rostro con el ungüento inmortal con el que se acicala Citerea, la de bella corona, cuando acude al coro encantador de las Gracias. La hizo más esbelta y más lozana de figura, y la dejó más blanca que el pulido marfil. Tras haber obrado así, se marchó la divina entre las diosas.

Llegaron las criadas de níveos brazos desde las otras salas, avanzando con griterío. El dulce sueño abandonó a Penélope. Se enjugó ambas mejillas y dijo:

«¡Qué suave sopor me sobrevino a pesar de mis tristes dolores! ¡Ojalá que tan suave muerte me diera la santa Ártemis ahora mismo, para que no pase mi vida con corazón acongojado, añorando las múltiples virtudes de mi esposo querido, que era el más insigne de los aqueos!».

Diciendo así bajaba de sus relucientes estancias no sola, sino que a sus lados la escoltaban dos criadas. Cuando se presentó ante los pretendientes la divina entre las mujeres, se detuvo junto a la columna que sostenía el techo bien construido sosteniendo ante sus mejillas el vaporoso velo. Una fiel doncella la acompañaba por cada lado. A ellos se les estremecieron las rodillas y la pasión perturbóles el ánimo. Todos sintieron anhelos de acostarse a su lado en un lecho. Ella, por su parte, dirigióse a Telémaco, su querido hijo:

«¡Telémaco, no tienes aún firme la comprensión ni la cordura! Cuando eras aún niño actuabas con más provecho en tu mente. En cambio, ahora que eres mayor y alcanzas la edad de la juventud, y cualquiera, aun si fuera un extraño, afirmaría que eres hijo de un hombre feliz y rico, al observar tu prestancia y tu belleza, no tienes ya pensamientos apropiados ni previsión. ¡Qué acción es la que se ha cometido en nuestra casa! ¡Y tú dejaste que un forastero fuera ultrajado así! ¿Cómo es que ahora, cuando el huésped estaba albergado en nuestro palacio, pudo sufrir tan dolorosa agresión? Eso podría procurarte deshonor e infamia ante la gente».

A ella, a su vez, la contestaba el juicioso Telémaco:

«Madre mía, no voy a enfadarme contigo porque estés enojada por eso. Mas yo contemplo en mi ánimo y juzgo cada hecho, los mejores y los peores. Antes era todavía niño. No obstante, no puedo sopesar con buen juicio todo, pues me presionan de un lado y de otro éstos, los que aquí andan maquinando males, y no tengo quien me ayude. Por lo demás, la pendencia entre el extranjero e Iro no sucedió por la voluntad de los pretendientes, y en la lucha él fue más fuerte. ¡Ojalá, pues, oh Padre Zeus, Atenea y Apolo, que ahora bambolearan la cabeza los pretendientes, vencidos en nuestro hogar, unos en el atrio y otros en el interior de la casa, y tuvieran todos sus rodillas flojas, como ahora ese Iro, que, en las puertas del patio, está sentado con la cabeza vacilante, igual que un borracho! No es capaz de tenerse en pie ni de volverse andando a su casa, porque sus articulaciones no le sostienen».

Así ellos hablaban entre sí con estas frases. Y Eurímaco se dirigió a Penélope con estas palabras.

«Hija de Icario, muy prudente Penélope, si todos los aqueos pudieran verte en la jónica Argos, muchos más pretendientes iban a acudir a vuestra casa, a cortejar y comer desde el alba, porque te destacas entre las mujeres por tu figura, tu belleza y tu equilibrada cordura interior».

Le respondía luego la muy prudente Penélope:

«Eurímaco, mi elegancia, mi belleza y mi porte, los destruyeron los dioses, cuando hacia Ilión partieron los argivos y con ellos se fue mi esposo Odiseo. Si aquél volviera y velara por mi vida, mayor sería mi fama y aún más hermosa. Ahora vivo angustiada. ¡Con cuántas desgracias me abrumó la divinidad! Sí, él al marcharse y dejar atrás su tierra patria, tomó mi mano derecha por la muñeca y me dijo:

»"¡Ah, mujer, no creo, no, que los aqueos de buenas grebas regresen bien todos indemnes de Troya. Porque cuentan que los troyanos son bravos guerreros, tanto los lanceros como los que disparan sus flechas, y los que montan caballos de raudas pezuñas, que enseguida deciden el rudo tumulto en la incierta batalla. Así que no sé si la divinidad me librará o si caeré en Troya. Tú cuídate de todo aquí. Acuérdate de mi padre y mi madre en la casa, como ahora o aún más, cuando yo esté lejos. Y en cuanto veas que le apunta la barba a nuestro hijo, cásate con quien quieras dejando este tu hogar".

»Así habló él. Ahora ya se cumplen todas esas advertencias. Llegará la noche en que la odiosa boda me apremie, desdichada de mí, a quien Zeus arrebató la felicidad. Esta pena tremenda embarga mi corazón y mi ánimo.

»Antes no era tal la costumbre entre los pretendientes. Los que querían cortejar a una mujer noble

e hija de un rico hacendado y competir por ella entre ellos, éstos eran quienes aportaban vacas y robustos corderos a los parientes de la novia, para el festín, y daban espléndidos regalos. Pero no devoraban sin reparos la hacienda ajena».

Así habló; y se alegró el sufrido divino Odiseo al ver que ella solicitaba regalos y hechizaba los ánimos con palabras seductoras, mientras su mente tramaba otros planes. A ella le dijo, a su vez, Antínoo, hijo de Eupites:

«Hija de Icario, muy prudente Penélope, los regalos de aquel de los aqueos que quiera ofrecerlos, acéptalos. No está bien, desde luego, rechazar un regalo. Pero nosotros no nos vamos a marchar a nuestras fincas ni a ninguna otra parte hasta que tú tomes por esposo a uno de los aqueos, el que sea el más apto».

Así habló Antínoo, y a los demás les agradaba su discurso. Entonces cada uno envió a su heraldo a traer regalos. El de Antínoo aportó un bellísimo peplo, extenso y bordado. Llevaba doce broches todos de oro que encajaban en unas anillas redondeadas. Un collar trajo pronto el de Eurímaco, muy artístico, de oro, entreverado con trozos de ámbar, como un sol. A Euridamante dos siervos le trajeron unos pendientes de tres perlas, grandes como moras, que emitían destellos fascinantes. De la casa de Pisandro, el rey, hijo de Políctor, trajo un siervo una gargantilla de hermosísimo dibujo. En fin, cada uno de los aqueos aportó un precioso obsequio.

Ella luego se retiró a su piso alto, la divina entre las mujeres, y tras ella sus esclavas le llevaban los espléndidos dones. Los jóvenes, dedicándose al baile y al placentero canto, se divertían y esperaban que lle-

gara la boda. Mientras se divertían sobrevino el oscuro anochecer. Muy pronto instalaron tres braseros en las salas para que alumbraran. A su alrededor aprestaron maderas resinosas, secas desde antes, resecas, recién cortadas con el hacha, y las mezclaron con teas ardientes. Las avivaban por turnos las esclavas del audaz Odiseo. A éstas entonces les dijo el muy sufrido Odiseo, de divino linaje:

«¡Siervas de Odiseo, de un amo hace mucho ausente, marchad a vuestras habitaciones, donde está la venerable reina! Atended a la rueca junto a ella, y tratad de alegrarla sentadas en su cámara, o cardad los copos de lana con vuestras manos. A mi vez, yo cuidaré de mantener la luz para todos éstos. Pues, aunque estén dispuestos a quedarse hasta la Aurora de bello trono, no me vencerán. Soy muy resistente».

Así dijo, ellas se echaron a reír y se miraron unas a otras. Desvergonzadamente le replicó Melanto, la de hermosas mejillas, a quien engendrara Dolio, pero crió Penélope, que la cuidó como a una hija, y la había dado mimos con cariño. Pero ni aun así ella sentía compasión por Penélope, sino que se arrejuntaba con Eurímaco y era su concubina. Ésta le replicó a Odiseo con palabras injuriosas:

«Desdichado extranjero, tú andas con la mente trastornada, ni quieres irte a dormir a la casa del herrero o por ahí a un albergue, sino que parloteas mucho sin miedo ante numerosos hombres y no sientes en tu ánimo miedo por nada. Acaso el vino te domina o bien siempre tal es tu carácter, y por eso vomitas palabras necias. ¿Es que desvarías porque venciste al vagabundo Iro? Cuida de que no se te enfrente pronto alguno mejor que Iro que, tras aporrearte con sus ro-

bustos puños la cabeza, te arroje fuera de la casa, dejándote cubierto de mucha sangre».

Mirándola torvamente le respondió el muy astuto Odiseo:

«Enseguida le contaré a Telémaco, perra, las cosas que dices, y voy a su encuentro, para que pronto te haga pedazos».

Al decir estas palabras asustó a las mujeres. Se dispersaron por la casa, temblando todas de miedo, pues creían que hablaba de verdad. Él, por su lado, se quedó erguido junto a los braseros llameantes observándolo todo. Pero su corazón en el pecho meditaba en proyectos que no iban a quedar sin cumplirse.

No permitía Palas Atenea que los ilustres pretendientes desistieran de su agresividad insultante, a fin de que aún más penetrara el rencor en el corazón de Odiseo hijo de Laertes. Entre aquéllos tomó la palabra Eurímaco, hijo de Pólibo, para agraviar a Odiseo y suscitar la risa de sus compañeros.

«Prestadme atención, pretendientes de la muy noble reina, para que os diga lo que me requiere mi ánimo en el pecho. No sin un impulso divino llega este hombre a la casa de Odiseo. Pues parece que la luz de las antorchas emana de él, de su cabeza más bien, porque no tiene en ella ni unos pocos pelos».

Dijo y, a la vez, se dirigió a Odiseo destructor de ciudades:

«Forastero, ¿no querrías trabajar de bracero, si te contratara, en un campo lejano, y sería con un salario ajustado, acarreando piedras y plantando altos árboles? Allí yo te daría comida todo el año y te proveería de ropas y ofrecería calzado para tus pies. Sin embargo, como ya eres experto en malas mañas, no querrás

aplicarte al trabajo, sino que prefieres mendigar por el pueblo con tal de contentar a tu vientre insaciable».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Eurímaco, ¡ojalá surgiera entre nosotros un desafío a faenar, en tiempo de primavera, cuando los días se hacen más largos, en un prado, y yo tuviera una hoz bien curvada, y tú tuvieras otra igual, para enfrentarnos ambos en la prueba del tranajo, en ayunas hasta la noche y fuera abundante la mies! ¡O que hubiera unos bueyes que arrear, los más fornidos, rojizos y grandes, ambos saciados de hierba, iguales en edad y fuerza de arrastre, de fuerte vigor, y delante un campo de cuatro obradas y se abriera la tierra bajo el arado! ¡Entonces podrías ver si yo trazaba largo y derecho el surco!

»Y si acaso el Crónida nos trajera la guerra de algún lado, hoy mismo, y yo tuviera un escudo y dos lanzas y un yelmo todo de bronce ajustado a mis sienes, entonces me verías batallar en las primeras filas, y no hablarías haciéndole reproches a mi estómago. Insultas en demasía y tienes una mente perversa. Y quizás te crees un tipo grande y poderoso porque te mides con unos pocos y de escaso valor. Pero si regresara Odiseo y llegara a su tierra patria, enseguida esas puertas, si bien son muy amplias, te resultarían estrechas para salir corriendo de este patio».

Así habló, y más se enfureció Eurímaco en su corazón, y con mirada torva le decía estas palabras:

«¡Ah, miserable, qué pronto te voy a machacar, por cuanto dices, descaradamente, en medio de tanta gente, sin sentir temor en tu ánimo! Acaso el vino domina tu mente o siempre es así tu carácter, y emites voces necias. ¿Es que desvarías porque has vencido al vagabundo Iro?».

Hablando así, agarró un escabel, mientras Odiseo se agachaba ante las rodillas de Anfínomo de Duliquio para evitar a Eurímaco. Éste alcanzó al copero en el brazo derecho. La jarra resonó al dar en tierra, en tanto que el copero cayó, entre gritos, boca arriba en el polvo. Los pretendientes se alborotaron en las salas sombrías y así le decía uno a su vecino, contemplando la escena:

«¡Ojalá este extranjero vagabundo hubiera muerto en alguna otra parte antes de venir acá! Así no habría causado tamaño jaleo. Ahora nos peleamos por un mendigo y se echa a perder el placer del noble banquete, porque se impone lo más vulgar».

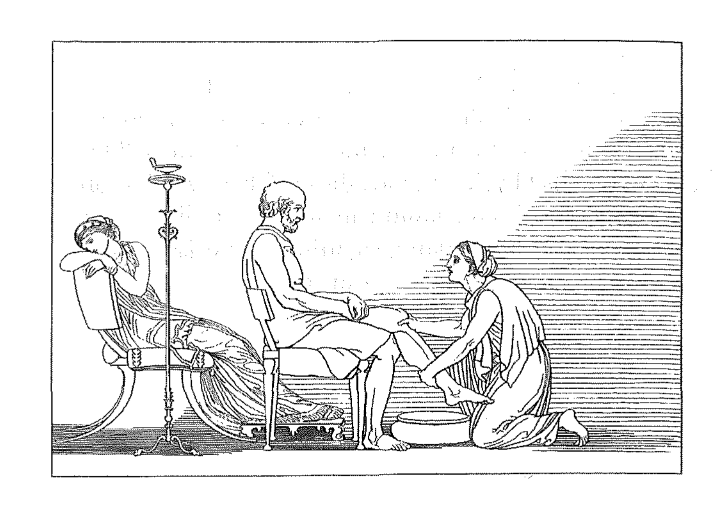
Entre ellos entonces tomó la palabra el sagrado vigor de Telémaco:

«Insensatos, enloquecéis y ya no reprimís en vuestro ánimo los efectos de la comida y la bebida. Alguno de los dioses os azuza. Pero una vez que habéis comido bien, id a dormir a vuestra casa, cuando la divinidad os invite. Yo no obligo a nadie».

Así dijo, y todos ellos, mordiéndose los labios, miraron con asombro a Telémaco, que hablaba sin temor. Entre ellos tomó la palabra Anfínomo, ilustre hijo de Niso, el soberano Aretíada, y dijo:

«Amigos, nadie debería molestarse ante un consejo oportuno y replicar con palabras hostiles. No hostiguéis más al extranjero ni a ningún otro de los siervos que hay en la casa del divino Odiseo. Así que, vamos, que el copero empiece a servir las copas a fin de que hagamos nuestra libación y nos vayamos a dormir. Dejemos al extranjero en la mansión de Odiseo bajo el cuidado de Telémaco. Suya es la casa a que ha llegado».

Así habló y a todos los demás les parecía bien su consejo. Les hizo la mezcla en la crátera el héroe Mulio, heraldo de Duliquio, que era siervo de Anfínomo. Distribuyó pronto el vino a todos, uno tras otro. Ellos hicieron sus libaciones a los dioses felices y bebieron el dulce vino. Y en cuanto concluyeron las libaciones y hubieron bebido cuanto su ánimo apetecía, se marcharon a dormir, cada uno a su casa.



CANTO XIX

Quedóse él en la gran sala, el divino Odiseo, planeando dar muerte a los pretendientes, con la ayuda de Atenea. Al punto dirigió a Telémaco sus palabras aladas:

«Telémaco, hay que retirar todas las armas de guerra muy adentro. Y de cara a los pretendientes ofrecer un pretexto con amables palabras, cuando te interroguen con inquietud: "Las puse bien lejos del humo, porque no estaban ya como ha tiempo las dejó Odiseo al partir hacia Troya, sino que están cubiertas de hollín en todo lo que las alcanzó el soplo del fuego. Y además un dios me lo ha inspirado por algo aún más oportuno: que no fuera a suceder que, borrachos, en disputa unos con otros os hirierais y echarais a perder el banquete y el cortejo. Pues el hierro atrae a sí al hombre"».

Así dijo. Telémaco obedecía el aviso de su querido padre. Y mandó llamar a la nodriza Euriclea y le dijo:

«Ama, por favor, retén a las mujeres en sus habitaciones mientras guardo en el zaguán las armas de mi padre, bellas armas que ahora están desatendidas en la casa y el humo las estropea en ausencia de mi padre. Antes yo era todavía niño, pero ahora quiero guardarlas donde no les llegue el soplo del fuego».

Le contestó, a su vez, la nodriza Euriclea:

«Ojalá que desde ahora, hijo, mantengas tu cautela y buen juicio para cuidar de la casa y velar por todos tus bienes. ¿Pero ahora quién te acompañará llevando la luz, si no dejas que salgan las criadas que podrían alumbrarte?».

Le contestó, a su vez, el juicioso Telémaco:

«Éste, el extranjero. Que no voy a tolerar que siga mano sobre mano quien come de mi bolsa, aunque haya venido de lejos».

Así habló y a ella se le quedó sin alas la palabra. Cerró las puertas de las salas bien ocupadas, mientras ellos dos, Odiseo y su noble hijo, se ponían en movimiento. Transportaban los cascos y los escudos abombados y las afiladas lanzas. Por delante Palas Atenea difundía con una lámpara de oro una luz muy hermosa. Y entonces Telémaco habló estas palabras a su padre:

«Padre, qué gran prodigio veo ante mis ojos. Pues los muros de la casa y las hermosas estancias, las vigas de pino y las columnas de elevado fuste relumbran ante mis ojos como en una fogata brillante. Sin duda anda aquí dentro algún dios de los que habitan el amplio Olimpo».

Contestándole dijo el muy astuto Odiseo:

«Calla, contén tu imaginación y no preguntes. Tal es, en efecto, el comportamiento de los dioses que tienen el Olimpo. Pero tú ve a acostarte, que yo me quedaré acá, para interrogar a las esclavas y a tu madre. Ella, entre lamentos, me dejará enterado de todo».

Así dijo. Telémaco retiróse a grandes pasos de la sala, entre las ardientes antorchas, para acostarse en su habitación, en donde solía dormir cuando le asaltaba el dulce sueño. Allá entonces se acostó y allí aguardaba la divina aurora, mientras el divino Odiseo se quedaba en la gran sala meditando, con la ayuda de Atenea, la matanza de los pretendientes.

Y bajó desde su cámara la muy prudente Penélope, parecida a Ártemis y a la áurea Afrodita. Le habían preparado junto al fuego el sillón en que acostumbraba acomodarse, bien torneado, con marfil y plata. Lo había construido tiempo atrás el artista Icmalio. A los pies tenía adosado un escabel fijo al asiento, y sobre éste habían tendido una gran pelliza. Allí se sentó luego la muy prudente Penélope.

Acudieron a la gran sala las criadas de blancos brazos, que retiraron la comida sobrante, y las mesas y las copas de las que bebían los arrogantes pretendientes. Echaron a tierra el ascua de los braseros y encendieron en ellos otros muchos leños para dar luz y calentar la estancia. Melanto, otra vez, insultó de nuevo a Odiseo:

«Forastero, ¿todavía ahora aquí, en medio de la noche, vas a molestar trajinando por la sala y vas a quedarte espiando a las mujeres? ¡Vamos, lárgate por la puerta, desgraciado, y aprovecha los restos de comida, o bien pronto serás expulsado y golpeado con algún tizón!».

Mirándola torvamente replicó el muy astuto Odiseo:

«Necia, ¿por qué me atacas así con rencorosa furia? ¿Será porque voy sucio y cubro mi cuerpo con míseras ropas, y ando mendigando entre la gente? La necesidad me fuerza a eso. Ésa es la condición de mendigos y vagabundos. No obstante también yo habité feliz una mansión próspera en mi pueblo y daba limosna a menudo a cualquier vagabundo, a quien era como yo ahora y venía menesteroso de cualquier cosa. Poseía incontables siervos y otras muchas cosas de las que disfrutan los que viven con holgura y se llaman ricos. Pero Zeus Crónida me lo arrebató. Tal fue su voluntad. Así que atiende tú también, mujer, no vayas a perder toda tu arrogancia, con la que ahora brillas entre las siervas, no sea que tu dueña, enojada, se irrite contigo o que vuelva Odiseo. Aún es posible la esperanza. Y en caso de que él hubiera muerto y no tenga regreso, sin embargo, aún vive su noble hijo, Telémaco, por la voluntad de Apolo. Y no le pasa inadvertida en su palacio una mujer perversa, que ya no es un niño».

Así habló. Escuchóle la muy prudente Penélope, y regañó a la criada. La llamó y le dijo así:

«¡Desvergonzada al colmo, perra impúdica, no me pasa inadvertida la infame acción que has hecho, y que vas a pagar con tu cabeza! Porque estabas bien enterada, ya que me lo habías oído, de que yo quería preguntar en palacio al extranjero acerca de mi esposo, estando tan profundamente apenada».

Así dijo, y añadió unas palabras para la despensera:

«Eurínome, acerca una silla y una piel sobre ella para que el forastero tome asiento, y me escuche y me cuente sus noticias. Estoy ansiosa por preguntarle».

Así habló, y aquélla al instante trajo y dispuso la silla bien torneada y la recubrió con una piel. Sobre ella se sentó el muy sufrido divino Odiseo. Y entre ellos comenzó la charla la muy prudente Penélope:

«Extranjero, comenzaré por preguntarte yo misma esto: ¿quién eres y de qué gente? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres?».

Contestándola dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, ningún mortal en la tierra infinita podría hacerte reproches. Pues tu fama llega hasta el amplio cielo, como la de un monarca irreprochable que gobierna temeroso de los dioses sobre numerosos y valerosos súbditos y mantiene firmes sus justas obras, mientras la negra tierra hace brotar trigos y cebadas, y los árboles rebosan de frutos, los rebaños se reproducen sin fin, y el mar prodiga sus peces, gracias a su buen gobierno, y florecen los pueblos bajo su cetro. Sin embargo, pregúntame ahora, en esta tu casa, otras cosas, no me interrogues sobre mi familia ni mi tierra patria, para no abrumar aún más de dolores mi ánimo, al moverme a recordar. Vengo de muchas desgracias y nada me obliga a ponerme a llorar y gemir en casa ajena, pues es desagradable mostrarse angustiado siempre y sin tregua. No vaya a ser que se muestre irritada contra mí alguna de tus criadas o tú misma, y diga que navego en lágrimas con la mente embotada por el vino».

Le contestó al punto la muy prudente Penélope:

«Extranjero, mis atractivos, mi belleza y mi figura las destruyeron los dioses cuando hacia Ilión zarparon los argivos, y con ellos se fue mi esposo, Odiseo. Si él regresara y cuidara de mi vida, mayor sería entonces mi fama y más hermosa. Ahora vivo sin consuelo.

Pues tantas desdichas ha lanzado sobre mí el destino. Que todos los nobles que tienen poderío en las islas, en Duliquio, Same y la boscosa Zacintos, y los que habitan la despejada Ítaca me cortejan a pesar mío y devoran mi casa. Por eso no atiendo a extranjeros ni a suplicantes ni a heraldos siquiera, que sirven a su oficio, sino que, añorando a Odiseo, desgarro mi corazón. Ellos apremian la boda, yo tramo mis engaños.

»Al principio un dios me inspiró en la mente que me pusiera a tejer una tela primorosa y extensa. Enseguida les dije: "Mis jóvenes pretendientes, puesto que ha muerto Odiseo, aguardad para la boda aunque estéis ansiosos a que yo concluya este manto, no se me vayan a perder sueltos sus hilos, para sudario del héroe Laertes, para cuando lo derribe el destino funesto de su triste muerte. No vaya a ser que alguno de los aqueos se enfurezca conmigo si queda sin mortaja un hombre que poseyó muchas riquezas".

»Así dije y se dejó convencer el ánimo esforzado de aquéllos. Luego durante el día tejía la extensa tela y por las noches la deshacía a la luz de las antorchas. De tal modo durante tres años los engañé y retuve persuadidos a los aqueos. Pero cuando llegó el cuarto año y volvieron las estaciones, al pasar los meses y correr muchos y muchos días, entonces, por medio de las esclavas, perras irresponsables, me descubrieron, y se presentaron y me amenazaron con sus palabras. Así que lo acabé contra mi voluntad, bajo tal amenaza. Ahora no puedo eludir la boda ni hallo ningún subterfugio. Mis padres me apremian mucho a que me case, y mi hijo se enfurece al ver que devoran su hacienda, pues ya es hombre muy capaz de cuidar de su casa y la riqueza que Zeus le concede. Pero, a pesar de todo,

dime de tu familia, de dónde eres. Pues no has nacido de la encina ni de la roca según el antiguo dicho».

Contestándole a ella le dijo el muy astuto Odiseo:

«Venerable esposa del Laertíada Odiseo, ¿no vas a parar de preguntarme por mi estirpe? Bien, te la diré, aunque me procurarás más penas de las que tengo ya. Tal es, pues, la condición normal, cuando un hombre anda ausente de su patria tanto tiempo como yo ahora, errando desde ha mucho por las ciudades de otros y soportando penalidades. Pero, incluso así, te voy a decir lo que me preguntas e interrogas.

»Creta es una tierra que queda en medio del vinoso ponto, hermosa y fértil, bañada por el mar. Hay en ella muchas gentes, incontables, y noventa ciudades. La lengua de unos y otros se halla mezclada. Hay allí aqueos, eteocretenses de gran ánimo, cidones, dorios de tres tribus, y divinos pelasgos. En ella está Cnosos, gran ciudad, donde reinó nueve años Minos, confidente del gran Zeus, padre de mi padre, el magnánimo Deucalión. Deucalión me engendró y también al soberano Idomeneo, que partió en las combadas naves hacia Troya junto con los Atridas. Mi ilustre nombre es Etón, y soy el menor por nacimiento; él fue el primogénito y el más fuerte.

»Allá vi yo a Odiseo y le ofrecí dones de hospitalidad. Pues la fuerza del viento lo arrastró hasta Creta cuando marchaba hacia Troya, desviándolo desde el cabo Maleas. Arribó a Amnisos, donde está la gruta de Ilitía, entre ensenadas difíciles, y a duras penas escapó de las tormentas. Al momento, ascendiendo a la ciudad, vino a preguntar por Idomeneo, pues afirmaba que era huésped suyo, amigo y estimado. Para él aquélla era la décima o undécima aurora desde que

zarpara con sus combadas naves hacia Troya. Yo le llevé hasta mi palacio y lo hospedé bien, ofreciéndole a las claras como amigo de todo cuanto había en la casa en abundancia. Y a sus otros compañeros, que le escoltaban, les proporcioné cebada y rojo vino, que recolecté en el pueblo, y unas vacas para sacrificar de modo que saciaran su apetito. Allí permanecieron doce días los divinos aqueos, ya que soplaba un fuerte Bóreas y el vendaval no permitía ni siquiera en tierra avanzar erguidos. Un cruel dios lo había lanzado. Pero al decimotercer día amainó el viento y ellos zarparon».

Fabulaba contando sus mentiras semejantes a verdades. A ella, al escucharlo, le fluían las lágrimas y le bañaban la piel. Como la nieve se funde en las montañas de altas cumbres cuando el Euro la derrite, después de que la amontonó el Céfiro, y al derretirse van rebosantes las corrientes de los ríos, así entonces por sus mejillas se desbordaban sus lágrimas al brotar su llanto, sollozando por el marido que tenía sentado a su lado. Entre tanto Odiseo compadecía en su ánimo a su sollozante esposa, pero sus ojos estaban inmóviles, como si fueran de cuerno o de hierro, sin agitarse bajo sus párpados. Con astucia ocultaba él sus lágrimas.

En cuanto ella se hubo hartado del lacrimoso llanto, de nuevo contestando a sus palabras dijo:

«Ahora pienso, extranjero, que voy a ponerte a prueba a ver si de verdad albergaste allá, junto con sus compañeros de aspecto divino, a mi esposo, como cuentas. Cuéntame cómo eran las ropas que cubrían su cuerpo y cómo era él en persona, y los compañeros que le seguían».

Contestándola dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, es difícil, con tanto tiempo pasado, decirlo. Para mí ya van para veinte años desde que él de allí se fue y se alejó de mi tierra patria. No obstante, te lo diré, tal como lo recuerda mi corazón. Un manto doble, purpúreo, de lana, portaba Odiseo. Lo llevaba sujeto con un broche de oro, con dobles anillas, y estaba labrado por delante: un perro retenía en sus patas delanteras a un moteado cervatillo y lo veía debatirse. Suscitaba la admiración de todos cómo, siendo ambos de oro, el uno miraba al corzo y lo aprisionaba, mientras éste, ansioso por huir, se debatía entre sus patas. Y ví su túnica, reluciente sobre su cuerpo, como la piel de una cebolla seca. Tan suave era y refulgía como el sol. Muchas mujeres lo contemplaban con asombro. Añadiré algo más, y tú guárdalo en tu mente. No sé si vestía estas ropas Odiseo en su casa o si alguno de sus compañeros se las ofreció en el viaje en su rauda nave, o si tal vez acaso algún huésped, porque de muchos era amigo Odiseo. Pues pocos había iguales a él entre los aqueos.

»También yo le di una espada de bronce y una túnica doble, hermosa, purpúrea, con bien marcados bordes. Con respeto le escolté hasta su barco. Le acompañaba entonces un heraldo algo más viejo que él. También de éste voy a decirte cómo era: caído de hombros, de piel morena, de cabello crespo, su nombre era Euríbates, y lo apreciaba especialmente entre sus compañeros Odiseo, porque tenía pensamientos semejantes a los suyos».

Así habló y a ella le suscitó aún más deseos de llorar, porque reconoció las señas precisas en cuanto había contado Odiseo. Después de haber colmado su

anhelo de llanto, ella volvió a responder a sus palabras y dijo:

«Ahora, extranjero, tú que ya antes merecías mi compasión, serás para mí querido y venerado. Porque yo misma le ofrecí esas ropas que has nombrado, sacándolas de mi alcoba, y prendí en ellas ese brillante broche para que lo llevara como adorno. ¡Y no voy a acogerlo ya más, regresando a su casa, a su querida tierra patria! ¡Así, entonces, con funesto destino en la cóncava nave zarpó Odiseo para contemplar la maldita Ilión, la innombrable!».

Respondiéndola le replicó el muy astuto Odiseo:

«Desde luego, cualquiera que haya perdido un esposo legítimo, al que se ha unido con amor y de quien tuvo hijos, lo llora con añoranza, aunque no sea Odiseo, de quien dicen que era semejante a los dioses. Mas calma tu llanto, y escucha mi relato, porque te voy a dar noticias suyas, de verdad y sin tapujos, que yo he oído ha poco del regreso de Odiseo, ya cercano y vivo, en el próspero país de los tesprotos. Además trae consigo muchos y excelentes regalos, que obtuvo de otras gentes. Sin embargo, perdió a sus fieles compañeros y su nave cóncava en el alta mar de color de vino, al pasar por la isla de Trinacia. Contra él se indignaron Zeus y Helios, porque a las vacas de éste dieron muerte sus compañeros.

»Todos ellos murieron en el ponto tempestuoso, mientras que a él, asido a la quilla de la nave, el oleaje lo arrojó a la costa sólida, en el país de los feacios, que son casi como dioses. Éstos, entonces, lo honraron de corazón tal como a un dios, y le dieron muchos presentes y ellos mismos se ofrecieron a traerlo a su casa sano y salvo. Que hasta hubiera podido haber-

se quedado allí Odiseo, pero a él le pareció mejor, en su ánimo, reunir riquezas en su viaje por tan extenso país. Es que Odiseo destaca mucho entre los hombres mortales por sus ganancias y ningún otro humano rivalizaría en eso con él. Así me lo contó Fidón, el rey de los tesprotos. Juró además ante mí, mientras me ofrecía su vino en su palacio, que le tenía ya aparejada la nave y prestos sus compañeros, los que iban a darle escolta hasta su querida tierra patria.

»Pero me despidió a mí antes. Casualmente iba a zarpar entonces una nave de gente tesprota hacia Duliquio rica en trigo. Me mostró las riquezas todas que había amontonado Odiseo. Seguramente podrían mantener a un hombre en diez generaciones. ¡Tantos tesoros tenía custodiados en las cámaras del rey! Dijo éste que él se había ido a Dodona para escuchar de la divina encina de airoso follaje la voluntad de Zeus acerca de cómo debía regresar a su querida tierra patria, después de tan larga ausencia, si de manera franca o furtivamente.

»Conque él está sano y salvo, y va a volver muy pronto, y no estará ya apartado de sus familiares y su tierra patria por mucho tiempo. De esto prestaré mi juramento. ¡Pongo por testigo ahora en primer lugar a Zeus, supremo y óptimo, y al hogar del intachable Odiseo, al que he llegado, de que en verdad todo esto va a cumplirse como os digo! Este mismo año volverá aquí Odiseo, al concluir esta luna y comenzar la próxima».

Le respondió de nuevo la muy prudente Penélope:

«¡Ojalá pues, extranjero, que esa profecía tuya se vea cumplida! Entonces sabrías muy pronto mi afecto y verías muchos regalos míos, de modo que cual-

quiera, al encontrarte, te llamaría feliz. Mas en mi ánimo recelo que será así, de otro modo: que ni Odiseo volverá a su casa ni tú conseguirás tu viaje, porque no hay en la casa señores como antaño, tal como se mostraba ante los hombres Odiseo, si es que existió alguna vez, al acoger o despedir a sus respetables huéspedes. No obstante, lavadlo, criadas, y disponed su cama, con cobertores, mantas y sábanas muy limpias, para que se caliente bien mientras le llega la Aurora de áureo trono. Al alba, muy temprano, bañadlo y ungidlo, para que, en palacio, junto a Telémaco, disfrute del banquete sentado en la gran sala. ¡Sufrirá dolores quien, rencoroso, le agreda! Ya no podrá hacer aquí nada más, por muy enfurecido que se presente. ¿Cómo reconocerías tú de mí, huésped, que yo destaco algo sobre las demás mujeres en inteligencia y sagaz prudencia, si te dejara seguir así, sucio y mal vestido, en el banquete del palacio? Son de corta vida los seres humanos. A quien es por sí mismo insensible y se muestra falto de compasión, a éste le desean todos dolores futuros en su vida, y al morir lo maldicen. Pero quien es compasivo y se muestra bondadoso, ése logra amplia fama y sus huéspedes la difunden entre todas las gentes y muchos se hacen eco de su nobleza».

Contestándola le replicó el muy astuto Odiseo:

«Venerable esposa del Laertíada Odiseo, las mantas y las sábanas resplandecientes no me apetecen ya, desde que ha tiempo dejé los montes nevados de Creta, yéndome en una nave de largos remos. Me acostaré como acostumbro a pasar mis noches insomnes. Pues ya muchas noches dormí sobre un mísero suelo y así aguardé la Aurora de bello trono. Para nada siento en

mi ánimo deseos de un baño de pies. Ninguna mujer va a frotar mis piernas, entre las que están a tu servicio en tu casa, a menos que haya alguna entrada en años, una vieja de carácter sufrido, que haya soportado en su ánimo tantas cosas como yo mismo. A ésa no le impediría que cuidara de mis pies».

Le contestó entonces la muy prudente Penélope:

«Querido huésped, nunca había llegado a mi hogar desde tierras lejanas un hombre tan juicioso que fuera más amable. ¡Qué sensatamente lo dices todo tan bien meditado. Tengo conmigo una anciana de pensamiento discreto, que crió y cuidó a aquel infeliz y que lo llevó en brazos desde que su madre lo dio a luz. Ella te lavará los pies, aunque está ya algo débil. ¡Vamos, acércate, prudente Euriclea, y lava a este que tiene la misma edad que tu amo! Odiseo tendrá sus pies y sus manos como éstos, porque envejecen pronto los hombres en la desgracia».

Así dijo, la anciana se tapó la cara con las manos y comenzó a verter cálidas lágrimas y dijo palabras henchidas de pena:

«¡Ay de mí, hijo, que no te sirvo de nada! Cómo te ha odiado Zeus, tan en exceso, entre los hombres, a ti *que tenías un ánimo piadoso*. Porque ninguno de los mortales quemó en honor de Zeus que disfruta con el rayo tantos pingües muslos ni tan escogidas hecatombes, como tú le ofreciste con ruegos de llegar a una vejez serena y poder educar a tu noble hijo. ¡Y ahora a ti sólo te negó del todo el día del regreso! Tal vez también a él le insultaran las mujeres de extraños en países lejanos, cuando llegaba a la ilustre casa de alguno, como a ti te insultan todas estas perras. Para evitar ahora su ultraje y las muchas burlas no permites que te laven;

y a mí, y no me disgusta, me lo manda la hija de Icario, la muy prudente Penélope. Lo haré también por ti, porque tengo conmovido el corazón por tus desdichas. Así que escucha ahora lo que te digo. Muchos extranjeros de sufrido aspecto han llegado hasta aquí, pero te aseguro que nunca vi a ninguno tan parecido a Odiseo, como tú te asemejas, en el cuerpo, la voz y los pies».

Respondiéndola le dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Ah, anciana! Así lo aseguran cuantos nos vieron ante sus ojos a nosotros dos, que somos muy semejantes uno a otro, como tú misma notaste y con sensatez proclamas».

Así dijo, y la anciana tomó una refulgente jofaina en la que solía lavar los pies y derramó en ella un chorro de agua fría y luego le agregó la caliente. Al momento Odiseo se sentó junto al hogar y se resguardó en un espacio sombrío, porque de pronto sospechó que, al manosear sus pies, iba a reconocer su cicatriz y todo podía quedar descubierto.

Ella se acercó a su señor para lavarlo, y al pronto reconoció la cicatriz, que un jabalí le había hecho con su blanco colmillo antaño, cuando él marchaba por el Parnaso, con Autólico y los hijos de éste, el noble padre de su madre, que sobresalía entre los hombres en el arte de robar y jurar. Se lo había otorgado el mismo Hermes, ya que en su honor quemaba espléndidos muslos de cabras y corzos. Y el dios iba benévolo con ellos. Al llegar Autólico al próspero pueblo de Ítaca encontró al niño pequeño, hijo de su hija. Entonces Euriclea se lo puso en sus rodillas, al acabar de comer y le habló y le dijo:

«Autólico, sugiere tú mismo ahora un nombre que ponerle al hijo de tu hija, que tanto has anhelado».

Y, respondiéndola, habló Autólico y dijo:

«Yerno mío e hija mía, ponedle el nombre que voy a deciros. Como yo he suscitado el odio de muchos, hombres y mujeres a lo largo de la tierra fecunda, que su nombre sea, para recordarlo, Odiseo. Yo, por mi parte, cuando él acuda, ya muchacho, a la morada natal de su madre en el Parnaso, donde tengo muchas riquezas, le obsequiaré bien y os lo enviaré contento de vuelta».

Así que luego fue Odiseo a que le diera sus espléndidos regalos, y Autólico y los hijos de Autólico le acogieron con abrazos y palabras cariñosas. Anfítea, la madre de su madre, abrazó a Odiseo, y le cubrió de besos la cabeza y los hermosos ojos. Autólico ordenó a sus ilustres hijos preparar el banquete y ellos obedecieron sus órdenes. Al momento trajeron un buey de cinco años, lo desollaron, y lo preparaban y hacían cuartos, lo desmenuzaban en pequeñas porciones que hábilmente iban ensartando en los espetones y asaban con cuidado y repartían luego en raciones. Así entonces todo un día hasta la puesta de sol disfrutaron del banquete y nadie en su ánimo echó en falta una equilibrada porción. En cuanto el sol se hundió y sobrevino la oscuridad se acostaron y recibieron el regalo del sueño.

Apenas brilló matutina la Aurora de dedos rosáceos, salieron a cazar a la vez los perros y sus dueños, los hijos de Autólico. Y con ellos iba el divino Odiseo. Ascendieron al abrupto monte del Parnaso, recubierto de bosque, y pronto se adentraban en sus repliegues batidos por el viento. Hacía poco que el sol se expandía por los campos saliendo de la plácida y profunda corriente del océano, cuando los cazadores

alcanzaron un desfiladero. Por delante avanzaban los perros venteando rastros y detrás los hijos de Autólico. Con ellos marchaba Odiseo al lado de los perros, blandiendo una lanza de larga sombra.

Allí, en la densa espesura, estaba tumbado un gran jabalí. No la penetraba el soplo húmedo de los vientos briosos ni la atravesaba con sus rayos brillantes el sol, ni tampoco se filtraba por ella la lluvia. Tan espesa era, pues la formaba un denso amontonamiento del follaje. Pero al jabalí le llegó el rumor de los pasos de los perros y los hombres que avanzaban de cacería. Y salió del soto a su encuentro, con el pelaje del lomo erizado, chispeando en sus ojos miradas de fuego, y se paró ante ellos. Se precipitó primero Odiseo blandiendo en alto la larga lanza con su mano robusta, ansioso por herirlo. Pero el jabalí abalanzóse y le hirió junto a la rodilla y con su colmillo le hizo un desgarro hondo en la carne, embistiéndole de lado, si bien no le llegó al hueso. Odiseo lo alanceó, hiriéndole en la paletilla derecha, y de lado a lado le hundió la punta de la brillante lanza. Cayó por tierra gruñendo, y se le escapó el ánimo.

A Odiseo lo rodearon los queridos hijos de Autólico, sabiamente vendaron la herida del intachable Odiseo, y restañaron con un ensalmo su oscura sangre. Y enseguida volvieron de regreso a la casa de su padre. Allí Autólico y los hijos de Autólico, después de curarlo bien y haberle obsequiado con espléndidos presentes, lo despidieron pronto, alegres ellos y contento él, camino de Ítaca. Su padre y su venerable madre se alegraron de tenerlo de vuelta, y le iban preguntando sobre la herida que había sufrido. Él les contó punto por punto cómo en la cacería el jabalí lo

atacó con su blanco colmillo al marchar por el Parnaso con los hijos de Autólico.

Al tantear la cicatriz con las palmas de sus manos la vieja la reconoció al tacto, y soltó el pie que alzaba. Cayó en la jofaina la pierna y, resonó el bronce, se tumbó por un lado, y el agua se vertió en el suelo. En su mente brotaron a la par el gozo y la pena, los ojos se le colmaron de lágrimas y se le quebró la clara voz. Y agarrando de la barba a Odiseo, le dijo:

«Sí, de verdad tú eres Odiseo, querido hijo. Al principio no te reconocí, hasta tocarte del todo, mi señor».

Dijo y volvió su mirada hacia Penélope, queriendo advertirla con sus ojos de que allí estaba su querido esposo. Pero ella, desde enfrente, no podía apercibirse ni atenderla, porque Atenea había distraído su pensamiento. Entonces Odiseo avanzó su mano y la agarró del cuello con la derecha, y con la otra la atrajo a sí, y le dijo:

«¿Abuela, por qué quieres perderme? Tú misma me criaste en tu pecho. Ahora, después de soportar incontables dolores, he vuelto a los veinte años, a mi tierra patria. Bien, ya que me has descubierto y un dios te iluminó en tu ánimo, ¡calla, que nadie más se entere en palacio! Porque te voy a decir algo que va a cumplirse. Si un dios concede a mis manos aplastar a los nobles pretendientes, no me olvidaré de ti, que fuiste mi nodriza, cuando a las demás mujeres esclavas del palacio dé muerte».

Le respondió luego la muy prudente Euriclea:

«¡Hijo mío, qué amenaza escapó del cercado de tus dientes! Bien sabes que mi ánimo es leal y nada voluble. Me mantendré firme como una dura roca o como el hierro. Y algo más te diré y tú guárdalo

en tu mente. Si bajo tus manos un dios sometiera a los pretendientes, entonces te diré de las mujeres de palacio quiénes te deshonran y quiénes son inocentes».

Respondiéndola, le dijo el muy astuto Odiseo:

«Abuela, ¿a qué vas tú a contármelo? Bien, lo averiguaré yo mismo, y las tendré vistas una por una. Conque mantén silencio en tu charla, y confía en los dioses».

Así dijo. La nodriza cruzó con rápidos pasos la sala para traer agua a la jofaina. Toda la anterior se había derramado. Cuando ya le hubo lavado y ungido los pies con espeso aceite, Odiseo se colocó su asiento más cerca del fuego para rescaldarse y se cubrió la cicatriz con sus harapos.

Y tomó la palabra entre ellos la muy prudente Penélope:

«Extranjero, aún te voy a preguntar una pequeña cosa. Pues ya pronto será la hora del dulce reposo, al menos para quien concilie el sueño, aunque ande con penas. Desde luego a mí una enorme pesadumbre me impuso la divinidad, de modo que paso todos mis días afligida, sollozando, atendiendo a mis tareas y las del servicio de la casa. Y cuando llega la noche y el reposo ampara a todos, me quedo echada en mi cama, pero en mi corazón angustiado densas, agudas penas me asaltan y torturan. Como antaño la hija de Pandáreo, el ruiseñor verdoso, canta su bella canción mientras se inicia la primavera, instalado en el denso follaje de los árboles, y vierte en trinos variados su cantarina voz, llorando por su querido hijo, por Ítilo, el hijo del rey Zeto, al que mató con la espada en un rapto de locura. Así también mi ánimo se siente tiro-

neado en dos sentidos. No sé si quedarme junto a mi hijo y velando por todo esto, mis bienes, mis sirvientes, y la gran mansión de alto techo, por respeto al lecho de mi esposo y la opinión del pueblo, o si marchar con aquel de los aqueos que resulte el mejor que me corteja en estas salas, y que me ofrezca grandes regalos de boda. Mi hijo, mientras fue pequeño y aún con mente infantil, no me permitía casarme y dejar la casa de mi esposo; pero ahora que ya es mayor y ha alcanzado la plena juventud, incluso me suplica que salga de una vez de mi palacio, preocupado por su herencia, que se la comen los aqueos.

»Pues bien, escucha este sueño mío e interprétamelo. En mi casa veinte gansos comen trigo, fuera del estanque, y disfruto mirándolos. Pero viene del monte un águila grande, de corvo pico, les desgarra a todos el cuello y los mata. Todos quedan tendidos en un montón en mis salas, mientras ella remonta al claro cielo. Por mi parte, yo lloraba y gritaba en mi sueño, y a mi alrededor se reunían las aqueas de bellas trenzas, en tanto que yo sollozaba porque el águila había dado muerte a mis gansos. El águila de nuevo volvió y se posó sobre el alero del tejado, y con voz humana me consolaba y me decía:

»"No temas, hija del muy ilustre Icario, no es un sueño, sino un presagio que se te va a cumplir. Los gansos son los pretendientes y yo que antes era ave, un águila, ahora, en cambio, me transformo en tu esposo, que daré a todos tus pretendientes un infausto destino".

»Así dijo, y luego me abandonó el deleitoso sueño. Al abrir mis ojos contemplé a los gansos que en el patio picoteaban el grano junto al estanque, como de costumbre».

Respondiéndola le dijo el muy astuto Odiseo:

«Mujer, no es posible interpretar el sueño, buscándole un nuevo sentido, ya que Odiseo mismo te ha explicado cómo va a realizarse. Anuncia la masacre de todos los pretendientes. Ninguno va a escapar de la muerte y su destino funesto».

A su vez le contestó la muy prudente Penélope:

«Extranjero, los sueños son inaprensibles y de oscuro lenguaje, y no todo se les logra a los humanos. Pues son dos las puertas de los ensueños de la imaginación. Una está hecha de cuerno, y la otra de marfil. Los sueños que llegan por la del tallado marfil, ésos son engañosos. Traen palabras que no se cumplen. Los que llegan por la puerta de pulido cuerno, ésos aportan hechos verídicos, cuando un mortal los atiende. En cuanto a mí, no creo que por ésta me haya llegado ese sueño estremecedor. ¡Sería muy agradable para mi hijo y para mí!

»Te voy a decir algo más y tú guárdatelo en tu mente. Ya se aproxima la Aurora de triste nombre que me va a apartar de la casa de Odiseo. Porque ahora voy a convocar la prueba de las hachas, las que él en su sala solía colocar una tras otra, como puntales de barco, doce en total. Y él, apuntando desde lejos, solía atravesarlas todas con sus flechas. Ahora voy a invitar a mis pretendientes a ese certamen del arco. Quien más hábilmente tense en sus manos el arco y lance su flecha a través de todas las doce hachas, con ése me iré, dejando atrás esta casa señorial, tan hermosísima, que creo que estaré recordando siempre, incluso en mis sueños».

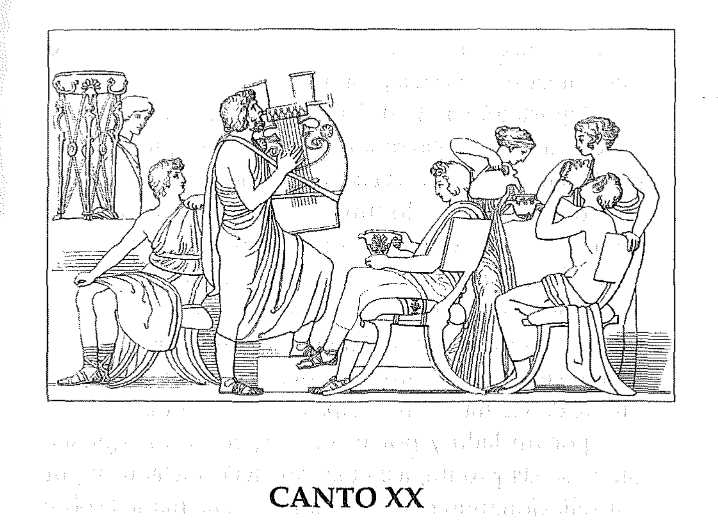
Respondiéndola, a ella le dijo el muy astuto Odiseo:

«Ah, venerable mujer del Laertíada Odiseo, no demores ya más ese certamen en tu palacio, porque seguro que aquí ha de volver Odiseo antes, antes de que ésos tomen en sus manos el bien pulido arco, tensen sus cuerdas y atraviesen el hierro con la flecha».

A su vez le contestó la muy prudente Penélope:

«Si quisieras consolarme, extranjero, sentado a mi vera en esta gran sala, no se *vertiría sobre mis párpados el sueño*. Pero no es posible de ningún modo que resistan sin dormir los humanos. A todos los mortales les impusieron esa norma los inmortales en la fructífera tierra. Así que yo, subiendo a mis estancias de arriba, *descansaré en mi cama, que está acostumbrada* a mis sollozos, bañada de continuo en mis lágrimas, desde que Odiseo partió a ver la maldita Troya, de funesto nombre. Allí puedo reposar. Descansa tú en esta sala, o echándote en el suelo o haciendo que te preparen *la cama*».

Después de hablar así, empezó a subir a sus relucientes estancias. No sola, sino que la acompañaban también las demás, sus criadas. Y después de ascender a sus habitaciones con sus doncellas seguía llorando *por Odiseo, su querido esposo, hasta que so*bre sus párpados vertió el sueño Atenea, la de los ojos glaucos.



CANTO XX

A su vez el divino Odiseo se preparaba la cama en el atrio. Extendió una piel de buey sin curtir y luego por encima muchos pellejos de corderos, que habían sacrificado los aqueos. Y, cuando ya se hubo acostado, le cubrió Eurínome con un manto. Allí se quedó echado Odiseo planeando en su ánimo, insomne, castigos a los pretendientes. Desde la gran sala iban y venían las mujeres que solían acostarse con los pretendientes, provocándose unas a otras a risas y jarana. A él se le enfurecía el ánimo en el pecho, y muchas veces vaciló en su mente y su corazón si abalanzarse sobre ellas y darles muerte una a una, o si dejar que se arrejuntaran una vez más, la última y final, con los soberbios pretendientes. Su corazón por dentro ladraba. Como la perra que va y viene en torno a sus débiles cachorros y ladra a un hombre que no conoce, y se dispone a atacarle, así ladraba en su interior, irritado por sus

perversas acciones. Pero golpeándose el pecho, habló a su corazón con estas palabras:

«¡Sopórtalo, corazón! Ya antes soportaste otro ultraje aún más desgarrador, aquel día en que el cíclope de incontenible furia se puso a devorar a mis bravos compañeros. Tú lo sufriste, hasta que tu astucia te sacó de la cueva donde creíste que ibas a morir».

Así dijo, mientras refrenaba en el pecho su corazón. Y su corazón, paciente, lo resistía sufriéndolo tenazmente, mientras él se daba vueltas a un lado y a otro. Como cuando un hombre sobre una densa fogata ardiente da vueltas a unas tripas, llenas de grasas y sangre, por un lado y por otro, y espera a que queden bien asadas pronto, así él se revolvía por aquí y por allí reflexionando en cómo lanzaría sus manos sobre los osados pretendientes, estando él solo contra muchos. A su vera llegó Atenea que bajaba del cielo. En su figura semejaba una mujer. Se colocó junto a su cabeza y le dirigió estas palabras:

«¿Por qué todavía estás despierto, el más infortunado de los hombres? Ésta es tu casa y en tu casa tienes a tu mujer y tu hijo, que es como cualquiera desearía que fuera su hijo».

Respondiéndola le dijo el muy astuto Odiseo:

«Sí, todo eso, diosa, lo has dicho con entera justicia. Pero es que en mi interior mi ánimo anda cavilando esto: cómo voy a lanzar mis manos sobre esos osados pretendientes, estando yo solo. Ellos andan siempre en grupo ahí dentro. Además estoy meditando en mi mente algo de más alcance: si, por voluntad de Zeus y tuya, los matara, ¿adónde podría huir? Te ruego que me aconsejes en esto».

Le contestó, a su vez, Atenea de ojos glaucos:

«¡Obstinado! Cualquiera confía en su compañero, incluso si es menos fuerte y siendo mortal y sin saber tantas artimañas. Y yo soy una diosa, yo, que te ayudo en todos tus trabajos. Te lo diré más francamente: incluso si nos rodearan cincuenta pelotones de hombres de voz articulada, ansiosos de matarnos en el combate, incluso así te apoderarías de sus vacas y pingües ovejas. Así que, déjate dominar por el sueño. Penoso resulta velar insomne toda la noche. Ya vas a escapar de tus males».

Así dijo, y derramó el sueño sobre sus párpados, mientras ella de nuevo se iba al Olimpo, la divina entre las diosas.

Entre tanto que a él lo arropaba el sueño, librando de penas su ánimo, relajando sus miembros, despertaba su sensata esposa. Y se echó a llorar sentada en su blando lecho, y, cuando hubo saciado su ánimo de llantos y sollozos, suplicaba, la divina entre las mujeres, a Ártemis:

«¡Ártemis, diosa venerable, hija de Zeus, ojalá me dispararas una flecha al pecho y me arrancaras la vida ahora mismo, o que al pronto una tempestad me arrebatara y condujera bien lejos llevándome por senderos de nubes, o me arrojara en las bocas del Océano de incesante reflujo!

»Como cuando a las hijas de Pandáreo las arrebataron las tormentas, y a sus padres los mataron los dioses, y ellas quedaron huérfanas en el palacio, pero la divina Afrodita las alimentó con queso, dulce miel y suave vino. Hera les otorgó más que a todas las mujeres belleza y cordura, y fina estampa les dio la santa Ártemis, y Atenea les enseñó a realizar refinadas tareas. Luego la divina Afrodita se fue al amplio Olimpo a solicitar para

las muchachas una pronta y espléndida boda a Zeus que se goza en el rayo, a él que lo sabe bien todo, la ventura y desventura de los humanos mortales. Entre tanto las Harpías raptaron bruscamente a las jóvenes y se las entregaron a las odiosas Erinias para que fueran sus esclavas. ¡Ojalá así me aniquilaran los que tienen mansiones olímpicas o me asaeteara Ártemis de bellos bucles, para que me encamine bajo la odiosa tierra a ver a Odiseo y no proporcione contento a los deseos de algún hombre inferior! Pues la desgracia aún tiene algo de soportable cuando una llora de día, amargamente afligida en el corazón, pero por las noches se refugia en el sueño, que lo hace olvidar todo, cosas buenas y malas, cuando nos cierra los párpados. Mas a mí incluso pesadillas me da la divinidad, porque esta noche a mi lado dormía alguien semejante a él, con la misma figura con que él marchó al frente de su tropa. Y mi corazón se alegraba porque me decía que no era sueño, sino ya realidad».

Así habló, y enseguida llegó la Aurora de áureo trono. Mientras ella lloraba, oyó su voz el divino Odiseo, meditó entonces y le pareció en su ánimo que ella ya lo reconocía y estaba con él en sus pensamientos. Recogió el manto y las pieles en las que había dormido y las dejó en la sala sobre una silla, y se puso a rogar a Zeus alzando las manos:

«¡Zeus Padre, si por vuestro designio me trajisteis a través de lo seco y lo líquido hasta mi tierra, después de maltratarme en exceso, que alguna de las criaturas despiertas emita un presagio favorable aquí dentro y que afuera surja otro prodigio de Zeus!».

Así dijo en su plegaria y le escuchó el providente Zeus. Al momento tronó en el resplandeciente

Olimpo, por encima de las nubes. Se regocijó el divino Odiseo. El presagio dentro de la casa lo produjo una mujer de las que molían el grano allí cerca, donde estaban las piedras de moler para servicio del pastor de pueblos. En ellas se fatigaban las mujeres, doce en total, que fabricaban las harinas de trigo y de cebada, médula de los hombres. Las demás ya dormían, porque ya habían molido su grano, pero ésta, sola, aún no había concluido, porque era la más débil. Ella dejó de moler y lanzó sus palabras, un signo para su señor:

«Zeus Padre, tú que reinas para dioses y humanos ¡qué fuerte tronaste en el cielo estrellado! No hay ahí ni una nube. Para alguien das ese presagio. Cúmpleme también a mí, infeliz, esta súplica que te dirijo. ¡Que los pretendientes tomen en este día por última y postrera vez su deseado banquete en la mansión de Odiseo! Ellos, que me han quebrantado con amarga fatiga las rodillas de tanto moler harinas. ¡Ojalá que tengan ahora su última comida!».

Así dijo. Se alegró el divino Odiseo del presagio y del trueno de Zeus. Confiaba pues en que castigaría a los malvados.

Las otras esclavas, despiertas ya, en la hermosa mansión de Odiseo encendían el fuego incansable en el hogar. Telémaco se levantó de su cama, el joven semejante a un dios, se vistió sus ropas, se colgó de los hombros su afilada espada, y se anudó en los ágiles pies sus bellas sandalias y retomó su excelente lanza coronada por el aguzado bronce. Se detuvo en el umbral y le dijo a Euriclea:

«Ama querida, ¿cómo honrasteis en casa al extranjero? ¿Con cama y comida, o anda tirado sin más, des-

preciado? Pues mi madre es así, aun siendo sensata. De modo sorprendente honra a uno cualquiera de los hombres de voz articulada, uno inferior, y a otro, el mejor, lo desdeña y lo despide».

Contestóle, a su vez, la muy prudente Euriclea:

«No debes acusar ahora, hijo, a una inocente. Porque ése bebió bien sentado su vino, mientras él quiso, y dijo que no tenía más hambre de comida, cuando se le preguntaba. Y cuando vino a acordarse de la cama y del sueño, ella ordenó a sus criadas que le prepararan la cama; pero él, como quien es del todo infeliz y desdichado, no quiso echarse en un lecho y entre cobertores, sino que sobre una piel de buey sin curtir y entre pieles de ovejas se tumbó en el atrio. Nosotras lo tapamos con un manto».

Así dijo, y Telémaco salió a grandes pasos cruzando la sala y portando su lanza. Detrás de él iban dos perros de patas veloces. Se dirigió al ágora entre los aqueos de hermosas grebas.

Ella, Euriclea, la hija de Ope Pisenórida, divina entre las mujeres, llamaba a gritos a las esclavas de la casa:

«Poneos en marcha, las unas barred deprisa la casa, regad el suelo y en los asientos bien torneados poned las telas de púrpura; las otras, con esponjas, fregad todas las mesas y lavad las cráteras y las copas de doble asa. Y las demás, a por agua, id por ella a la fuente y salid ya y volved muy pronto, que no van a tardar en presentarse en la sala los pretendientes, que muy de mañana volverán todos a la fiesta.»

Así habló, las otras la oyeron y obedecieron enseguida. Unas veinte fueron a la fuente de aguas oscuras, y otras se pusieron a trabajar en la casa con des-

treza. Acudieron los criados a la faena. Los unos al punto y con buen oficio cortaron la leña. Ellas, las mujeres, regresaron de la fuente. Tras éstas llegó el porquerizo conduciendo tres gruesos cerdos, los mejores de cuantos guardaba. Allí los dejó, en unos buenos cercados para que se alimentaran, y él, por su parte, interpeló a Odiseo con palabras amables:

«¿Forastero, te tratan ya con más miramientos los aqueos o te siguen despreciando en palacio como al comienzo?».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Ojalá, Eumeo, castigaran los dioses el ultraje que éstos, en su necia soberbia, prodigan en casa ajena, sin tener ni una pizca de vergüenza!».

En tanto que ellos así charlaban uno con otro, vino allí cerca Melantio, el pastor de cabras, trayendo unas cabras que destacaban entre todas en sus rebaños, para la comida de los pretendientes. Otros dos gañanes le seguían. Las dejaron atadas en el rumoroso patio, y él se dirigió de pronto a Odiseo con palabras de escarnio:

«Extranjero, ¿todavía ahora aquí en la casa vas a molestar mendigando a los señores? ¿Es que no piensas irte lejos? Por lo visto creo que no vamos a distanciarnos hasta que pruebes mis puños, porque mendigas sin ningún reparo. Bien, hay, desde luego, otros banquetes entre los aqueos».

Así habló, y no le contestó nada el muy astuto Odiseo; sino que en silencio movió su cabeza, meditando su ruina. Llegó, en tercer lugar, Filetio, capataz de braceros, que conducía para los pretendientes una vaca estéril y unas rollizas cabras. Lo habían transportado los barqueros, que suelen llevar a cuantos requieren sus servicios. Dejó a sus bestias bien atadas en el

rumoroso pórtico y, a su vez, se puso a preguntarle al porquerizo, poniéndose a su lado:

«¿Quién es este forastero recién llegado, porquerizo, a nuestra casa? ¿De qué gentes dice que viene? ¿Dónde tiene su familia y su tierra patria? ¡Pobre hombre! Por su aspecto se parece a un rey soberano, pero a los humanos los dioses los apabullan con largo peregrinaje, e incluso a los reyes los empujan a la miseria».

Dijo, y avanzó para saludarle con la mano derecha, y, al hablarle, le dijo estas palabras aladas:

«¡Te saludo, padre extranjero! Ojalá en el porvenir te alcance la prosperidad, ya que ahora te has enfrentado a muchas miserias. ¡Padre Zeus, ninguno de los dioses es más riguroso que tú! No te apiadas de los hombres, después de haberlos criado, cuando los empujas a las desdichas y los crueles dolores. Me estremecí al verte y mis ojos se me llenaron de lágrimas, pues me acuerdo de Odiseo, porque pienso que también él con harapos semejantes andará errante entre las gentes, si es que en algún lugar todavía vive y ve la luz del sol. Acaso ya ha muerto y está en las moradas de Hades... ¡Ay de mí!, ¡ay del irreprochable Odiseo, que me envió a guardar sus vacas, siendo yo niño, al país de los cefalenios! Ahora son ya incontables, y a ningún hombre podría crecerle más en modo alguno la manada de vacas de ancha frente. A éstas otros me ordenan traerlas para comérselas ellos. En nada respetan a su hijo en su casa ni temen el castigo de los dioses. Pues están ya ansiosos por repartirse los bienes del soberano ha tanto ausente. Por eso a mí el ánimo en el pecho a menudo se me subleva. Sería gran vileza, viviendo su hijo, marchar a la tierra de otros

llevándome sus vacas hacia gentes extrañas. Pero es aún peor permanecer aquí con unas vacas ya ajenas para soportar pesares sin hacer nada. En efecto, ya me habría yo escapado y amparado con otro de los reyes poderosos, ya que las cosas se han puesto insoportables, pero aún pienso en aquel desdichado, en si acaso volviera de cualquier parte y pusiera en desbandada a los pretendientes de su palacio».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«Vaquero, puesto que no pareces un hombre malvado ni necio, y reconozco por mí mismo que hay sensatez en tu mente, por eso te voy a decir lo siguiente y lo afirmaré con un gran juramento. ¡Séanme testigos, en primer lugar, Zeus y la mesa hospitalaria de los dioses, y el hogar del irreprochable Odiseo, al que ahora acudo! Mientras tú estás aquí va a volver Odiseo a su casa. Lo verás con tus ojos, si quieres, dar muerte a los pretendientes, que aquí hacen de reyes».

Le replicó, a su vez, el hombre que guardaba sus vacas:

«¡Ojalá, forastero, Zeus te cumpliera esas palabras! Conocerías cuál es mi fuerza y qué pueden mis manos».

Así, por su parte, oró Eumeo a todos los dioses que volviera el muy sagaz Odiseo a su hogar.

Mientras que ellos cruzaban tales palabras, los pretendientes tramaban la muerte y el final de Telémaco. Mas a ellos les apareció por la izquierda un augurio, un ave de alto vuelo, que llevaba una trémula paloma. Anfínomo se hizo con la palabra entre ellos y exclamó:

«Amigos, no nos va a salir bien esta intriga de la muerte de Telémaco. Así que dediquémonos al banquete».

Así dijo Anfínomo y a los demás les complació su consejo. Marcharon al palacio del divino Odiseo, dejaron sus mantos sobre las sillas y sillones, y comenzaron a sacrificar las gruesas ovejas y las rollizas cabras, e inmolaron también los cebados cerdos y una vaca del rebaño. Asaron las vísceras y las repartían, y en las cráteras mezclaban el vino. El porquerizo distribuía las copas. Filetio, capataz de pastores, hacía el reparto del pan en hermosos cestillos y Melantio servía el vino. Y ellos echaban sus manos sobre los manjares dispuestos y servidos.

Telémaco, aprovechando su posición, hizo sentarse a Odiseo en la solemne sala, junto al pétreo umbral, ofreciéndole un rústico sillón y una pequeña mesa. Le puso al lado unos menudillos y le escanció vino en una copa de oro, y le dijo estas palabras:

«Siéntate acá y bebe el vino entre estos hombres. Yo mismo rechazaré de ti las chanzas y las manos de todos los pretendientes, porque ésta no es una casa del común, sino la de Odiseo, que la sostuvo para mí. Y vosotros, pretendientes, aplacad vuestra ansia de amenazas y golpes, a fin de que no surja ninguna disputa ni reyerta».

Así dijo, y todos los otros, hincando sus dientes en los labios, se pasmaban de que Telémaco les hablara con tanta valentía. Y entre ellos tomó la palabra Antínoo, hijo de Eupites:

«Aunque resulta severo, aqueos, aceptemos el discurso de Telémaco. Nos habla, en efecto, con reprimendas. Zeus Crónida nos lo prohibió; de lo contrario ya lo habríamos hecho callar en palacio, por hábil orador que sea».

Así habló Antínoo. Telémaco no replicó a sus palabras.

Mientras, los heraldos guiaban por la ciudad la sagrada hecatombre consagrada a los dioses. Los aqueos de largas melenas reuníanse en el sombrío bosquecillo de Apolo el que hiere de lejos.

Cuando ya hubieron asado las carnes por encima y las retiraron del fuego, distribuyeron las porciones y comenzaron el espléndido banquete. Los que servían le dieron a Odiseo su trozo, igual al que obtenían los demás. Así pues lo ordenaba Telémaco, el querido hijo del divino Odiseo.

Pero Atenea no iba a permitir que los nobles pretendientes se abstuvieran del todo de un amargo ultraje, a fin de que el rencor se ahondara aún más en el corazón del Laertíada Odiseo. Había entre ellos un tipo de notable insolencia; su nombre era Ctesipo, y tenía su hogar en Same. Éste, confiado en las riquezas de su padre, cortejaba a la esposa de Odiseo de larga ausencia. Y él, entonces, habló así a sus soberbios compañeros:

«Prestadme atención, ilustres pretendientes, a lo que voy a deciros. Ya tiene el extranjero desde hace un rato su porción, según le toca, equitativa. Pues no es bello ni justo despreciar a los huéspedes de Telémaco, sea quien sea el que acuda a esta casa. Pues bien, ahora también yo le daré un regalo, para que él lo transmita en pago de servicios a su bañero o a otro cualquiera de los siervos que hay en la casa del divino Odiseo».

Diciendo así, cogió una pezuña de buey de la bandeja y se la arrojó con su robusta mano. Pero Odiseo la esquivó bajando rápido su cabeza, mientras con rabia sonreía con gesto sardónico. La pezuña rebotó en el sólido muro, y Telémaco riñó a Ctesipo con estas palabras:

«¡Ctesipo, de cierto que así ha sido mejor para tu vida! No alcanzaste al huésped, ya que él evitó tu golpe. De otro modo te habría atizado con mi aguda lanza en pleno pecho, y tu padre en lugar de una boda te habría procurado aquí una tumba. Por tanto, que ninguno de vosotros dé más muestras de violencia en mi casa. Porque ahora observo bien y me entero de cuanto sucede, lo bueno y lo malo. Antaño todavía era niño. No obstante, todavía soportamos lo que vemos: los ganados degollados y el vino bebido y los banquetes. Pues es difícil que uno solo contenga a muchos. Conque, vamos, no me causéis más daños con ánimo hostil. Si ya estáis ansiosos por darme muerte con el bronce, incluso yo lo preferiría, y sería mucho mejor quedar muerto que contemplar una y otra vez esos hechos infames: que se insulte a mis huéspedes y que se arrastre desvergonzadamente a las mujeres de mi servicio por estas hermosas estancias».

Así dijo. Todos los otros se quedaron sin responder, en silencio. Al rato tomó la palabra por fin Agelao, hijo de Damástor:

«Amigos, que ninguno se encolerice por unas frases justas y replique con palabras cargadas de violencia. Ni ofendáis en nada al extranjero, ni a ningún otro de los siervos que hay en la casa del divino Odiseo. Pero a Telémaco y a su madre yo quiero darles un consejo benévolo, por si les pareciera bien a ambos en el corazón.

»Mientras que vuestro ánimo en el pecho tenía esperanzas de que regresara el muy sagaz Odiseo a su hogar, entonces no era nada extraño que aguardaran y se contuvieran en el palacio los pretendientes, puesto que eso era mejor, por si Odiseo volvía y se presenta-

ba de regreso en su casa. Pero ahora eso está claro: que él no va a volver. Conque, anda, siéntate al lado de tu madre y aconséjala que tome como esposo a quien sea el mejor y más regalos de boda le ofrezca, para que tú conserves contento todos tus bienes paternos, comiendo y bebiendo, y ella se ocupe de la casa de otro».

A éste le respondió, a su vez, el juicioso Telémaco:

«No, Agelao, ¡por Zeus y los sufrimientos de mi padre, que quizás lejos de Ítaca ha muerto o bien vaga errante!, no demoro para nada la boda de mi madre, sino que la invito a casarse con quien quiera y que le ofrezca inmensos regalos. Pero me da vergüenza echarla de casa contra su deseo con un discurso violento. ¡Que la divinidad no lo permita!»

Así habló Telémaco. A los pretendientes Palas Atenea les infundió una risa irrestañable, y les perturbó la mente. Ellos de pronto se echaron a reír con mandíbulas desenfrenadas mientras comían las carnes sanguinolentas. Sus ojos se llenaban de lágrimas, y su ánimo anhelaba el llanto.

Entre ellos tomó la palabra Teoclímeno de aspecto divino.

«¿Desdichados, qué mal os envuelve? Vuestras cabezas están inundadas de noche, así como vuestros rostros y vuestras rodillas más abajo. Se ha extendido el gemido y están bañadas en llanto vuestras mejillas. De sangre veo regados los muros y los hermosos intercolumnios, y lleno el atrio y rebosante el patio de fantasmas, que se precipitan en su marcha al Hades en tinieblas. Y el sol se ha apagado en el cielo, y una maligna tiniebla nos invade.»

Así dijo, y todos los demás se rieron de él a placer. Entre ellos se puso a vocear Eurímaco, hijo de Pólibo:

«Anda loco este extranjero recién llegado de otras tierras. Así que, a toda prisa, despachadlo fuera de la casa. ¡Que se vaya a la plaza, ya que le parece que aquí es de noche!».

Le replicó de nuevo Teoclímeno de aspecto divino:

«Eurímaco, para nada te pido que me des guías para un viaje. Conservo mis ojos, mis oídos y dos pies, e inteligencia bien firme en mi pecho, nada menguada. Por tanto me saldré afuera, porque veo que la perdición avanza a por vosotros, y ninguno de los pretendientes la esquivará ni escapará de ella, vosotros que en la casa del heroico Odiseo ofendéis a los demás y maquináis locuras sin freno».

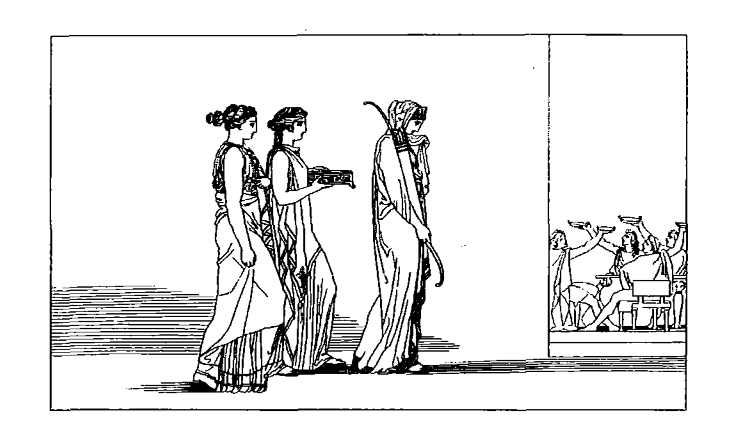
Después de hablar así, se salió de la bien poblada mansión y se fue a la de Pireo, que le hospedó de buen grado.

Todos los pretendientes, mirándose unos a otros, trataban de irritar a Telémaco, riéndose de sus huéspedes. Así decía entonces uno de aquellos jóvenes prepotentes:

«Telémaco, nadie tiene unos huéspedes más ruines que tú. Ahí tienes a ese vagabundo pedigüeño, menesteroso de pan y de vino, en nada inclinado a trabajos ni esfuerzos, que es sólo un fardo inerte de tierra. Y, por otro lado, a ese individuo que se levantó a dar profecías. Conque, a ver si me haces caso, lo mejor sería para ti lo siguiente: que metas en una nave bien cerrada a tus huéspedes y mándalos a los sículos, a ver si así puedes sacar algún beneficio de su venta».

Así decían los pretendientes. Pero él no hacía ningún caso a sus palabras, sino que, en silencio, miraba a su padre, aguardando una y otra vez a que él echara sus manos sobre los desvergonzados comensales.

La hija de Icario, la muy prudente Penélope, había colocado su elegantísima silla allí delante de los pretendientes y escuchaba, en la sala, las palabras de cada uno. Desde luego que se habían preparado un banquete alegre, entre risotadas, y a su gusto, porque habían sacrificado muchos animales. Pero no podía darse ningún festín más amargo que el que pronto iban a ofrecerles la diosa y el intrépido héroe. Ya ellos se anticipaban a tramar sus desdichas.



CANTO XXI

La diosa de ojos glaucos, Atenea, inspiró en la mente a la hija de Icario, la muy prudente Penélope, proponer a los pretendientes el arco y el grisáceo hierro, instrumentos del certamen y origen de la matanza en el palacio de Odiseo. Subió por la alta escalera de su casa y tomó en su fuerte mano la bien torneada llave, hermosa, broncínea, de empuñadura de marfil. Y echó a andar con sus criadas hacia el aposento del fondo. Allí guardaba los tesoros del rey: el bronce, el oro y el bien trabajado hierro. Allí estaban el arco flexible y la aljaba portadora de flechas, y en ella había un manojo de dardos funestos. Se los había dado como regalo cuando él estuvo en Lacedemonia, su huésped, Ífito Eurítida, semejante a los inmortales. Los dos se encontraron mutuamente en Mesenia, en casa del sagaz Ortíloco. Allí llegó Odiseo a cobrar una deuda que le debía todo el pueblo, porque de Ítaca los hombres de

Mesenia se habían llevado en sus naves de muchos bancos trescientas ovejas junto con sus pastores. Por eso emprendió su gran viaje de embajada, aunque era un muchacho. Lo enviaron entonces su padre y los ancianos.

Ífito, por su lado, iba buscando sus yeguas, las doce, que le habían desaparecido, y, con ellas, unos mulos robustos. Éstas le atrajeron luego la muerte y el destino fatal, cuando se enfrentó al valeroso hijo de Zeus, el héroe Heracles, realizador de grandes trabajos, que lo mató, aunque era su huésped, en su propia casa. ¡Ingrato! No sintió temor a la venganza de los dioses ni respeto a la mesa que le había agasajado. Al punto lo mató allí, y se quedó él con los caballos de sólidas pezuñas en su palacio. Cuando las estaba buscando se topó con Odiseo y le dio su arco, el que antes había llevado el gran Éurito, que, a su vez, se lo dejó a su hijo al morir en su mansión de alto techo. A éste Odiseo le ofreció una afilada espada y una recia lanza, como principio para una leal amistad como huéspedes. Pero no se frecuentaron uno a otro en la mesa, ya que antes el hijo de Zeus dio muerte a Ífito Eurítida, semejante a los inmortales, el que le había dado el arco. Nunca el divino Odiseo lo llevaba consigo al marchar a la guerra en las negras naves, sino que se quedaba allí, en las habitaciones de su palacio, como recuerdo de un querido amigo. Pero lo usaba en su tierra.

Cuando llegó a la estancia la divina entre las mujeres, transpuso el umbral de roble que antaño había pulido expertamente el carpintero y enderezado con su regla, al tiempo que alzaba las jambas y ajustaba las relucientes puertas. Enseguida desató sin tardar la co-

rrea de la argolla, metió la llave y corrió los cerrojos de la puerta, y empujó de frente. Las batientes mugieron como un toro que pace en un prado. Así de fuerte mugieron las batientes hermosas al empuje de la llave y se abrieron en un instante. Subióse luego a la tarima alta donde reposaban los arcones en los que se guardaban las perfumadas ropas. Apoyándose en ellos descolgó del clavo el arco enfundado en una espléndida envoltura. Se sentó allí, se lo colocó en las rodillas y se echó a llorar a voces, abrazando el arco del rey.

En cuanto se hubo saciado de llorar con muchas lágrimas, se encaminó hacia la gran sala en pos de los nobles pretendientes transportando en sus brazos el flexible arco y la aljaba, cargada de flechas. Muchos dardos funestos cabían en ella. Tras Penélope sus criadas llevaban un arca donde había un montón de hierro y bronce, para el certamen regio. Cuando la divina entre las mujeres llegó ante sus pretendientes, se detuvo al pie de la columna del techo de sólida arquitectura, sosteniendo su traslúcido velo delante de sus mejillas. A cada lado la escoltaba una criada respetuosa. Y al punto dirigióse a los pretendientes y les dijo estas palabras:

«¡Prestadme atención, bravos pretendientes, vosotros que frecuentáis esta casa para comer y beber sin tasa, sin tregua, la casa de un hombre que se ausentó hace mucho tiempo, y que no habéis aducido para ello ningún otro pretexto de palabra, sino que estáis ansiosos por casaros conmigo y hacerme vuestra esposa! Por tanto, atentos, pretendientes, porque aquí está el desafío. Os voy a presentar el gran arco del divino Odiseo. Aquel que más hábilmente tense el arco con sus manos, con ése me iré, abandonando esta casa, legítimamente

mía, hermosísima, llena de bienes, de la que creo que seguiré acordándome incluso en mis sueños».

Así habló, y ordenaba a Eumeo, el divino porquerizo, que mostrara a los pretendientes el arco y el grisáceo hierro. Llorando lo recogió Eumeo y lo expuso. Lloraba, por su parte, también el vaquero, al ver el arco de su rey. Antínoo se puso a reñirles, los llamaba y les decía:

«¡Necios campesinos, que pensáis sólo en lo del día! ¡Desgraciados! ¿Por qué ahora derramáis lágrimas y apenáis el ánimo en el pecho a esta mujer? A ella, que ya tiene dolorido en exceso el corazón, por haber perdido a su querido esposo. De modo que comed sentados en silencio, o salíos por la puerta a llorar afuera dejando aquí mismo el arco, un reto muy arduo para los pretendientes, pues no creo que sea fácil tensar ese arco bien pulido. Ningún hombre hay entre todos éstos que sea tal cual fue Odiseo. Yo mismo le vi con mis ojos y aún guardo el recuerdo, y eso que entonces era un niño».

Así dijo, pero en su pecho albergaba la esperanza de tensar la cuerda y atravesar con la flecha el hierro. Ahora bien, él iba a ser el primero en probar la flecha disparada por las manos del intachable Odiseo, a quien deshonraba aposentándose en su casa y jaleando a sus compañeros.

Ante ellos tomó la palabra el sagrado coraje de Telémaco:

«¡Ay, ay, qué insensato me ha vuelto Zeus Crónida! Mi querida madre, que es bien sensata, me dice que va a marcharse con otro, abandonando esta casa, y entonces yo me alegro y me río con ánimo insensible. Pero que así sea, pretendientes, puesto que ya se presenta el certamen. Pues no hay otra mujer como

ella ahora en la tierra aquea, ni en la sagrada Pilos, ni en Argos ni en Micenas, ni en la propia Ítaca, ni en el oscuro continente. Y vosotros lo sabéis. ¿A qué debo ensalzar a mi madre? Bien, vamos, no os demoréis con excusas, ni remoloneéis en torno al arco de largo alcance, para que lo decidamos. También yo mismo quiero hacer la prueba del arco, y si logro tensarlo y lanzar la flecha a través de los hierros, no habrá de dejar mi señora madre esta casa e irse con otro, contra mi voluntad, mientras que yo me quedo atrás. A ver si soy capaz de emular los triunfos de mi padre».

Dijo, y se desprendió de sus hombros el purpúreo manto, levantándose rápido, y de sus hombros descolgó la afilada espada. En primer lugar dispuso enhiestas las hachas, excavando para todas un surco único, y lo fijó recto según un cordel. Y apelmazó la tierra a ambos lados. El asombro pasmó a todos cuantos lo vieron, por lo muy decidido que actuó. Anteriormente nunca lo habían visto así. Marchó hasta el umbral y allí se detuvo, y manipulaba el arco. Tres veces lo blandió ansioso de tensarlo, y por tres veces desistió del empeño, aunque aún tenía confianza en su ánimo de que tendería la cuerda y dispararía la flecha a través de los hierros. Y tal vez lo habría tensado con aplomo al cuarto intento, de no ser porque Odiseo le hizo una seña y contuvo su apasionado impulso. De nuevo habló el sagrado coraje de Telémaco:

«¡Ay, ay! ¿Voy a ser de ahora en adelante cobarde y flojo, o es que todavía soy muy joven y aún carezco de confianza en mis brazos para responder a un enemigo, cuando alguno me ofenda? Pero venid vosotros, que sois mejores que yo en vigor y probad el arco, y pongamos fin al certamen».

Diciendo esto, dejó el arco en el suelo, y se alejó, apoyándolo en las hojas de la puerta, ajustadas y bien pulidas, y allí, en una bella argolla, depositó la aguzada flecha, y fue a sentarse de nuevo en la silla de la que se había levantado. Entre los otros tomó la palabra Antínoo, hijo de Eupites:

«Compañeros, acercaos uno tras otro, empezando por la derecha y a partir del sitio en donde se escancia el vino».

Así habló Antínoo, y les pareció bien el consejo. Levantóse el primero Liodes, hijo de Énope, que tenían como adivino y que se sentaba muy al fondo siempre, junto a la hermosa crátera. Era el único a quien le eran odiosos los excesos y se enfadaba con todos los pretendientes. Éste fue el primero en tomar el arco y la aguzada flecha. Fue hasta el umbral y se detuvo para armar el arco, pero no llegó a tensarlo, ya que antes se fatigó de estirar la cuerda en sus manos no encallecidas, flojas. Y dijo a los pretendientes:

«Amigos, no lo tenso, que lo intente ahora otro. Este arco va a privar a muchos pretendientes del ánimo y la vida, y estará así bien, pues acaso es mucho mejor estar muerto que vivir sin conseguir aquello por lo que nos reunimos acá, esperando un día tras otro. Hasta ahora cualquiera tiene en su mente esperanzas y deseos de casarse con Penélope, la compañera de Odiseo. Pero en cuanto pruebe el arco y vea el resultado, ya puede irse a cortejar a cualquiera de las aqueas de bellos peplos, e intentar obtenerla con sus regalos de boda. Ella puede casarse con quien más regalos le ofrezca y le esté destinado».

Así entonces habló y dejó el arco a un lado, apoyándolo en las hojas de la puerta, bien ajustadas y pu-

lidas, y en la bella argolla depositó la aguzada flecha. Luego se sentó de nuevo en la silla de la que se había levantado.

Antínoo, en réplica, le dirigía la palabra y le decía:

«¿Liodes, qué palabras se escaparon de la cerca de tus dientes? Tremendas y negativas, y me irrito al escuchar que ese arco va a privar a muchos de los pretendientes de su ánimo y vida, sólo porque tú no eres capaz de tensarlo. Sólo porque a ti no te parió tu señora madre para ser un buen usuario del arco y las flechas. Pero otros nobles pretendientes lo tensarán enseguida».

Así habló y dio órdenes a Melantio, pastor de cabras:

«Venga ya, enciende el fuego en el salón, Melantio, y prepara un gran sillón y unas pieles sobre él; saca un gran bola de sebo de ahí dentro, para que los jóvenes la calentemos y, tras untarle la grasa, probemos el arco y concluyamos la prueba».

Así habló y al momento Melantio se puso a encender el fuego infatigable, y acercóle un gran asiento y unas pieles sobre él, y sacó una gran bola de sebo del interior de la casa. Con esto los jóvenes calentaron el arco y lo probaban, pero no lograban tensarlo, y andaban muy faltos de fuerza. Quedaban sólo Antínoo y Eurímaco de divino aspecto, los caudillos de los pretendientes. Eran con mucho los más destacados por su valía.

De la mansión salieron juntos a la vez ambos, el vaquero y el porquerizo del divino Odiseo. Y detrás de ellos salió de la casa el divino Odiseo. Tan pronto como se hallaron fuera de las puertas y el atrio, tomó él la palabra y les hablaba con amables términos.

«Vaquero y tú, porquerizo, quisiera deciros algo. ¿O voy a ocultarlo? Mas mi ánimo me impulsa a decíros-

lo. ¿Seríais capaces de pelear por Odiseo, si él llegara de donde fuera hasta aquí, de improviso, y el destino lo condujera? ¿Lucharíais a favor de los pretendientes o por Odiseo? Decídmelo, tal como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo indiquen».

Le contestó pronto el hombre que era guardián de sus vacas:

«¡Zeus Padre, ojalá me cumplieras este voto: que llegara aquel hombre y lo condujera un dios! ¡Conocerías cuál es mi fuerza y lo que valen mis brazos!».

Del mismo modo Eumeo rogó a todos los dioses que regresara el muy sagaz Odiseo a su hogar. Cuando él hubo constatado el verdadero talante de ambos, de nuevo respondiendo a sus palabras les dijo:

«Ése está ya aquí: soy yo. Después de soportar muchos males he vuelto a los veinte años a mi tierra patria. Soy consciente de que llego deseado sólo por vosotros entre mis siervos. De los otros a ninguno escuché que rogara para que de nuevo estuviera de regreso en mi casa. A vosotros dos os diré la verdad, lo que va a pasar. Si por mis manos un dios hace sucumbir a los nobles pretendientes, os daré a los dos mujer y os proporcionaré riquezas y una casa construida cerca de la mía. Y en adelante os consideraré camaradas y hermanos de Telémaco.

»Pero, venga, voy a mostraros otra señal muy clara, a fin de quedar bien reconocido y con plena confianza en vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me causó un jabalí de blanco colmillo cuando yo iba por el Parnaso con los hijos de Autólico».

Tras hablar así apartó los harapos de la gran cicatriz. Y cuando ambos la vieron y examinaron bien a su señor, se echaron a llorar lanzando sus brazos en torno

del bravo Odiseo, y le besaban cariñosamente la cabeza y los hombros. Así también Odiseo les besó la cabeza y las manos. Y allí hubieran sollozado hasta la puesta del sol, si el mismo Odiseo no los hubiera contenido. Y les dijo:

«Dejad los dos el gemir y el llanto, no vaya a ser que alguno salga de la sala y os vea, y luego vaya a contarlo dentro. Ahora entrad uno tras el otro, y no vayamos todos juntos. Primero yo, luego vosotros. La señal convenida será ésta: todos los demás, todos esos nobles pretendientes no permitirán que se me ofrezca el arco y la aljaba; pero tú, divino Eumeo, cruza la sala con el arco y déjalo en mis manos, y di a las mujeres que cierren las puertas firmemente encajadas de la sala, y si alguna oyera griterío o estrépito procedente de allí, de los hombres de dentro de la estancia, que no se asome a la puerta, sino que atienda tranquila a su tarea. A ti, Filetio divino, te encargo que cierres con llave las puertas del patio y las asegures prontamente con una soga».

Después de decir esto penetró en la mansión bien habitada, y fue y se sentó en la silla de la que se había levantado. Entraron luego los dos servidores del divino Odiseo.

Ya Eurímaco daba vueltas en sus manos al arco, caldeándolo por aquí y por allí a la llama del fuego. Pero ni aun así lograba tensarlo y por lo bajo gemía en su brioso corazón. Con pesadumbre luego comenzó a hablar, y dijo estas palabras:

«¡Ay, ay! ¡Qué congoja siento por mí y por todos! No tanto me lamento por la boda, aunque mucho me apena. Hay, desde luego, otras muchas aqueas, unas en la misma Ítaca batida por el mar, y otras en otras

ciudades. Sino porque tan faltos estamos de la fuerza del divino Odiseo que no conseguimos armar su arco. ¡Será baldón infame para nosotros cuando lo sepan los del futuro!».

Le contestó a su vez Antínoo, hijo de Eupites:

«Eurímaco, no va a ser así. Tú mismo lo sabes. Pues ahora es en esta región la fiesta santa del dios, ¿quién podría tensar el arco? Pero esperad tranquilos. En cuanto a las hachas, podemos dejarlas ahí enhiestas. Nadie, pienso, va a llevárselas entrando en el salón del Laertíada Odiseo. Conque vamos, que el copero comience a servir las copas para que hagamos las libaciones y dejemos reposar el curvo arco. Ordenad que al alba Melantio, el pastor de las cabras, traiga unas cuantas, las mejores de todos los rebaños, a fin de que, después de ofrendar los muslos a Apolo Arquero, probemos de nuevo el arco y concluyamos la prueba».

Así habló Antínoo, y los demás aprobaron su consejo. Los heraldos les derramaron agua sobre las manos, los mozos colmaron de bebida las cráteras hasta el borde y sirvieron a todos empezando a llenar las copas. Y ellos hicieron sus libaciones y bebieron cuanto quiso cada uno. Entre ellos tomó la palabra, meditando engaños, el muy astuto Odiseo:

«Prestadme atención, pretendientes de la muy ilustre reina, para que os diga lo que me dicta mi ánimo en mi pecho.

»A Eurímaco, ante todo, y a Antínoo de aspecto divino, les suplico, ya que él ha dicho este consejo de modo atinado, que ahora dejen el arco y lo confíen a los dioses. Por la mañana el dios dará fuerza a quien él quiera. Pero, vamos, prestadme el arco bien pulido, para que después de vosotros ponga a prueba mis

brazos y mi fuerza, a ver si aún me queda vigor como el que antes tenía en mis flexibles miembros o ya mi vagabundear y la vida azarosa lo han arruinado».

Así dijo. Todos los otros se indignaron de modo tremendo, temerosos de que él tensara el arco bien pulido. En réplica, Antínoo tomó la palabra y dijo:

«¡Ah, condenado extranjero, no tienes ni pizca de seso! ¿No te contentas con que ya comes con nosotros los príncipes a tus anchas y que no careces de nada en el banquete, e incluso oyes nuestras palabras y charla? Ningún otro forastero y mendigo asiste a nuestras conversaciones. Te hace delirar el vino de dulzor de miel, que ya echó a perder a otros, a quien lo trasiega con ansia y bebe sin tasa. El vino también trastornó al centauro Euritión, el muy famoso, en el palacio del magnánimo Pirítoo, cuando fue a visitar a los lápitas. Y en cuanto él embriagó su mente con el vino, acometió sus desmanes en la mansión de Pirítoo. Pero la indignación sacudió a los héroes y se abalanzaron contra él, lo arrastraron por el atrio hasta echarlo y le cortaron con el cruel bronce las orejas y la nariz. Y él se fue con la mente enloquecida arrastrando su perdición. Desde ese lance se fraguó el odio entre los centauros y los hombres y aquél, por sí mismo, se buscó la ruina, por emborracharse. Así también a ti te auguro una gran desgracia, si acaso tensaras el arco. Porque no vas a conseguir amparo alguno en nuestro país, sino que al momento te enviaremos en una negra nave hacia el rey Equeto, que aniquila a cualquier ser humano. De eso nadie te salvará. Conque, tranquilo, tú bebe y no trates de competir con hombres más jóvenes».

A éste, a su vez, le contestó la muy prudente Penélope:

«Antínoo, no es hermoso ni justo insultar a los huéspedes de Telémaco, cualquiera que acuda a esta casa. ¿Crees acaso que si el extranjero, confiando en sus brazos y su fuerza, tensara el gran arco de Odiseo, me llevaría consigo a su casa y me haría su esposa? Ni siquiera él mismo en su pecho confía en eso. Que ninguno de vosotros se atormente con ese motivo aquí en el banquete, porque no es conveniente ni razonable».

A su vez a ella le replicaba Eurímaco, hijo de Pólibo: «Hija de Icario, muy prudente Penélope, no creemos que éste te lleve y tampoco parece normal, sino que sentimos vergüenza del chismorreo de hombres y mujeres, de que alguien en alguna ocasión, uno muy ruin de los aqueos, diga: "¡Que hombres tan viles pretenden a la esposa de un hombre intachable, que ni siquiera tensaron su arco bien pulido, mientras que otro, un mendigo vagabundo recién llegado, armó fácilmente el arco y lo disparó a través de los hierros". Así dirán y eso será una vergüenza para nosotros».

De nuevo le contestó la muy prudente Penélope: «Eurímaco, no es posible que mantengan buena fama de ningún modo en el pueblo quienes deshonran y devoran la casa de un hombre muy noble. ¿Por qué tomáis eso como afrenta? Ese extranjero es muy alto y muy robusto y, con respecto a su linaje, aseguro que es de noble padre. Así que, venga, dadle el arco bien pulido para que lo veamos. Ya que os voy a predecir lo que podría cumplirse. Si lo tensa, y le concede su ruego Apolo, lo vestiré con hermosas ropas, un manto y una túnica, y le daré un agudo venablo, arma de defensa contra perros y hombres, y una espada de doble filo.

Y le ofreceré sandalias para sus pies y le dispondré el viaje a donde su corazón y su ánimo lo impulsen».

Pero a ella, a su vez, le contestaba el juicioso Telémaco:

«Madre mía, respecto al arco ninguno de los aqueos tiene más autoridad que yo para darlo o negárselo a quien quiera, ni entre cuantos poseen sus dominios en la rocosa Ítaca, ni de cuantos los tienen en las islas frente a la Élide criadora de corceles. Ninguno de éstos me forzará contra mi voluntad, incluso si yo quisiera ofrecerle este arco al extranjero para que se lo lleve. Así que retírate al interior de la casa y ocúpate de tus tareas del telar y la rueca, y ordena a tus sirvientas que se apliquen a sus labores. Del arco se cuidarán los hombres todos, y ante todo yo, de quien es el poder en esta casa».

Ella, asombrada, se retiró pronto a pasos raudos de la estancia, y obedeció en su ánimo el consejo juicioso de su hijo. Tras subir al piso de arriba con las mujeres a su servicio se echó a llorar por Odiseo, su querido esposo, hasta que el dulce sueño vertió sobre sus párpados Atenea de ojos glaucos.

Entre tanto el divino porquerizo tomó en sus manos el curvo arco y se lo llevaba, mientras los pretendientes alborotaban en las salas. Así decía uno cualquiera de los soberbios pretendientes: «¿Adónde vas con el curvo arco, alocado porquerizo, perturbado? Pronto te devorarán los rápidos perros lejos de los humanos, entre esos cerdos que tú crías, si Apolo y los demás dioses inmortales nos son propicios».

Así gritaban, y el que lo llevaba lo volvió a dejar en su lugar, amedrentado, ya que eran muchos quienes

le increpaban en la sala. Pero Telémaco, desde el otro lado, le gritaba con amenazas:

«¡Viejo, sigue con el arco! ¡No te irá bien si obedeces a todos! Cuida de que, aun siendo yo más joven, no te persiga hasta el terruño apedreándote. En fuerza soy muy superior a ti. ¡Ojalá que así aventajara a todos cuantos están ahora en mi casa, y fuera más fuerte por mis manos y mi vigor que los pretendientes! Entonces expulsaría yo violentamente de nuestra casa a toda esa gente que aquí maquina maldades».

Así habló y, al punto, se rieron jocosamente de él todos los pretendientes y distendieron su tensa cólera gracias a Telémaco. El porquerizo transportó el arco a través de la sala y al llegar junto al audaz Odiseo lo puso en sus manos. Luego llamó aparte a la nodriza Euriclea y le dijo:

«Telémaco te ordena, sensata Euriclea, que cierres las puertas de firme ensamblaje, y que si luego alguien escucha dentro de este recinto estrépito o griterío de los hombres, no venga a asomarse a través de la puerta, sino que calle y se ocupe de su tarea».

Así dijo, y para ella no fue un consejo alado. Cerró las puertas de la sala bien poblada. Silenciosamente Filetio se deslizó por las puertas del palacio y cerró enseguida el portón del patio de buenas tapias. Había bajo el pórtico una soga de una nave veloz hecha de papiro. Con ella sujetó las puertas y luego regresó. Se sentó entonces en el asiento del que se había levantado, mirando a Odiseo. Manejaba ya él el arco, le daba vueltas por todos lados, lo probaba aquí y allí, por si la carcoma había roído el asta de cuerno en la ausencia de su dueño. De modo que así dijo alguno al verlo de cerca:

«Es un experto y entendido en arcos. Sin duda que también él guarda alguno así en su hogar, o, al menos, ha pensado fabricárselo. ¡De tal modo lo zarandea en sus manos arriba y abajo el vagabundo cargado de desdichas!».

Al otro lado otro de los jóvenes pretenciosos decía:

«¡Ojalá que éste saque de él tanto provecho como capacidad va a tener para tensarlo!».

Así comentaban entonces los pretendientes. Pero el muy astuto Odiseo, despues de haber sopesado el arco y remirarlo por todos lados, como cuando un hombre experto en la lira y el canto tensa hábilmente la cuerda en torno a una nueva clavija anudando por las puntas la tripa bien retorcida de oveja, así sin esfuerzos armó su gran arco Odiseo. Agarrando con la mano derecha el nervio lo probó. La cuerda resonó agudamente, con un chillido semejante al de una golondrina.

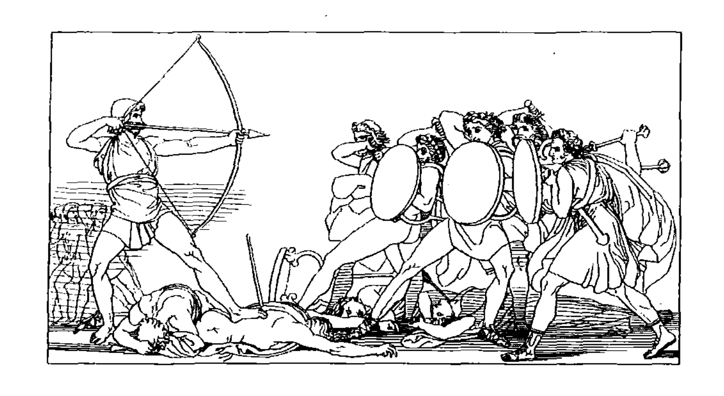
A los pretendientes les inundó tremenda angustia, y a todos se les cambió el color. Zeus retumbó fuerte dando sus señales, y se alegró al punto el muy sufrido divino Odiseo de que le mandara su augurio el hijo de Crono de retorcida mente. Asió una flecha rauda que estaba sobre la mesa, desnuda. Las demás yacían todas a cubierto dentro de la aljaba hueca. Pronto iban a probarlas los aqueos. La encajó en el ángulo y tiró de la cuerda y las barbas desde su sitio, sentado en la silla, y disparó la flecha, apuntando al frente, y no erró ninguna de las hachas desde el primer agujero. El dardo de broncínea punta las traspasó y salió al final.

Dijo entonces a Telémaco:

«Telémaco, el huésped sentado en tus salas no te deshonra. No ha errado el blanco y ni siquiera se fa-

tigó al tensar el arco. Aún conservo firme mi coraje, y no soy como me calumnian con sus insultos los pretendientes. Ahora es tiempo de tener dispuesta la cena para los aqueos, mientras hay luz, y proponerles que la disfruten a fondo, con el canto y la lira, que son el coronamiento del festín».

Dijo, e hizo una seña con las cejas. Se ciñó su aguda espada Telémaco, el hijo querido del divino Odiseo, y empuñó en su mano la lanza y se puso erguido a su lado, junto a su silla, con su yelmo de llameante bronce.



CANTO XXII

Entonces el muy astuto Odiseo se despojó de sus harapos, saltó sobre el gran umbral con el arco y la aljaba repleta de dardos, y volcó las veloces flechas ante sus pies, y dijo a los pretendientes:

«Ese certamen arduo ya está cumplido. Ahora apuntaré de nuevo hacia otro blanco, al que aún no lanzó saetas hombre alguno, a ver si lo alcanzo y Apolo me concede mi deseo».

Dijo, y apuntó una amarga flecha hacia Antínoo, que entonces iba a levantar una bella copa de oro de dos asas, y la sostenía ya en sus manos para beber el vino. En su ánimo no había presentimientos de muerte. ¿Quién iba a imaginar que, entre tan numerosos comensales, un hombre entre la multitud, por fuerte que fuera, le daría una mala muerte y un negro destino? Odiseo disparó la flecha apuntándole a la garganta, y la punta le entró de frente a través del blando cuello. Se desplomó hacia atrás, al ser herido cayó la copa de su mano, y al instante de su nariz

brotó un espeso chorro de sangre humana. Fulminantemente derribó la mesa de una patada y tumbó por el suelo las viandas. El pan y la carne se llenaron de polvo.

Los pretendientes lanzaron aullidos en la sala, al ver derrumbarse al hombre, y de sus asientos se alzaron y echaron a correr por la estancia, escudriñando por todos lados los muy sólidos muros. No había en ningún sitio escudo ni fiera lanza a su alcance, y empezaron a insultar a Odiseo con furiosas palabras:

«Extranjero, perversamente lanzas tus flechas contra los presentes. No participarás más en otros juegos. Ahora ya tienes segura la inmediata muerte. Porque acabas de asesinar a un hombre que era el mejor de los jóvenes de Ítaca. Con tal motivo te devorarán aquí los buitres».

Decían así unos y otros, porque pensaban que había matado al joven sin quererlo. Los necios no se habían apercibido aún de cómo los lazos de la muerte los tenían apresados a todos ellos. Lanzándoles una torva mirada les respondió el muy astuto Odiseo:

«¡Ah, perros, pensabais que no iba yo a regresar a mi casa desde el país de los troyanos, así que saqueabais mi morada y os acostabais sin miramientos con mis siervas en mi palacio, y pretendíais a mi mujer estando yo vivo, sin temor de los dioses que dominan el amplio cielo ni de la posible venganza futura de los hombres! Ahora os tienen apresados a todos los lazos de la muerte».

Así habló y a todos ellos les estremeció el pálido espanto. Escudriñó cada uno por dónde podría escapar a la brusca muerte. Eurímaco fue el primero en responder y dijo:

«Si de verdad eres Odiseo de Ítaca que has vuelto, has dicho cosas justas, sobre que han cometido los aqueos muchas acciones sin freno en tu palacio y muchas en tus tierras. Pero ya está muerto éste, que fue el instigador de todo, Antínoo. Ése, en efecto, incitaba a tales desmanes, no porque estuviera en la indigencia ni porque anhelara la boda, sino con otras intenciones, que no le ha cumplido el Crónida: para hacerse rey sobre el pueblo de la bien fundada Ítaca, además de dar muerte a tu hijo tendiéndole una emboscada. Pero ahora está muerto, con justo castigo. Tú perdona a tus gentes. Enseguida nosotros haremos una colecta en la región, por todo cuanto se ha comido y bebido en tus salas, y, aportando cada uno un lote de veinte bueyes y oro y bronce, te compensaremos hasta que tu corazón se contente. Por lo pasado no es reprensible que se muestre enfurecido».

Mirándole torvamente le contestó el muy astuto Odiseo:

«Eurímaco, ni aunque me dierais todos vuestra herencia y cuanto ahora tenéis y si le añadierais más de otros lados, ni aun así privaría a mis manos de esta matanza, hasta haber castigado del todo a todos los pretendientes por sus ultrajes. Ahora se os ofrece sin más pelear o escapar, a todo el que quiera evitar la muerte y las fatales Parcas. Presumo que nadie va a evitar su repentina muerte».

Así habló, y entonces a ellos les temblaron las rodillas y el corazón. Entre todos tomó la palabra Eurímaco por segunda vez:

«Amigos, este hombre no va a detener sus inflexibles manos, sino que, ya que ha tomado el pulido arco y la aljaba, seguirá disparando desde el liso um-

bral hasta matarnos a todos nosotros. Así que afrontemos el combate. Desenvainad las espadas y oponed las mesas a sus saetas de pronta muerte. Resistamos contra él todos juntos, a ver si lo rechazamos más allá del umbral y las puertas, y salimos hacia la ciudad y se extiende a toda prisa el griterío. En tal caso pronto el hombre dispararía su turno final».

Diciendo así desenvainó su aguda espada de bronce, afilada por ambos lados. Saltó hacia él, dando un terrible alarido. Pero en aquel instante Odiseo le disparaba su flecha, y le alcanzó en el pecho bajo la tetilla, y la veloz saeta se le hincó hasta el hígado. De su mano cayó la espada al suelo, y él trompicando se desplomó sobre una mesa, derribándola, y echando por tierra los manjares y el vaso de doble copa. Golpeaba en tierra con su frente en estertores agónicos y en sus convulsiones pateaba su silla con ambos pies. Y sobre sus ojos se abatió la tiniebla.

Contra el glorioso Odiseo se destacó Anfínomo, avanzando de frente. Había desenvainado su aguda espada para ver si le hacía retirarse de la puerta. Pero se le adelantó Telémaco hiriéndole por detrás con su lanza broncínea en medio de los hombros, y se la pasó a través por el pecho. Resonó al caer y dio en el suelo con toda su frente. Telémaco se retiró dejando la pica de larga sombra allí en el cuerpo de Anfínomo, porque recelaba que alguno de los aqueos lo hiriera con la espada si lo atacaba cuando él retiraba la lanza de larga sombra o lo golpeara al agacharse a por ella. Corrió y muy deprisa llegó junto a su padre y, parándose a su costado, le dirigió estas palabras aladas:

«Padre, enseguida te traeré un escudo y dos lanzas y un casco de bronce bien ajustado a tus sienes. Yo mis-

mo voy a ponerme otro, y daré otros al porquerizo y al vaquero. Pues es mejor estar bien pertrechados».

Contestándole dijo el muy astuto Odiseo:

«Tráelos corriendo, mientras aún me quedan flechas para contenerlos, no vayan a hacerme retirar de la puerta al estar yo solo».

Así habló, y Telémaco obedecía a su querido padre. Se apresuró hacia la cámara donde había guardado las famosas armas. De allí recogió cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro yelmos de bronce con penachos de crines de caballo. Y fue con ellos y aprisa llegó al lado de su querido padre. Inmediatamente revistió el bronce en torno al cuerpo y a la vez los dos siervos se pusieron las hermosas armas. Se colocaron a los lados del audaz Odiseo de mente artera.

Éste, por su parte, mientras tenía flechas para defenderse, disparaba apuntando a uno tras otro de los pretendientes en la casa. Ellos caían amontonados. Pero cuando ya le faltaron al soberano las flechas para los disparos, apoyó el arco en el pilar de la sala bien construida de modo que quedara erguido sobre el muro reluciente, se ajustó desde los hombros el escudo de cuatro capas, y se caló en su bravía cabeza el yelmo bien forjado, que agitaba en lo alto su penacho terrible de crines de caballo. Y empuñó las dos lanzas culminadas en bronce.

Había en el sólido muro un portillo alto, cerca del umbral de la espaciosa sala. Era un pasaje hacia el corredor, con sus batientes bien ajustadas. Odiseo le había ordenado al divino porquerizo que lo guardara, apostándose junto a él. Resultaba ser la única salida. Y entre los otros tomó la palabra Agelao dirigiéndose a todos:

«¡Eh, amigos! ¿No podría alguno subirse a ese portillo y comunicarse con el pueblo, y difundir enseguida voces de alarma? ¡Entonces ese hombre habría disparado su útlimo dardo!».

A él le contestó, a su vez, Melantio, el pastor de cabras:

«No es posible de ningún modo, Agelao de divina estirpe. Pues está demasiado cerca de la hermosa puerta del patio y es estrecha la boca del pasaje, de modo que podría defenderlo contra todos un solo hombre, si es valiente. Pero, vamos, os traeré armas para que quedéis bien armados, desde la habitación donde, creo, allá y no en otra parte, las han guardado Odiseo y su ilustre hijo».

Después de hablar así Melantio, el pastor de cabras, empezó a subir por el pasadizo del salón hacia el aposento de Odiseo. De allí tomó doce escudos y otras tantas lanzas, e igual número de yelmos broncíneos de crines equinas. Se movió rápido y muy pronto las aportó y distribuyó entre los pretendientes.

Entonces le flaquearon las rodillas y el corazón a Odiseo, en cuanto les vio ajustarse las armas y blandir en las manos las largas lanzas. La contienda se le mostraba terrible. Enseguida se dirigió a Telémaco con palabras aladas:

«Telémaco, al parecer en palacio alguna de las mujeres nos prepara una funesta pelea o acaso sea Melantio».

Le respondió pronto el juicioso Telémaco:

«Padre de ese error soy culpable yo mismo, y ningún otro más, ya que me dejé sin cerrar la puerta muy resistente de la estancia. El espía de ellos fue más listo. Pero, ea, divino Eumeo, ve y cierra la puerta del apo-

sento, y observa si alguna de las mujeres interviene en esto, o es Melantio, el hijo de Dolio, del que sospecho.»

Así ellos hablaban entre sí con semejantes palabras. Melantio, el pastor de cabras, se puso de nuevo en camino hacia la cámara para aportar buenas armas. Pero el divino porquerizo lo avistó, y al momento le dijo a Odiseo, que estaba a su lado:

«Divino Laertíada, Odiseo de muchos recursos, aquel individuo traicionero, del que sospechábamos nosotros, va hacia el cuarto. Dime tú sin ningún reparo si lo mato, en caso de que logre dominarlo, o si te lo traigo acá, para que pague por los muchos daños, por todos los que ha maquinado en tu casa».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«Bueno, Telémaco y yo mantendremos a raya a los nobles pretendientes dentro de la sala, por muy furiosos que nos ataquen. Vosotros dos, doblándole pies y manos a la espalda, tumbadle en la estancia, sujetad bien los cierres por dentro, y atadlo con una cuerda retorcida y colgadlo en lo alto de una alta columna e izadlo hasta las vigas, de modo que quede con vida largo tiempo y sufra terribles dolores».

Así habló y ellos lo escucharon con atención y le obedecieron. Se dirigeron a la cámara, sin ser notados por el que ya estaba dentro. Andaba en el fondo del aposento buscando armas. Ellos se apostaron aguardando a un lado y otro tras las columnas. Y cuando iba a traspasar el umbral Melantio, el pastor de cabras, llevando en una mano un hermoso casco y en la otra un escudo muy envejecido, recubierto de moho, del héroe Laertes, que lo había usado en su juventud, pero ahora yacía allí tirado y con las correas de cuero

rotas, se abalanzaron los dos sobre él, lo agarraron y arrastraron por los pelos dentro, y lo tumbaron en el suelo, aterrorizado en su corazón, mientras le sujetaban de pies y manos con una dolorosa lazada, con un retorcido nudo a su espalda, como había ordenado el hijo de Laertes, el muy sufrido divino Odiseo.

Atándolo con una soga bien retorcida lo colgaron de una alta columna y lo izaron hasta las vigas.

Y, mofándote de él, le dijiste tú, porquerizo Eumeo:

«Ahora sí que sin descanso, Melantio, velarás toda la noche tendido en un suave lecho, como tú te mereces. No llegará sin que la adviertas la matutina Aurora de áureo trono, surgiendo en las corrientes del océano, para que tú te esmeres en traer a esta casa las cabras para la comida de los pretendientes».

Así se quedó éste allí, colgado de su dolorosa atadura. Ellos dos tomaron consigo las armas, cerraron la brillante puerta, y se fueron junto al audaz Odiseo de arteras astucias. Allí se enfrentaban respirando coraje, los cuatro en el umbral y los del interior de la sala, muchos y nobles. Al lado de los primeros acudió Atenea, hija de Zeus, que se apareció semejante a Méntor en su aspecto y su voz. Odiseo se regocijó al verla y le dijo estas palabras:

«Méntor, defiéndenos del tremendo acoso; acuérdate de tu querido camarada, que te hizo favores. Tú eres de mi misma edad».

Así habló, aunque sospechaba que se trataba de la salvadora Atenea. Los pretendientes, enfrente, atronaban de gritos la sala. Y se adelantó a reprenderlo Agelao, el hijo de Damástor:

«Méntor, que no te persuada con sus palabras Odiseo para pelear contra los pretendientes y defenderlo

a él. Pues te advierto que nuestro plan se cumplirá de esta manera: cuando matemos a éstos, al padre y al hijo, tú serás aniquilado con ellos, por lo que intentas hacer en estas salas. Tú pagarás con tu cabeza. Y después de que os hayamos arrebatado vuestras vidas con el bronce, todos los bienes que tengas, los de tu casa y tus campos, los uniremos a los de Odiseo, y tampoco permitiremos que vivan en tu casa ni tus hijos ni tus hijas ni que tu honorable esposa vaya y venga por la ciudad de Ítaca».

Así dijo. Atenea se enfureció aún más en su corazón, y regañó a Odiseo con palabras de duro reproche:

«Ya no tienes, Odiseo, firme tu ánimo y vivo coraje, como tenías cuando por Helena de blancos brazos, de óptimo padre, durante nueve años combatiste fiero y sin descanso, y mataste a numerosos enemigos en la feroz batalla, y por decisión tuya se conquistó la ciudad de amplias calles de Príamo. ¿Cómo ahora, cuando ya has llegado a tu casa y tu hacienda, vacilas en mostrarte resuelto contra los pretendientes? Venga, querido, manténte a mi lado y aplícate a la tarea, para que veas cómo sabe frente a los enemigos devolver los beneficios Méntor Alcímida».

Dijo, pero no les iba a dar la victoria por mano de otro, sino que todavía iba a poner a prueba su coraje y su aguante, tanto de Odiseo como de su querido hijo. Ella dio un brinco hasta lo alto de la sala oscurecida por el humo y allí se posó semejante en su figura a una golondrina.

A los pretendientes los animaban Agelao Damastórida, Eurínomo, Anfimedonte, Demoptólemo, Pisandro Polictórida y el bravo Pólibo. Pues entre ellos éstos eran los mejores con mucho por su valor, de los

que aún vivían y combatían por sus vidas. A otros ya los habían derribado el arco y los frecuentes dardos. Tomó la palabra entre ésos Agelao para arengarlos a todos:

«Amigos, ese hombre ya va a detener sus inflexibles manos, y ya desapareció también Méntor, después de declamar sus vanas promesas, y ellos están solos en la puerta delantera. Así que no lancéis todos a la vez las largas lanzas, sino que, venga, arrojad las picas los seis primeros, a ver si Zeus nos concede alcanzar a Odiseo y cobrar renombre. De los demás no habremos de preocuparnos una vez que él caiga».

Así habló. Todos los otros dispararon sus lanzas, según tal consejo, apuntándole. Pero todas las hizo fallar Atenea. De entre ellos, uno alcanzó la columna del bien construido salón, y otro la puerta de sólido entablamiento, y la lanza de otro, pesada por su bronce, cayó sobre el muro. Tras de haber esquivado las lanzas de los pretendientes, entre ellos tomó la palabra el sufrido divino Odiseo:

«Amigos, yo os diría que también nosotros disparemos las lanzas sobre el pelotón de los pretendientes, que están ansiosos de darnos muerte después de sus anteriores ofensas».

Así dijo, y todos ellos lanzaron sus aguzadas picas apuntando al frente. A Demoptólemo lo mató Odiseo, a Euríades Telémaco, a Élato el porquerizo, y a Pisandro el boyero, el pastor de la vacada. Todos ellos a un tiempo mordieron la tierra infinita, y los pretendientes se retiraron al fondo de la sala. Ellos avanzaron y recogieron sus lanzas de los cadáveres. De nuevo los pretendientes lanzaron sus aguzadas picas apuntándoles. Pero todas las hizo vanas Atenea. De ellos uno

había alcanzado la columna del bien construido salón, otro la clavó en la puerta de recio ensamblaje, y la lanza del otro, pesada por su bronce, cayó sobre el muro. No obstante, Anfimedonte hirió en la mano a Telémaco, en la muñeca por encima, y el bronce desgarró la superficie de su piel. Y Ctesipo rasguñó con su gran lanza el hombro de Eumeo, pasando por encima del escudo, pero le rozó por encima y cayó a tierra. De nuevo los del grupo del audaz Odiseo de artera astucia dispararon sus aguzadas lanzas sobre el pelotón de los pretendientes. Esta vez a Euridamante lo alcanzó Odiseo destructor de ciudades, a Anfimedonte Telémaco, a Pólibo el porquerizo, y, en fin, a Ctesipo el boyero, el guardián de la vacada. Éste lo dejó herido en el pecho y, ufanándose, dijo:

«Hijo de Politerses, amigo de los insultos, ya nunca más a impulsos de tu necedad vocearás jactancioso, sino que dejarás la palabra a los dioses, que son en verdad los más poderosos. Recibe este don de hospitalidad a cambio de la pezuña que enviaste en otra ocasión al divino Odiseo, cuando mendigaba en su propia casa».

Dijo así el pastor de las vacas de curvos cuernos. Luego Odiseo hirió, de cerca, al hijo de Damástor, con su larga lanza. Y Telémaco hería a Leócrito Evenórida con su pica en mitad del vientre, y el bronce lo traspasó. Cayó hacia adelante y batió el suelo con toda su frente. En tal momento Atenea agitó en lo alto, desde el techo, su égida mortífera. Se aterrorizaron los ánimos de los restantes, y empezaron a correr por la sala como vacas de un rebaño a las que acosa un turbulento tábano y las ahuyenta en la época del verano, cuando los días se hacen más largos. Como cuando

los buitres de corvas garras y ganchudo pico venidos de los montes se precipitan sobre los pájaros, y éstos aterrorizados vuelan en desbandada desde las nubes sobre el llano, y ellos los acosan y los matan, y no hallan refugio alguno ni huida, y los hombres se divierten viendo la cacería, así ellos persiguiendo a los pretendientes por la sala golpeaban a diestra y siniestra. Se levantaba una horrenda quejumbre de los cráneos machacados, y todo el suelo humeaba de sangre.

Liodes se precipitó ante Odiseo y le asió de las rodillas y, en súplica, le decía estas palabras aladas:

«Te suplico, Odiseo. Tú respétame y apiádate de mí, porque te aseguro que nunca dije ni hice nada violento a ninguna mujer en tu palacio. Incluso trataba de disuadir a los demás pretendientes de hacerlo, a cualquiera. Pero no me hacían caso en mantener sus manos inocentes. Por eso, sí, por sus excesos sufrieron su infame destino. Pero yo, un augur, sin haber hecho nada ¿caeré tendido entre ellos? ¿Es que no va a haber agradecimiento por las buenas acciones?».

Mirándole torvamente le respondió el muy astuto Odiseo:

«Ya que te jactas de ser adivino al servicio de éstos, seguro que muchas veces habrás suplicado en la sala que yo perdiera lejos la meta de mi dulce retorno, y que te siguiera mi querida esposa y te diera hijos. Por eso no vas a poder escapar a tu triste muerte».

Al tiempo que así hablaba recogió con su robusta mano la espada yacente que Agelao dejara caer a tierra al caer muerto. Con ella le atravesó el cuello. Gritaba el otro todavía cuando su cabeza rodó por el polvo.

También trataba de huir de la muerte Femio Tespíada, el aedo que cantaba para los pretendientes, forzado.

Se detuvo, con la sonora cítara en las manos, allí cerca, junto al portillo. Vacilaba en su mente una duda: si deslizarse fuera de la sala hasta el altar construido en honor del gran Zeus del hogar, para sentarse allí donde tantos muslos de bueyes habían quemado Laertes y Odiseo, o si llegándose hasta Odiseo suplicarle de rodillas. En su reflexión le pareció más provechoso hacerlo así, abrazarse a las rodillas del Laertíada Odiseo. Conque dejó en el suelo su cóncava lira, entre la crátera y una silla ornada con clavos de plata, y él avanzó hacia Odiseo y le cogió de las rodillas, y, suplicándole, le decía estas palabras aladas:

«Te suplico, Odiseo. Tú respétame y compadécete de mí. Estarás luego apenado, si matas a un aedo, a mí, que canto para los dioses y los hombres. Soy mi propio maestro, y un dios me inspiró en mi mente toda suerte de cantos. Bien puedo cantar ante ti como ante un dios. Así que no quieras degollarme. También Telémaco, tu querido hijo, puede decírtelo: yo no acudía por mi propia voluntad ni ansioso de cantar para los pretendientes en sus festines, sino que, por ser ellos más fuertes y poderosos, me traían a la fuerza».

Así habló, y le escuchó el sagrado talante de Telémaco, y dijo, dirigiéndose a su padre, que tenía a su lado:

«Deténte, no golpees con el bronce a este inocente. Salvemos también al heraldo Medonte, que de continuo se preocupaba por mí en palacio, cuando yo era niño, si es que no lo han matado Filetio o el porquerizo, o no se ha topado contigo cuando ibas furioso por la casa».

Así dijo, y le oyó Medonte de sensato carácter, que estaba agachado bajo un asiento, intentando evitar la

negra muerte. Se había tapado con la piel de una vaca recién desollada. Enseguida salió de debajo de la silla, se despojó de la piel bovina y, precipitándose rápido hacia Telémaco, se abrazó a sus rodillas y, suplicándole, dijo estas palabras aladas:

«¡Querido, yo soy ése, deténte! Dile a tu padre que no me aniquile con el agudo bronce, en su fogoso arranque, enfurecido contra los pretendientes, que le devoraban las riquezas de su palacio y no te respetaban siquiera a ti, los insensatos».

Sonriendo le contestó el muy astuto Odiseo:

«No temas, ya que éste te ha protegido y salvado, para que reconozcas en tu ánimo y lo proclames luego ante cualquiera que el hacer bien es mucho mejor que el obrar mal. Pero salid de la sala e id a sentaros fuera, lejos de esta matanza, en el patio, tú y el famoso aedo, hasta que yo haya concluido en mi casa la labor que debo».

Así dijo, y ellos dos, apresurados, salieron del salón, y fueron a sentarse ambos al pie del altar del gran Zeus, lanzando miradas a todos lados, recelando largo tiempo la muerte.

Escudriñó Odiseo la sala por si aún se escondía alguno con vida, intentando escapar de la negra muerte. Pero los contempló a todos tumbados en la sangre y el polvo, muchos, tantos como peces, esos que los pescadores en la cóncava ribera a la orilla del mar espumoso sacaron en la red de muchos agujeros, y todos quedan tendidos en las arenas anhelando las olas del mar, mientras el sol ardiente les arrebata la vida. Así entonces los pretendientes yacían amontonados unos sobre otros.

Entonces dijo a Telémaco el muy astuto Odiseo:

«Telémaco, venga, llámame a la nodriza Euriclea, para que le diga unas palabras que tengo en mi ánimo».

Así dijo, y Telémaco obedecía a su padre querido:

«¡Ven aquí, ya, vieja anciana, tú que eres la guardiana de las mujeres de servicio en nuestra morada, acude! Te llama mi padre, para decirte algo».

Así gritó, y para ella no fue una palabra alada. Abrió las puertas de la sala bien poblada y se puso en camino. Telémaco iba delante y la guiaba. Encontró de pronto a Odiseo en medio de los cadáveres de la matanza, cubierto de sangre y barro, como un león que acaba de devorar a un buey montaraz, que todo el pecho y ambas fauces lleva teñidos de sangre y es espantoso al verlo de frente. Así Odiseo llevaba ensangrentados pies y manos. De modo que, cuando vio los muertos y aquel mar de sangre se disponía a dar alaridos, por la gran hazaña que contemplaba. Pero Odiseo la contuvo y refrenó, a pesar de sus ansias, y, hablándole, le dijo estas palabras aladas:

«Alégrate, vieja, en tu ánimo; pero modérate y no hagas alardes. No es piadoso dar gritos de triunfo sobre los muertos recientes. A éstos los destruyeron el destino de los dioses y sus hechos criminales. No tenían, en efecto, respeto por las personas de esta tierra, ni por villanos ni por nobles, con los que ellos se topaban. Por eso, por sus afrentas, sufrieron esa suerte infame. Así que, a tu vez, cuéntame de las mujeres de la casa quiénes me deshonran y quiénes me son leales».

Le respondió al punto la querida nodriza Euriclea:

«En efecto, hijo, yo te diré la verdad. Hay cincuenta mujeres a tu servicio en el palacio, a las que hemos adiestrado para realizar sus tareas, a cardar la lana y a

soportar la esclavitud. De ellas, doce se desenfrenaron sin vergüenza, sin respetarnos ni a mí ni a la misma Penélope. Telémaco había crecido poco antes y su madre no le permitía dar órdenes a las mujeres del servicio. Pero, ea, voy a subir a sus relucientes habitaciones y contárselo todo a tu esposa, a la que la divinidad le ha deparado el sueño».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«No la despiertes todavía. Diles tú que vengan aquí a esas mujeres que antes tramaron sus maldades».

Así dijo, y la anciana echó a andar apresurada por las salas para informar a las siervas y mandarlas que se presentaran. Entre tanto, él llamó ante sí a Telémaco, al vaquero y al porquerizo, y les decía estas palabras aladas:

«Comenzad ya a trasladar los cadáveres, y dad órdenes a las mujeres de que, por su parte, limpien pronto los asientos y las bellas mesas con agua y con porosas esponjas. Más tarde, cuando ya hayáis puesto en orden toda la casa, sacad a las esclavas de la confortable sala, y entre la rotonda y el recinto de buenos muros del patio, golpeadlas con vuestras espadas de anchas hojas, hasta que exhalen todas sus almas y se olviden del todo de Afrodita, esa que gozaban al arrejuntarse con los pretendientes en sus furtivos amoríos».

Así habló. Las mujeres acudieron en tropel sollozando de modo tremendo, derramando copioso llanto. En primer lugar, pues, se llevaban los cadáveres de los muertos, y los dejaban bajo el pórtico del bien murado patio, amontonando a unos sobre otros. Odiseo en persona daba las órdenes presuroso. Ellas los arrastraban a la fuerza. A continuación fregaban los asientos y las hermosas mesas con agua

y porosas esponjas. Entre tanto Telémaco, el vaquero y el porquerizo rascaban el suelo de la elegante mansión con las palas. Y las esclavas recogían los despojos y los echaban fuera. Después que hubieron puesto en orden toda la casa, sacaron a las esclavas de la confortable sala, y entre la rotonda y el recinto bien murado del patio las empujaron hasta un rincón estrecho, del que no cabía escapatoria. Y a ellos les dijo el muy juicioso Telémaco:

«No quisiera privarles de la vida con una muerte limpia a estas que han vertido infamia sobre mi cabeza y la de mi madre, y se acostaban con los pretendientes».

Así dijo, y enlazando la soga de un navío de azulada proa a una elevada columna rodeó con ella la rotonda tensándola a una buena altura, de modo que ninguna llegara con los pies al suelo. Como cuando los tordos de anchas alas o las palomas se precipitan en una red de caza, extendida en un matorral, al volar hacia su nido, y les aprisiona un odioso lecho, así ellas se quedaron colgadas con sus cabezas en fila, y en torno a sus cuellos les anudaron los lazos, para que murieran del modo más lamentable. Agitaron sus pies un rato, pero no largo tiempo. Y a Melantio lo sacaron a través del atrio y del patio. Le rebanaron con el aguzado bronce la nariz, las orejas y le arrancaron los genitales, para dárselos de comer crudos a los perros, y le cortaron las manos y los pies con furioso ánimo. Después se lavaron las manos y los pies y volvieron a la casa de Odiseo. Quedaba cumplida su tarea.

Dijo entonces éste a su querida nodriza Euriclea:

«Anciana, trae azufre, remedio de males, y acércame fuego, para que sahúme el salón. Y dile tú a Pe-

nélope que venga acá con las mujeres de su servicio. Manda también venir a todas las siervas de la casa».

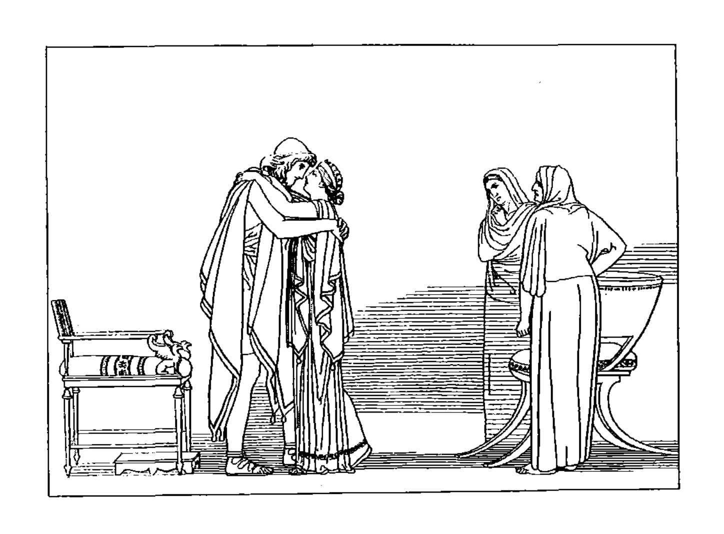
Respondióle, a su vez, la querida nodriza Euriclea:

«Bien, hijo mío, has dicho esto, con mucho tino. Pero, ea, voy a traerte ropas, túnica y manto, para que no aparezcas en palacio con esos harapos sobre tus anchos hombros. No estaría bien visto».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Ahora lo primero es que yo disponga de fuego en las salas».

Así habló y no dejó de atenderlo su querida nodriza Euriclea. Trajo fuego y azufre. Enseguida Odiseo azufró bien la gran sala, la casa y el patio. Y la anciana recorrió toda la hermosa mansión de Odiseo para dar la noticia a las mujeres y mandarlas presentarse. Ellas salieron del salón con una antorcha en las manos, y empezaron a rodear y abrazar a Odiseo, y le besaban la cabeza y los hombros, mostrando su afecto, y le acariciaban las manos. A él le inundaba un dulce deseo de sollozos y llanto. Las reconocía en su recuerdo a todas.



CANTO XXIII

La anciana subió a las habitaciones superiores riendo de gozo para decirle a su señora que estaba en la casa su querido esposo. Sus rodillas se movían ágiles y sus pies brincaban. Se detuvo junto a su cabezal y le dijo estas palabras:

«Despierta, Penélope, hija querida, para que veas con tus ojos lo que anhelas todos los días. Volvió Odiseo y, aunque regresa tarde, ya ha llegado a la casa. Acabó con los soberbios pretendientes que asediaban tu hogar y devoraban tus bienes y oprimían a tu hijo».

A ella al momento la contestó la muy prudente Penélope:

«Querida aya, ¿te han enloquecido los dioses, que pueden convertir a cualquiera en loco, por muy sen-

sato que sea, y devolver la cordura a un insensato? Ellos, sin duda, te han trastornado. Antes eras de mente cuerda. ¿Por qué te burlas de mí que tengo el corazón muy angustiado, para decirme esos desvaríos, y me despiertas de mi dulce sueño, que con su manto me había cerrado los párpados? Nunca antes había dormido así, desde que Odiseo se fue a contemplar la maldita Ilión, la innombrable. Pero, ea, baja y vuélvete de nuevo a la gran sala. Si cualquier otra de las mujeres que están a mis órdenes hubiera venido con esas noticias y me hubiera despertado, sin tardar con dura reprimenda la habría despachado otra vez hacia la sala. A ti te disculpa en esto tu vejez».

La contestó, a su vez, la querida nodriza Euriclea:

«En nada me burlo de ti, hija querida, sino que de verdad ha vuelto Odiseo y está en la casa, como te digo. Es ese extranjero al que todos agredían en el palacio. Telémaco, desde luego, sabía desde hace tiempo que estaba ahí, pero por prudencia encubría los planes de su padre, hasta que éste lograra castigar la violencia de los presuntuosos pretendientes».

Así dijo. Y ella se alborozó, y, saltando de la cama, abrazóse a la anciana, vertió llanto de sus párpados, y, al hablarle, le decía estas aladas palabras:

«Venga ya, aya querida, cuéntamelo punto por punto, si de verdad ha llegado a esta casa, como me dices. ¿Cómo lanzó sus manos contra los desvergonzados pretendientes, estando él solo, mientras que los otros formaban siempre una tropa?».

La contestó luego la querida nodriza Euriclea:

«No lo vi ni me lo han contado, sino que tan sólo he oído el estrépito de la masacre. Nosotras estábamos en el fondo de las habitaciones de gruesos muros, aterro-

rizadas, y tenían bien atrancadas las puertas. Al final me llamó desde el salón tu hijo, Telémaco, a quien su padre le había encomendado que me llamara. Encontré luego a Odiseo, erguido entre un montón de cadáveres, que, a su alrededor, cubriendo el sólido suelo, yacían unos sobre otros. Al verlos te habrías alegrado en tu ánimo, viéndolo a él, cubierto de sangre, como un léon.

»Ahora están todos ante las puertas del patio, amontonados, mientras él fumiga con azufre la muy hermosa casa, después de encender un gran fuego. Me mandó que te llamara. Así que, sígueme, para que ambos gocéis de gran alegría en vuestro corazón, después de sufrir tantísimas desdichas. Ahora ya se ha realizado vuestro tan largo anhelo. Ha vuelto él vivo a su hogar y os ha encontrado a ti y a su hijo en el palacio. Y de quienes le causaron daños, los pretendientes, de todos ellos tomó venganza en su casa».

La contestó luego la muy prudente Penélope:

«Aya querida, no te exaltes tanto con tus risas alegres. Sabes bien cuán querido sería para todos el verlo ya en casa, sobre todo para mí y para el hijo que engendramos. Pero no es seguro este relato que tú cuentas; sino que alguno de los inmortales ha dado muerte a los nobles pretendientes enfurecido por su perversa soberbia y sus malignas acciones. Porque no respetaban a ningún humano en esta tierra, ni noble ni villano, que se topara con ellos. Por eso, por su insolencia sufrieron esta desdicha. En cuanto a Odiseo perdió sin duda su regreso lejos de la tiera aquea, y ya está muerto».

La contestó enseguida la querida nodriza Euriclea:

«¡Hija mía, qué frase se escapó del cerco de tus dientes! ¿Afirmas, cuando ya está en casa tu esposo,

junto a tu hogar, que nunca va a volver aquí? Tienes un ánimo siempre desconfiado. Bueno, voy a darte otro testimonio evidente: la cicatriz, que una vez le hizo un jabalí con su blanco colmillo, se la descubrí al lavarlo, y quise decírtelo a ti misma, pero él me puso las manos sobre la boca y no me dejó hablar, de acuerdo con los astutos planes de su mente. Así que sígueme, que yo misma me ofrezco como garantía: si te engaño, mátame con la muerte más penosa» .

La contestó luego la muy prudente Penélope:

«Aya querida, difícil es que tú indagues a fondo los designios de los dioses sempiternos, por muy sabia que seas. Pero, con todo, vayamos junto a mi hijo, para que yo vea a los pretendientes muertos y a quien los ha matado».

Después de decir esto, descendió del piso de arriba. Vacilaba en el fondo de su corazón si dirigirse de palabra desde lejos a su querido esposo o si, llegando hasta él, le besaría abrazándole la cabeza y las manos. Luego entró en la sala y franqueó el pétreo umbral, y se sentó frente a Odiseo, al resplandor de la lumbre, en el muro frontero. Él se hallaba sentado al pie de la alta columna con la mirada baja, esperando a ver si le decía algo su valiente esposa cuando lo contemplara ante sus ojos. Pero ella permaneció en silencio; el estupor dominaba su corazón. A veces, al contemplarlo fijamente, lo reconocía en su mirada, y otras lo desconocía a causa de las ropas que llevaba.

Telémaco tomó la palabra, la regañó y dijo:

«Madre mía, madre mala, de empedernido corazón, ¿por qué te apartas de padre, y no te sientas a su lado ni le diriges tus palabras ni le preguntas?

»Ninguna otra mujer se mantendría con ánimo tan insensible lejos de su marido, que, tras sufrir numerosos pesares, regresa a los veinte años a su querida tierrra patria. ¡Tu corazón es siempre más duro que una piedra!».

Le contestó enseguida la muy prudente Penélope:

«Hijo mío, mi ánimo está atónito en mi pecho, y no soy capaz de pronunciar ninguna palabra ni preguntar ni mirarle de frente a la cara. Pero si de verdad es Odiseo y está de regreso en casa, sin duda nosotros nos reconoceremos mutuamente y del mejor modo. Tenemos, pues, unas señas secretas que nosotros dos sabemos y nadie más».

Así habló. Sonrió el muy sufrido divino Odiseo, y al momento le decía a Telémaco sus palabras aladas:

«Telémaco, deja ya a tu madre que me ponga a prueba en estas salas. Pronto me reconocerá también y de modo más claro. Porque ahora estoy sucio y con ropas andrajosas sobre mi cuerpo, por eso me desprecia y aún no reconoce quién soy.

»Pero nosotros cuidemos ahora de cómo esto concluya lo mejor posible. Porque incluso cuando uno cualquiera mata a un individuo en su país, a alguien que no deja atrás muchos deudos para vengarle, se exilia abandonando sus parientes y su tierra patria. Nosotros hemos matado a lo más granado de la ciudad, a los más nobles con mucho de Ítaca. Te invito a que medites el asunto».

Le contestaba, a su vez, el juicioso Telémaco:

«Cuida tú mismo de esto, querido padre. Ya que afirman que tu inteligencia es la mejor entre los humanos, y que ningún otro hombre, entre los mortales, puede rivalizar contigo. Nosotros te seguiremos acor-

des. Te aseguro que no ha de faltarnos el valor, en la medida de nuestras fuerzas».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Entonces voy a decirte cómo me parece que resulta más apropiado. En primer lugar, lavaos y revestíos con las túnicas y ordenad a las siervas del palacio que cuiden de sus vestidos. Y que el divino aedo, tomando su sonora cítara, nos proporcione una danza festiva y alegre, de tal modo que cualquiera comente que se celebra una boda, al oírlo de afuera, ya sea cualquiera que cruce por el camino o los que viven en las cercanías. Que no se extienda por la ciudad la noticia de la muerte de los pretendientes antes de que nosotros nos vayamos a nuestro campo de buena arboleda. Allí luego meditaremos cómo el Olímpico nos concederá ventaja».

Así habló, y ellos le escucharon y le obedecieron. En primer lugar, por tanto, se lavaron y vistieron las túnicas y las mujeres se acicalaron. El divino aedo tomó su cóncava lira y en ellos suscitó un anhelo de dulce canto y una irreprochable danza. Y la amplia mansión resonaba bajo los pasos de los danzantes, hombres y mujeres de bellas túnicas. Y así comentaba cualquiera al oírlo desde fuera de la casa: «Por fin alguno se llevó por esposa a la reina tan cortejada. ¡Pobrecilla, no resistió mantener en su custodia la gran mansión de su legítimo esposo todo el tiempo hasta que regresara!».

Así entonces decían algunos. Desconocían lo que había sucedido. Entretanto, en la casa la despensera bañó y ungió con óleos al magnánimo Odiseo, y lo vistió con un bello manto y una túnica. Sobre su cabeza derramó gran belleza Atenea, para que pareciera más alto y fornido. Y que de ella colgaran sus riza-

dos cabellos, parecidos a las flores del jacinto. Como cuando recubre de oro la plata un buen artista al que le han adiestrado Hefesto y Palas Atenea en su complejo oficio y realiza una obra llena de gracia, así entonces derramaba encanto sobre su cabello y sus hombros. Emergió de la bañera semejante en su cuerpo a los dioses. De nuevo fue a sentarse en la silla de la que se levantara frente a su esposa y a ella le dirigió la palabra:

«¡Testaruda, a ti, muy por encima de las débiles mujeres un corazón inflexible te infundieron los dioses de olímpicas moradas! Ninguna otra mujer de ánimo obstinado se mantendría tan distante de su esposo, que por ella ha regresado, tras soportar muchos males, a los veinte años a su tierra patria. Pero, vamos ya, aya, prepárame la cama para que allí descanse, ya que ésta mantiene en su pecho un corazón de hierro».

Le respondió, a su vez, la muy prudente Penélope:

«Desdichado, no me enorgullezco de nada ni te menosprecio, ni estoy demasiado pasmada, y sé muy bien cómo eras cuando partiste hacia Troya en una nave de largos remos. Así pues, ea, prepárale su sólido lecho, Euriclea, fuera del confortable dormitorio, que él personalmente construyó. Sacándole aquí afuera el macizo lecho hacedle la cama con pieles, mantas y relucientes sábanas».

Así dijo, para poner a prueba a su esposo. Entonces Odiseo, enfureciéndose, replicó a su taimada esposa:

«¡Ah, mujer, qué palabras más hirientes has dicho! ¿Quién cambió de sitio mi lecho? Difícil le sería, incluso a un experto, a no ser que un dios en persona viniera, quien, por su voluntad, fácilmente lo podría

cambiar de lugar. Pero de los hombres ningún mortal en vida, ni siquiera en su plena juventud, pudo trasladarlo sin más, porque una gran contraseña está implantada en el labrado lecho. Lo construí yo mismo y nadie más. Crecía en el recinto el tronco de un olivo de tupido follaje, robusto, vigoroso. Era grueso como una columna. En torno a éste construí yo nuestro tálamo, lo concluí con piedras bien encajadas, lo teché por encima y le agregué unas ajustadas puertas, firmemente ensambladas. Luego talé la copa del olivo de denso follaje, aserré y pulí el tronco, sobre su raíz, con el bronce, de modo muy experto, y lo dejé bien recto con ayuda de la plomada, labrando una pata fija, que taladré con el berbiquí. A partir de esta pata construí la cama, hasta acabarla, adornándola con incrustaciones de oro, plata y marfil. Sobre su armazón tensé las correas de cuero bovino, teñidas de púrpura.

»Te expongo así esta clara señal. No sé, en absoluto, si aún está firme mi lecho, mujer, o si ya algún hombre lo cambió a otro lugar, talando la base del olivo».

Así dijo, y a ella le temblaron las rodillas y el corazón, al reconocer las señas que tan claras le había dado Odiseo. Al momento corrió llorando derecha hacia él y le echó ambos brazos al cuello, a Odiseo, y le besó la cara, mientras decía:

«No te enojes conmigo, Odiseo, ya que en todo resultas el más juicioso de los humanos. Los dioses nos dieron penalidades, ellos que nos negaron el estar juntos uno con el otro, y gozar por lo tanto de nuestra juventud hasta alcanzar el umbral de la vejez. Conque no te enfades conmigo ni me guardes rencor por esto de no haberte mostrado mi cariño al comienzo, desde que te vi. Es que una y otra vez mi ánimo, en mi pe-

cho, sentía recelos de que algún hombre llegara y me engañara con sus palabras. Son muchos los que traman malignas tretas. Ni siquiera la argiva Helena, nacida de Zeus, se habría unido a un extraño, en el amor del lecho, si hubiera sabido que de nuevo los belicosos hijos de los aqueos la iban a reconducir a su casa en su querida patria. Pero un dios la impulsó a cometer tan vergonzosa acción. No meditó en su ánimo, desde un comienzo, su funesta locura, que para nosotros fue el principio de nuestra pesadumbre.

»Pero ahora, cuando ya has revelado las señas muy evidentes de nuestro lecho, que ningún otro mortal había visto, sino solos tú y yo, y una única sierva, Actóride, que me dio mi padre cuando me vine aquí, la que estuvo velando a las puertas de nuestro sólido tálamo, has persuadido mi ánimo, aunque era muy inflexible».

Así habló, y a él todavía más le suscitó el ansia de llorar. Y lloraba abrazando a su dulce esposa, de sagaz pensamiento. Como cuando se muestra la tierra ansiada ante los nadadores a los que Poseidón les destrozó la ágil nave en alta mar, atropellada por el vendaval y el denso oleaje, y tan sólo unos pocos escaparon del espumoso mar nadando hacia la tierra firme, con el salitre incrustado en la piel, y alcanzaron ansiosos la tierra, huidos de la muerte, así de anhelado llegaba para ella su esposo, ahora ante sus ojos. No desprendía nunca de su cuello sus blancos brazos, y en medio de sus sollozos le habría llegado la Aurora de rosáceos dedos, de no ser porque otra cosa ideó la diosa de glaucos ojos, Atenea. Contuvo los márgenes de la larga noche, y a la par retenía a la Aurora de áureo trono junto al océano, sin dejarla uncir sus ca-

ballos de raudas patas, Lampo y Faetonte, los corceles que transportan a la Aurora, para llevar la luz a los humanos.

Fue entonces cuando a su esposa le dijo el muy astuto Odiseo:

«Ah, mujer, aún no hemos llegado al final de todas las pruebas. Porque todavía, en el futuro, tendré otra aventura imprevisible, tremenda y muy difícil, que debo yo cumplir por entero. Porque así me lo profetizó el alma de Tiresias en el día aquel, en que descendí al interior de las moradas de Hades, cuando indagaba el regreso de mis compañeros y el mío propio. Pero, venga, vámonos a la cama, mujer, para que por fin nos acostemos y gocemos del dulce sueño».

Le contestó, a su vez, la muy prudente Penélope:

«Tendrás, en efecto, la cama cuando quieras, según tu deseo, ya que los dioses te concedieron llegar a tu hogar bien fundado y a tu tierra patria. Pero, ya que lo has mencionado, y un dios lo sugirió a tu ánimo, dime a mí esa aventura, vamos, porque también luego, pienso, he de enterarme y no es peor que la sepa de antemano».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«¡Testaruda! ¿A qué de nuevo me apremias e invitas a decírtela? Bueno, te la contaré y no la voy a ocultar. Tu ánimo no quedará tranquilo, ni tampoco yo mismo me alegro, ya que se me ordenó visitar muchas ciudades y gentes, llevando en mis manos un manejable remo, hasta llegar hasta quienes no conocen el mar, ni comen viandas sazonadas con sal. Ésos tampoco han visto naves de mejillas purpúreas ni remos de buen manejo, que son las alas de las naves. Y me anunció esta seña fácil de reconocer, que no te voy a

ocultar: cuando al salirme al paso otro caminante me diga que llevo un bieldo sobre mi fuerte hombro, entonces me aconsejó que hincara el remo en tierra, sacrificara hermosas víctimas al soberano Poseidón, un carnero, un toro y un verraco montador de cerdas, y me volviera a casa, e hiciera allí sagradas hecatombes en honor de los dioses que habitan el amplio cielo, a todos uno tras otro. Y la muerte me llegará desde el mar, muy serena, ya que me alcanzará vencido por una tranquila vejez, y en mi entorno las gentes serán felices. Esto me profetizó que por entero se cumplirá».

Le contestó, a su vez, la muy prudente Penélope:

«Si es que así los dioses te conceden una vejez mejor, tienes gran esperanza de lograr al fin un descanso a tus fatigas».

Así, con estas palabras, hablaban uno con otra, mientras que Eurínome y la nodriza cubrían la cama con mullidas ropas a la luz de las ardientes antorchas. Y cuando ya hubieron arreglado el sólido lecho con todo esmero, la anciana penetró en la casa de nuevo para irse a dormir y Eurínome, la camarera, les guiaba camino del lecho, portando en sus manos la antorcha. Les condujo hasta el dormitorio y se retiró. Ellos entonces volvieron felices a la costumbre de su antiguo lecho.

Mientras tanto, Telémaco, el vaquero y el porquero dieron descanso de la danza a sus pies y mandaron reposar a las mujeres, y fueron a acostar en las sombrías salas del palacio.

Los dos, una vez que hubieron gozado del placentero amor, se entregaron al deleite de los relatos. Mutuamente se lo contaban todo: ella, la divina entre las mujeres, cuánto había sufrido en el palacio, viendo el

odioso tropel de los pretendientes, que, por su causa, degollaban sin cesar vacas y gordas ovejas, mientras el vino se vertía en abundancia desde las tinajas. Por su parte Odiseo refería todos sus lances: cuántas penas causó a otros hombres y cuántas soportó él con esfuerzos. Y ella se deleitaba al escucharlo, y el sueño no llegó a caer sobre sus párpados hasta que él hubo acabado su relato. Comenzó por cómo había vencido a los cícones, y luego llegó a la fértil tierra de los lotófagos. Y cuántas maldades hizo el cíclope y cómo le hizo pagar el castigo por sus bravos compañeros, a los que había devorado sin compasión. Y cómo llegó hasta Eolo, que le acogió benévolo y le había preparado un buen viaje, pero aún no fue su destino arribar a la tierra patria, sino que un vendaval lo arrebató de pronto y lo llevaba sobre el mar pródigo en peces. Y cómo llegó a Telépilo, tierra de los lestrígones, que destrozaron sus naves y a todos sus compañeros de hermosas grebas; y sólo Odiseo escapó con su nave negra. Y le habló de Circe, de su engaño y su magia, y de cómo viajó hasta la brumosa morada de Hades, para consultar al alma del tebano Tiresias en su nave de muchos remos, y allí vio a todos sus compañeros de antaño, y a su madre, la que lo había dado a luz y criado de niño. Y cómo escuchó la voz de las Sirenas de penetrante canto, y cómo alcanzó las Rocas Errantes y la terrorífica Caribdis, y Escila, que nunca antes los hombres pasaron de largo con vida. Y de cómo sus compañeros mataron unas vacas de Helios, y después a su rauda nave la asestó un rayo fulminante Zeus que atruena en lo alto, y perecieron sus bravos compañeros todos de golpe, mientras que él se libró de las malignas diosas de la muerte. Y de cómo llegó a la isla

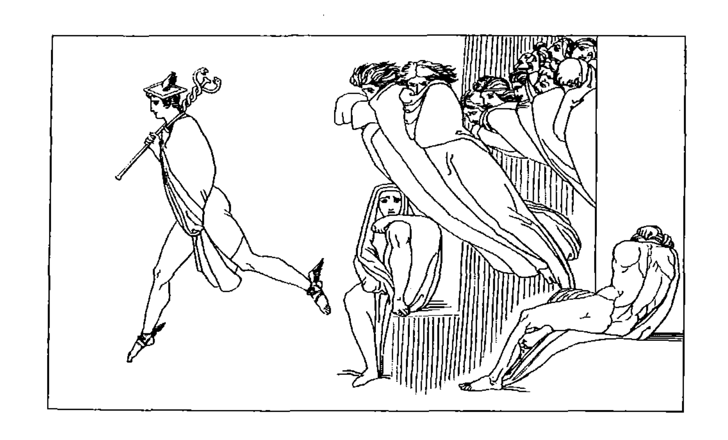
de Ogigia y la ninfa Calipso, que allí le retuvo, ansiosa de que fuera su esposo en sus cóncavas cuevas, y le alimentó y le prometía hacerle inmortal e inmune a la vejez para siempre; pero jamás logró persuadir a su ánimo en su pecho. Y de cómo, tras muchos padecimientos, llegó hasta los feacios, los cuales, desde luego, le honraron generosamente como a un dios, y lo transportaron en un navío hasta su querida tierra patria, después de obsequiarlo con bronce, oro abundante y ropajes. Ésas fueron sus últimas frases, cuando lo invadió el sueño que relaja los miembros y disuelve las tensiones del ánimo.

Más tarde otra cosa planeó la diosa de glaucos ojos, Atenea, cuando ya pensó que Odiseo había disfrutado en su ánimo de la cama con su mujer y del sueño. Al punto hizo emerger del océano a la diosa de la mañana, la del bello trono, para que aportara la luz a los humanos. Y se levantó Odiseo de su blando lecho y a su mujer le dijo estas palabras:

«Mujer, ya estamos ambos compensados de nuestros muchos pesares, y tú de llorar aquí por mi muy penoso regreso, cuando a mí Zeus y los demás dioses me retenían lejos, anhelante de mi tierra patria. Ahora que ambos nos hemos reunido en el anhelado lecho, cuida tú de los bienes que me pertenecen en la casa, que por las muchas reses que los soberbios pretendientes me gastaron, muchas traeré yo como botín, y con otras me compensarán los aqueos, hasta llenar de nuevo todos mis establos. Pero ahora voy a irme al campo de buena arboleda para ver a mi noble padre, que por mí está muy a fondo angustiado. A ti, mujer, que tan sensata eres, te aconsejo lo siguiente. Ahora muy pronto, apenas salga el sol, se

extenderá la noticia acerca de los pretendientes, de que les di muerte en el palacio. Refúgiate en las habitaciones de arriba con las mujeres de tu servicio, y quédate allí, sin tratar de ver a nadie ni de responder a nada».

Dijo, y se puso sobre sus hombros la bella armadura, y mandó a Telémaco, al vaquero y al porquerizo, que todos tomaran en sus manos las armas de guerra. Ellos no le desobedecieron, se calaron las corazas de bronce, abrieron las puertas y salieron. Al frente marchaba Odiseo. Ya había luz sobre la tierra, pero a ellos envueltos en noche los sacaba Atenea de la ciudad.



CANTO XXIV

Hermes Cilenio convocaba a las almas de los pretendientes. Llevaba en sus manos su hermosa varita de oro, con la que subyuga los ojos de los humanos, según quiere, y por otro lado despierta a los durmientes. Con ella los ponía en movimiento y los guiaba y sus almas le seguían. Como cuando en el fondo de una cueva tenebrosa los murciélagos revolotean entre chillidos, cuando alguno de la bandada se descuelga de la roca, porque penden apretujados unos con otros, así ellos entre agudos chillidos marchaban en tropel. Los conducía Hermes, el Benéfico, por las lóbregas sendas. Pasaron más allá de las corrientes del Océano y de la Roca Blanca, pasaron más allá de las Puertas del Sol y del País de los Sueños, y no tardaron en llegar al prado de los asfódelos, donde habitan las almas, imágenes de los difuntos.

Encontraron al alma del Pelida Aquiles, y la de Patroclo, y la del irreprochable Antíloco, y la de Ayan-

te, que fue entre los dánaos el mejor en aspecto y estatura después del irreprochable hijo de Peleo. Pues estaban congregados en torno a éste. Y junto a ellos llegó el alma del Atrida Agamenón, atribulada. Con él se habían reunido otras, las de todos aquellos que perecieron en la mansión de Egisto y así concluyeron su destino. A él le habló, en primer lugar, el alma del Pelida:

«Atrida, creíamos que a Zeus que se divierte con el rayo tú le eras querido por encima de todos los héroes siempre, pues reinabas sobre numerosos y valerosos guerreros en el país de los troyanos, cuando padecíamos pesares los aqueos. Por lo visto también a ti muy pronto iba a derribarte el funesto destino, del que nadie escapa una vez que ha nacido. ¡Ojalá que rodeado del honor con que ejercías tu soberanía hubieras hallado la muerte y el destino en el país de los troyanos! Entonces te habrían edificado tu tumba los aqueos todos y habríais cosechado una gran fama para tu hijo. Pero te estaba destinado sucumbir en una tristísima muerte».

Le respondió a su vez el alma del Atrida:

«¡Feliz tú, hijo de Peleo, Aquiles semejante a los dioses, que pereciste en Troya, lejos de Argos! A tu lado cayeron muertos otros, los mejores hijos de los troyanos y de los aqueos, batallando por ti. Tú yacías en un turbión de polvo tendido en gran espacio, olvidado del arte de guiar los carros de guerra. Nosotros todo el día batallamos. Y no hubiéramos abandonado del todo la lucha si no nos hubiera hecho dejarla Zeus con su tormenta. Luego, cuando te hubimos sacado del tumulto hacia las naves, te colocamos sobre un lecho, tras lavar tu hermosa piel con agua tibia

y con aceites. Por ti muchas lágrimas cálidas vertían los aqueos y por ti se cortaban sus cabelleras. Y del mar surgió tu madre con las diosas marinas al escuchar la noticia. Y un clamor se iba extendiendo sobre el mar, un divino clamor, y se estremecieron todos los aqueos. Entonces se habrían precipitado a subir a sus cóncavas naves si no los hubiera contenido un hombre sabedor de muchas y antiguas experiencias, Néstor, cuyo consejo ya antes era considerado el mejor. Éste, con amistosos sentimientos, tomó la palabra y dijo:

»“¡Deteneos, argivos! ¡No huyáis, hijos de los aqueos! ¡La que viene del mar con las diosas marinas es la madre de Aquiles, que acude al encuentro con su hijo muerto!”.

»Así habló, y se contuvieron el miedo los magnánimos aqueos. A tus lados se alinearon las hijas del Viejo del mar, llorando su pena, y te vistieron con ropas inmortales. Las nueve Musas en un cántico alternado con hermosa voz entonaban los trenos. Allí no habrías visto a ninguno de los argivos que no llorara. A tal punto los conmovía la melodiosa musa. Durante diecisiete noches y días seguidos por ti lloramos las divinidades inmortales y los hombres mortales. Y a la decimoctava te entregamos al fuego. En tu honor sacrificamos muchas ovejas muy pingües y vacas de curvos cuernos. Fuiste quemado con ropas de dioses y con abundante óleo y dulce miel. Muchos héroes aqueos corrieron con sus armas en torno a la ardiente pira, a pie y a caballo. Enorme estrépito se produjo. Luego, cuando ya te había consumido el ardor de Hefesto, al alba recogimos tus blancos huesos, Aquiles, y los conservamos en vino puro y en aceite. Tu madre

nos proporcionó un ánfora de oro. Regalo de Dioniso dijo que era, y obra del muy famoso Hefesto.

»En ella yacen tus blancos huesos, ilustre Aquiles, mezclados con los de Patroclo, el hijo de Menecio, ya muerto, y aparte de los de Antíloco, al que tú apreciabas por encima de los demás compañeros, una vez muerto Patroclo. Junto a ellos te construimos un grande y perfecto túmulo el sagrado ejército de los lanceros aqueos, en un promontorio de la ribera, cara al ancho Helesponto, para que fuera visible desde lejos a los hombres de la mar, a cuantos ahora existen y a quienes vendrán después. Tu madre solicitó a los dioses espléndidos premios y los puso en medio del certamen para los mejores de los aqueos. Has presenciado antes el funeral de muchos otros héroes, cada vez que, a la muerte de un rey, los jóvenes se aprestan para la competición y se disponen a los juegos fúnebres. Pero te habrías admirado muchísimo al contemplar qué espléndidos premios aportó en tu honor la diosa Tetis de pies de plata. Fuiste, desde luego, muy querido a los dioses. Así tú ni siquiera al morir perdiste tu renombre, sino que conservarás tu fama entre todas las gentes, Aquiles. En cambio, a mí ¿qué placer me dio el haber concluido la guerra? A mi regreso, en efecto, Zeus me deparó una muerte cruel a manos de Egisto y de mi maldita esposa».

Mientras de este modo ellos hablaban de estas cosas entre sí, muy cerca se les presentó el mensajero Argifonte, que conducía las almas de los pretendientes muertos por Odiseo. Ambos se dirigieron asombrados a su encuentro, apenas los vieron, y el alma de Agamenón Atrida reconoció al hijo querido de Melaneo, al muy ilustre Anfimedonte. Porque fue huésped

suyo, cuando visitó Ítaca. Se apresuró a dirigirle la palabra el alma del Atrida:

«Anfimedonte, ¿qué habéis sufrido para hundiros juntos en la tenebrosa tierra, todos de tan selecta estirpe y de la misma edad? Si uno los escogiera, no elegiría de otro modo a los mejores hombres de vuestra ciudad. ¿Acaso a vosotros en vuestros navíos os sometió Poseidón, levantando terribles vientos y enormes olas, o acaso os aniquilaron los enemigos en tierra firme cuando les robabais las vacas o los buenos rebaños de ovejas, o fue tal vez combatiendo por una ciudad y sus mujeres? Contesta a mi pregunta. Me ufano de ser tu huésped. ¿Es que no recuerdas cuando bajé allí a vuestra casa en compañía del divino Menelao para animar a Odiseo a que nos acompañara contra Troya en las naves de buenos bancos de remos? Durante un mes entero surcamos la ancha alta mar después de convencer a duras penas a Odiseo, destructor de ciudades».

A su vez le contestó el alma de Anfimedonte:

«Gloriosísimo Atrida, señor de las tropas, Agamenón, guardo recuerdo, vástago de Zeus, de todo cuanto dices. Y voy yo a referirte todo, muy puntualmente, sobre el triste final de nuestra muerte, cómo sucedió. Cortejábamos a la mujer de Odiseo, ausente largo tiempo. Ella ni rechazaba un matrimonio odioso, ni lo admitía, meditando contra nosotros la muerte y el negro destino. Así que en su mente planeó este otro engaño: colocó en su cámara un gran telar y tejía una tela sutil y muy amplia. Por el momento nos dijo: "Jóvenes pretendientes míos, ya que ha muerto el divino Odiseo, aguardad, si deseáis mi boda, hasta que acabe este manto, y que no se me estropeen los hilos, como

sudario para el héroe Laertes, para cuando lo arrebate el funesto sino de su implacable muerte, a fin de que ninguna de las aqueas en el pueblo me censure si ése que consiguió gran riqueza yace sin digna mortaja".

»Así dijo, y nuestro noble ánimo se dejó entonces persuadir. Desde entonces hilaba durante todo el día la gran tela, y por las noches la destejía, a la luz de las antorchas. Así durante tres años nos pasó inadvertida, y engañaba a los aqueos; mas al llegar el cuarto año y pasar las estaciones, cumplidos los meses y transcurridos numerosos días, entonces, al fin, la delató una de sus mujeres, que lo había visto todo, y la sorprendimos deshaciendo el refulgente tejido. Así que lo acabó contra su voluntad, obligada. Y cuando ya sacó el tejido, cuando tenía hilada la gran tela, y la hubo lavado, esplendorosa como el sol o la luna, justo entonces de algún lado trajo una divinidad perversa a Odiseo, al confín de sus tierras, allí donde tenía su albergue su porquerizo. Y allí se presentó el querido hijo del divino Odiseo, que regresaba de la arenosa Pilos en su nave negra, y ambos tramaron una taimada muerte de los pretendientes.

»Acudieron juntos a la ilustre ciudad. Odiseo detrás y delante Telémaco, que lo precedía por poco. A aquél lo conducía el porquerizo, y llevaba encima unas míseras ropas, asemejándose a un despreciable y viejo mendigo, apoyado en su bastón. Las ropas que llevaba eran asquerosas. Ninguno de nosotros pudo reconocer quién era, cuando apareció de improviso, ni siquiera los de más edad, sino que nos pusimos a maltratarlo con palabras insultantes y golpes. Él, entre tanto, soportaba ser apaleado e insultado en su propio palacio con ánimo sufrido. Mas cuando ya les

impulsó la protección de Zeus, portador de la égida, retiró con ayuda de Telémaco las hermosas armas, las guardó en una estancia y la cerró con ataduras, mientras aconsejaba, con astutos designios, a su esposa que propusiera a los pretendientes el arco y el grisáceo hierro como instrumentos de un certamen y preludio de la matanza de nosotros, desdichados. Ninguno de los nuestros fue capaz de tensar la cuerda del robusto arco, en gran medida nos mostramos impotentes. Y cuando el gran arco iba a llegar a las manos de Odiseo, entonces todos nosotros gritamos que no se le ofreciera el arco, por más que él lo reclamara. Sólo Telémaco, dándole ánimos, exigió entregárselo.

»Lo blandió entonces en su mano el muy sufrido divino Odiseo, y con destreza tensó el arco y atravesó los hierros. Luego fue hasta el umbral, allí se detuvo, empezó a sacar agudas flechas lanzando furiosas miradas, y asaeteó al rey Antínoo. A continuación empezó a disparar por doquier los resonantes dardos apuntando al frente, y los demás caían unos sobre otros. Bien se notaba que tenía a algún dios como aliado. Al momento, pues, los que estaban con él se pusieron con el mismo fervor a matar a diestro y siniestro, y se extendía un espantoso gemido de cabezas heridas y todo el suelo humeaba de sangre. De ese modo, Agamenón, morimos nosotros, cuyos cuerpos aún ahora yacen tendidos, insepultos en el patio de Odiseo. No lo saben todavía nuestros parientes en la casa de cada uno, ellos que lavarían la sangre oscura de nuestras heridas y nos llorarían en la exposición de nuestros cadáveres, como es la norma debida a los muertos».

Tomó entonces la palabra el alma del Atrida:

«¡Ah feliz hijo de Laertes, Odiseo, pródigo en ardides! En efecto, conseguiste una esposa de enorme virtud. ¡Qué nobles pensamientos tenía la irreprochable Penélope, la hija de Icario, cuando tan bien guardó el recuerdo de Odiseo, su legítimo esposo! Por eso jamás se extinguirá la fama de su excelencia. Los inmortales propondrán a los humanos un canto seductor en honor de la sensata Penélope. No meditó perversas acciones como la hija de Tindáreo, que mató a su esposo legítimo y será tema para cantos de odio entre las gentes y dará mala fama a todas las mujeres, incluso a la que sea decente».

Así ellos hablaban unos con otros de aquellos sucesos, erguidos en las mansiones de Hades, en sus cavernas subterráneas.

Los otros, una vez que salieron de la ciudad, alcanzaron pronto el campo bien trabajado de Laertes, que antaño había adquirido el mismo Laertes, después de muchas fatigas. Allí tenía su casa, con un cobertizo a su alrededor, en el que solían comer, descansar y dormir sus siervos de ordinario, los que laboraban a sus órdenes. Había allí una mujer, una anciana de Sicilia, que cuidaba solícitamente del viejo en el campo lejos de la ciudad. Odiseo dijo entonces a sus criados y a su hijo estas palabras:

«Vosotros entrad ahora en la bien construida casa, y para la comida sacrificad al momento el mejor de los cerdos. Yo, por mi cuenta, voy a poner a prueba a mi padre, a ver si me reconoce y me identifica con sus ojos, o si me desconoce, al estar ausente desde hace tantísimo tiempo».

Después de decir esto, dio a sus siervos sus arreos guerreros. Ellos fueron enseguida hacia la casa, mien-

tras Odiseo se acercaba al viñedo de hermosos frutos para su experimento. No encontró a Dolio, al descender hacia el amplio majuelo, ni a ningún otro de los siervos ni a sus hijos, sino que ellos se habían ido a recoger espinos para construir una cerca del viñedo, y el anciano les acompañaba como guía por el camino.

Encontró a su padre solo en la viña bien cultivada acollando una planta. Vestía una túnica mugrienta, con remiendos, andrajosa,y en torno a sus piernas se había anudado unas polainas revestidas de piel, para evitar los raspones, y en las manos unas manoplas contra las zarzas. Además llevaba en la cabeza un gorro de pellejo de cabra. Le agobiaba la pena. En cuanto el muy sufrido divino Odiseo lo vio, quebrantado por la vejez, con esa gran pesadumbre en su ánimo, se detuvo bajo un muy alto peral y se echó a llorar. Vaciló luego en su mente y su ánimo si besaría y abrazaría a su padre y se lo contaría todo, cómo había regresado y alcanzado su tierra patria, o si comenzaría preguntándole y poniéndole a prueba. Esto le pareció, al reflexionarlo, que era lo mejor: en primer lugar le interrogaría con palabras burlonas. Pensando así, se fue derecho a él el divino Odiseo, mientras el anciano, cabizbajo, ahondaba la tierra para plantar una lechuga.

Llegando a su lado, le dirigió la palabra su ilustre hijo:

«Viejo, bien se ve tu pericia en el cuidado del huerto, ya que todo está bien atendido, y no hay nada, ninguna planta, ni higuera ni vid ni olivo, ni peral ni hortalizas sin cuidado en tu campo. Sin embargo, voy a decirte algo más y tú no te enfades por ello en tu ánimo. De ti mismo tienes muy poco cuidado, pues llevas una vejez lastimosa, vas bastante desaliñado y

vistes ropas míseras. No es por tu desidia por lo que te descuida tu amo, ni nada servil se ve en ti, al contemplarte en tu aspecto y complexión. Te pareces más bien a un rey. A alguien así le conviene, después de darse un baño y comer, dormir en blando lecho. Tal es, pues, la costumbre de los viejos. Ea pues, dime esto y cuéntamelo en detalle: ¿de qué hombre eres esclavo?, ¿para quién cuidas el huerto? Y respóndeme también a esto verazmente, para que yo me entere bien. ¿Es que de verdad hemos llegado a Ítaca, según me ha asegurado al venir hacia acá un tipo que me encontré hace un momento, no muy en sus cabales, que no atinó a decírmelo a las claras ni a responder a mis palabras cuando le preguntaba por un huésped mío, si vive y está en algún lugar, o si ya ha muerto y está en la mansión de Hades? Te lo aclararé, tú atiende y escúchame.

»Una vez hospedé en mi querida tierra patria a un hombre recién llegado a mi hogar, y nunca mortal alguno de los forasteros de lejanas tierras llegó más grato a mi casa. Afirmaba que su familia era de Ítaca y decía que su padre era Laertes, hijo de Arcisio. Yo lo llevé a mi casa y le ofrecí buen hospedaje, tratándole como amigo generosamente, con lo mucho que había en mi morada, y le di dones de hospitalidad, como era adecuado. Le obsequié siete talentos de oro bien labrado, le regalé una crátera toda de plata con adornos florales, doce cobertores sencillos y otras tantas alfombras, otros tantos bellos mantos y con ellos igual número de túnicas, y, además, cuatro hermosas mujeres expertas en finísimas labores, las que él mismo decidió elegir».

Respondióle luego su padre, derramando llanto:

«Extranjero, has llegado a la tierra por la que preguntas, pero detentan su dominio hombres insensatos y violentos. Regalaste en vano tantos dones, ofreciéndolos en montón. Si a ése lo hubieras encontrado vivo en el pueblo de Ítaca, entonces, correspondiendo bien a tus regalos, te habría tratado a su vez con magnífica hospitalidad, pues es lo justo, que uno corresponda. Pero, venga, dime esto y explícamelo en detalle. ¿Qué años hace desde que hospedaste a aquél, a ese huésped infeliz, mi hijo, si alguna vez fue? ¡Desdichado! Que, en algún lugar, lejos de los suyos y de su tierra patria, acaso en el mar lo devoraron los peces, o tal vez en tierra firme fue presa de las fieras y las aves de rapiña. Ni lo plañió su madre después de amortajarlo ni su padre, los que lo engendramos. Ni su esposa, lograda con muchos regalos de boda, la sensata Penélope, entonó en el lecho el planto fúnebre por su esposo, como convenía, después de cerrarle los ojos. Ése es el homenaje debido a los muertos.

»Y dime de verdad esto, para que me entere bien: ¿quién eres, de dónde, de qué gente? ¿Dónde tienes tu ciudad y tus padres? ¿Dónde está varada la nave rauda que te trajo a ti y a tus divinos compañeros? ¿Acaso como pasajero has llegado en nave de otros y ellos te desembarcaron y zarparon? ».

Contestándole dijo el muy astuto Odiseo:

«Desde luego, yo te lo voy a contar todo punto por punto. Soy de Alibante, donde habito una ilustre mansión, e hijo del soberano Afidante Polipemónida. Y mi nombre es Epérito. Pero un dios me desvió de Sicania para traerme aquí contra mi voluntad. Mi nave está varada ahí, frente a estos campos, lejos de la ciudad. Por otra parte, éste es ya el quinto año desde aquel

en que de allí partió Odiseo y dejó atrás mi tierra patria. ¡Desdichado! Pero los augurios le eran favorables, diestros. Contento con ellos yo lo despedía, y también él zarpaba alegre en su partida. Nuestro ánimo confiaba en que aún nos reuniríamos e intercambiaríamos regalos espléndidos gracias a nuestra hospitalidad».

Así habló, y al otro le envolvió la nube negra de la pena. Cogiendo con sus manos el polvo ceniciento lo vertía sobre su cabeza, entre densos sollozos. A Odiseo se le acongojó el ánimo, y le subió a las narices un amargo regusto al ver así a su padre. Se abalanzó a besarle y abrazarle mientras le decía:

«¡Soy yo, estoy aquí, padre, soy ese por el que tú preguntas! He vuelto a los veinte años a mi tierra patria. Conque contén el llanto y tus sollozos y lágrimas. Te lo voy a explicar, y conviene hacerlo enseguida. He matado a los pretendientes en mi palacio, vengándome de su infamante ultraje y sus malignos actos».

Le respondía, a su vez, Laertes, que dijo:

«Si es cierto que has vuelto, Odiseo, hijo mío, dame una seña evidente, para que me quede convencido».

Respondiéndole dijo el muy astuto Odiseo:

«Primero observa con tus ojos esta herida, la que me causó en el Parnaso un jabalí de blanco colmillo cuando anduve por allí. Me habíais enviado tú y mi señora madre en pos de Autólico, el querido padre de mi madre, para recoger los regalos que, en su visita aquí, me había prometido y guardado. Pero, además, deja que te hable de los árboles de este bien cultivado huerto que antaño me diste, y que yo cada vez te pedía cuando era niño, mientras te acompañaba por el majuelo. Paseábamos entre ellos, y tú me los nombrabas uno por uno. Me diste trece perales y diez manza-

nos, y cuarenta higueras. De igual manera prometiste darme cincuenta ringleras de vides, que maduraban unas tras otras, pues hay aquí racimos de uvas muy varias, cuando las estaciones de Zeus las hacen madurar desde el cielo».

Asi habló, y a su padre le flojearon las rodillas y el corazón, al reconocer las señas tan claras que le dio Odiseo. Alrededor de su querido hijo tendió los brazos, y el muy sufrido divino Odiseo lo recogió medio desfallecido. Después que se hubo reanimado y recuperó el ánimo en su pecho de nuevo, respondió a sus palabras y dijo:

«¡Padre Zeus, en verdad que aún veláis los dioses en el vasto Olimpo, puesto que definitivamente los pretendientes han pagado su desenfrenada soberbia! Pero ahora siento temor en mi ánimo de que a toda prisa todos los itacenses acudan aquí, y por doquier se difundan esas noticias a las ciudades de Cefalonia».

Respondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«No temas. Que eso no te preocupe en la mente. Mas vayamos a la casa que está junto al huerto. Allí envié por delante a Telémaco y al vaquero y al porquerizo, para que nos prepararan pronto la comida».

Charlando así los dos se dirigieron a la hermosa casa. Al llegar a las confortables estancias hallaron a Telémaco, al vaquero y al porquerizo que troceaban abundantes carnes y mezclaban el vino rojizo. Para la ocasión la esclava siciliana bañó y ungió con aceites al magnánimo Laertes ya dentro de la casa, y le vistió con una hermosa túnica. A su vez Atenea acudió a su vera y revigorizó a este pastor de pueblos y lo dejó más erguido y robusto que antes en su aspecto. Al salir de la bañera lo contempló admirado y con asom-

bro su querido hijo, al verlo semejante en su aspecto a los dioses inmortales.

Dirigiéndose a él le decía estas palabras aladas:

«¡Padre, sin duda alguno de los dioses que existen para siempre te ha hecho de aspecto más hermoso en tu figura y tu porte!».

A su vez le replicaba el juicioso Laertes:

«¡Ojalá, pues, Zeus Padre, Atenea y Apolo, tal como era cuando conquisté Nérico, ciudadela bien fortificada, en la ribera del continente, cuando yo acaudillaba a los cefalenios, tal hubiera sido yo ayer en palacio con armas en mis hombros para enfrentarme y ayudarte contra los pretendientes! ¡Entonces habría hecho doblar las rodillas de muchos en las salas y tú te habrías reconfortado en tu ánimo!».

Así hablaban en estos términos uno con otro. Luego que hubieron acabado su tarea y dispuesto la comida, uno tras otro se sentaron en las sillas y bancos. Se pusieron entonces a comer. Pero en ese momento llegó el viejo Dolio, y con él los hijos del anciano, presurosos desde el campo, porque los había llamado a toda prisa su madre, la vieja siciliana, que les daba de comer y los atendía solícitamente, aunque entrada en la vejez.

Así que, apenas vieron a Odiseo y le reconocieron en su ánimo, se detuvieron estupefactos en el pórtico. Entonces Odiseo se les acercó y con amables palabras les dijo:

«Anciano, siéntate a comer, y dejad la expresión de asombro. Hace ya rato que estamos preparados para echar mano a la comida y os aguardábamos en esta sala, en espera hace tiempo».

Cuando así dijo, Dolio corrió a su encuentro tendiéndole sus brazos, y, tomando las manos de Odiseo,

las besaba en las muñecas. Y hablándole le decía estas palabras aladas:

«¡Oh amigo, por fin has vuelto a nosotros, que muchísimo lo anhelábamos, y ya apenas lo creíamos, y te han traído los mismos dioses! ¡Salud, sé bienvenido, y que los dioses te den felicidad! Cuéntamelo del todo, para que me entere de cabo a rabo. ¿Ya está enterada la prudente Penélope de que tú estás aquí de vuelta, o le enviamos un mensajero?».

Repondiéndole le dijo el muy astuto Odiseo:

«Anciano, ya lo sabe. ¿Por qué vas a preocuparte por eso?».

Así dijo, y él de nuevo se sentó sobre la bien pulida silla. De igual modo los hijos de Dolio vinieron a saludar al famoso Odiseo con sus palabras y a darle sus manos, y se sentaron, uno tras otro, junto a Dolio, su padre. Mientras en la casa se dedicaban a la comida, corría veloz como un mensajero por la ciudad, por todas partes, el rumor que hablaba de la terrible matanza y final de los pretendientes. La gente, al oírlo, acudía sin parar, cada uno por su lado, entre lamentos y gemidos, hasta las puertas de la casa de Odiseo. De la misma sacaban los muertos y cada uno se llevaba los suyos para enterrarlos, y a los de otras ciudades se los entregaban a los pescadores para que los transportaran, depositados en sus raudas naves, a la casa de cada uno. Los hombre se dirigieron todos al ágora, con el corazón acongojado, y luego que allí se juntaron y estuvieron reunidos, entre ellos se alzó Eupites y les arengó. En su interior sentía una pena irrestañable por su hijo, por Antínoo, al que mató el primero el divino Odiseo. Derramando llanto por él, tomó la palabra y dijo:

«¡Ah, amigos, qué gran ruina causó este hombre a los aqueos! A los unos los arrastró, a muchos y nobles, en sus naves, y perdió las cóncavas naves y perdió sus tropas. A otros, con mucho los más nobles de los cefalenios, los mató a su regreso. Así que, venga, antes de que él se escape a toda prisa a Pilos, o a la divina Élide, donde ejercen su poder los epeos, vamos. O de nuevo, para siempre, quedaremos abatidos. Infamia será pues esto al difundirse entre los venideros, si no nos vengamos de los asesinos de nuestros hijos y hermanos. Para mí, en mi corazón, no puede ser dulce la vida, sino que preferiría morir enseguida y estar entre los muertos. Pongámonos en marcha, no sea que se nos anticipen atravesando el mar».

Así hablaba derramando su llanto, y el pesar invadió a todos los aqueos. Pero ante él llegaron Medonte y el divino aedo de la mansión de Odiseo, después de haberlos dejado el sueño, y los dos se plantaron allí en medio. El asombro los retuvo a todos. Entre ellos tomó la palabra Medonte, de juicioso criterio:

«¡Prestadme ahora oídos, itacenses! Porque Odiseo ha realizado estas acciones con la aprobación de los dioses inmortales. Yo mismo vi a un dios inmortal, que estaba en pie junto a Odiseo y se asemejaba en el aspecto a Méntor. El dios inmortal se mostraba unas veces ante Odiseo dándole valor, y otras asustaba y acosaba a los pretendientes en el salón, y ellos caían amontonándose».

Así habló y a todos los otros les invadió un pálido terror. Entre ellos tomó la palabra el viejo héroe Haliterses Mastórida, que era el único que veía pasado y futuro. Con benévola intención tomó la palabra y dijo:

«Prestadme ahora atención, itacenses, a lo que os voy a decir. Por vuestra maldad, amigos, ocurrieron estas cosas. Porque no me hicisteis caso a mí, ni a Méntor, pastor de pueblos, para detener las locuras de vuestros hijos, que segaban los bienes y deshonraban a la esposa de un hombre magnífico, que afirmaban que no iba a volver. ¡Hacedlo ahora, escuchadme, tal como yo os digo! ¡No vayamos, para que nadie encuentre una desgracia buscada!».

Así dijo. Los unos se marcharon con gran griterío, más de la mitad: los otros se quedaron congregados allí. A los primeros no les gustó, en su corazón, el último consejo, sino que obedecían al de Eupites, y al momento se abalanzaron en busca de sus armas. Después de haber revestido el reluciente bronce, se reunieron en pelotón ante la espaciosa ciudad. A éstos los capitaneaba Eupites con insensato empeño. Se figuraba él que iba a vengar la muerte de su hijo; pero no regresaría, sino que iba allí al encuentro de un fatal destino.

Por otro lado, Atenea hablaba con Zeus Crónida:

«Padre nuestro Crónida, el más sublime de los poderosos, contesta a mi pregunta: ¿qué late en el interior de tu mente? ¿Llevarás más lejos la dañina guerra y la cruel contienda, o vas a reimplantar la amistad entre unos y otros?».

Respondiéndole a ella le dijo Zeus que amontona las nubes:

«Hija mía, ¿por qué sobre eso me preguntas e interrogas? ¿Acaso no decidiste tú misma ese plan de que Odiseo castigara a ésos a su regreso? Actúa como quieras. Pero te advertiré lo que me parece conveniente. Puesto que ya Odiseo ha dado castigo a los preten-

dientes, que pacten juramentos leales y él reine para siempre. Y nosotros, por nuestra parte, facilitemos el olvido de la matanza de hijos y hermanos. Que convivan en amistad los unos y los otros, como en el pasado, y que haya prosperidad y paz en abundancia».

Diciendo esto apremió a Atenea, que ya lo deseaba, y ella descendió precipitándose desde las cimas del Olimpo.

Cuando ya habían ellos saciado el apetito de sabrosa comida, tomó la palabra el muy sufrido divino Odiseo:

«Que alguno salga a ojear si acaso ya se están acercando».

Así habló. Salió uno de los hijos de Dolio, según sus órdenes, se paró al cruzar el umbral y los vio a todos ya cerca. Al momento dirigió a Odiseo sus palabras aladas:

«Ya avanzan ellos cerca. Conque armémonos a toda prisa».

Así dijo. Ellos se aprestaron y revistieron sus armas, los cuatro que iban con Odiseo y los seis hijos de Dolio. También Laertes y Dolio tomaron las armas, aunque eran ya canosos, combatientes por necesidad. Luego, en cuanto se hubieron equipado sus cuerpos con el brillante bronce, abrieron las puertas y salieron. Al frente iba Odiseo.

A su lado acudió la hija de Zeus, Atenea, que se asemejaba a Méntor en la figura y la voz. Al verla se alegró el muy sufrido divino Odiseo, y al punto habló a su querido hijo Telémaco:

«Telémaco, vas a demostrar ahora, encontrándote tú mismo en el combate guerrero donde se distinguen los mejores, que no desluces en nada la estirpe

de tus padres, que desde antaño nos hemos distinguido en toda la tierra por nuestro valor y hombría».

Le respondió, a su vez, el juicioso Telémaco:

«Vas a ver, si estás dispuesto, querido padre, que por mi coraje no avergonzaré a tu estirpe, como me exiges».

Así habló, Laertes se regocijó y dijo estas palabras:

«¡Qué gran día es éste para mí, queridos! ¡Cuánto me alegro! ¡Mi hijo y el hijo de mi hijo rivalizan en valor!».

Llegó junto a él Atenea de ojos glaucos y le dijo:

«¡Arcisíada, el más querido con mucho de mis camaradas, invoca a la virgen de ojos glaucos y a Zeus Padre, blande bien y arroja pronto tu lanza de larga sombra!».

Así habló y le infundió gran impulso Palas Atenea. Invocando pues a la hija del gran Zeus, blandió luego y arrojó la lanza de larga sombra, y alcanzó a Eupites sobre el casco de mejillas de bronce. Éste no detuvo el golpe, sino que la lanza lo atravesó. Retumbó al caer y sobre él resonaron sus armas. Atacaron a los de la primera fila Odiseo y su ilustre hijo. Los golpeaban con sus espadas y sus picas de doble filo. Y allí los habrían matado a todos y privado de retorno, de no ser por Atenea, la hija de Zeus portador de la égida, que clamó con un alarido y detuvo a toda la tropa.

«¡Parad, itacenses, la mortífera refriega, y así, sin más sangre, separaos enseguida!»

Así dijo Atenea. A ellos los dominó el pálido terror. De las manos de todos, asustados, se desprendieron las armas y cayeron al suelo todas, al dar su grito la diosa. Y comenzaron a regresar a la ciudad, contentos de seguir con vida. Un tremendo grito de ataque

dio el muy sufrido divino Odiseo y avanzó con un salto, como un águila de elevado vuelo. Pero al punto el Crónida lanzó un fulminante rayo, que cayó delante de Atenea de glaucos ojos. Y entonces la diosa de ojos glaucos, Atenea, le dijo a Odiseo:

«Laertíada de estirpe divina, Odiseo de muchos ardides, párate, calma esa furia de guerra que a todos se extiende, no sea que se quede irritado contigo Zeus de voz tonante».

Así habló Atenea, y él la obedeció, y quedó alegre en su ánimo. Y, de nuevo, aseguró los juramentos entre unos y otros Palas Atenea, la hija de Zeus portador de la égida, que se mostraba allí semejante a Méntor en su figura y su voz.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE